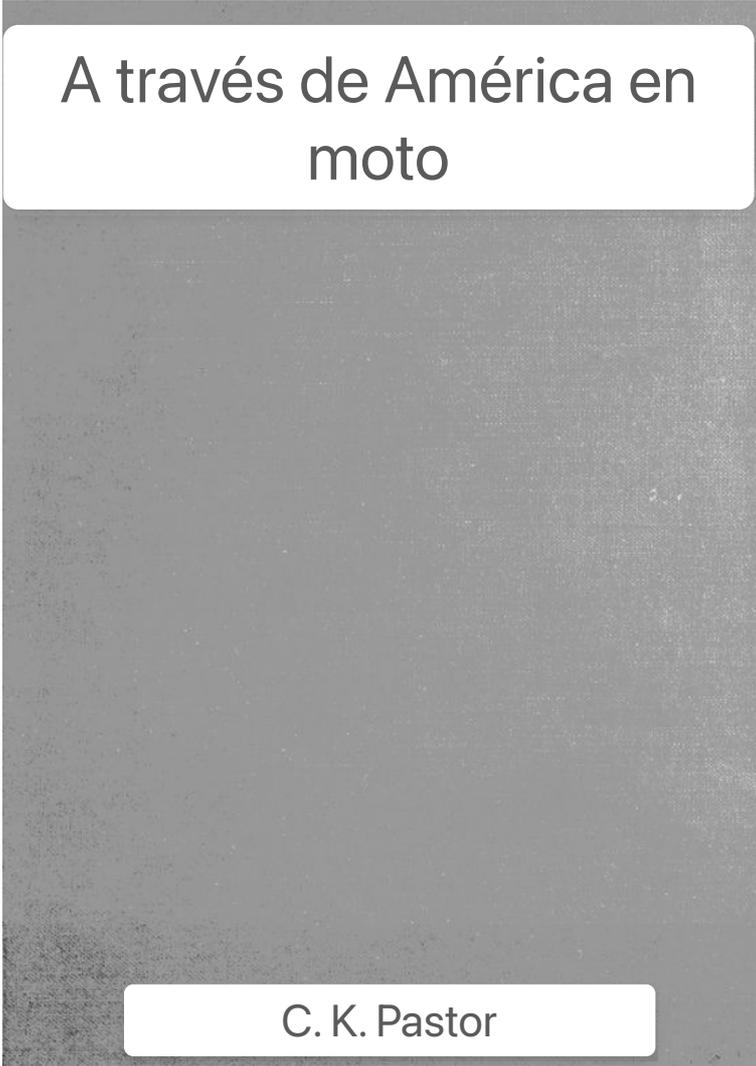


Project Gutenberg's Across America by Motor-cycle, por C. K. pastor Este libro electrónico es para el uso de cualquier persona

A través de América en moto



A través de América en
moto

C. K. Pastor



RETRATO DEL AUTOR.

EN TODA AMÉRICA EN MOTOCICLETA

**POR
C. K. pastor**

ILUSTRADO

**Nueva York
LONGMANS, GREEN & CO.
LONDRES: EDWARD ARNOLD & CO.
1922
*Todos los derechos reservados.***

*Hecho en Gran Bretaña
por Butler & Tanner, Frome y London*

PREFACIO

[Pg v]

Unos meses después de que se firmara el Armisticio de 1918, cuando la conversación de todos los interesados era CUÁNDO serían desmovilizados o qué harían cuando fueran desmovilizados, dos jóvenes estaban intercambiando puntos de vista sobre este mismo tema en el pesado ambiente de un hotel muy común en algún lugar de Londres.

Uno se preguntaba qué tan cerca, o qué tan lejos, estaban los días en que veía a los viejos hogareños una vez más "de vuelta en Dixieland".

El otro se preguntaba qué forma de disipación sería la más adecuada para eliminar esa inquietante sensación de malestar, que como resultado de tres o cuatro años de servicio activo era tan común entre los jóvenes de Inglaterra en ese momento.

"¿Qué tal si nos casamos?" sugirió el uno.

Luego siguió una larga pausa, en la que el otro evidentemente estaba considerando los pros y los contras de una proposición tan única.

"No hacer nada", respondió al final, "no es lo suficientemente emocionante, viejo". Otra pausa: "Y cuando me pongo a pensar, no conozco a ninguna chica que quiera casarse conmigo, incluso si yo quisiera casarme con ella". Y como para dar una decisión final a cualquier propuesta de *esa* naturaleza, agregó: "¡Aras de eso, no podía permitírmelo!"

"Pero te digo lo que haré, Steve", dijo, "Volveré contigo a través del estanque de arenques y trote alrededor de Estados Unidos".

Así fue como sucedió.

[Pg vi]

Dos o tres meses después, cuando llegué a Nueva York desde Canadá, compré una motocicleta y me di la marcha para cruzar el continente hacia el Pacífico, y tengo la mejor autoridad de que esta era la primera vez que un inglés había logrado el viaje en una motocicleta. Si es así, ¿no me lo pregunto!

Todo el viaje, que cubrió solo cincuenta millas menos de 5.000, se llevó a cabo solo, y aunque se extendió a lo largo de unos tres meses, constituyó uno o dos días menos de un mes de viaje real. Para el beneficio de los motociclistas hermanos que pueden estar interesados en tales detalles, puedo agregar que prescindí por completo del uso de gafas de principio a fin, y excepto en las paradas en las grandes ciudades en el camino, no llevaba sombrero. Creo que cuando el motociclista se acostumbre a prescindir de estos gravámenes, encontrará que las alegrías del motociclismo se mejorarán considerablemente.

El número total de reemplazos del motor por sí solo comprendió lo siguiente: cinco cilindros nuevos; tres pistones; cinco pasadores de cintón; tres juegos completos de rodamientos; dos bielaz y once bujías.

La máquina fue completamente revisada en cuatro ocasiones entre el Atlántico y el Pacífico, y en tres de ellas por los agentes reconocidos de los fabricantes. El interruptor de corte del motor fue la única parte de la máquina que no se rompió, se soltó o se equivocó tarde o temprano. Me echaron 142 veces, ¡y después de eso dejé de contar! Aparte de eso, no tuve ningún problema.

Contrariamente a lo que el lector puede pensar, presesé mucho cuidado a la máquina, especialmente en las primeras etapas. Durante las primeras trescientas millas apenas superé de veinte a veinticinco millas por hora para dar a la máquina un buen "en marcha" antes de someterla a un trabajo más duro. Al final del viaje había gastado más en reparaciones y reemplazos que el costo original de la máquina, y la vendí en San Francisco por poco más de una cuarta parte de la cantidad que pagué tres meses antes.

[Pg vii]

¡Y sigo siendo un motociclista tan entusiasta como siempre!

La máquina era del tipo de cuatro cilindros, refrigerado por aire, y no tengo nada más que elogios por el buen funcionamiento que ofrece este tipo. He montado decenas de máquinas en un momento y otro, pero nunca he conducido ninguna motocicleta que para viajes de lujo pueda incluso compararse con la mencionada en esta narrativa. En cuanto a la fiabilidad, sin embargo, debo dejar que el lector se forme su propia opinión a partir de los hechos, que ocurrieron exactamente como los he dicho. Nada en este libro se establece en malicia, y solo puedo esperar que mi caso fuera excepcional en lo que respecta a las frecuentes averías. Debo admitir que las condiciones eran excepcionales y que cualquiera que cruzara los Estados Unidos en una motocicleta podría esperar problemas tarde o temprano.

El lector puede observar que digo poco sobre problemas con los neumáticos a lo largo de la historia. Eso es por dos razones: la primera es que no hay nada interesante en la narrativa de reparar un pinchazo, por ejemplo; la segunda es que tuve muy pocos problemas de los que quejarme. Con el par suave y uniforme que es tan característico de los motores de cuatro cilindros, los problemas con los neumáticos se reducen a la mitad, y prácticamente todo lo que uno tiene que temer es la terrible condición de la mayoría de las carreteras. Llegué a San Francisco con los mismos neumáticos que tenía cuando empecé, y todavía eran buenos para varios cientos de millas más.

El consumo de gasolina también fue excelente. Aquellos que no han conocido las motocicletas de cuatro cilindros de alta potencia probablemente pensarían que el consumo sería de unas cuarenta millas por galón. Por el contrario, encontré mi máquina mucho más económica que la V-twin de la misma potencia. Por lo que sé, promedié alrededor de 75 m.p.g. "todo en adelante".

[Pg viii]

El viaje fue comparativamente tranquilo. ¡Nunca tuve que dispararle a nadie y nadie me disparó! A pesar de la relativa naturaleza salvaje y la esterilidad de Occidente, siempre había comida y gasolina disponibles en abundancia. Pasé la mayoría de las noches al lado de la carretera y no experimenté ni reumatismo ni serpientes de cascabel.

En las siguientes páginas me he esforzado por retratar a los Estados Unidos y a los estadounidenses exactamente como los encontré y como me apelaron. Si a veces puedo ofender a cualquiera que sea amante de todo y de cualquier cosa estadounidense, lo hago sin intención. Baste decir que antes de irme tenía la mayor opinión de cualquier cosa que viniera de ese país digno, por lo que no se puede afirmar que soy uno de esos individuos "pro-británicos en todo momento" que se deleitan en criticar a otros países y otros pueblos para gratificar su propio sentido de superioridad nacional o de otro tipo.

Finalmente, le pediré al lector que sea paciente o, en cualquier caso, que no sea demasiado crítico cuando pueda confesar estar aburrido. En aras de hacer de esto un registro completo de mis vagabundeos, he incluido lo que puede carecer de interés, y como puedo reclamar que no hay una dicción elegante, puedo, estoy seguro, confiar en la indulgencia del lector hacia la narrativa de un motociclista británico bastante ordinario, poco aspirante.

BIRMINGHAM, 1922.

Contenidos

[Pg ix]

	Página
PRÓLOGO	1
I. TRÁFICO EN NUEVA YORK	
Mis esfuerzos para americanizarme - Reflexiones sobre el tráfico de Nueva York - Disertación sobre las carreteras americanas - Coney Island - Equipo para el viaje	5
II. NUEVA YORK A FILADELFIA	
Compañeros en peligro - "El patio de recreo del mundo" - Las tendencias estadounidenses hacia el superlativo - Un lapso en la filosofía - Introducción al "Desvío" - El buen samaritano recompensado - Filadelfia - Aventuras con un propietario de garaje	12
III. FILADELFIA A WASHINGTON	
Prosperidad en los pueblos de Nueva Inglaterra - Motociclismo de lujo - Peregrinaciones de un "Tin Lizzie" - Perspectivas de la vida interior de una carretera estadounidense - Humorando a un negro - Scruples autoconscientes - Señales iluminadas - Vida hotelera en Washington	22
IV. EXCEDER EL LÍMITE DE VELOCIDAD	
Experiencias de Brick Roads - Acercarse a los Alleghanies - El deseo de velocidad - Y sus consecuencias - Métodos queer para hacer cumplir la ley - Ensartado	32
V. AL OTRO LADO DE ALLEGHANIES	
Soliloquios de los humildes pobres - Las sutilezas de los acaparamientos de anuncios - El maíz en Egipto - Las peregrinaciones de un soberano inglés - Un soplo del buen y viejo Londres - Apreciación de la naturaleza en Estados Unidos - Lizzie informa de que está enfermo - Líder, amablemente ligero - Auto-sugerencia como ayuda para dormir	42
VI. LA AUTOPISTA DIXIE	
I Make the Acquaintance of the Ohio River-Lizzie develops Acute Indigestion-The Irony of Henry Ford-I administer First-aid-Herodotus to a Rag-and-bone Merchant—A New Use for an Old Tree—The Ubiquitous Columbus—The Friendly Tram—The Dixie Highway—Eulogy to the City of	51
VII. CINCINNATI Y EN ADELANTE	
Cincinnati - Un día memorable - Aspersiones en un taller de reparación estadounidense - Carreteras a tablero de ajedrez - El humor de los postes de telégrafos decorados - Soliloquy en la autopista Pike's Peak - Efectos de las líneas fronterizas estatales - Maíz indio - Un baño de lujo - Indianápolis - The 3 A Club - Lo que constituye	60
VIII. INDIANA E ILLINOIS	
Cómo se cultivan los caminos de tierra - Un cepillo con un arado de carreteras - Cómo los Flivvers "pasan" - Un mal parche y un buen samaritano - Las sutilezas de la mercancía general - Atrajo a una multitud en Springfield - Tomado para un actor de cine - Futuras ciudades de Illinois - Río Illinois - El Mississippi por lo largo - Due	70
IX. TIEMPO TORMENTOSO EN MISSOURI	
Hannibal - Infantil Automobilation - Rain in Missouri - I get molesto - Ferrocarriles v. Carreteras: ciudad de Kansas	83
X. RESULTADOS DE UN DESGLOSE	
Kansas City, visito a Lizzie en su cama de enfermo, visito a un editor en su guarida, Kansas City recibe mi historia	89
XI. EL SENDERO DE SANTA FÉ	
Hacia el oeste de nuevo - El sendero de Santa Fé - Redes de mosquitos - A las Grandes Praderas - Duermo en un río - Pie - Pueblos de Prairie - En una tormenta eléctrica - Colorado alcanzado - El mapa no es infalible - Un desvío al corazón de las Montañas Rocosas - Lluvia de nuevo	94
XII. EL DESFILADERO REAL DE ARKANSAS	
Una extraña vivienda - Estoy tomado para un estadounidense - Cena con estilo - Duerme con estilo - Desayuno y almuerzo con estilo - El sol una vez más - Construcción de casas a velocidad - Una apreciación - Las Montañas Rocosas - Pueblo - Pico deike - El desfiladero real - La lujuria por tomar fotos - Nombres pintorescos - El peor camino de Estados Unidos	106
XIII. EN EL SUR DE COLORADO	
Extrañas formas de montaña - Trinidad - Un víver al rescate - El paso de Ratón - Una vista maravillosa - A los pies de las Montañas Rocosas - Una carretera fantasma - Perros de Prairie - Compañeros - Lizzie arroja un piñón - Una búsqueda agotadora - La cosa más grande en los lagos de barro - Wagonmound - Argumento con un	118
XIV. NUEVO MÉXICO	
Aventuras con un ferrocarril - Atascado una vez más - Asistencia de California - Caza de casas por caravana - Las Vegas - Un Ford maravilloso - Un pueblo mexicano - Lizzie Clean Again - The Travelling Tinsmith - Santa Fé por última vez	132
XV. SANTA FÉ	
Santa Fé - Adobe Architecture - El Museo de Arte - Donde los estadounidenses no se apresuran - En el centro de atención de nuevo	148
XVI. EL VALLE DEL RÍO GRANDE	
Salida de Santa Fé—La Bajada Hill—Albuquerque—El Río Grande—Indios—La moraleja de las montañas—Socorro—Camping in the Mountains: A Farmyard Episode	155
XVII. EL BOSQUE PETRIFICADO DE ARIZONA	

[Pg xi]

Magdalena—Una extraña metamorfosis—Yo uso un fuego de campamento—Una vista extraña—El bosque petrificado de Arizona—Holbrook—Perdido en el desierto de Arizona—Mosquitos de nuevo—Winslow—Un ingenioso truco contra la velocidad—;Ese cilindro de nuevo!—Un nuevo uso para los viejos carteles antiguos -Montaña de Meteor [163](#)

XVIII. EL GRAN CAÑÓN

El Observatorio Lowell - Maravillas de Mars Hill - Envenenamiento de la Ptomaína - Viviendas de Flagstaff - Hacia el Gran Cañón - Un viaje maravilloso - El primer enfoque de la soledad - El fin del mundo - La más grande de todas las maravillas naturales [178](#)

XIX. EL DESIERTO DE MOHAVE

Lizzie llega al duelo - Etiqueta de la carretera - La tragedia de Peach Springs - Kingman - Vegetación del desierto - Yucca - El arte de montar en rutina - La tumba de un pueblo - Las agujas de Colorado - Una vista maravillosa - Caminos enreos - Ludlow [192](#)

XX. YO ALCANZÓ LA COSTA DEL PACÍFICO

Camaradas de armas: Lizzie comienza a quejarse - Valle de la Muerte - Una desafortunada caravana - El fin del desierto - El paso de Cajon - Los Ángeles está sobrestado [210](#)

XXI. DE LOS ÁNGELES A SAN FRANCISCO

Los Ángeles - California - Hacia Frisco by Night - Sueño un sueño - Las misiones californianas - El valle de las Salinas - El último sueño - Lizzie lo abandona de nuevo - La lucha por Frisco - ¡4,950 por fin! [224](#)

EPÍLOGO [241](#)

LISTA DE ILUSTRACIONES

[Pg xii]

	A LA CARA Página
Retrato del autor	frontispicio
Una Ocurrencia Común	26
Un tramo incómodo de la carretera en Indiana	74
El sofá de medianoche	74
La casa más antigua de Estados Unidos, en Santa Fé	150
El Museo de Arte de Santa Fé	150
Pueblo de Taos	158
El Río Grande, Nuevo México	162
Un Leviatán Petrificado	170
Lizzie en el Bosque Petrificado, Arizona	170
El sendero hacia el Gran Cañón	178
El Observatorio Lowell, Flagstaff	178
Picos de San Francisco desde Flagstaff	178
El fondo del Gran Cañón	188
Árboles de cactus cerca de San Bernardino	206
En el desierto de Mohave	206

PRÓLOGO

[Pg 1]

Una mañana brillante en junio, para ser exactos, la decimotercera (la importancia de ese número será evidente más adelante), en el año de Nuestro Señor 1919 y en el año de la Prohibición Americana 1, una pequeña asamblea de mecánicos, transeúntes y erizos fue testigo de mi partida de una conocida Agencia de Motocicletas en Nueva York.

La máquina, una motocicleta perfectamente nueva y muy potente, estaba deslumbrante en su belleza prístina. No se pudo ver ninguna mancha o mancha en su esmalte de tono caqui. Ningún rasguño o mota de óxido es untañó su forma virgen. Sus cuatro pequeños cilindros, murmurando alegremente mientras el motor saltaba alegremente a la vida, parecían ocultar un mundo de romance como si se estuvieran susurrando el uno al otro de los días que estaban por venir, las aventuras y experiencias que iban a encontrar, y las extrañas tierras que iban a ver. El ronroneo de su escape, saludable aunque amortiguado, suave e incluso a su ritmo, era música en mis oídos. Una cosa de belleza es una alegría para siempre, y para aquellos que conocen la llamada del camino abierto y a los que les encanta sentir la ráfaga del viento y el glamour de la velocidad, así era esta máquina. Aunque en realidad era una combinación organizada de varias piezas de metal insensible y sin alma, sin siquiera un nombre, y conocida solo por un número sórdido grabado en una hojalata proporcionada por la Ley, pronto iba a desarrollar un carácter y una personalidad propios. Ella iba a desempeñar el papel de única compañera en las semanas y meses siguientes. Habría momentos en los que debería maldecirla profanamente y al mismo tiempo amarla apasionadamente. Me imaginé vastas praderas y desiertos donde deberíamos estar solos juntos, lejos de los lugares de hadas del hombre o el animal o tal vez de cualquier ser vivo, momentos en los que dependía de ELLA para llevarme a la civilización. Así que confío, lector, en que no pensará que me estaba haciendo demasiado sentimental en ese memorable día de junio. [P. 2]

El indicador de kilometraje acaba de accionar a 4.422.

Tenía hambre, hambre como un perro. Yo también tenía sed y estaba cansado, ¡oh, tan cansado! La piel de mi cara estaba bronceada oscura

con el sol del desierto y soportaba la suciedad de la acumulación de muchos días. El crecimiento de la semana anterior estaba en mi barbilla. Mi cabello estaba decolorado y despeinado, mi ropa y mis botas cargadas de arena y polvo de Arizona y California. Con un dedo vendado y roto, y el resto agrietado en la piel y manchado de sangre con la arena alcalina, sostuve las asas con las palmas de las manos. La suela faltaba por completo en mi bota derecha, y la izquierda contenía muchos trozos de piedra o grava de lejos. Un par de bolsas de agua vacías aletearon de arriba a abajo en el manillar, y mientras el viejo autobús la arrastraba cansado camino en tres cilindros a través de las concurridas calles de Los Ángeles, su horrible ruido contó a muchos una historia de aflicción. Decidí en ese momento que lo mejor del mundo era conseguir algo de comer y beber.

"¿Cuál es el día del mes?" Pregunté, cuando con un "clank" final del motor condujimos hacia el garaje de la agencia.

"El séptimo".

"¿El mes?"

"Agosto".

"¿Y cuál es el año?"

[Pg 3]

"Nueve y nueve mil nueve".

"El siete de agosto diecinueve y nueve años", reflexioné, y recaí en el silencio contemplativo...

Alguien vio la placa de matrícula "N.Y.8844" y "retumdo" que yo había venido de Nueva York.

"¿Cuándo empezaste?" preguntaron en tonos curiosos. La pregunta me levantó con un imbécil y me devolvió a la existencia normal, tan inadecuadamente medida por el tiempo.

"¡Oh, parece que fue hace diez años!" Respondí y recaí una vez más en la ensoñación.

CAPÍTULO I

[Pg 5]

TRÁFICO EN NUEVA YORK

Pasé la mayor parte de dos días en la encuesta de la ciudad de Nueva York desde todos los puntos de vista. En el Pullman de Niágara había decidido que Estados Unidos probablemente sería tan malo como cualquier país europeo por robar al extranjero. Por lo tanto, simularía los hábitos y costumbres suaves de estas personas (de este lugar) dignas. Teniendo un poco de conocimiento de su idioma, me esforzaría por adquirir la perfección en el arte de la autoexpresión estadounidense. Cultivaría la pose correcta del sombrero y usaría botas con los dedos de los pies abultados. Solo se requeriría un poco de práctica antes de poder girar un cigarro a la velocidad aceptada de una esquina de la boca a la otra. En un rato, pensé, debería sentirme mucho más a gusto con ropa ajustada con mangas ridículamente pequeñas y tres pulgadas de esposas de camisa proyectadas. Tal vez debería mejorar mi visión del mundo si lo viera a través de un par de gafas grandes, redondas y con monada de ébano. Solo había una posibilidad de que algún día apreciara el encanto relajante de un bocado de goma de mascar con mucho trabajo. Con todos estos espléndidos logros, sin duda podría prescindir de los hábitos menos atractivos de la América moderna.

Permítanme decir al principio que demostró ser un triste fracaso. Preferiría dominar los chinos que la jerga americana. Las infinitas variaciones del logro nasal superan con mucho a los dialectos tribales de la India y dejan al pobre estudiante asombrado y desesperado. ¡Por qué! ¡el número de formas ortodoxas de traducir la simple palabra en inglés "Sí" probablemente esté más allá del alcance de la deducción matemática! Los tonos y mezclas entre "Sí" y "Sí, oh" por sí solos son suficientes para avergonzar a un espectrógrafo del sol.

[P. 6]

Durante cuatro meses viajé a través de las selvas de Nueva York, Ohio e Illinois, e incluso a los estados civilizados de Colorado, Nuevo México y Arizona, en una vano búsqueda del hombre que pronunció "Sí" con una "s" final. Al final lo encontré, al acecho en un pequeño restaurante de Los Ángeles. Miré con asombro intenso y arrebatado cuando lo escuché. Tengo su pedigrí. Dijo que venía de Boston. Boston, según todos los bostonianos bien informados, representa el punto acné de la perfección en todas las cosas relacionadas con la educación, la etiqueta y la propiedad. Como tal, es inexpugnable para cualquier otra ciudad de Estados Unidos.

Hubo un momento temprano en el que pensé que estaba teniendo éxito. Descubrí que lo hice mejor al prescindir por completo del habla. Si me vestía con un traje de "Palm Beach", caminaba sobre los pies de la gente, me abría paso a través de los transeúntes y me repetía continuamente a mí mismo: "La tierra es mía y todo lo que hay en ella", nunca hubo más duda, sino de que era un "Hijo nativo".

Sin embargo, es superfluo para mí decir que después de muchos juicios y más rechazos, finalmente abandoné la idea de convertirme en americanizado. "Después de todo", pensé, "¿qué inglés cuerdo quiere ser estadounidense?" El proyecto no había sido más que una onda cerebral para combatir el "H.C. de L." Para los no iniciados, esa es la abreviatura reconocida "Hearst" para el "Alto Costo de Vida", un tema que aparece con tanta frecuencia en los periódicos estadounidenses que los editores se vieron obligados a enfrentarse a la cuestión de referirse a él en símbolos o de eliminar los "Want-Ads". Finalmente, por lo tanto, me consolé de que era mejor que las facturas de los hoteles, los cines, los refrescos de helados, la gasolina y otras necesidades aumentarán un 200 por ciento en mi enfoque que para mí perder mi propia alma. Por cierto, la virtud no siempre tiene su propia recompensa. A mi regreso a Inglaterra escuché muchas acusaciones en mi contra. "¡Qué horrible acento americano tienes!" fue el saludo de muchos amigos de una sola vez.

[Pg 7]

... Algunos se han recuperado. ¡Al ser el hospital sigue!

Me llevó algún tiempo acostumbrarme al tráfico de Nueva York, más bien debería decir, a sus hábitos y prácticas. La propia Nueva York consiste en una red de calles y avenidas ingeniosamente dispuestas en una isla que es unas cinco o seis veces más larga de lo que es amplia. Las avenidas se a lo largo de la isla y las calles corren en ángulos rectos a través de ellas. Además, "Broadway" se tambalea de un extremo a otro de la isla, cortando las avenidas en un ángulo extraño de cualquier cosa entre nada y veinte grados.

En todos los cruces importantes de calles estaba estacionado un "policía de tráfico" cuyo deber era aparentemente detener en los intervalos más inconvenientes todo el tráfico que iba en una dirección hasta que todo el tráfico que iba en la otra dirección hubiera pasado. Luego sonó su silbato y ¡Eh, presto! el tráfico en la otra calle comenzó a moverse. Fue fatal moverse antes de que sonáramos el silbato. ¡No lo sabía!

Había estado navegando por la Sexta Avenida, probando la máquina por primera vez, de hecho. Todo fue sin problemas. Me sentí en paz con todo el mundo. Aquí estaba en mi huérrito de hierro de diez caballitos, a punto de comenzar unas largas vacaciones en las que debería olvidar al Kaiser y sus acciones y los cuatro o más años de mi existencia que habían pasado ayudando a lograr su destrucción eterna. Pero de repente: [P.º 8]

"¿Por qué el jooce no se detiene, joven Goldarn, hijo de un arma?" gritó un "policía" furioso que gesticulaba a pocos metros de mi rueda delantera.

"Bueno, ¿por qué DEBERÍA parar el espacio en blanco de la manta, de todos modos?" Regresé, para no ser más, ya que me detuve en el centro exacto de la calle 34, la Sexta Avenida y Broadway.

Pude ver a una multitud empezando a recoger. No me gustan las multitudes en ningún momento. Tengo una gran antipatía por la publicidad. Mi amigo, el "policía", se adelinó. "Mira aquí, jovencito: ¿de qué vienes?" preguntó, evidentemente ansioso por investigar más a fondo la condición mental de este único que desafía la Ley... Para abreviar una larga historia, finalmente me fui limitado por el buen juicio para evitar más hostilidades de la policía y, de acuerdo con el deseo algo exagerado del "policía", me retiré como un colegial azotado a la esquina donde ya había una larga cola de automóviles y taxis en espera. En pocos segundos sonó el silbato y la procesión navegó a través de la calle 34, encabezada por un motociclista muy humilde.

Debería explicar en este momento que un motociclista es una persona totalmente despreciada en Estados Unidos. Las motocicletas no son populares allí. Con pocas excepciones, son propiedad de repartidores, chicos de periódicos, "policías de tráfico" y otros indeseables. Personalmente, no me pregunto. Las carreteras y calles en las ciudades son lo suficientemente malas como para arruinar la constitución de cualquier "sangre" joven, que no sea la más confirmada, a la que no le importa arriesgarse a unos cuantos huesos rotos. He visto lugares en Broadway donde las líneas de tranvía deambulan seis o siete pulgadas por encima de la superficie de la carretera y donde los baches acomodarían cómodamente a una gran familia de perros muertos dentro de sus profundidades. [Pg 9]

Demasiado para las ciudades. Las carreteras que atraviesan el país son, con pocas excepciones, nada mejor que nuestras carreteras rurales de quinta clase en las que no viajaría ningún inglés que se precie.

Aquí y allá, en el lejano Oriente y el lejano oeste, se encuentran tramos de hormigón o macadam. De alguna manera, los estadounidenses piensan que son grandes constructores de carreteras. Un par de pulgadas de hormigón colocadas sobre un camino de jardín o un sendero para ovejas, con las grietas llenas de alquitrán, representa el cenit de la construcción de carreteras en este país de noventa y unos pocos millones de habitantes. Me gustaría ver algunas de esas carreteras de hormigón cuando han tenido unos años de desgaste sólido con camiones pesados y motores de tracción ocasionales.

El noventa y cinco por ciento, o más, sin embargo, de las carreteras de Estados Unidos son caminos de tierra, o lo que se complace en llamar "Grava natural". En muchos casos, comprenden simplemente un rastro muy desgastado, y tan a menudo como no un par de suras usadas en la pradera. Muy a menudo, en lugar de ser un solo par de rodeos, hay cinco, seis o tal vez diez, donde los coches individuales han manifestado su propia personalidad. Cuando esta multiplicidad de suras se cruza y se vuelve a cruzar en un intento desesperado de lograr la supervivencia del más apto, el efecto resultante en el pobre motociclista es algo desconcertante. Pero de esto más anon. Baste decir que en todo el viaje de 4.500 millas de una costa a otra, solo vi a otros CUATRO motociclistas en la carretera en cualquier lugar. [Así que el lector tal vez entienda por qué hay que compadecerse del pobre humano que viaja de esta manera, y por qué sus asociados en los pueblos y ciudades son despreciados por el resto de la comunidad. Pg 10]

Cuando me aclimaté al tráfico de Nueva York y pude entrar y salir con éxito de los "hold-ups" o dardos entre tranvías, taxis, coches y otros impedimentos sin peligro ni para la comunidad ni para mí mismo, sentí que era hora de comenzar mis peregrinaciones en serio.

Decidí primero, sin embargo, visitar Coney Island, que está a poca distancia de Nueva York (está a solo unas pocas millas de distancia), y, con un suministro abundante de trenes, tranvías y autobuses, se alimenta de un flujo interminable de humanidad que busca placer. Tiene una avenida de tal vez un par de millas de largo que corre paralela a la playa, y cada rincón de ambos lados alberga un "palaciegito divertido" de algún tipo. Hay salas de baile por docenas; ferrocarriles de montaña, curvas y rotondas por el puntaje; fuentes de refrescos por cien. Frente a la playa hay hoteles, pensiones y restaurantes de todo tipo que ahorran lo mejor. Coney Island definitivamente no es un lugar para la *élite*. Las parejas jóvenes, casadas o solteras, representantes de la democracia estadounidense, para un fin de semana de frivolidad. La playa está salpicada en todo momento, como por una caja de pimienta humana, con especímenes del "género antropomorfo" de todos los tamaños, de todas las edades, de todas las formas y en todas las etapas de vestirse y desvestirse. Opiné que, de hecho, no había lugar para mí, y con un solo empuje del pedal de arranque, el motor era un ser vivo. "Lo suficiente es tan bueno como una fiesta", y una hora en el patio de recreo de Nueva York fue una hora bien gastada; pero lo dejé para siempre sin el más mínimo deseo o intención de volver a su torbellino de alegría plebeya. [Pág. 11]

Llegué una vez más a la ciudad de Nueva York, me preparé para hacer mi adieux. Solo tenía dos bolsos, uno un hermoso vestidor nuevo, resplandeciente con almohadillas de escritura de piel de cerdo, pinceles de ébano y botellas de vidrio, y el otro, uno un poco más grande, que acomodaba mi ropa de repuesto, botas, etc., y la colección miscelánea de basura que cada trotamundos inevitablemente lleva consigo.

Ahora tengo un desprecio inherente por los coches laterales, aunque si hubiera habido uno disponible en Nueva York cuando compré la máquina, debería haberla llevado y llevado todo mi equipaje conmigo. Ese habría sido el acné del lujo. Sin embargo, como estaba, me contenté con un buen soporte fuerte y con muchas correas; el vestidor, rodeado por una buena manta gruesa, estaba firmemente unido a la parte posterior de la máquina. La otra bolsa que "envié" en tren a mis paradas predeterminadas en todo el país.

Ese vestidor debe haber pesado cincuenta o sesenta libras, y con la manta alrededor parecía un tamaño alarmante cuando estaba *en el lugar*. No había esperanza para ello. Soy ese tipo de persona a la que siempre le gustan muchas camisas de seda, pijamas y cosas así, así que no me causó la menor preocupación si la gente me miraba salvajemente mientras pasaba por sus pueblos y pueblos.

¡Y "seguro que lo hicieron"!

CAPÍTULO II

[Pg 12]

DE NUEVA YORK A FILADELFIA

"¿Cinco partido de Gotter?" preguntó mientras me acercaba a él.

Había salido de mi hotel de rascacielos de palacio solo quince minutos antes. Pronto, contemplé, mis experiencias en Nueva York y sus alrededores serían historia pasada. Feliz y alegre, estaba tarareando a lo largo de ese bulevar con la superficie verdaderamente maravillosa

que corre a lo largo del borde de la isla de Manhattan. Se le conoce como "Riverside Drive", y aquí viven muchos de los millonarios de Estados Unidos. Un joven y su compañero con una Harley-Davidson y un side-car al lado de la carretera me llamaron la atención. Ninguno de ellos parecía ser residente de ese distrito. Una camisa de color caqui, pantalones gruesos de pana, leggings y botas eran su único atuendo. Uno de ellos levantó la mano cuando me vio.

"Tal vez estos tipos sepan algo sobre las carreteras", pensé; así que me detuve.

Detener a un motociclista y pedirle una coincidencia parecía una desviación bastante única de las costumbres inglesas bien establecidas con las que estaba familiarizado. Sintíendome benevolente, ofrecí en silencio una caja de chalecos de cera "England's Glory". Sin una palabra, tomó una, la escudriñaba de cerca como si fuera algo maravilloso en el arte de la fabricación de cerillas, y lentamente encendió su pipa. Se produjo una docena de bocanadas. Rompió el silencio.

"¿De dónde eres?"

"Cuando lo dejé, lo llamaron 'Inglaterra'", respondí.

[Pg 13]

Otra docena de bocanadas.

"¿A dónde vas?"

"Puede que llegue a San Francisco algún día".

"Seguro que tienes un poco de pavimento frente a ti. Lo dije".

"Bueno, supongo que nunca es tan malo, pero lo que podría ser peor", insinué.

Escupió dos veces, sopló algunas nubes, escupió de nuevo; me miró de nuevo y luego echó un vistazo a mi máquina.

"Tienes un pájaro allí", se aventuró, y luego agregó, como para colocar la afirmación más allá de toda duda,...

"Lo dije".

Estuve de acuerdo en que debería poder llevarse bien.

"Yew lo dijo. - ¿Ves ese pájaro?" preguntó, señalando a su máquina. "Waal, supongo que ella también puede mover un poco; hizo ocho mil millas en sus carreteras, y supongo que tampoco advierten a los booleyards".

En la conversación que siguió, principalmente en referencia a muchas preguntas de mi parte sobre las diversas "Autopistas Nacionales" que había aprendido que se encontraban ocasionalmente en todo el país, obtuve de este digno hijo nativo que sería mejor para mí "rerere y recoger fresas" que continuar más lejos con un deseo tan obviamente loco como cruzar el continente americano. Sin embargo, insistí en que, habiendo llegado hasta ahora, en cualquier caso, continuaría mientras se mantuviera la cordura, aunque ciertamente debería tener en cuenta su buen consejo para futuras referencias.

Con una orden final de él de que debería conocerlo la próxima vez que lo viera, si tenía la suerte de subsistir en la tierra de los vivos, nos separamos, y después de un viaje en el ferry a través del río Jersey, pronto estaba saliendo de los suburbios monótonos y tristes de Newark.

[P. 14]

Sería incorrecto decir que las mejores personas no van a Atlantic City. Los estadounidenses, creo, consideran que este conocido balneario es una de las nueve maravillas del mundo. Ningún ciudadano estadounidense nacido en libertad, no lo dudo, daría el crédito de los otros ocho, sean los que sean, a cualquier país extranjero. En esta suposición, sentí que no debería tener ninguna dificultad para identificar a los otros ocho cuando había visto más de "El propio país de Dios".

Ahora Atlantic City es solo el cien por cien. Americano. Sería imposible asociarlo con cualquier otro país que no sea Estados Unidos. Para empezar, tiene el inevitable muelle de "millonarios". Permítanme explicarles que nada en Estados Unidos es digno de patrocinio popular a menos que cueste al menos un millón de dólares. Cuando estuve en Niágara me dijeron cuántos millones de galones de agua fluían sobre las cataratas en un año. Nadie (del lado estadounidense) parecía preocuparse mucho por la magnificencia de las cataratas o la grandeza del río. Tales intereses sórdidos no les atraen. Pero pregúntale a alguien cuántos millones de caballos de fuerza se desarrollarán en un año, ¡y mira con qué entusiasmo te alivia de tu ignorancia! El público estadounidense tendrá millones en sus cálculos y su deseo por el superlativo DEBE ser apaciguado.

En Atlantic City, naturalmente, hay muchos objetos de interés para el estudiante en ciernes de la vida moderna como yo, pero, en general, las diversiones de esta nación no difieren considerablemente de los modestos esfuerzos de los nuestros. Allí se puede ver a las solteras alegres habituales, cuyo principal placer es reclinarsse en la arena o desfilarse por la playa con lo más importante en trajes de baño, pero nunca bajo ninguna circunstancia para mojarlas. También encontramos las tiendas habituales donde se puede comprar toda la variedad concebible de postales con imágenes o "regalo de ...".

[P. 15]

En dos horas estaba cansado de Atlantic City. En un estado de ánimo muy superior, me acerqué a mis sentimientos y al kick-starter de "Khaki Lizz" (mi soubriquet para la máquina, que estaba terminado por completo en ese tono deliciosamente reminiscente) y giré su nariz hacia el oeste. Filadelfia, decidí, iba a ser mi lugar de descanso esa noche.

Ser caliente con el olor de Filadelfia era una cosa; pero llegar allí era otra muy distinta. Un glorioso tramo de tres millas de carretera macadamizada fuera de Atlantic City fue de hecho un cebo tentador, y admito que por unos momentos deliciosos pero breves puse en desafío todos los límites de velocidad impuestos para el bienestar general del público por dignos legisladores a la población automovilista del estado de Nueva York. Siempre he contendido (¡en privado, no en público!) que las leyes solo están hechas para ser violadas. Tal vez podría añadir que estaba destinado después a complementar este dicho algo escandaloso con un ejemplo: "¡Él solo tiene derecho a infringir las leyes que las conoce y entiende a fondo!"

Como descubren todos los vagabundos en este valle de lágrimas, todas las cosas buenas terminan en algún momento. Ese tramo de tres millas de carretera macadamizada muy pronto llegó a su fin. Terminó, por lo que recuerdo, en una abrupta esquina de ángulo recto donde, en un esfuerzo por dar la vuelta a unas cuarenta y cinco millas por hora, casi me encontré volviendo, y a partir de ese punto el camino se parecía gradualmente a un montón de polvo alargado. Lo llaman "graba natural", lo que significa que, en opinión de los ingenieros de carreteras de esa época, la superficie natural de la carretera no necesitaba ningún refuerzo en el camino del metal. Me imagino que alrededor del 99 por ciento de todas las carreteras en Estados Unidos son de esta construcción, el 1 por ciento restante está cubierto con una capa de hormigón, o macadam, como en cualquier país europeo civilizado. A veces, muy pocos y distantes entre ellos, esta grava natural forma una superficie bastante tolerable donde no hay mucho tráfico, pero hay que recordar que los automóviles se utilizan en los Estados Unidos a una escala mucho mayor de lo que se ha soñado en Inglaterra. De hecho, me sorprendió la enorme cantidad de coches en las diversas ciudades y pueblos por los que pasé. A veces he estado en una ciudad, y también en una bastante grande, donde era casi imposible encontrar un lugar al lado del pavimento donde pudiera dejar mi máquina. Cada espacio disponible fue ocupado con un coche, y en algunas ciudades, Salt Lake City, por ejemplo, he visto coches "aparcado" a lo largo del lado de la carretera de dos profundidades, por

[Pg 16]

lo que para cruzar de un lado de la carretera al otro uno tiene que atravesar cuatro rangos separados de automóviles. En el verano, miles de coches viajan todo el día entre Atlantic City y las grandes ciudades adyacentes, por lo que el lector tal vez pueda imaginar el estado de todas las carreteras principales en esa dirección.

Aquí me presentaron una diversión que al principio parecía bastante interesante, pero que la familiaridad continua ciertamente se convirtió en desprecio. Me refiero al "desvío". El desafortunado automovilista tal vez se esté abrir camino constantemente a través de la grava, el polvo y la arena. Se encuentra con una barrera al otro lado de la carretera con un aviso de que se están llevando a cabo reparaciones y que debe seguir el desvío indicado. La carretera seleccionada, creo, es generalmente la que tiene más baches, roderas, montañas, cañones, etc., en su formación en el distrito circundante. A veces, en estos desvíos se encuentran más desvíos auxiliares hasta que finalmente uno tiene que usar la máxima inteligencia y una brújula para volver a la carretera principal.

[Pg. 17]

Por lo tanto, no llegué a Filadelfia estrictamente para programar. Muchas veces me vi tentado a ocupar mi morada en un lugar conveniente al lado de la carretera. Varias veces desmonté y examiné un lugar prometedor, pero siempre había alguna objeción muy seria. Esta objeción tomó la forma de ranas, de mosquitos o de ambos. Como solíamos leer en los días de la guerra, "el enemigo estaba presente en grandes cantidades". No me gustaba la perspectiva de ser mantenido despierto indefinidamente con el objetable gorgoteo de un batallón de ranas toro o de ser comido hasta la muerte en mis pijamas por una nación de mosquitos sedientos de sangre.

Así que me dirigí hacia adelante, siempre hacia Filadelfia. Mientras tanto, el sol se huía más y más bajo en el oeste. Cuanto más cerca me acercaba a Filadelfia, más numerosos se convertían en los coches de la carretera. Parecía como si toda Filadelfia se hubiera frívolo en Atlantic City un domingo por la tarde. Estaba trabajando, esquivando tremendos baches y surcomedias, imaginándome a mí mismo en una o dos horas descansando cómodamente entre sábanas blancas limpias. De repente, el ruido más angustioso se me vino a la oreja. Parecía ser una motocicleta con dolor. A veces solo se disparaba un cilindro. A veces había dos. En otras ocasiones no había ninguno. Me atraqué a un lado de la carretera y esperé a que llegara el desafortunado autor de esta perturbación.

Pronto salió de la oscuridad. No tenía luces, y estaba muy contento de detenerse al ver a otro motociclista.

"Por qué, pensé que era el único loco por aquí", lo saludé, sorprendido pero satisfecho de saber que realmente había otras personas aparentemente sensatas que montaban motocicletas en Estados Unidos.

[Pg. 18]

¡Qué encantado estaba de conocer a otro inglés! Había estado en Estados Unidos solo uno o dos años, después de haber venido de mi antigua ciudad natal de Birmingham durante la guerra. Se había "atado" tanto con los estadounidenses que era un placer poner los ojos en cualquiera del Viejo País.

Era un joven de dieciocho o diecinueve años, y después de que lo hubiera arreglado con un par de bujías y atendido algunos otros requisitos urgentes, me hizo abruptamente, pero bastante cortésmente, la pregunta inevitable, tal como podría haber esperado. "¿De dónde eres, y a dónde vas?"

Le expliqué que me dirigía a Filadelfia, donde esperaba encontrar un lugar donde recostar mi cabeza cansada.

"Bueno, si no quieres nada muy lujoso", dijo, "creo que puedo arreglarte bien, si no te importa seguir adelante para iluminar el camino".

Con mucho gusto asumí, y por este medio, con mi brillante faro iluminando la carretera, no nos llevó mucho tiempo llegar al río Delaware, en la orilla opuesta de la cual se encontraba la bella ciudad vieja de Filadelfia. Tardó un cuarto de hora en cruzar el río en el ferry, pero una vez en Filadelfia mi amigo estaba feliz. "Ahora me sigues", dijo.

No tenía luces, pero su motor funcionaba bien, así que estuve de acuerdo y seguí. Esto no fue en sí mismo muy fácil. Estoy perfectamente seguro de que nunca he visto NINGUNA motocicleta en NINGÚN LUGAR corriendo a ese ritmo a través de una ciudad. Aunque estaba oscuro y no podía ver mi velocímetro, estoy seguro de que debe haber viajado unas cuarenta y cinco millas por hora a través de las calles de Filadelfia. Ciertamente eran buenos, rectos y anchos. Había un poco de tráfico aquí y allá, pero esto no parecía preocupar en lo más mínimo a nuestro amigo. De vez en cuando vimos a uno o dos "policías" de pie en una esquina de la calle hacer un intento a medias de entrar en la carretera para detenernos. Nuestro amigo, sin embargo, estaba desesperado y no se detendría por nadie. Después de aproximadamente un cuarto de hora montando, esquivando las curvas redondas y disparando más allá de las obstrucciones a un ritmo tremendo, se detuvo en una pequeña casa de esquina en una parte aislada de la ciudad y desmontamos. Vivía con su madre, explicó, pero ella estaba en Nueva York. También había perdido su llave de pestillo. También era realmente una floristería, pero estaba seguro de que no me importaría. "No hay nada para ello", dijo, "sólo sino subir a la escalera de incendios y entrar por la ventana delantera".

[Pg. 19]

Lo levanté a un marco de hierro que se proyectaba desde la casa. De ahí se metió en una escalera de incendios desvencijada que conducía por la pared en la oscuridad, y pronto se perdió la vista. Unos momentos más tarde, la puerta principal se abrió y empujamos nuestras máquinas embarradas y sucias hacia el linóleo limpio de la habitación principal, donde permanecieron durante la noche rodeadas de macetas de rosas, claveles, palmas y helechos. ¡Esto, explicó, era el procedimiento habitual y a su madre no le importaría un poco!

Era entonces alrededor de las 11.30, y cuando habíamos lavado parte de la suciedad de nuestras caras, nos fuimos en busca de una comida. No tuvimos ninguna dificultad para captar el aroma de una floreciente cafetería. Tampoco tuvimos ninguna dificultad para deshacernos de cantidades repugnantes de café caliente y "waffles", un producto peculiar de Estados Unidos, que se asemeja a los panqueques y se come con jarras de jarabe de arce.

Bueno, después de la medianoche volvimos a nuestro domicilio, y yo me acosté para dormir el sueño de los justos. A las siete de la mañana me despedí de mi anfitrión. No aceptaría ni un centavo como pago por el alojamiento de mi noche. Así que, con la garantía de que se acercaría y me vería cuando fuera el próximo en Inglaterra, cada uno de nosotros tomó varios caminos: él en dirección a una obra vecina donde estaba empleado como mecánico, y yo hacia Washington, a la deriva cojo por las calles ciertamente nada como la velocidad de la noche anterior.

[Pg. 20]

El camino durante cierta distancia era bueno, salió el sol y el día prometió salir bien y caluroso. Pronto empecé a sentir un contenido interno. Todo iba bien. Esperaba que algo de dinero me estuviera esperando en Washington, y luego no debería tener nada de qué preocuparme durante mucho tiempo.

Como suele suceder cuando uno comienza a darse palmaditas en la espalda, inmediatamente tuve un pinchazo. Por supuesto, estaba en la rueda trasera. Mientras tanto, el sol salía cada vez más alto, y cuando, después de aproximadamente media hora, reparé la rueda, tenía mucha sed. Otras cinco millas más adelante tuve otro pinchazo. Esta vez pasó a estar exactamente fuera de un garaje.

He conocido lugares en Inglaterra donde una cierta cantidad de comercio siempre está garantizada por el ingenio de algunos de los propietarios de garajes que de forma regular y sistemática lanzan tachuelas y clavos a lo largo de la carretera en sus alrededores. Se me ocurrió que esta era una práctica que no se limitaba a Inglaterra, ya que el examen reveló que la causa de la punción era una buena uña larga atravesada de un lado del tubo al otro. Sin sentir una disposición muy ardua en ese momento, lo metí en el garaje para que lo repararan.

Me temo que estaba bastante molesto por el resultado. En en primer lugar, tuve que suministrar una solución al mecánico. En segundo

[Pg. 21]

lugar, tuve que quitarle el neumático. En tercer lugar, proporcioné un parche; y en el cuarto lugar, en realidad tuve que hacer el trabajo por él. Después de liquidar su cuenta, finalmente expliqué en un lenguaje tan cortés como pude reunir que, en mi opinión, la práctica de espolvorear clavos desechados y otros implementos en la carretera, aunque no era exactamente meritoria en sí misma, era un método tan encomiable para obtener una conexión comercial como muchos a los que se recurría con frecuencia en otros oficios. Expliqué, sin embargo, que después de haber sido víctima con tanto éxito de tal artificio, uno se consideraría justificado al esperar un estándar de mano de obra mucho más alto de lo que aparentemente se esperaba en su establecimiento.

Luego nos separamos, el mecánico expresando la esperanza de que nunca (crimson) me volvería a ver, y que si alguna vez volvía de esa manera y tenía un clavo en mi neumático (indiscible) que me vería en (Arizona) antes de que (fumara) ¡bien lo repararía por mí!

CAPÍTULO III

[Pg 22]

PHILADELPHIA A WASHINGTON

El paisaje ahora empezó a verse encantador. Cordilleras onduladas de colinas que se extienden a lo lejos agrupada a medida que nos acercamos al río Chesapeake, que desemboca en la conocida bahía a la que da su nombre.

"Todos a bordo para la bahía de Chesapeake".

... Me zumbé el aire hacia mí mismo cuando la carretera terminó abruptamente y un puente colgante continuó el curso a través de la amplia y pacífica desembocadura del río. Todo el país parecía estar impregnado de un vigor cómodo y saludable. Nada parecía en mal estado, descontento o afectado por la pobreza. Pasé por muchos pueblos pequeños y ciudades embrionarias. Todos fueron prósperos y todos extendieron una cordial bienvenida al viajero o visitante. Extendido a través de la carretera entre dos postes, justo antes de entrar en una pequeña ciudad, había una enorme pancarta blanca con las palabras:

"CONWAY CITY TE DA LA BIENVENIDA.
NOS GUSTA QUE LOS VIAJEROS NOS VISITEN.
ECHA UN BUEN VISTAZO A NUESTRA CIUDAD".

Conway "City" no demostró ser exactamente una metrópolis. Probablemente no era más que un pueblo agrícola acomodado. Pero las casas estaban limpias y ordenadas, de hecho, algunas de ellas eran muy hermosas, perfectamente actualizadas, pero nunca objetablemente modernas. Las carreteras estaban un poco llenas de baches en lugares, pero no estaban nada mal como las carreteras estadounidenses. Cuando salí de la ciudad, vi otro aviso similar al primero:

[Pg 23]

"GRACIAS POR VENIR.
ESPERAMOS QUE TE GUSTE.
VEN OTRA VEZ".

Me acostumbré tanto a que me diera la bienvenida a cada ciudad a la que vine que olvidé que era un "extranjero" en una "tierra extranjera". No hubo una ciudad o pueblo que no publicara su bienvenida de alguna forma u otra. En general fue a través de anuncios. Pero si me detuviera en una tienda al lado del camino para saciar mi sed (¡oh, el sol estaba caliente!) No me encontré con el ceño fruncido ni con incivildad. Me acuerdo de la vieja broma de *Punch* de hace muchos años:

"¿Oo es ese tipo por encima de eso, Bill?"

"Dunno; extraño, creo."

"Eave 'arf un ladrillo en 'im".

Eso es típico de lo que los *ingleses* pensamos de los extraños. El hombre de mejor educación o más refinamiento tal vez se exprese de manera diferente, pero siente lo mismo que la regla.

En esta coyuntura de mis ensoñaciones, el camino del macadam se detuvo y dio paso a la "grava natural". Eso fue bastante suficiente para posponer cualquier soliloquio que pudiera haber estado entregando hasta una fecha posterior. Los sesenta segundos de cada minuto se emplearon para mantenerme sustancialmente erguido. Los pequeños baches dieron paso a los más grandes, y ellos a su vez a los más grandes. La arena suelta, que tenía una o dos pulgadas de profundidad al principio, pronto asumió profundidades más considerables. Como solían decir los libros de detectives de nuestra juventud: "La trama se hizo más y más gruesa". Estaba forcejeando de derecha a izquierda, emujando enérgicamente en el suelo a cada lado con mis pies para mantener algún tipo de equilibrio. A veces, la rueda trasera agitaba la arena sin rumbo en un esfuerzo por agarrar algo sólido. Aquí y allá, la arena y la grava se acobraron en grandes crestas como si un poderoso arado hubiera estado por ese camino. Pasar por estas cosas, pensé, no era una broma. Además, fue un trabajo cálido; un trabajo muy cálido. De vez en cuando me encontraría dirigido absolutamente sin control de un lado de la carretera al otro, y solo con la mayor tensión podría mantener la máquina sobre sus ruedas. ¡Y con todo esto, la "autopista" todavía mantuvo su ancho de regulación de 90 pies! El observador ocasional de un avión de arriba se sentiría atraído con toda probabilidad por su rectitud, su blancura y su aparente uniformidad. "¡Qué camino tan espléndido!" pensaría.

[Pg 24]

No, yo no. Estaba en el punto de agotamiento físico con el remo, empujando y agitando y agitando aparentemente sin fin (¡y no olvides la bolsa de medio centenar en mi espalda!) cuando me tiraron a una parte empinada de la carretera a un lado. La rueda trasera se deslizó de forma floja hacia los lados por la pendiente y dejó todo descansando tranquilamente en la grava natural de Maryland.

Cuando me había desalejo de debajo de la máquina, inspeccioné la posición con un ojo crítico. ¡Qué camino para un país civilizado! ¡Estos yanquis deben estar muy locos por tolerar caminos como este!

En ese momento llegó un viejo Ford. Estaba completamente despojado de guardabarros, estribos y otros impedimentos. Mientras se revuelcaba más allá de mí, balanceándose hacia este lado y eso, a veces apuntando en ángulos rectos a la forma en que iba y con su viejo motor zumbando en el engranaje inferior y nubes de vapor que salen de su radiador (no tenía tapa; ¡debe haber volado!) el conductor parecía perfectamente a gusto. Rodó un tocón de cigarro de una esquina a la otra y miró con indiferencia hacia adelante. Creo que ni siquiera se dio cuenta de mí y de mi motocicleta reclinada. No pude reprimir una sonrisa, ya que su vieja caja de trucos desapareció lentamente por el camino, meneando su cola de esta manera y aquello y evitando por poco una catástrofe cada pocas yardas. "¡Tú, grupo de comerciantes de hojalata!" Me reflexioné (¡no tanto en referencia al conductor como a la nación en general!) cuando su forma

[Pg 25]

decreciente finalmente se deslizó de lado en la zanja en una curva en la carretera.

Y luego me llamó la atención un pensamiento angustioso: "¡Nunca me creerán cuando vuelva a casa y se lo diga!" Así que saqué mi pequeña cámara de la caja de herramientas en el tubo superior y rompí la peor parte de la carretera allí y luego. Siguió una lucha de cinco minutos, en la que "Khaki Lizz" fue retirada de su zanja.

A modo de alimento para sostenerme en cualquier otra pelea con el camino, lenta y meditativamente consumí solo una naranja antes de continuar una vez más.

Pero las cosas no mejoraron. Aquí y allá, donde las crestas de tierra y grava no habían sido perturbadas, crecían mechones de hierba y malezas. Enormes suras, cruzando y volviendo a cruzar en la arena restante, mostraban dónde los coches estaban a punto de pasar según lo dictado, y con solo dos ruedas apenas era posible mantener ningún progreso.

"¡Agárrate todo! ¡Esto es DEMASIADO!" Exclamé, después de algunos desmontes precipitados más, y tomé otra foto y comí otra naranja.

Una o dos millas más lejos llegué a una máquina de aspecto extraño al lado de la carretera. Era una especie de combinación de tractor de vapor y arado automático, pero mucho más grande y más complicada. Su función principal era cortar *en masa* los lados y los bancos de la carretera y palear los escombros en el medio. La hierba, los arbustos, los arbustos y los árboles jóvenes por igual fueron víctimas de sus actividades. ¡Este era realmente el límite! No satisfechos con el estado de la carretera tal como estaba, enviaron este mecanismo de "Heath Robinson" para mejorarlo. Me detuve y dejé la bicicleta de pie en la carretera donde estaba, no había necesidad de apoyarla contra nada, y volví a cuestionar al conductor de este implemento en cuanto a su función en la vida.

[Pg 26]

No estaba perturbado en lo más mínimo ni por mi pregunta ni por el acalorado estado de mente y cuerpo en el que me acerqué a él. Puntuado por intervalos en los que masticaba lentamente un trozo desgastado de chicle, explicó que a todos los buenos automovilistas les gustaban las carreteras anchas; que el Consejo de Estado había decidido que los automovilistas deberían tener carreteras anchas; que habían proporcionado máquinas para ampliar las carreteras que en la actualidad no estaban a la altura del ancho estándar; ¡y, finalmente, que



UNA OCURRENCIA COMÚN.
Con permiso del Dr. F. Rolt-Wheeler.

Así que tomé otra fotografía, me comí otra naranja, pateé el autoiniciador una vez más y empujé de nuevo. El camino empeoró cada vez más. A veces había roderas y a veces había tiras de campo sin arar en medio de él. Pero no gasté más películas en ello. Después de todo, decidí que la gente en casa tendría que creer en mi palabra. Unas diez millas más adelante llegué a una encrucijada. Estaba perfectamente recto y bellamente pavimentado con hormigón y se extendía de un horizonte a otro. ¡Con qué alegría miré su rostro! Había una choza de madera en una esquina, evidentemente un salón. Un negro se sentó en la puerta, mirándome con indolencia.

[Pg 27].

"¿Es este el camino a Baltimore?" Pregunté, indicando la carretera de hormigón.

Sin respuesta. Pero siguió mirándome y escupió dos veces.

"Debe ser sordo", pensé. "¿Cómo va esto para Washington?" grité.

Todavía no hay respuesta.

"Di, hermano, ¿cuál es el camino a Baltimore?" Pregunté tan cortésmente como sea conveniente.

La denominación "hermano" tuvo su efecto. El negro se sacudió el pulgar sobre el hombro, lo que indicaba que tenía que seguir recto (y, por cierto, seguir ese insoportable tramo de grava natural).

Afortunadamente, Baltimore no estaba a muchas millas de distancia, y cuando llegué allí respiré muchos suspiros de alivio. Había caminos pavimentados, buenos y verdaderos; macadam y hormigón por millas y millas, hasta Washington. Elegí mi camino por instinto a través de Baltimore, la capital del estado de Maryland, sin parar para comer o descansar. Llegaría a mi destino antes de dar paso a esas necesidades físicas. Ciertamente tenía apetito, pero siempre siento que más de dos comidas al día cuando estoy de gira no solo son innecesarias, sino que significan una pérdida de tiempo, dinero y distancia.

Los informes sobre el estado de la carretera por delante resultaron ser ciertos en cada detalle, y lanzando a los vientos todo el respeto por trivialidades como los límites de velocidad, comesté al menos una buena fracción del tiempo perdido en la carretera.

Cuando, alrededor de las 5 p.m., llevé a Lizzie a su puesto fuera de una de las "cafeterías" de Washington, empecé a sentir una timidez incipiente. Dudaba de si debería ser capaz de entrar en cualquier hotel respetable. Estaba cubierto de polvo y suciedad. Tocado de cualquier tipo del que había prescindido por completo. Mi pelo estaba polvoriento y anudado por el viento. Debido al calor, también me pareció aconsejable quitarme el cuello y la corbata, para que el viento pudiera circular tanto como fuera posible. ¿Cómo podría, en tal condición, mantener mi autoestima en Washington, la magnífica capital de los Estados Unidos?

Afortunadamente, no tardé mucho en superar tales escrúpulos. Otro día o dos en la carretera, y estuve perfectamente a gusto durante los intervalos en los que tuve relaciones sexuales con la civilización. De vez en cuando experimenté una dificultad para entrar en una farmacia para tomar una bebida helada, y a veces me sentía un poco tímido en mi cuello desnudo y quemado por el sol, pero a nadie parecía importarle. Pronto descubrí que en Estados Unidos, y particularmente cuando se viaja por Occidente, uno podía usar absolutamente cualquier cosa que su fantasía pudiera dictar sin despertar la más mínima molestia.

Después de satisfacer mis requisitos en la "cafetería", el segundo punto de mi programa fue una visita a la oficina de correos. Esto reveló el sórdido hecho de que no había dinero esperándome. Se puede entender fácilmente que tal descubrimiento podría haber resultado muy angustiante. Me habían aconsejado que no me llevara mucho conmigo, sino que hiciera un cable para un borrador desde casa a intervalos. Mi asesor, como estaba después para averiguar a mi costo, había pasado por alto el estado completamente caótico del servicio de correo transatlántico de la posguerra.

Sin embargo, todavía me quedaba un poco, lo suficiente como para llevarme cómodamente a Cincinnati, mi próximo depósito financiero, así que ¿por qué preocuparse? Siempre podría trabajar para ganarme la vida, o en cualquier caso, si no me sentía inclinado a eso, podría empeñar algo.

Encontré un hotel que, desde el exterior, se adaptaba a mi fantasía. Simple, grande y sin pretensiones, se describió a sí mismo en un letrero iluminado como el "Nacional". Reservé una habitación a tres dólares (12s. 6d.) y salí a ver los lugares de interés. [Pg 29]

Me impresionó Washington. Es realmente una ciudad de hermosas calles y magníficos edificios. Sin duda, es la ciudad *de lujo* de América. Siendo la capital, la riqueza se derrama sobre ella. Ninguna fábrica o desechos estériles desfigura su elegante semblante. Cada calle o avenida brilla por la noche con una desconcertante multitud de señales iluminadas. Este método de publicidad es típicamente estadounidense. La primera impresión de un extraño que visita una gran ciudad estadounidense por la noche es que está en un palacio luminoso para niños. Hay iluminaciones y decoraciones de toda naturaleza concebible. A veces, una sola señal publicitaria, tal vez alguna marca particular de chicle o cigarrillo o automóvil tiene miles y decenas de miles de miles de miles de luces maravillosamente mostradas en diferentes colores y dispuestas en diferentes series, una serie parpadeando a la vista a medida que otra desaparece, luego unos segundos más tarde dando lugar a otra aún más maravillosa, y finalmente llega a un gran clímax en el

Cuando finalmente me encontré de vuelta en mi hotel, iba a ser víctima de otra desilusión. Ningún país en ningún lugar podría rivalizar con Estados Unidos en hoteles, había pensado. Pero entonces no había experimentado el "Nacional" en Washington. La habitación que se me asignó fue literalmente un ultraje. Era uno de los más pobres que uno esperaría encontrar en una casa de embarque del East End en Old Kent Road. Tenía una ventana, que daba a un "área" inimaginablemente triste. La alfombra estaba desencadenada e incolora. Los muebles, que consistían en una cama, un tocador, un armario y una silla, obviamente sufrían de una decadencia senil avanzada. Había un lavabo en una esquina que contaba con dos grifos y un trozo de madera para detener el agujero. La puerta mostraba signos de haber estado sin cerradura durante muchos días. Sin embargo, estaba demasiado cansado para preocuparme por las trivialidades de los detalles, así que poniendo mi revólver debajo de la manta cerca de mí en caso de posibles eventualidades, me acosté en paz para dormir. [Pg 30].

Sin embargo, no ocurrió nada que perturbara mi paz mental o corporal durante toda la noche. A la mañana siguiente me encontré caliente en el camino de la guerra después de un baño. Después de varias peregrinaciones, desenterró una pista. Era en la forma de un negress muy corpulento, evidentemente una camarera. "¿Baño?" "No, dere no soy baño h'yar", me informó. Pero persistí en mis preguntas, sospechando que su respuesta es una mera excusa para la pereza. Finalmente, como último recurso, tomé distraídamente mi "salvavidas" de mi bolsillo de la cadera y lo miré con vacío. Su efecto fue mágico. "Sí, saar, sí, saar, ¡ha a la derecha, h'yar! ¡Te encuentro en el baño!"

Cuando llegué a cuadrar esa mañana, le di mis respetos y tres dólares a la gerencia.

"Vea aquí, señor gerente", dije en un tono tal que todos los que estaban a la distancia de la audición también tenían el beneficio, "¡He viajado un poco de aquí para allá, pero nunca en NINGUNA ciudad en NINGÚN momento he golpeado NINGÚN hotel que por su ura podredurío se compare con ESTE!"

¡Tengo una idea en el fondo de mi mente de que ese gerente no ama a los ingleses!

Ahora que había visto la capital de Estados Unidos, volví mi cara hacia el oeste, y comencé a hacer estimaciones precipitadas y promesas frívolas para mí mismo con respecto a mi destino para el día. ¿Podría llegar a Cincinnati al día siguiente? ¿Cuánto tiempo se tardaría en hacer las 550 millas más o menos? ¿Y cuál sería mi recepción cuando llegara allí? Tenía algunos amigos en Cincinnati, amigos que ni siquiera había visto. ¿Qué pensarían cuando vieran a ESTE espécimen rodar hasta su puerta principal en Clifton Avenue? ¿Lizzie iba a hacer todo lo que estaba haciendo bien? ¿Cuándo debería llegar a la costa? ¿Qué tipo de carreteras debería encontrar "en el oeste"? Y así me preguntaba. [P. 31]

CAPÍTULO IV

[Pg 32]

EXCEDIENDO EL LÍMITE DE VELOCIDAD

No perdí mucho tiempo en la carretera. Afortunadamente, había una buena proporción de camino de hormigón, aunque la inevitable grava natural no era de ninguna manera visible por su ausencia. También pasé por muchos tramos de camino de ladrillo.

Esta variedad se limita en Inglaterra principalmente a las calles de la ciudad, y casi siempre se asocia con los tranvías. No es así en Estados Unidos. En las carreteras principales del este he pasado por muchos tramos de diez millas de carretera espléndidamente pavimentada hecha únicamente de buen ladrillo rojo, y del tamaño y forma y curvatura correctos de la superficie que literalmente hacían que los neumáticos tararean y cantaran mientras cada ladrillo se tocaba momentáneamente en procesión sin fin. No necesito decir que por cada buen tramo de camino de ladrillos hay MUCHÍSIMOS malos, solo para añadir un toque de vida a *la gran ruta*. Aquí y allá uno no se encontraría de ninguna manera con parches solitarios donde aparentemente algún agricultor emprendedor había roto algunos ladrillos frente a la casa de alguien para reparar su cobertizo o construir una nueva pocilga, o tal vez para ayudar a poner otro piso en su casa. ¡Parece que la mente layera como la mía es una desventaja decidida en este método de construcción de carreteras! Por decirlo suavemente, es desalentador cuando uno está disfrutando de un sprint de cincuenta millas por hora en un tramo recto de carretera visible casi desde horizonte a horizonte, ser despertándose groseramente de la contemplación rápida pero pacífica de las bellezas de la naturaleza, la belleza de la atmósfera y las alegrías de conducir al ser arrojado sin piedad sobre el man En un punto del que tengo recuerdos muy vívidos, el camino dio un pequeño chapuzón hacia abajo y hacia arriba de nuevo. En el fondo del "valle" así se formó un joven pero aspirante a cañon donde una corriente rebelde había dejado su camino prosaico para salir en la vida por su cuenta al otro lado de la carretera. Desafortunadamente, su presencia era indecible hasta que se hizo un conocimiento cercano.

[Pg 33]

Cuando llegué, estaba vagamente consciente de que algo había sucedido, pero como el motor todavía estaba en marcha y la rueda delantera

todavía era bastante circular, me levanté y monté, pero no hasta que llegué definitivamente a la conclusión de que si hubiera estado haciendo sesenta en lugar de cuarenta y cinco, ¡debería haber saltado a través del pedazo de carretera que no estaba allí y no haber

Aquí fue que comencé a rascar cruces en el tubo superior para llevar la cuenta del número de veces que me echaron en todo el viaje.

Cuando el tubo superior se puso demasiado corto, los puse en el tubo delantero.

Cuando estaba lleno, los rasqué en los tubos inferiores.

Después de eso confié en la memoria. Pero fue entonces cuando llegué al "Lejos Oeste".

Sin embargo, hice un buen tiempo, a pesar de un revés ocasional, y esperaba completar trescientas cincuenta millas ese día. Con suerte, debería llegar a Cincinnati el siguiente, y luego, oh, por las alegrías de un buen baño caliente, ropa limpia, comida bien cocinada y, por último, pero no por lo menos importante, buena compañía. Y tampoco estaba olvidando que solo tenía unos veinticinco dólares en el bolsillo. Sin percances, debería tener suficiente y de sobra incluso para tres o cuatro días de viaje. [P. 34]

Todavía no era mediodía, y el sol se estaba poniendo muy caliente. Además, me estaba dando hambre. Aunque creo que el sistema de dos veces al día es excelente, seguro que uno tiene un apetito rugiente por el desayuno al final de un viaje de cien millas. Así que si no tuviera una excusa moral para un poco de trabajo de velocidad real, al menos tenía una física. La superficie de la carretera ahora cambió de ladrillo rojo a deslumbrante hormigón blanco como en la gran distancia de las montañas Alleghany, esa cordillera inexpresablemente hermosa que se extiende paralela a la costa atlántica desde Maine hasta Georgia, se cilió gradualmente más alto en el horizonte, sus diferentes tintes creciendo cada vez más profundos a medida que pasaba milla tras milla.

Apenas había un alma en el camino. De vez en cuando pasaba un coche de turismo cargado de carga humana y con bolsas de equipaje, cajas de cinta y portmanteaux apilados y atados (¡y a veces creo que pegado!) a cada guardabarros, ala o proyección disponibles que fueran lo suficientemente grandes como para acomodarlos y bastantes que no lo fueran. Luego pasó volando un vagón de heno, y luego, después de unas pocas millas, un granjero solitario a caballo, no es en absoluto una vista común en esta tierra de Fords y automóviles. Y después de unas pocas millas más, una pequeña mota negra apareció en el horizonte. Tardó mucho tiempo en ponerse al día. Cuando me acerqué, me convertí en un Buick roadster, sus dos ocupantes, un joven y su (aparente) prometida, evidentemente disfrutando de un pequeño giro en el país. Y él tampoco estaba gateando. Un toque de mi bocina eléctrica (¡oh, era una bocina preciosa!) despertó su alma de su soliloquio y se atrajo hacia la derecha, saludándome vigorosamente mientras lo hacía. Y cuando lo pasé, pareció acelerarse un poco. Miré hacia un lado por un instante y vi un brillo en su ojo. Así que acepté su desafío tácito y miré de vez en cuando por encima de mi hombro. Estaba aguantando bien, sus seis cilindros a mis cuatro. Se pasó una milla y todavía estaba un poco atrasado. El camino estaba despejado y recto, así que abrí un poco más. [Pg 35]

Otra mirada. Todavía estaba allí. Mi velocímetro flotaba alrededor de los cincuenta.

Para no ser más que el quede, torcí el agarre derecho del manillar de Lizzie lo más lejos que podría, y como un perno del azul nos lanzamos hacia adelante. Cincuenta y cinco, sesenta, sesenta y uno, sesenta y dos, sesenta y cinco. El viento simplemente chillaba en mis oídos.

Una mirada hacia atrás, nuestro amigo estaba perdiendo lentamente la distancia. Uno o dos minutos más y se estaba quedando rápidamente atrás. En diez millas estaba casi de vuelta en el horizonte.

Tuve visiones del desayuno en "Hagerstown", la próxima ciudad de importancia no muy lejos. Y así me olvidé de nuestro amigo del Buick. En diez minutos llegué a un pueblo. Como de costumbre, la buena superficie de la carretera se detuvo y las carreteras que atraviesan la ciudad pasaron del hormigón perfecto a una ñaña infernal de agujeros, barrancos, surcos y montículos. Los tabloncillos de anuncios irónicos advirtieron al viajero que debía reducir su velocidad a quince millas por hora. ¡Era purgatorio incluso para ir a las cuatro! Se sumerge en una masa ibranante de olas del suelo a gran velocidad es desconcertante. Te molesta. Pero es una costumbre que crece en ti en América del Este. Te tambaleas de lado a lado; saltas, saltas y saltas aquí, allá y en todas partes; tus propios huesos se sacuden en sus cuencas; tu temperamento se acerca a un frenesí de desesperación; ¡y tu lenguaje!

El momento era cuando me sonrojaba de vergüenza ante el sonido de una palabra que era mala. Entonces llegó una guerra y aprendí a experimentar el encanto relajante de un flujo ocasional de lenguaje. De vez en cuando conocí a un sargento mayor que podía jurar libremente durante cinco minutos sin siquiera repetirse. [Pg 36]

Y luego ando en moto por los Estados Unidos. Y mi corazón se regocijaba dentro de mí por haber recibido una educación tan excelente. Descubrí que con muy poca provocación o práctica podría, si hubiera deseado, haberme graduado a una etapa mucho más alta de perfección en los Estados Unidos que con el ejército británico en Francia. De hecho, iré tan lejos como para decir que cuando finalmente llegué a San Francisco, no solo podría haber avergonzado al sargento mayor más culto que jamás haya entrenado a reclutas en una plaza, sino que en sus momentos de mayor iluminación, sus poderes de expresión habrían aparecido como la charla inútil de la infancia en comparación con lo *que* podría haberle enseñado.

Así que es por eso que bajé la velocidad cuando llegué a "Victorville".

En unos minutos, ¿quién debería venir a nuestro amigo con el piloto de Buick? Disminuyó la velocidad y levantó la mano. "¿Me importa parar aquí un minuto?" preguntó.

"En absoluto", respondí, pensando que quería preguntar por el camino o pedir prestada una bujía, o tal vez pedir una cerilla.

Se Salió de su coche y vino.

"Di, ¿sabes qué velocidad estabas haciendo allí atrás?" preguntó casualmente con una especie de sonrisa de solución del diez por ciento.

"Bueno, no lo sé exactamente, ¡pero supongo que TE gané, de todos modos!" Me refí.

Cuando sacó un bolsillo de su abrigo y lo abrió. (Voy a darme su tarjeta, pensé.) [Pg 37]

"Te molestaré por tu número", dijo, cuando llegó a una página que estaba bien impresa en columnas listas para usar.

Desde ese momento vi las cosas bajo una luz diferente. En verdad, el funcionamiento de la ley parecería estar cada vez más interesante.

"¿Y su licencia, por favor?" después de haber quitado obligentemente una capa de polvo de mi matrícula.

"¿Qué licencia?"

"Tu permiso de conducir, por supuesto. ¿Qué te parece?"

"Ver aquí. Mebbe, me veo un poco como una taza, pero sé que no tienes que tener una licencia separada en el estado de Nueva York, ya que tu máquina está registrada. La matrícula es lo mismo que una licencia".

"Oh, ¿verdad? No lo sabía". (Pausa) "Bueno, ¿te importaría seguirme un poco por el camino, la siguiente cuadra menos una? No está lejos".

En el que se subió a su coche de nuevo y se movió lentamente hacia adelante, mientras su amiga sobresalía su brazo de un lado como para detenerme si me inclinaba a pasar corriendo.

De hecho, lo pensé, porque sabía que podía darle una oportunidad por su dinero, pero Estados Unidos, recuerdo, era conocido por su servicio telefónico y no podía imaginar tener que recurrir a un escondite cerca de las orillas del Ohio o tal vez a un campo de maíz en algún lugar de Indiana.

Así que los seguí hasta la esquina.

Nos detuvimos en una pequeña chabola de madera en la puerta de la cual había una tabla con el letrero "DANIEL S. TOMKIN, ABOGADO". Mi amigo el "policía de velocidad" abrió la puerta y me llevó a un pasaje. A la derecha había otro marcado "JUSTICIA TOMKIN". "Entra: entra", gritó una voz estridente y sórrida mientras el "policía" llamaba a la puerta.

[Pg 38]

"Tengo un caso para ti, juez", dijo, cuando entramos.

"¡Oh, sí, oh, sí!", y luego para mí, "Siéntate, señor, por favor, y eh, siéntete como en casa".

Me temo que en ese momento empecé a reírme. El "Juez" era el tipo de hombre que nos encanta ver "en las fotos" en Inglaterra, pero que nunca creemos que realmente exista. Había visto su prototipo docenas de veces antes. Alto y esconeso, piernas delgadas y pantalones ajustados, fiso de "Tío Sam" con la barba de cabra habitual y con estrellas y rayas impresas en tinta indeleble por todas partes. Se sentó en un escritorio sin papeles, libros, cartas u otros impedimentos. No sé cuánto tiempo había estado despejado el escritorio para la acción, pero sus deberes como Juez de la Paz evidentemente no implicaron ninguna hora extra por el aspecto de las cosas. La habitación era pequeña y suda y sus paredes estaban cubiertas de estantes apilados con libros de todos los colores, formas y tamaños.

JUEZ. "¿Y qué ha estado haciendo este caballero?"

SPEED COP (produciendo un cuaderno y leyendo de él). "Conducir una motocicleta por encima del límite de velocidad legal, es decir, a cuarenta y cinco millas por hora".

JUEZ (después de llegar desde una estantería a un gran libro rojo marcado "Leyes, leyes y reglamentos existentes en el estado de Maryland", o palabras a tal efecto). - "Procederé a leer el número de Statoot número 51, artículo 13, sección 321b, subsección 2a de la 'Ley de Regulación del Tráfico en el Estado de Maryland, 1898". - (Risa sumergi cualquier delito posterior; y cualquier persona declarada culpable de exceder las 30 millas por hora pero no más de 35 millas por hora será responsable de una multa de no menos de 10 dólares por el primer delito, etc., etc.; y cualquier persona declarada culpable de exceder las 35 millas por hora pero no más de 45 millas por hora será responsable de una multa de no menos de 25 dólares por el primer la alegría disminuya) - "pero cualquier persona declarada culpable de exceder las 60 millas por hora será pasible con una multa de 250 dólares por el primer delito y de 1.000 dólares y prisión por cualquier delito posterior. Me temo que, señor, en vista de las pruebas y los dictados del número 51 de Statoot, artículo 13, sección, etc., etc., tendré que administrar la multa mínima de 25 dólares". (Vuelvo a respirar).

YO MISMO. "Di, juez, parece que nos hemos adelantado un poco, ¿verdad? ¿No voy a tener la oportunidad de decir algo?"

JUEZ (un poco "peeved". Evidentemente, ese aspecto del caso no se le había ocurrido). - "Por todos los medios, señor, por todos los medios. Di broma lo que quieras".

Ahora no tengo ni la elocuencia de un Disraeli ni la declamación de un Demóstenes, pero afirmo que no tengo un pequeño poder de persuasión cuando se trata de un argumento o una cuestión de opinión. Así que reuní todos los esfuerzos y convoqué todos los recursos para convencer a este juez malévolo de que había estado leyendo sus "Statoots" al revés y que, lejos de ser incriminado, debería, por el contrario, recibir un premio apuesto. [Invoqué la ayuda de todos los artificios conocidos por la humanidad. Cada inflexión de la voz; cada modulación del discurso; cada llamamiento a la simpatía, la inocencia, la ignorancia y la juventud que conozco fue evocada.

Pg 40]

¿Y con qué propósito? ¿Se movió el juez? También podría haberle leído el *declive y la caída del Imperio Romano* de Gibbon en cinco minutos por todo lo bueno que hizo.

"Lo siento mucho, señor", dijo, "pero el Statoot dice que la multa mínima es de 25 dólares, por lo que debe ser de 25 dólares".

"Pero, mi querido buen juez", dije, "solo tengo unos 25 dólares en el mundo en este momento".

"Bueno, lo siento mucho, pero la multa es de 25 dólares" (y luego una idea de último momento) - "¡Oh! y los costos también".

"¡Costos!" Me quedé siná sin asombro.

"Sí, mis costos serán de 75 centavos, y eso hace 25 dólares 75 centavos en total".

Luego siguió más discusión, más persuasión, más elocuencia, más apelaciones, pero todo fue en vano. Saqué mi cartera y conté mis pertenencias.

Tenía solo 25 dólares y algunos "mordeos" impares.

Y luego el humor de la situación me atrajo una vez más, y más fuerte que nunca. Me reí del policía y me reí del juez y me reí de mí mismo por reírme y pagar más de los 25 dólares y 75 centavos.

"Muchas gracias. Buenos días, señor", dijo el juez mientras tenía los "bucks" sueltos en el cajón de su escritorio.

Aquí el policía habló: "Tengo otro cargo contra el acusado, de viajar sin su certificado de registro, pero se está haciendo tarde, y creo que también podríamos pasarlo por alto en vista de las circunstancias". (Evidentemente estaba pensando en su chica esperando afuera).

Sugerí que también lo sería y dejé que el juez se regodeaba con sus ganancias mal ganadas.

[Pg 41]

La idea de que ese juez con cara de cabra y su amigo de ojos elegantes, el "policía de velocidad", tuvieran una buena cena juntos a mis expensas no me atrajo a mí mismo. ¿Cómo iba a viajar 450 millas, comprar gasolina, aceite y comida con unos diez peniques en el bolsillo? En el lado opuesto de la carretera estaba Lizzie con su portador apilado alto y polvoriento, esperando, esperando pacientemente, a su señor y amo. ¡Ah, vista patética! Una idea, vuelvo al santuario del "Abogada de la Ley".

Estaba contando sobre las notas de nuevo.

"Di, juez. S'posing, devuélveme esas notas de nuevo. ¿Qué significará encarcelamiento?" Desde la infancia, siempre había apreciado un deseo salvaje de pasar una noche en la cárcel. "El Statoot estipula que habrá un equivalente a un día de prisión por cada dólar de multa".

(Depths de desesperación una vez más, luego de iluminación). "¿Puedes mostrarme el estatuto que dice eso?"

"Claro", y él cogió el volumen.

"Muy bien, no te molestes", dije, y lo dejé una vez más para que contara sus 25 dólares y 75 centavos.

De alguna manera no pude evitar reírme de todo. Tan interesantes luces laterales sobre el funcionamiento de las leyes ragtime de Estados Unidos no se encuentran todos los días del año, reflexioné. ¡Pero qué divertido estar solo en Estados Unidos con nada más que una moto y un diezpence!

Supongo que el juez se preguntaba de qué me reía mientras me miraba a través de la red de moscas en su ventana mientras pateaba el motor y me alejaba.

A decir verdad, no me conocía a mí mismo.

Me preguntaba cuándo se agomaría la gasolina.

CAPÍTULO V

[Pg 42]

A TRAVÉS DE LAS ALLEGHANIES

Es extraño decirlo, no me sentí ni un poco "enobed" por este suceso, pero hay que enfrentar los hechos, y cualquiera que se haya encontrado alguna vez en una tierra extraña a 4.000 millas de casa, con una moto y diez peniques, estará de acuerdo en que hay que hacer algo al respecto tarde o temprano. Todo tipo de formas y medios de ganar dinero rápidamente, ¡el problema eterno!, me ocurrió, pero los despedí a todos por una razón u otra. Podría sostener el siguiente coche que pasé y disparar a los ocupantes después de aliviarlos de su excedente de efectivo. Pero eso pensé que era una forma desagradable de conseguir dinero. Lo había visto hecho en las "películas", pero decidí dejar ese *modus operandi* para un último extremo. ¿Qué iba a ser: el trabajo de una semana o el "cambiar" el reloj? Reflexioné. Recibí muy poca inspiración de mi entorno en un problema de ese momento. En cambio, me exhortaron a casi cada cien yardas a "Dirlo con flores" o a "Chew our famous Smello'mint Gum". Entonces se avecinaba un enorme cartel amarillo que llevaría la leyenda "Playtime Biscuit". Cada milla más o menos aparecería otra y más ominosa inscripción, "Véndelo y compra un Ford". "Para todas las dolencias internas, 'Kewrit' es el remedio soberano", soltó otro cartel. "El remedio soberano", reflexioné. ¡Pero dilo! ¿Qué fue eso? ¿El remedio SOBERANO? - Inspiración por fin. Lizzie'sthrottleparecía cerrar los ojos con un chasquido. Los frenos se encajecutaron de repente y en unos momentos me estaba quitando la túnica al borde de la carretera. El recuerdo me había dado cuenta de una amable hermana que cosía algunos soberanos dorados en el forro del cinturón de esa misma túnica hace meses en el viejo Brum. Sin duda, ella me había imaginado cayendo en manos de bandidos mexicanos en algún momento de mis peregrinaciones. Al principio recordé que había protestado contra una precaución tan aparentemente innecesaria. ¡Gracias a Dios que ese argumento contra una mujer nunca es de utilidad!

[Pg 43]

Busqué y encontré; unos cuantos puntos cuidadosamente retirados con una navaja de bolsillo revelaron a dos brillantes "niños amarillos" a mi mirada ansiosa. Aceleramos una vez más, acarrándose, girando cada vez más rápido. La verdad es que no hicimos trabajo, pero seguro que giramos. Si el cielo era azul, era más azul que nunca. Si el camino hubiera sido bueno, nunca fue tan bueno como ahora. Las brisas refrescantes bajaban desde las colinas; las dulces vistas a la vista; los encantadores dells y arroyos revoloteaban, y nunca el llamado de la naturaleza sonaba tan fuerte.

Y todo por dos monedas olvidadas.

Hagerstown apenas me recibió con los brazos abiertos. Un pequeño pueblo próspero y de tamaño justo, contaba con un servicio de tranvía y dos bancos. Mi corazón no se alegró por la contemplación del servicio de tranvía. Lo hizo al ver los bancos.

Polvorientado, despeinado y con un atuendo ruinoso, apoyé a Lizzie contra la acera y monté los escalones de mármol del "Primer Banco Nacional". Las enormes puertas batientes frunció el ceño mientras chillaban y gemían a mis órdenes. Me paré en medio de un palacio dorado repleto de deidades de aspecto austero con mangas de camisa blanca detrás de mostradores de mármol y rejillas de trabajo elegante. Nada intimidado, golpeé a mis preciosos soberanos en el mostrador ante la quintaesencia de la hombría immaculada con un "Cambia esos, por favor" como si fuera el tipo de cosas que hacía todos los días de mi vida.

[P.o 44]

Érase una vez, a menudo, con el orgullo creciente, había expandido mi pecho ante la idea de que un soberano británico fuera honrado en todos los países del mundo y en cualquier rincón del mundo. Había contado sin Hagerstown. Parecía que la deidad de aspecto austero a la que se hacía referencia antes no estaba en absoluto impresionada por mi visión de la situación. Debe haber sido el *conjunto de promoción* personal que lo puso en guardia. Podría obligarme enviándolo a Nueva York a la oficina central, dijo. "¿No pude esperar un par de días?" se suponía.

No sirve de nada. No le gustaba mi cara y no quería mi oro.

Raspé la suciedad de mis botas en sus escalones de mármol y crucé el camino hacia el "Banco Incorporado de Holanda".

Después de llevar a cabo una larga batalla de discusión y exhortación con todos los empleados en sucesión y todo en vano, comencé a darme cuenta de que la moneda británica no valía más que las pequeñas conchas marinas que en los primeros días del comercio se suponía que debían ser utilizadas por los emprendedores nativos de las comunidades prehistóricas. Con una valiente muestra de indignación, exigía que el gerente se produjera de inmediato. Es extraño decirlo, apareció. Lo llevé a un lado y en mi confianza. "Mira aquí, viejo", comento yo. "esté en un pequeño agujero. Todos tus satélites dignos aquí piensan que soy una especie de cruce entre un cuello de goma y un ladrón de carreteras. El hecho es que me han apresurado por exceso de velocidad en el último pueblo y solo tengo dos soberanos que me llevan a Cincinnati. Ahora no me digas que no los vas a cambiar". Con lo cual me miró con cuidado y luego al oro, examinándolo minuciosamente. "Supongo que podría arreglarlo por ti, pero espera un minuto hasta que pueda conseguir que alguien los identifique. Nunca vemos cosas como estas, ya sabes".

[Pg 45]

En pocos minutos regresó con un cómplice, que miró con asombro las monedas mientras yaban en el mostrador. "¡Gor' blimey!" dijo: "¡No hagas que tus ojos parpadeen bien! Hazme rosa, ¿y has traído a estos ole yallerboys por el camino desde Inglaterra?" y los recogió con reverencia y se regodeó con su alegre chinkle mientras los dejaba caer de nuevo en el mostrador. "¡Lor", he gastado muchos en ellos! ¿Cuánto d'ye quiere para ellos, gev'nor?"

"Cuatro dólares ochenta cada uno", respondí.

"¡Hecha! Pásalo el 'oof, jefe. No está mal con ellos".

Verdaderamente se dice que la música tiene encantos para el pecho salvaje. Una vez más, Lizzie irrumpió en un rugido, y una vez más giré su nariz hacia el oeste.

¿Música? Ese dialecto de Cockney parecía una maravillosa melodía fragante que retallaba a través de las cepas de una fuga pesada. Fue como una grieta repentina en las nubes de trueno a través de la cual estalló un animador rayo de luz solar. Fue un sacrilegio incluso pensar en esos nueve dólares de papel que había metido tan ansiosamente en mi bolsillo de la cadera. "Gracias a Dios, hay al menos un lugar en los EE. UU. donde el inglés del rey se habla sin manchar", me murmuré a mí mismo.

El camino a Cumberland iba bien. Ahora teníamos que empezar a cruzar las montañas Alleghany.[Esta maravillosa gama, que también lleva el nombre de los Apalaches, no tiene, en mi opinión, ningún rival en las Montañas Rocosas Americanas en lo que respecta a la belleza de su paisaje y las infinitas variaciones de color de sus laderas. "El mejor paisaje del mundo, señor", decía un estadounidense, y tampoco estaría muy equivocado. Tal vez sus alturas no sean tan majestuosas como las de las Montañas Rocosas; puede que no haya glaciares en sus laderas ni crestas de blanco brillante eterno en sus picos, pero hay una riqueza incomparable de belleza natural en los bosques de pinos azules y morados de sus alturas menos aspirantes y las innumerables arroyos y ríos brillantes que encuentran su fuente en las estribas

Pg 46]

"Cumberland" es una ciudad relativamente grande en medio de las colinas y tiene un nombre. Sin duda, el distrito circundante recordó a los primeros colonos tan a la fuerza nuestro propio distrito de lagos que se inspiraron para perpetuar su memoria, como lo han hecho en tantos otros distritos, ciudades y ríos en el extremo oriental o los estados de "Nueva Inglaterra". Aunque el descenso de las montañas fue en lugares casi empinados, el camino era excelente, y a excepción de los bulevares de hormigón de California, ofreció sin duda la mejor carrera que conocí en todo el país. Aunque me detuve varias veces durante períodos considerables para permitir que los frenos se enfriaran, no quedaba nada de las líneas de frenos cuando finalmente llegué a Cumberland, donde ofrecí un refrigerio adecuado y bien merecido al hombre interior de Lizzie y de mí mismo.

El camino ahora estaba libre de obstrucciones por delante y conducía sobre un país ondulante durante varios cientos de millas. Una vez más, los pensamientos de Cincinnati en la distancia con una vaga anticipación de algo que se acercaba a "Inglaterra, Hogar y Belleza", y el dinero también, ocuparon las horas a medida que avanzamos, dejando los puestos de la milla rápidamente detrás de nosotros. En lugares, viajar era bueno. En algunos lugares era claramente malo. Aquí y allá había tramos de varias millas de camino de ladrillo, y de vez en cuando reapararía nuestro viejo amigo la "Certa Natural", que conspiró tanto para hacer que la vida sobre dos ruedas no valiera la pena vivir. A veces, incluso eso proporcionaba una superficie bastante respetable. Sin embargo, mis firmes intenciones de no rehusarme en mi objetivo de llegar a Cincinnati al día siguiente, mantuvieron el ritmo, incluso para nuestra incomodidad mutua, e hicieron que todo vaya bien.

[Pg 47]

En Uniontown, a unas setenta y cinco millas más allá de Cumberland, varios pequeños golpes y sonajeros triviales en el motor perturbaban mi tranquilidad. El velocímetro registró solo unas 800 millas, y apenas esperaba comenzar a apretar las cosas internamente en esa etapa. Un poco más adelante y un cilindro, después de algunos fallos perentorios, renunció al fantasma por completo, y procedí unas pocas millas solo en tres. Cambié la bujía, con la esperanza de obtener mejores resultados, pero en vano. Después de unas pocas millas más, probé otro enchufe y luego otro, pero siempre con el mismo resultado. Después de viajar unas pocas docenas de millas de esta manera insatisfactoria, puse a Lizzie una vez más en su estrado. Esta vez examiné de cerca y encontré las válvulas, los grifos y los espacios libres en buenas condiciones. Aparentemente no había nada malo con el encendido, ni con el carburador, y no parecía haber ninguna razón en absoluto por la que surgiera tal problema, en particular, reflexioné, ya que estaba ansioso por no perder tiempo valioso. Al probar otro enchufe de uno de los otros cilindros y descubrir que el número 1 todavía era obstinado, me subí de nuevo, decidido a hacer el viaje solo con tres cilindros. Descubrí que podía tocar más de cuarenta y cinco incluso en eso, así que después de todo no había mucho de qué quejarse. Sin embargo, todo automovilista que tenga en cuenta su motor y pueda sentir la "a Aptitud moral" de incluso correr y un buen ritmo entenderá que viajar en tales circunstancias es decididamente desagradable y monótono.

[Pg 48]

En Waynesburg pasé por Pittsburg unas millas a la derecha, el "Birmingham" de América, el centro de una enorme industria del carbón y el hierro y, junto a Filadelfia, la ciudad más grande de Pensilvania. Unas pocas millas más lejos, crucé la frontera y entré en Virginia Occidental una vez más. Ahora estaba bastante oscuro y tuve que elegir la carretera lo mejor que pude junto a mi faro. Me estaba cansando y tenía mucha hambre, sin haber comido nada durante diez horas. Después de media hora, el faro parpadeó y se apagó, dejándome con solo un "amerje", como los estadounidenses llaman a la pequeña luz auxiliar, con la que mantenerme en la carretera y encontrar el camino. El motor, que antes sonaba bastante suelto, ahora emitía ruidos que significaban una agonía extrema de la mente. Luego, una espesa niebla de tierra se asentó sobre todo, haciendo casi imposible mantenerse en la carretera, y mucho menos mantenerse en la correcta. De vez en cuando desmonté en un esfuerzo por devolver la luz a la vida. Con frecuencia evitaba por poco ser atropellado por coches grandes con potentes reflectores que no podían verme en absoluto. Por lo general, significaba tirar hacia un lado de la carretera, bajar y agitar los brazos frenéticamente para indicar mi presencia. Entre el tiempo me puse más hambriento y más cansado, y seguí haciéndome la misma pregunta: "¿Por qué, oh, por qué me fui de Inglaterra?" La respuesta siempre venía: "¡Búsqumelo!"

Poco antes de la medianoche llegué a la pequeña ciudad de "Moundsville", en el río Ohio y en las fronteras de Virginia Occidental y Ohio. Todas las tiendas del lugar estaban cerradas, excepto la de un corpulento comerciante italiano de plátanos, naranjas y helados. Entré en su puerta con acción de gracias. El digno propietario me escudriñaba con la boca abierta. Finalmente lo renunció. Pude ver que se había estado preguntando: "¿Qué es esto y de ahí vino?" Me senté en el mostrador en su presencia y consumí tres helados, cuatro plátanos y dos naranjas. Después de presenciar su consumo, dejó caer su mandíbula inferior y se aventuró: "¿De qué estás?"

[Pg 49]

"Doanchew, preocúpate por tu vieja caja de pensamiento sobre de dónde soy, hermano, pero solo dime a dónde voy. Estoy a la derecha para llegar a Cincinnati. Ahora, por el amor de Mike, no me digas que no estoy en el camino correcto".

Su mandíbula cayó a través de un ángulo adicional de diez grados. Finalmente ofreció la información de que estaba a millas y millas de la carretera a Cincinnati, y que no tenía la "noción más dorada" de cómo debería volver a hacerlo. Con disgusto, llené mis bolsillos con plátanos y naranjas y presenté un refresco de helado más al ministro del interior y dejé su establecimiento.

Mi siguiente deber era encontrar un lugar donde recostar mi cabeza cansada. Decidí elegir un lugar donde el agua fuera conveniente, para poder lavarme por la mañana. El río era bastante inaccesible desde la carretera y los únicos lugares donde había la posibilidad de haber un arroyo estaban infestados de ranas y mosquitos. Después de media hora de búsqueda y escalada de largas colinas sinuosas en la espesa niebla húmeda, finalmente lo dejé de disgusto. Encontré un espacio abierto al borde de la carretera protegido por algunos árboles, y aquí puse mi abrigo a prueba de lluvia con la gruesa manta doblada encima, y con mi maleta como almohada, pronto me convencí de que estaba cómodamente acomodado para dormir. En unos minutos estaba bien en la tierra de los sueños. Soñé que estaba viajando al Polo Norte en un Ford de doce cilindros que fue tan rápido que derretió el hielo a medida que pasaba y finalmente se estrelló contra el Polo a una velocidad tan terrible que el equilibrio de la tierra estaba completamente alterado, como también el mío. En este punto, un mosquito lujurioso me infligió una tremenda picadura en la punta de la nariz, y me desperté con un comienzo. Entonces soñé que había emprendido un torneo de comer plátanos con un ejército de italianos, y que acababa de terminar el noventa y nueve cuando otro bocado en el medio de

[Pg 50]

mi párpado izquierdo me llevó de nuevo a la conciencia normal, y así pasó la noche.

CAPÍTULO VI

[Pg 51]

LA CARRETERA DIXIE

Por la mañana todo estaba mojado de rocío. La niebla estaba desapareciendo rápidamente, y me repitosé en el cuerpo y la mente. Los especialistas habrían pronosticado el reumatismo agudo. Los médicos habrían presagido la muerte en cuarenta y ocho horas. Pero nunca estuve tan libre de reumatismo como lo estoy ahora; además, vivo para contar la historia, con la probabilidad de que continúe la existencia durante varios años. Lizzie parecía desconsolada y oxidada en cada tuerca y perno, pero con unas pocas patadas volvió a la vida una vez más. El conductor de un Ford que pasaba me informó que estaba a veinte millas de la carretera de la derecha, lo que significaba regresar a Moundsville y cruzar el ancho y fangoso río Ohio, atravesado por un elevado puente colgante hecho casi en su totalidad de madera. El río Ohio, una vez visto, nunca se puede olvidar. En verdad, es una masa que fluye de barro sucio y amarillo-marrón. Los nativos de Ohio se refieren a él como el río "dorado", creo, pero cuando lo conocí por primera vez, no estaba de humor para apreciar esa nomenclatura poética. En su lugar, estaba emprendiendo a llegar a Wheeling y desayunar.

Se llegó a Wheeling en un par de horas a lo largo de las orillas del río. No hace falta decir que hice justicia a un desayuno sustancial, que puso un aspecto completamente nuevo en los asuntos en general. Golpeé el "pico" principal hasta Cincinnati, y continué con suerte en tres cilindros con la mejor de las intenciones de llegar a él esa noche, aunque significaba un viaje de más de 300 millas.

[Pg 52]

Hice 150 a tiempo y esperaba tener mi almuerzo, té, cena, cena en Columbus, la capital del estado, alrededor de las cinco de la tarde. Pero a unas veinte millas de esa ciudad surgió el sonido más angustiante del motor. Anteriormente me había relajado a unas 30 millas por hora para darle a Lizzie la mejor oportunidad de aguantar el viaje. Pero ahora una serie de golpes violentos y flequillos perturbaron de una vez por todas mi estado de ánimo esperanzador. Sin duda, hubo una gran rotura en algún lugar y evidentemente era bastante imposible continuar otra milla. Con un toque final, el motor se detuvo y la máquina se detuvo cerca de un pequeño puente donde un pequeño arroyo goteó por debajo de la carretera. Cerca del puente estaba, como era de esperar, el inevitable acaparamiento: "VÉNDELO Y COMPRA UN FORD". ¡Es extraño que el destino a veces sea tan irónico!

Me puse cómodo en una pendiente de hierba y procedí a bajar el motor. Esto pronto descubrí que no era una tarea mala. Tardó casi tres horas en retirar los cilindros. ¡Ay del hombre de adelante que pone nueces donde no se pueden aflojar o coloca cilindros donde no se pueden quitar, excepto por un desahonador de espadas indio! El resultado de mis investigaciones fue que encontré el pistón delantero en fragmentos, principalmente en la parte inferior del cárter. El pasador de la grudgeon se rompió por la mitad y la biela se tambaleaba alegremente en el cilindro. Todos los rodamientos estaban sueltos, y aunque había mucho aceite en el sumidero, uno carecía de metal por completo. Esto se descubrió en la parte inferior en forma de polvo. ¡Una perspectiva muy alentadora!

[Pg 53]

Aunque mi lema en lo que respecta a un motor refractario, "lo llevar a casa de alguna manera", podría haber sido ignorado, ni siquiera estaba a poca distancia de ningún lugar. No había ninguna ciudad o pueblo por millas alrededor, y solo una granja solitaria aquí y allá. Además, un estómago vacío no mejora la visión de la vida en tales circunstancias, y el mío estaba muy vacío. Hice un balance de toda la situación. ¿Qué debería ser? ¿Camina hasta Columbus y toma el tren, o quédate junto a Lizzie y llévate bien de alguna manera? He contado mi dinero. Ascendía a tres dólares y treinta y cinco centavos, ni siquiera lo suficiente para la tarifa del tren. "No, me he puesto a cruzar estos estados infernales en una motocicleta, y lo haré", resolví, y me senté de nuevo para arreglar el motor de Lizzie.

El estruendo de las ruedas de los carros en el camino de ladrillos me llamó la atención. El carro fue tirado por un caballo cansado a cargo de un conductor más cansado.

"Hola, hermano, ¿tienes algo comestible a bordo?" grité.

"Tengo muchas botas viejas aquí", respondió, evidentemente ignorando el significado de la palabra "comestible".

"No, gracias, tengo un buen par de los míos para empezar antes de llegar a eso. ¿Aincher tiene naranjas?"

"Sí, me queda una caja, cuatro fer por cuarto".

Bang se fue de setenta y cinco centavos por una docena, dejándome con dos dólares y sesenta. Ahora, pensé, tengo suficientes provisiones para un par de días. Deja que el viejo Harry haga lo peor.

El vendedor de botas, muebles y naranjas siguió su camino cansado.

Desde una rama de un sauce di forma a un pasador de gudgeon que encajaba muerto en el extremo suelto de la biela para guiarlo hacia arriba y hacia abajo en el cilindro. Pesqué todos los grandes trozos del pistón roto que quedaban en el cárter y apreté los rodamientos lo mejor que pude. Para cuando estaba oscuro, tenía todo reemplazado listo para empezar a salir a la carretera una vez más.

[Pg 54]

Antes del amanecer, estaba despierto y en la carretera; mi plan era mantenerme todo el día a unas veinte millas por hora y llegar a Cincinnati alrededor de las cinco de la tarde. La máquina funcionó bien teniendo en cuenta su pasador de madera, aunque no era fácil evitar que se le recordara continuamente la indisposición de Lizzie, y a medida que pasó el tiempo, los sonajeros empeoraron, los ruidos se volvieron gradualmente más fuertes, y comencé a preguntarme dónde sería mi próxima parada.

Pasé por Columbus a la hora del desayuno, pero no me detuve a desayunar. No había dinero para los desayunos. Ahora, aunque no me detuve en Columbus, no puedo con unas pocas palabras descartarlo por completo de consideración. Aunque no es de ninguna manera la ciudad más grande de Ohio, es la capital del estado. Esa característica, como he señalado antes, no es en absoluto única en los Estados Unidos. De hecho, no creo que pueda nombrar una sola capital del estado que sea la ciudad más grande del estado, sin referirme a la autoridad de un Baedeker. No solo hay más de 125 000 personas en Columbus, sino que me pareció una ciudad muy buena. Las calles son más anchas y están mejor pavimentadas que las de la mayoría de las ciudades estadounidenses, y en algunos lugares están iluminadas por grandes arcos eléctricos. Aunque hay siete ciudades en todo Estados Unidos que cuentan con este título (cada una en un estado diferente, creo que Columbus, Ohio, debe ser la *élite* de todos los Columbus).

Fuera de Columbus me detuve, almorcé, tres naranjas, y continué. Realmente no había necesidad de parar, pero me gustaba sentir que el almuerzo era una ocasión tan importante como cuando no eran naranjas.

El motor ya se estaba volviendo bastante ruidoso. Las personas que pasaron en coches, muchas de las cuales yo había pasado dos días antes, se retrasaron cuando se acercaron y me miraron con asombro, como para preguntarme si sabía algo al respecto. Probablemente llegaron a la conclusión de que yo era un sordomado.

Luego llegamos a Springfield, y una característica notable al lado de la carretera, en una vía especial propia, era un servicio de tren eléctrico que conectaba todas las grandes ciudades del distrito, a pesar de que las distancias ascendían a treinta y cuarenta millas, en algunos casos incluso cincuenta, como es el caso entre Columbus y Springfield. Tal vez los estoy complementando refiriéndose a ellos como trenes, ya que son más en la naturaleza de los tranvías de un solo o dos vagones, pero me sorprendió no solo la velocidad a la que viajaban, sino también el número de pasajeros que se aprovecharon del servicio. En cierto modo, la presencia de esa pista fue reconfortante, sobre todo cuando algún nuevo ruido o sonajero emanaba de mí seto tres veces cansado. Por otro lado, es claramente humillante estar a caballo a caballo en una motocicleta de lujo de 10 h.p., trotando a lo largo de la silla de montar (para aliviar el creciente dolor!) a quince o veinte millas por hora en tres cilindros entrepiernos, cuando un tranvía de estadounidenses desinteresados pasa con un chillido a los cuarenta o cincuenta. En general, el conductor se dio cuenta de la posición y sonó un silbato penetrante con un aire arrogante, como si dijera: "¡Den paso al tráfico rápido, por favor!"

En Springfield, el velocímetro se deslizó por la milla número 1.000, y me alejé de la autopista de océano a océano "Pike's Peak" (para ello parecía serlo), y giré hacia el suroeste hacia Dayton, un floreciente centro de fabricación y negocios. Los "desvíos" y los desvíos secundarios estaban a la orden del día y eran visibles por su presencia, así como por la holgura general y la podredumbre de su superficie. En teoría, viajaba por la "Autopista Dixie", reputada (por los anuncios que aparecen en ella) como "la autopista más fina y lujosa de los Estados Unidos". En lo que respecta a mi experiencia, la encontré pavimentada con buenas intenciones y malos adoquines. A veces, cuando los bloques de pavimentación se habían levantado para preparar la puesta de otros nuevos, la superficie era tolerablemente buena, pero luego aparecía un "desvío" anunciado por un tablón de anuncios insolentemente improvisado que conducía al desafortunado viajero a millas y millas de su camino designado y sobre la superficie de carretera más repugnante que se pueda

[Pg 56]

Estaba satisfecho con Dayton. Como lo dejé atrás, le deseé prosperidad. Parecía tener el tipo de aire adecuado al respecto. Un policía amigable retuvo un montón de tráfico durante dos minutos para mí mientras me stenía "sabio" en el camino para tomar. Se dio cuenta de mi matrícula de Nueva York y terminó su charla con "Bueno, buenos días, hermano, y la mejor de las suertes para ti". ¡Ni siquiera habría matado a un mosquito en Dayton!

Ahora era mucho después del mediodía. Cincinnati todavía estaba a unas sesenta millas de distancia. ¿Sería seguro comer en la próxima ciudad? Me había llenado de "gas" y petróleo en Dayton y me quedaban unos cincuenta centavos (2s). Con una dieta de tres días de naranjas, había cultivado un apetito de grandes posibilidades latentes. Decidí ser precipitado. En la siguiente parada, me dije a mí mismo, buscaría una "panadería".

[Pg 57]

Una hora más tarde llegué a un pequeño pueblo llamado "Libano". Era muy pequeño, muy pintoresco y muy poco pretencioso. Pero se jactaba de una excelente "panadería". Me puse a Lizzie contra el bordillo exterior y presioné mi nariz contra el cristal de la ventana. La vista de todos esos bonitos pasteles era casi tan buena como un alimento, ¡pero no del todo! Espié uno, sencillo y grande pero de aspecto sabroso. Lo valoré en veinticinco centavos. "Bueno, durará mucho tiempo", pensé, y entré con dudosamente para preguntar el precio. "Cinco centavos", respondió la señora del mostrador. "¡Hecha! ¡Es mío, *todo!*"

¡Larga vida al Libano!

A unas pocas millas de distancia, me detuvieron cerca de un puente bajo el cual corría una pequeña corriente de agua cristalina. Fue un placer estar fuera del resplandor del sol, así que me senté en la orilla debajo del puente y me instalé en serio para una suntuosa cena. La factura de la tarifa era la siguiente:

<i>Hors d'œuvres</i>	Gâteau de Lebanon (varié).
<i>Consommé</i>	Eau Naturelle.
<i>Entrada</i>	Gâteau de Lebanon.
<i>Plat du jour</i>	Lo mismo.
<i>Verduras</i>	Lo mismo.
<i>Postre</i>	Lo mismo.
<i>Vinos</i>	Vin blanc d'Adam (directamente desde la destilería).

¡Y oh, qué comida había allí, mis compatriotas! Había suficiente y de sobra. La cocina fue excelente, el servicio irreprochable y no hubo propinas.

Después de una pausada media hora, rellené el pequeño pastel que no pude contener en la caja de herramientas, tomé un último chorro persistente de la corriente de cristal frío, y de nuevo pateé a Lizzie en un sonajero.

[P.º 58]

¡Una vez más hacia Cincinnati! Solo dos horas, ahora, me recordé a mí mismo, y a todos los árboles y pájaros escuchando. Poco a poco, esas dos horas se hicieron más cortas a medida que pasaba milla tras milla cansada. Por supuesto, en el momento en que había considerado que los baches en el camino se hicieron más grandes y las roderas más profundas, una señal segura de que se acercaba a la civilización. Luego apareció un enorme letrero: "CINCINNATI, LA CIUDAD REINA DEL OESTE. Haz tu casa en Cincinnati".

El Cincinnati Speedway pasó por la derecha, y después de un par de millas o más me toqué con las líneas de tranvía. El lector puede imaginar lo contento y aliviado que me sentí cuando vi tranvías y líneas de tranvía, esas cosas que en la vida normal detesto y aborresco. Mientras que una vez los consideraba el mayor enemigo del automovilista, ahora les sonreía con una mirada amistosa.

En el momento en que estaba en las afueras de la ciudad, estaba "horneado a un frizzle". ¡Y tanta sed! Durante tres días había estado acumulando una buena sed. El barro de Ohio no es realmente una buena bebida. Tal vez podría "poner una encima" de la cerveza "cerca" que he probado en varias ciudades estadounidenses, pero eso no es de extrañar. ¡El hombre que primero lo llamó cerveza "cercana" no juzgó mucho la distancia! Nunca pude recordar haber estado tan caliente, tan sediento y tan harto, todo en uno. Me detuve en la primera farmacia y literalmente desperdiqué veinticinco centavos en una orgía de refrescos de helado. Tomé la precaución de retener diez centavos, sin embargo, "en caso de que acurriera algo".

LLEGAMOS a eso de las cuatro y media. Una gran cantidad de significado descansa en esas dos palabras. Mi amigo Steve escuchó el ruido mientras se sentaba a leer en la terraza de la avenida Clifton 3.450. "Eso no puede ser Shep. Ese es alguien que está conduciendo una cortadora de césped", se dijo a sí mismo sin mirar hacia arriba, y continuó con su libro. Pero cuando la cortadora de césped se había invadido a sí misma y se dio la vuelta y regresó y continuó indefinidamente para cortar el césped fuera de los mismos 3.450, levantó la vista y vio que de hecho era una motocicleta o, en cualquier caso, los inconfundibles restos de una. Cuando vio al jinete, pensó: "No, eso no puede ser Shep después de todo; ese es el hombre del polvo".

[Pg 59]

Pero los hechos siempre triunfarán sobre la ficción. De la misma manera que el jabón, gracias a Dios, siempre triunfará sobre la suciedad. Pero qué alivio estar una vez más en una casa cómoda, que casi podría considerarse "hogar", ¡y una vez más conocer las alegrías de un buen baño caliente y sentir el lujoso abrazo de la ropa limpia de nuevo!

CAPÍTULO VII

[Pg 60]

CINCINNATI Y EN ADELANTE

Pasé los doce días en Cincinnati. Fueron doce días felices; días de ocio, días de experiencias interesantes, seguidos de días de anhelo de estar en la carretera de nuevo.

El primero de julio de 1919, vivirá en la mente de todos los ciudadanos estadounidenses nacidos en libertad como el día en que la prohibición se convirtió en ley en todos los Estados. No por diseño, sino por coincidencia, también fue la fecha de mi partida de mis amigos en Cincinnati para explorar los "pelilos" de Occidente. Mi estancia allí se cerró repentinamente por el asombroso descubrimiento de que la revisión de Lizzie se había completado. Tenía algunas cosas cálidas que observar cuando me presentaron la factura de reparación. Ascendía a solo setenta y cinco dólares, la mitad de los cuales representaban el supuesto valor de las labores algo indiferentes de un mecánico más indiferente y un niño pequeño. En las diversas ocasiones en las que había visitado la tienda, el mecánico era generalmente notable por su ausencia, y si no fuera por las actividades ocasionales del niño pequeño, que parecía deleitar en "salivar" a intervalos frecuentes en cada centímetro disponible del piso que rodea los restos de Lizzie, me siento inclinado a pensar que incluso ahora debería estar divirtiéndome en Cincinnati. La otra mitad del proyecto de ley representaba varios reemplazos que, según mi forma de pensar, deberían haber sido liberados bajo la garantía de la empresa, que aún tenía tres cuartas partes de su mandato por expirar. Después de mucha discusión, el propietario y yo acordamos diferir en este punto.

[Pg 61]

A primera hora de la tarde fui testigo de mi partida. Las amables atenciones de mi anfitriona me habían proporcionado cosas buenas para el viaje. Sándwiches de carne en cajas; mantequilla fresca en latas; fruta y frutos secos en abundancia. Los paquetes pequeños se apretaron aquí y los grandes se ataron allí. Las esquinas y grietas extrañas revelaron una naranja o plátano insospechada y huevos duros o galletas de dos en dos y tres acechando entre las camisas y los calcetines.

Con un corazón ligero, bajé por las hermosas y bien pavimentadas avenidas que desafiaban las rígidas avenidas y rectas de las ciudades estadounidenses más modernas. tararé sobre los adoquines de las calles menores y pasé por los tranvías y los puentes y pronto corrí a toda velocidad por el camino a Indianápolis, pensando como un verdadero pesimista que Lizzie no se sentía tan bien como esperaba, y que debería estar colgado de nuevo en una fecha no muy lejana.

En Estados Unidos, en el este, es lo más fácil del mundo tomar el camino equivocado. Además, generalmente es lo más difícil averiguar si uno está en el camino correcto o no. No tengo ninguna objeción a que hacer cuando las carreteras en las ciudades y pueblos corran hacia el norte y el sur o hacia el este y el oeste, porque para la vida en la ciudad este arreglo significa eficiencia. En el país, sin embargo, la *razón de ser* de estas carreteras de ajedrez es algo oscura. Cuando se combina con carreteras antiguas que originalmente seguían caminos de cabras o ovejas, su efecto es confuso. Pero cuando se lleva al extremo, y uno encuentra que las principales carreteras que conectan las grandes ciudades abundan con giros bruscos en ángulo recto cada pocas millas, a veces yendo hacia el norte para compensar un poco de latitud, luego continuando hacia el oeste, luego volviendo al sur para perder la latitud ganada, y luego continuando hacia el oeste de A veces conducen a diferentes lugares. A veces no llevan a ninguna parte. Las señales no son populares en ningún lugar de los Estados Unidos. En su lugar, las carreteras se identifican pintando cada tercero, cuarto, décimo o *enésimo* poste de telégrafo con diferentes colores. Cuando se lleva a cabo correctamente, este principio es muy encomiable, y sin él viajar sería absolutamente imposible. Pero cuando se sigue solo de manera imperfecta, o cuando los colores se desvanecen y se borran, de modo que un sendero se puede confundir fácilmente con otro, el viajero tiene muchos problemas y pruebas por delante.

[Pg 62]

Tuve un amplio consuelo moral, por lo tanto, por perderme por completo a solo diez millas de Cincinnati, y perdí una hora completa tratando de subirme al "pico" correcto sin volver.

Por cierto, el sistema de decoración de postes de telégrafo de acuerdo con el rastro que siguen tiene su lado humorístico. Hay, todo dicho, más de cien senderos diferentes o "Autopistas Nacionales" en diferentes partes de los Estados Unidos, y se supone que cada uno tiene su signo distintivo. Por lo tanto, la "Pike's Peak Ocean-to-Ocean Highway" se identifica por un círculo de escarlata sobre un círculo de blanco, y la "Lincoln Highway" por círculos de rojo, blanco y azul. A veces, como en los casos de "Blackhawk Trail" y "Mackinaw Indian Trail", el signo es de naturaleza más o menos compleja, incluido el perfil de la cabeza de un indio, por ejemplo. El humor de la situación será evidente cuando un solo tramo de carretera coincida con, digamos, cuatro o cinco senderos separados. Cada poste de telégrafo es realmente una cosa de belleza y una alegría para siempre, con sus inscripciones, círculos, cuadrados, perfiles, fardos de algodón, etc., etc., ¡pintados en varios colores de arriba a abajo!

[Pg 63]

En los grandes pueblos y ciudades donde se encuentran varios senderos, se requiere la quintaesencia de la alerta y la deducción para encontrar el camino a través de los postes del telégrafo, que, salvo algunas excepciones, representan el único medio de identificación. Extraño, en un país que usa veinte veces el número de coches por cabeza que se encuentra en cualquier otro país del mundo, ¡las instalaciones para usarlos deberían ser tan escasas que a veces son casi prehistóricas!

También es extraño que algunas de las carreteras que se construyeron incluso en los tiempos modernos fueran el logro de la empresa personal e incluso ahora son "impulsadas" y anunciadas por sus "promotores". Un caso pendiente es el de la "Pike's Peak Highway" que se acaba de mencionar, que es uno de los tres senderos que cruzan el continente de este a oeste. ¡Este camino cuenta con un presidente, tres vicepresidentes y un secretario-teorero! Entre ellos, estos dignos caballeros son responsables del mantenimiento adecuado de la carretera (la experiencia obliga a una sonrisa sarcástica), y de proporcionar información a los viajeros al respecto, etc. De dónde viene el dinero, no lo sé, a menos que sea de los diversos clubes de automovilismo del país. En un folleto, publicado aparentemente por ellos, se describe como "The Aian Way of America". Permítame citar pasajes de esta notable publicación:

"El año se está prestando más atención a la idea de 'See America', y los automovilistas que planean un viaje transcontinental seleccionarán naturalmente la ruta de mayor interés escénico e histórico. Es por eso que el turista exigente viajará por la autopista de océano a océano de Pike's Peak, la ruta central mejorada desde el Atlántico hasta la costa del Pacífico. Desde Nueva York sigue la National Old Trails Road hasta Indianápolis; desde esa ciudad hasta Salt Lake City, tiene su propia ORGANIZACIÓN DISTINTIVA; y al oeste de Salt Lake City sigue la línea de la autopista Lincoln. La historia pone el sello de aprobación en esto como la carretera transcontinental LÓGICA. Etc., etc. (páginas de él)... El viaje no tiene duriosidad ni monotonía... (Más páginas)".

[Pg 64]

¡Nunca se perpetró una impresión tan groseramente engañosa de facilidad, comodidad y lujo sobre un inglés desprevenido! Se dijo bien que la pluma es más poderosa que la espada. Si alguna vez más me encuentro tan demente como para ir en moto a través de los Estados Unidos antes de que se hayan construido las carreteras adecuadas, ¡que el Cielo me salve de "The Appian Way of America"!

El lector puede pensar que estoy pensando indebidamente en el tema de las carreteras, pero lo hago en esta coyuntura porque era un tema que ahora se volvió de una magnitud cada vez mayor. Prácticamente la última señal de carretera pavimentada de cualquier tipo entre este

punto y la costa del Pacífico (a unas 2.500 millas de distancia) se encontraría en Indianápolis, y a partir de ahí eran universalmente las execrables carreteras "suciedad" que amenazan tan seriamente no solo la comodidad, sino también la seguridad del motociclismo. Ni siquiera me decepcionó la perspectiva, porque vine a Estados Unidos sin siquiera esperar que ningún tipo de sendero o ruta en su totalidad estuviera a mi disposición. Pero siento el resentimiento natural del inglés cuando me llevan a creer que hay una lujosa "autopista" por delante, ¡solo para encontrar una serie agravada de montones de polvo, piscinas de barro y caminos de vacas!

[Pg 65]

Sin embargo, el camino a Indianápolis no era de la variedad "Appian Way". Era comparativamente bueno en algunos lugares, y corría durante muchas millas a lo largo del valle del río Miami, en medio de hermosos paisajes de variedad en constante cambio. Después de unas pocas millas, se cruzó la frontera entre Ohio e Indiana, y aquí, tantas veces después, me llamó la atención el cambio aparentemente repentino de paisaje, lo mismo que el turista local casi siempre puede discernir por la "sensación" del país, ya sea que esté en Inglaterra o Gales, sin importar si no tenga su mapa como referencia. No quiero decir que Ohio o Indiana sean particularmente montañosos. Por otro lado, este último es en general algo plano, como si en preparación para los cansados tramos de la pradera monótona que se van a encontrar, cuanto más se viaje hacia el oeste hasta que se llegue a las Montañas Rocosas.

Hice pequeños pasos esa tarde, y a las 10.30 de la noche todavía estaba a cierta distancia de Indianápolis, la capital del estado. Por lo tanto, miré a mi alrededor lo mejor que pude en la oscuridad, con solo mis luces como guía, para un lugar probable para mi morada de la noche. El agua es una *condición sine qua non* para el vagabundo del camping, y cuando llegué a un gran puente de acero decidí que ese era el lugar para mí. Evidentemente, atravesaba un río bastante grande, pero estaba tan abajo, o parecía tan lejos, que no podía ver el agua. Un largo reconocimiento de la carretera me llevó al borde de un campo de maíz, desde donde podía oír el río, pero no podía verlo por densas masas de vegetación.

Apchoné a Lizzie en su estrado y descubrí, para mi consternación, que cuando el motor se detuvo, las luces se apagaron. Al no sentirme de humor para investigar la causa del problema, me comendé satisfecho de mantener el motor funcionando lentamente mientras la iluminación fuera necesaria para desagarrear mi equipaje y "hacer" mi cama. Luego me puse a encontrar el río y disfrutar del lujo de un lavado.

[P. 66].

¡Más fácil decirlo que hacerlo! Pude encontrar aberturas en el espeso sotabaje donde consideraba que debería estar el río, pero no pude encontrar ninguna forma de conocer más de cerca sus aguas. Mientras continuaba mi búsqueda, el banco de repente cayó por debajo de mí, ¡y me hundieron hasta la cintura en el río que había estado buscando tan diligentemente!

Mi salida era más difícil de negociar que mi entrada. Los arbustos y las malas hierbas en las orillas no eran lo suficientemente fuertes como para poder salir, pero se alejaron, las raíces y todo, y me dejaron hundido en el lecho fangoso del río. Sin embargo, finalmente me saqué y decidí retirarme sin lavar. Quitarme las botas superiores en remojo fue una tarea hercúlea, y hecho esto, colgué mis calzones mojados en un árbol para que se secase en la cálida noche de verano.

Pasé una noche espléndida y me desperté con el amanecer, solo para encontrar mi ropa más húmeda de lo que estaba la noche anterior, gracias a un fuerte rocío. Tales condiciones, reflexioné, eran de mera importancia insignificante en la vida de un vagabundo de buena fe, y pronto estaba tarareando una vez más a través del aire fresco y fresco de la mañana.

Llegamos a Indianápolis a la hora del desayuno y con mucho apetito. Recuerdo Indianápolis principalmente como una ciudad con calles largas y anchas llenas de adoquines, líneas de tranvía y policías de tráfico. Mi primer deber fue llevar a Lizzie a ver al veterinario. No me gustaba en absoluto el sonido de ella, y no parecía más que una sombra desvincijada de su antiguo yo. Ahora no me estaba arriesgando. Como si por instinto fuéramos "justo allí". El agente de Henderson tomó a Lizzie bajo su ala protectora, y mientras me instalé para consumir un fuerte desayuno de melón, arroz inflado y café, la llevó a dar una vuelta a lo largo de las pocas millas de camino de hormigón que había dejado atrás con tanto arrepentimiento.

[Pg 67].

"Waal, supongo que no hay mucho de malo con ella, chico", fue el veredicto, aunque no parecía demasiado exuberante al respecto.

"¿Hasta dónde vas?" añadió.

"Justo hasta el final del camino", respondí.

"Hm, y un paseo ordenado también, lo diré. Lo he hecho, pero no en uno de ellos".

Luego, después de la meditación, añadió: "Pero creo que ella te llevará allí. Dale mi amor a "Frisco, ¿verdad, chico?"

Lo prometí, le pagué un dólar y me fui a localizar las oficinas de la sucursal local del "3 A". Club, o Automobile Association of America, a quien, me informaron, debo ver antes de seguir adelante, para preguntar sobre los caminos que se avecinan. Los caminos de tierra, se entenderá, varían con el clima. Casi nunca el automovilista inglés oye hablar de una carretera que está siendo arrastrada por la lluvia, ¡pero la idea de que se aleje sobre las alas del viento le parecería extraña!

Encontré el "3 A". Club ubicado en uno de los grandes hoteles, todos vivos con "chiqueros de campana", comisionados y ascensores. El personal del hotel me recibió con una alejidad altiva. "Pon ese gink afuera", me imaginé al empleado de la oficina diciéndole al portero de la sala. Pero me estaban subiendo por el ascensor hasta el enésimo piso antes de que él tuviera la oportunidad.

En el "3 A". En la oficina del club me recibieron muy cordialmente. El caballero del escritorio era una enciclopedia humana de carreteras y lugares. Debajo de la suciedad y el polvo, creía que percibía a alguna persona de alto rango, un brigadier o algo así, y mi túnica marrón y mis botas de campo deben haber confirmado esta suposición. Sin embargo, eso puede ser, ciertamente hizo todo lo posible para darme toda la ayuda. Pero cuando le dije que iba en moto al Pacífico y quería saber cuál era el mejor camino para tomar, se le cayó la mandíbula de repente. Había dos rutas alternativas a Kansas City, el "Pike's Peak" a través de Springfield y la "National Old Trails Highway" a través de St. Louis. ¿Cuál deba tomar?

Pg 68]

"Bueno, señor, el Sendero Nacional Viejo es imposible ahora mismo. Las lluvias han sido muy fuertes y hay varios lugares por los que no podrías pasar. Y en cuanto al otro, bueno, tendré que pensar".

Lo que hizo. Él tarareó y se acarició la barbilla y tarató y volvió a tararear, como si estuviera luchando con algún problema trascendental. Se extendió los mapas en filas delante de él y siguió la ruta con el dedo. Luego silencio.

Después de un minuto o dos de esto, en el que los méritos de los "washouts" y los atracos y desvíos por la puntuación se sopesaron en su cerebro con problemas, habló:

"Sí, señor, creo que puede pasar" y, más deliberadamente, "*Creo que puede pasar. Sí, es un buen camino*", añadió.

Aprendí entonces por primera vez un principio sobresaliente en el estudio de la carretera de Estados Unidos. Lo confirmé en innumerables ocasiones más tarde. Hay dos clases de carreteras y solo dos. Son buenos caminos y malos caminos. Cualquiera camino, EN CUALQUIER LUGAR, en todo de los Estados Unidos de América (y, supongo, sus Colonias también) es un camino "bueno" si puedes "atravesar". El resto es malo.

[Pg 69]

Agradecí a mi benefactor y acepté gavillas de mapas y guías por las que no aceptaría ningún pago. De hecho, era la quintaesencia de la obligación. Yo, por mi parte, era la quintaesencia de la gratitud.

"Ahora, por diversión", me reí mientras pateaba a Lizzie con un rugido y me dirí a la carretera con postes de telégrafo de círculos rojos y blancos.

CAPÍTULO VIII

[Pg 70]

INDIANA E ILLINOIS

La primera parte de la diversión no estaba muy lejos. En algunos lugares, el camino era transitable si se ignoraba la capa de seis pulgadas de arena y tierra sueltas que la cubría. El país era plano y poco interesante. La desviación se encontró ocasionalmente en forma de deslizamientos laterales y aquí y allá un derrame inesperado. Cuanto más rápido iba, más fácil me resultaba, ya que el suelo no se aferraba tanto a las ruedas y dificultaba la dirección. A los treinta años era casi imposible mantener el equilibrio. A los treinta y cinco era tolerable, y a los cuarenta era comparativamente simple.

De vez en cuando pasaría una especie de grada del ancho de más de la mitad de la carretera y la arrastrada por un equipo de caballos. La función de esto era romper los grandes trozos de barro sólido formados por las recientes lluvias. Después de esto, seguiría un equipo similar de caballos arrastrando un "graduador", una especie de arreglo de quitanieves que raspaba la superficie plana y paleaba el exceso de arena y los grumos de barro en el costado. En estos distritos, los agricultores son responsables por ley individualmente del estado de las carreteras adyacentes a sus granjas, y se espera que el proceso de clasificación se lleve a cabo dentro de los tres o cuatro días posteriores a la lluvia. Cuando los agricultores están ocupados con sus cultivos, esto no se hace, y cuando no lo están, a veces lo hace, de acuerdo, creo, si el agricultor es un sheriff o un juez de paz y tiene para dar el ejemplo a los demás. Afortunadamente, todos los agricultores también son automovilistas; tienen que ser capaces de desplazarse, por lo que cuando desean viajar, califican las carreteras para su propio uso, si no para un objeto más altruista.

[Pg. 71]

Una vez estaba pasando por uno de estos arados de carretera dibujados por un equipo de tres caballos al lado, que tomó la mayor parte de la carretera y no mostró la más mínima intención de a un lado. Al tratar de pasarlo, golpeé con un ángulo demasiado pequeño la enorme cresta de bultos de barro sólido que había formado. Iba rápido, por supuesto. Me arrancaron el manillar de las manos y me tiraron con gran fuerza sobre él y hacia el banco a un lado. La propia Lizzie yacía rugiendo de lado en la tierra. Los caballos se asustaron y galoparon. El único daño hecho se mostró en algunos cortes y arañazos desagradables, algunas pequeñas áreas de piel que faltan en diferentes lugares y algunas palancas y controles doblados. Por experiencia pasada, había aprendido que en todos esos casos, los clips y soportes y las esquinas afiladas del perfil de Lizzie SIEMPRE parecían estar en el camino de mi vuelo sobre su manillar.

Un pañuelo atado firmemente alrededor de los cortes, algunos ajustes hechos, y vamos con caras sonrientes, ¡solo para superar a la cosa miserable de nuevo!

Después de veinte o treinta millas de esto, llegamos al barro en serio, barro medido no por la pulgada de profundidad, sino por el patio. Nunca fue suave, blando y respetable, pero siempre se convirtió en formas feas y contorsionadas que simplemente desafiaban el progreso solo en dos ruedas. El efecto diabólico se había visto agravado por el paso de numerosos coches a través de las carreteras cuando la superficie todavía era de plástico, y se lanzaban grandes surcotas, grietas y crestas en cada punto entre los límites de la carretera, cada uno de los cuales representa una lucha eterna para "atravesar". Cuando el feroz sol salió y se derramó durante días sin cesar sobre una fealdad como esta, la horrible superficie estaba como si estuviera petrificada por su resplandor, y los esfuerzos de un "graduador" serían inútiles para alterar en el más mínimo grado su abominable condición.

[Pg 72]

Montar a caballo estaba fuera de discusión. Era el trabajo de transporte lo que había que hacer, y muchas veces cuando me metí en una enorme "creva" solidificada, tuve que dejar la máquina de pie en ella en los tubos de su bastidor de la cuna y seguir adelante para astillar los bordes hasta que las ruedas llegaran al fondo de nuevo.

Cualquiera que se haya parado en el "Glacier des Bossons", miró hacia arriba hacia la cima del Mont Blanc, y vio las formas contorsionadas y fantásticas que asume el hielo a medida que se hincha sobre las crestas en su camino, tal vez pueda imaginar el mismo efecto en una escala más pequeña aplicado a los caminos de tierra de Indiana.

Afortunadamente había tramos de carretera, generalmente cuando había un ligero gradiente, donde la superficie estaba bien drenada, dura y plana, y el buen camino estaba en marcha. Pero invariablemente al pie de cada pendiente, o en la inmersión entre dos colinas, había un tramo de "agonía" insoportable que reduciría al motociclista más desafiante a la sumisión.

Así que fue por ochenta o noventa millas. La verdad comenzó a darme cuenta de que un tipo tiene que ser un "tipo duro" para conducir en estas partes. A veces me detenía y descansaba un rato para dejar que un coche pasara de vez en cuando. ¡Fue divertido ver cómo fueron todos! El gran coche de turismo pesado rodaría como para devorar todo lo que se le abría venir. Se encontraría con un parche desagradable y con dignidad rota se levantaría y suspiraría de un lado a otro mientras se arrastraba lentamente en la marcha inferior sobre las crestas y surcos; y luego se levantaría con orgullo en el aire mientras se superaba sobre un enorme trozo de barro sólido y de repente se derribaba con un golpe sordo en la parte Uno podía escuchar cada gemido de las articulaciones bajo la tensión y, a veces, podía ver la parte inferior del motor raspando crestas en los trozos de tierra y ver los pequeños trozos derribados de una obstrucción antipática mientras el eje trasero arrastraba su camino cansado.

[Pg 73]

Y luego, por casualidad, vendría algún Ford descarado, la esencia de la imprudencia en oposición a la dignidad de sus hermanos más ricos. ¡Con un salto, un salto y un salto, se revolvería sobre los surcos, balanceándose alegremente de un lado a otro, meneando la cola en el aire y traqueteando en cada tendón como solo un Ford sabe! Pero los "Flivvers" lo superaron más fácilmente que cualquier otro.

El peor parche que golpeé fue cerca de la pequeña ciudad de Hume. Nunca he visto en el espacio de 200 yardas una imitación más adecuada de un lecho de lava volcánica. El espesa barro de dos días antes se había conmovido en las formas más fantásticas que jamás haya tomado una carretera principal. Cada pulgada cuadrada de la carretera de noventa pies de ancho llevaba señales del paso de algún vehículo u otro. Algunas de las roderas eran tan profundas que la máquina descansaba en el motor y el bastidor y no en las ruedas en absoluto. Empujarlo a cualquier lugar, pero en una de las mejores roderas, era imposible. Cuando la rutina se volvió demasiado profunda, tuve que levantar la parte posterior del cuerpo de la máquina y girarla pie a pie, mientras que la rutina llevaba la rueda delantera hacia lo que figuraba. Aquí y allá había señales en las que los conductores de automóviles, en situaciones similares, pero uno o dos días antes, cuando el barro aún no estaba horneado con bastante fuerza, habían paleado grandes cantidades de la carretera para permitir que el motor y el chasis se despejaran. A mitad de camino había un agujero grande, lo suficientemente profundo y ancho como para permitir que un pequeño coche se escondiera a la vista. En este agujero, el barro seguía siendo blando y de plástico. Un buen samaritano de la carretera

[Pg 74]

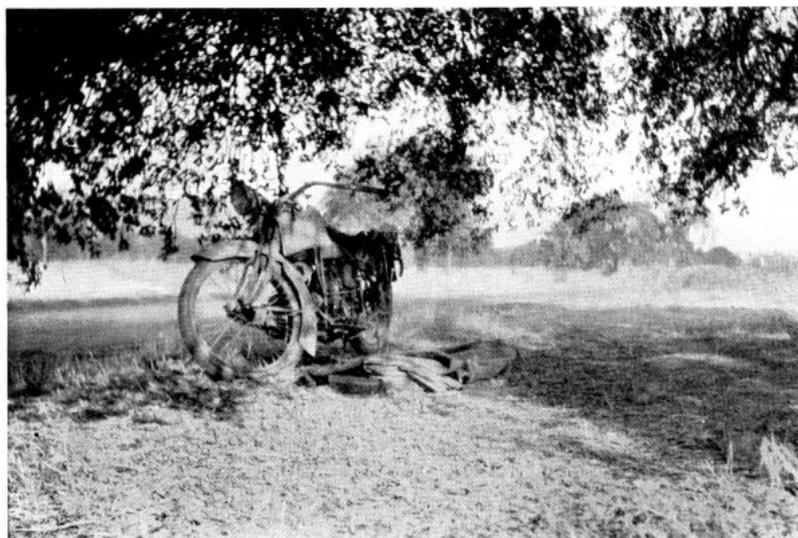
había adquirido un trozo de hierro corrugado viejo de algún lugar y lo había golpeado contra dos postes para advertir a cualquier otro que pudiera seguir de su presencia.

Levantando cuatro ct. Lizzie a lo largo de todo este tramo tardó tres cuartos de hora, y al final me desmayé de agotamiento. El sol nunca estuvo más caliente y nunca sudé más, ni siquiera en medio del desierto de Mohave en California, ¡donde el termómetro sube hasta 140 grados o más! ¡Le rogué un vaso de leche de una granja una milla más adelante, y le di las gracias a Dios que él hizo vacas y que yo todavía estaba vivo para apreciarlas!

Y así trabajamos y así giramos durante muchas millas hasta última hora de la tarde, cuando llegué a partes donde el sol aún no había tenido tiempo de hacer su trabajo. Cada centímetro de la carretera era barro grueso, negro y viscoso; barro que apesta con un olor peculiar solo a sí mismo; barro que se aferra a los neumáticos y cuñas en las horquillas y ensucia las cadenas y bloquea las ruedas; barro de hecho que se pega más cerca que un hermano. Me detuve en un pequeño pueblo destartado de unas pocas docenas de tiendas y casas, todas hechas de madera, y con el nombre de "Murdock", para tomar el té de la tarde. Fuera de una vieja "tienda" desvencijada (este término incluye cualquier tipo concebible de tienda minorista en Estados Unidos), vi un aviso: "HENRY T. HODGES, JUEZ DE LA PAZ; TIENDA DE PRODUCTOS SECOS; MERCANCÍA GENERAL; OFICINA DE CORREOS; BIENES RAÍCES; REFRESCOS".



UN TRAMO DE CARRETERA INCÓMODO EN INDIANA.



EL SOFÁ DE MEDIANOCHE.

Henry T. Hodges me acarició benignamente desde detrás de un montón de latas de fruta en conserva cuando entré en su sombrío establecimiento. [Pg 75]

"Mira aquí, papá, quiero una buena comida", dije; "el dinero no es un objeto. ¿Me asigas?"

"Claro; ¿has llegado lejos, hermano?"

"Debería contar unas mil millas hoy. Dandy, tienes caminos en estas partes, papá".

"Sí, pero los habías visto cuando adicimos las lluvias, hermano; ellos son tan poderosos que los hottymobiles se hundieron justo en ellos y se arrastraron con una pala y arrastraron con un equipo de cuatro 'osses".

"Por qué, no debería haber pensado que había cuatro caballos en Murdock", respondí.

"Sí, y sé que hay, hermano, porque son mis culos".

"¡Um! Supongo que te ganas la vida bastante bien con ellos, ¿verdad, papá?"

"Lo has dicho, hermano. Diez dólares a la vez es mi cargo, y si un tipo no paga, ¡me voy a dejar allí hasta que lo haga!"

"Bueno, ¿qué tal esta comida, papá? Tengo mucha hambre y, digamos, ¿quién es el comisionado de carreteras de aquí?"

No dio respuesta, pero desapareció apresuradamente para hervir el té. ¡Ahora no tenía ninguna duda de quién era el comisionado de carreteras!

Después de salir de la "Tienda" de Henry T. Hodges, J.P., hice otras veinte millas más o menos hasta el anochecer, y busqué un lugar cómodo y aislado cerca de la carretera, pero lo suficientemente lejos como para evitar el olor, y me instalé para pasar la noche. Los mosquitos eran la única fuente de preocupación ahora. De lo contrario, este sueño al lado de la carretera se estaba volviendo un evento bastante común.

¡Al amanecer por la mañana! En la carretera una vez más; trabajando, empujando, arrastrando, levantando, limpiando el barro, acelerando una milla o dos y luego más trabajando y empujando más. [Pg 76]

A la hora del desayuno llegué a Decatur, una floreciente ciudad de unos 20.000 habitantes, y desayuné en una casa para comer "para comer rápido" donde te sientas en un taburete frente al mostrador y el hombre en el campo de tiro te hace una sartén un filete de cordero, hornea los "waffles" o escalfate los huevos según tus deseos.

Luego de nuevo hacia Springfield, la capital del estado de Illinois. El barro se convierte en arena y la arena en polvo. Más derrames, más cortes, más moretones. El país es tan plano y poco interesante como lo hacen. Más curvas en ángulo recto, más pérdidas en el camino y más frizz al sol. Dos pueblos pasan en cuarenta millas. Uno tiene una población de 417 y el otro de 59.

A las 11 a.m. nos detenemos en Springfield, caliente, cansado, polvoriento y ador. Springfield es una gran cantidad de carreteras, tranvías, postes telegráficos y personas. Dejo a Lizzie apoyada en la acera y voy a por un refresco de helado; cuando regreso, Lizzie ya no es visible. En cambio, hay una gran multitud. Todos están examinando algo. Los que están en el codo exterior se abren camino hacia el centro. Los que están en el medio tratan de mantenerlos fuera. Los transeúntes se preguntan de qué se trata y se detienen a ver. A su vez, intentan llegar al centro. Muchos están decepcionados y pasan. El policía de tráfico, al ver a la multitud, pasea para ver qué pasa.

Cuando se alejó a la multitud, me monté a horcajadas en la silla de montar de Lizzie y me alejé, en medio de murmullos de asombro.

"Ven a un buen camino, supongo".

"Ese es el tipo de pájaro con el que viajar". [Pg 77]

"Parece que ha visto algo de barro en algún lugar".

"¡Mira, Bill, tiene las botas puestas como las que tienen en las películas!"

"Ah, eso es lo que es, es un actor de cine dolgarn", etc., etc.

Todos los senderos de Estados Unidos parecen pasar por Springfield, Ill. En consecuencia, los postes de telégrafo y los postes de tranvía eran una masa de jeroglíficos. Tardó unos minutos en llegar a Springfield. Pero tardó la mayor parte de dos horas en salir de ella satisfactoriamente. Una vez pensé que estaba muy lejos, pero descubrí que durante diez millas había seguido un sendero que tenía rayas blancas sobre un fondo rojo en lugar de rayas rojas sobre un fondo blanco, o algo por el tipo.

Jacksonville era la siguiente ciudad, a unas cuarenta millas de distancia. Hay seis ciudades más pequeñas en camino. No recuerdo haber pasado seis, pero mi mapa da fe de este número. Sus respectivas poblaciones, tomadas de dicho mapa, son las siguientes: Riddle Hill, 25; Berlín, 251; Nuevo Berlín, 690; Alexander, 200; Orleans, 38; y Arnold, 15. Así que Estados Unidos aún no está lleno. ¡Pero te apetece mostrar un pueblo de quince habitantes en el mapa! Si hubiera sido en Arizona en lugar de Illinois, lo habrían llamado Arnold "City". Aquí hay algunos nombres más, tomados al azar del mapa, para mostrar la variedad infinita en la que se ha basado el cartógrafo estadounidense: "Daisy", "Whitehall", "Quiver", "Cuba", "Golden", "Siloam", "Time", "Pearl", "Summum", "Birmingham" (población 76), "Illinois City"

Después de Jacksonville, la carretera pareció cambiar de opinión. [Se negó a seguir como un camino. En cambio, se convirtió en una playa de mar y evadió entrar y salir, aquí y allá, para evadir al viajero que se acercaba. En todas partes se veía arena blanca. Dejaba los pies en el camino, haciendo que el progreso fuera casi imposible. Cubrió toda la vegetación al borde de la carretera, y también llenó el aire. Aquí por primera vez me encontré con el tipo de carretera que puede desaparecer con los caprichos del viento. Era fácil imaginar que en eons de tiempo este mismo camino ayudaría a formar algunos grandes estratos geológicos depositados en el Golfo de México o en otro lugar. El país se volvió montañoso y densamente boscoso, y a veces el sendero se estrechaba a solo unos pocos pies de ancho y luego se abría con la misma rapidez a cincuenta o sesenta. Los árboles se hicieron más gruesos, la arena se hizo más delgada, el sendero esquivó alrededor de rocas y árboles, disparó pequeñas laderas arenosas y luego, de repente, sin previo aviso, se detuvo en la orilla de un gran río de gran yoiiento. Pg 78]

Era el río Illinois, un afluente del gran Mississippi, que a su vez estaba a solo cincuenta millas de distancia. Alrededor de un par de cientos de yardas de ancho, fue navegado por un ferry de antigüedad desconocida arrastrado a través del río por un cable enrollado alrededor de un tambor. Cada hombre, mujer y niño, y cada vehículo que cruza Estados Unidos por la autopista Pike's Peak, hincha los fondos del hombre que posee ese ferry.

"¿Cuál es el camino ahora?" Le pregunté cuándo llegamos al otro lado. No pude ver signos de ninguna continuación del sendero. Sin embargo, tenía mejores ojos que yo.

"Sigue recto; no te lo puedes perder".

Ciertamente había un pequeño camino visible que subía por la orilla y luego entraba y salía entre los árboles, y como no podía ver nada más, lo seguí. Por supuesto, condujo a "Valley City" (población 52), y en adelante, a través de "New Salem" y "Barry" hacia "Hannibal" en el río Mississippi. [Pg 79]

¡El Mississippi! ¡Durante mucho tiempo había conjurado visiones de este poderoso río de más de 4.000 millas de longitud total que atraviesa los Estados Unidos de norte a sur, y drena casi 1-1/2 millones de millas cuadradas de tierra! Había imaginado su gran amplitud y seguí en mi fantasía el gran río, silencioso y en movimiento a medida que fluía de oeste a este y de norte a sur a través de paisajes en constante cambio y bancos en constante amplitud. ¡Y aquí estaba a unas pocas millas de distancia! La idea era casi absurda.

Justo cuando el sol estaba a punto de ponerse, el camino hizo un desvío más hacia la izquierda. Los árboles y el campo circundante se cayeron como por arte de magia, y no había nada más allá, excepto un enorme puente de acero. Bajo y de horizonte a horizonte fluía el majestuoso río.

El otro extremo del puente estaba probablemente a unos 3.000 pies de distancia en la ciudad de Hannibal y el estado de Missouri. Anfbal se eriza con estatuas, tablillas, carteles, carteles y postales. Todos tienen el mismo tema para un tema: "Mark Twain". Los anfbalianos, si se les llama así, son igual de malos. Creo que no es posible que un extraño esté en Anfbal durante cinco minutos sin que le digan que Mark Twain nació allí. Si el "empleado" del bar de refrescos no te lo dice, el hombre de la oficina de correos sí. Si el joven "fellar" que bombea [Pg 80]

un par de galones de "gas" a tu tanque se olvida de decírtelo, la anciana de la frutería no lo hace. Deben tener un código secreto en Aníbal por el que arreglan estas cosas. Y te garantizo que no hay dos de cada docenas de postales a la venta en Aníbal que no muestren el lugar de nacimiento de Mark Twain o su cueva o su estatua o su culo o su buey o algo que haya "inmortalizado" o no.

Buscando un pequeño lugar tranquilo junto al río donde pudiera pasar la noche y cumplir una de mis esperanzas desde hace mucho tiempo: bañarme en el río Mississippi, bajé por un pequeño camino que corría a lo largo de la orilla y reconoció el país. Para mi consternación, un ferrocarril corría entre la carretera y el río, casi a la orilla del agua. Nada intimidado, y con la esperanza de que tarde o temprano se desviara y me dejara en paz con mi río, continué durante millas, mucho después de que oscureciera, pero sin éxito. La carretera en sí estaba en una repisa muy por encima del ferrocarril, y el ferrocarril estaba en una repisa construida a unos seis u ocho pies por encima del río. Finalmente dejé a Lizzie al borde de la carretera, la camuflé con hojas y ramas, y me mecí con mis maletas sobre la repisa hasta la orilla de abajo. Encontré un pequeño lugar cómodo a unos diez pies de los rieles y me acosté en mi cama. ¡Y oh, qué baño tan glorioso me di en el río!

Era la víspera del 4 de julio, el "Día de la Independencia" estadounidense. Los sonidos de juerguistas de lejos se flotaban sobre las aguas tranquilas y silenciosas. De vez en cuando se escuchaba el débil movimiento de una canoa mientras se deslizaba en la oscuridad de la noche, y la música suave se arrastraba por el río de vez en cuando, ahora clara, ahora débil, como si fuera desde sus profundidades oscuras y místicas.

Me metí debajo de la manta sintiéndome como un buen cristiano esa noche, sin nunca una preocupación en el mundo, un mundo que siempre fue bueno, amable y cómodo. [Pg 81]

Sin embargo, me hubiera gustado saber cuándo pasaría un tren para perturbar mis sueños.

Justo cuando estaba durmiendo, escuché pasos a lo largo de los rieles. Se acercaban cada vez más, pero no pude ver nada. La noche estaba muy oscura. Cuando los pasos se me opusieron, hice la forma de un hombre contra el cielo iluminado por las estrellas. Él no me vio.

"Di, bo, ¿puedes decirme cuántos trenes pasan por aquí esta noche?" Pregunté.

Saltó como si hubiera golpeado en la espalda.

"Solo un par, hermano", respondió a donde el aire había hablado, "uno de ellos en aproximadamente media hora y el otro alrededor de uno por la mañana; pero no te preocuparán", agregó.

Por supuesto, en media hora escuché el remoto estruendo de un tren. Empecé a preguntarme si no me había acercado más a los rieles que cuando me acosté. La tierra tembló y apareció un resplandor rojo en la distancia, y con un poderoso rugido, el enorme tren vino tronando a través de una abertura en los árboles. Aunque sabía que estaba a una distancia segura, la sensación de aniquilación inminente se precipitó de repente sobre mí. "No seas un culo", dije, "¿de qué sirve levantar el viento?" Y al segundo siguiente parecía que el torrente de acero y fuego estaba a solo una pulgada de mi cabeza. Golpear, golpear, golpear, golpear, durante veinte largos segundos, y el intruso se había ido. En otro minuto, ni un sonido rompió el silencio de la noche de verano.

Pensando en la excelente prueba de autocontrol que sería colocar mi cama entre los rieles, pero no me incliné a hacerlo debido a la posibilidad de que un cazador de vacas estuviera frente a los trenes, me enrollé en un fuerte sueño. [Pg 82]

En media hora estaba despierto de nuevo y se repitió el mismo proceso. Entonces consideré que debería quedarme en paz por la noche. Pero mi amigo no había tenido en cuenta con los trenes de carga. ¡Solo los trenes de pasajeros eran responsables de él!

Regularmente cada media hora pasaban atronados. Al amanecer había contado trece en todo. Decisequé no volver a dormir en un terraplén ferroviario, a pesar de que estuviera en compañía del Mississippi.

CAPÍTULO IX

[Pg 83]

CLIMA TORMENTOSO EN MISSOURI

Hannibal es un lugar agradable, limpio y respetable; si yo fuera un turista estadounidense, lo llamaría una "pequeño y linda ciudad".

Encontré un comedor con un olor tentador a su alrededor y pedí un desayuno abundante. Después de pulir esta comida, monté a Lizzie y empecé una vez más.

Ahora estábamos en Missouri, el estado del pequeño agricultor. No es que las granjas sean tan pequeñas, pero no están a una escala tan grande como en el oeste, donde el rancho de cien millas cuadradas está a la orden del día.

Una vez más, el paisaje experimenta un cambio rápido; el país se vuelve montañoso y áspero; uno ve el maíz creciendo en casi todas partes y muy a menudo los cerdos (o cerdos como se les llama en los Estados Unidos) se convierten en pastos. Sin embargo, hay mucha tierra despejada y sin cultivar que ver; las ciudades y pueblos son limpios, modernos y bien dispuestos, y todos dan un aire de prosperidad y abundancia. Cada granjero tiene su coche, y generalmente es un Ford; se puede ver a los jóvenes de doce y catorce años conduciéndolos, y generalmente con tanta habilidad como sus padres, si no más.

Pero a por todas sus colinas y valles y el lujo de su belleza natural, Missouri tiene un gran inconveniente. Hay una mosca muy grande en el ungüento de Missouri: LA LLUVIA. Y cuando llueve en Missouri, llueve adecuadamente, no en pequeñas lluvias tentadoras como lo hace en Inglaterra. Es como si todo el cielo hubiera roto sus fuentes de agua. No cae en pulgadas, sino en pies; no durante horas, sino durante días. Entonces, de repente, el sol sale y lo quema todo con un vigor renovado. Si un coche está lejos de casa cuando llueve, generalmente tiene que "permanecerse". La lluvia se hunde en la carretera, al igual que el coche. Cada coche lleva un conjunto de cadenas para sus ruedas, pero aunque mejoran ligeramente las cosas, a menudo son inútiles al arar a través del grueso limo. Luego vienen los equipos de caballos a los cinco y diez y veinte dólares a la vez para arrastrar el desafortunado automóvil a algún garaje donde "se pone" hasta que la lluvia se ha ido y el sol ha secado las carreteras lo suficiente para seguir avanzando. [Pg 84]

A veces, las personas emprendedoras no esperan a que llueva para traer los shekels. A menudo he oído hablar de casos perfectamente auténticos de un agricultor inundando deliberadamente probables parches de la carretera y luego esperando pacientemente con sus caballos para arrastrar a alguna víctima desafortunada. Esto parece absurdo, pero siempre se tiene cuidado de seleccionar un lugar donde no se pueda demostrar definitivamente que las condiciones naturales no sean completamente responsables del resultado.

A primera hora de la tarde, después de un duro viaje desde Aníbal, puntuado en cada pueblo con una parada para el consumo de helado, llegué a un pequeño pueblo llamado "Bucklin". Tan pronto como estuve allí, una enorme nube negra apareció de repente en el cielo y se

levantó una terrible tormenta de viento que sopló todo lo que no estaba fijado a algo en todas las direcciones. Durante media hora se enfureció. El aire estaba espesa con polvo, hojas y trozos de papel. Entonces, tan de repente como había llegado, el viento se calmó y la lluvia comenzó en torrentes. Tan rápido cayó y tan pesadas fueron las caídas que la superficie de la carretera fue golpeada en una espuma que flotaba todo el tiempo unas pocas pulgadas por encima de la carretera en sí. Incluso caminar a través de él era una prueba de habilidad; tan viscoso era el barro que los pies se deslizaban sin rumbo en cualquier dirección que no fuera la deseada. Por esta razón, los caminos de hormigón se proporcionan invariablemente para que los peatones puedan moverse con relativa facilidad y puedan salir de sus hogares y visitar a cualquier persona en cualquier lugar de la ciudad sin tocar el barro en absoluto. Estos caminos de hormigón naturalmente tienen que cruzar la carretera en algunos lugares, y cuando la carretera que los rodea se arrastra, como sucede muy a menudo, se puede imaginar el resultado de un vehículo que pasa.

de [Pg 85]

Siendo un mayor progreso fuera de discusión ese día, me llegué al único hotel del lugar y me preparé para pasar los días que iban a seguir escribiendo cartas, estudiando un almanaque obsoleto y comiendo mala comida.

Llovió en un diluvio continuo todo ese día, toda la noche y toda la mañana siguiente. Al mediodía se detuvo con un bache, el sol salió con otro y los pájaros comenzaron a cantar de nuevo. A las tres me aventuré con Lizzie. No había ido una docena de yardas cuando la rueda trasera se deslizó de lado hacia la parte delantera y me dejó descansando en el barro medio horneado. De vuelta otra vez por otra hora de espera mientras el sol asado hacía su trabajo. La próxima vez llegué a las afueras de la ciudad antes de decidir volver. Después de otra hora empezamos a hacer o morir, venga lo que pueda. Durante el resto del día, hasta el anochecer, recorrimos diez millas, yendo duro todo el tiempo. Cuando no me estaba extrigiendo de un poco de atolladero picante, estaba sacando barro semiduro de las ruedas y los guardabarros.

En una ocasión llegué a una caída repentina en la carretera, seguida de un aumento igualmente repentino. Como de costumbre, hubo un "descanso de desaliento" poco a la vez en el hueco.[Después de probar dos o tres roderas diferentes en un esfuerzo por "salgar", renunciar a cada una a su vez como sin esperanza, y empujar hacia atrás de nuevo a donde todavía otra rutina se separó de la que estaba, finalmente me abrí camino. La lucha por subir la pendiente del otro lado fue formidable y se estaba logrando lentamente mediante una combinación de conducción de la parte inferior, empuje, elevación y "remar". Justo antes de llegar a la cumbre, fui arrojado por un empinado surco a la zanja al borde de la carretera, sin aliento, agotado y extremadamente malhumorado.

Pg 86]

Mientras me extraña, un joven con mangas de camisa se paseó tranquilamente, con las manos en los bolsillos, desde un coche estacionario un poco más adelante. Cuando saqué de forma segura mi pierna derecha de debajo de la máquina y volví a arrastrar a Lizzie a sus ruedas, el extraño habló.

"Di, amigo, ¿se calienta ese cilindro delantero? He oído decir que ese es el punto débil de las motosillas de cuatro cilindros".

Aquí sigue un flujo de lenguaje de uno mismo completamente no imprimible. El extraño abre los ojos, silba suavemente, luego añade, como para convertir al sujeto:

"¿De dónde eres?"

Permaneció con las manos en los bolsillos mirando mi forma mecreciente. Todavía estaba allí cuando miré por encima de mi hombro media milla más adelante. ¡Probablemente esté allí ahora!

A medida que pasó el tiempo, aparecieron nubes negras en el cielo; el sol entró; el viento se levantó, y comenzó una repetición de los eventos del día anterior justo cuando llegué a la pequeña ciudad de "Wheeling". Lo único que había que hacer era comer hielo hasta que las condiciones climáticas se ajustaran. Esto llevó la mejor parte de dos horas. Una vez más salí con Lizzie. Este tiempo en el corto espacio de cinco yardas reposé suave pero a fondo en el barro de Missouri, para gran diversión de la población, que había resultado ser testigo de mi partida. De nuevo lo intenté y de nuevo me caí. Toda la máquina parecía actuar como si estuviera hecha de gelatina. Lo dejé en el tercer intento.

[Pg 87]

"Prueba el ferrocarril", se oró el comediante del pueblo, señalando un cruce de nivel en la distancia. Esto divirtió a los espectadores "considerable". Para mí, discerní un rayo de sabiduría en la sugerencia.

"Mirad aquí, chicos", replicó, "¿qué tal si me echamos una mano para empujar esto hasta el depósito" (nunca cometí el error fatal de referirme a él como una "estación") "en lugar de mirar y sonreír como muchos colegiales?"

Tuvo su efecto. Tres o cuatro se ofrecieron como voluntarios a la vez. Todos empujamos; nos deslizamos hacia la derecha y hacia la izquierda; nos deslizamos el uno sobre el otro y sobre nosotros mismos. Pero llegamos allí.

Montar en los durmientes no era nada gracioso, pero era mejor que la carretera. No se rellenaron y eran muy irregulares. En consecuencia, el progreso fue lento y un poco inconexo. El "depósito" no estaba muy lejos. El "jefe de línea" me miró con curiosidad, como si fuera una rama extraña de un tren descarriado.

"¿Muchos trenes vienen por aquí?" Le preguntaré, deseando saber qué debería tener que cumplir, ya que solo había una sola vía, las vías dobles rara vez, si es que alguna vez, se colocaban en los Estados Unidos, y si uno no estaba preparado, podría resultar vergonzoso encontrarse con un tren que venía en la dirección opuesta justo en medio de un túnel o un puente. Los puentes ferroviarios estadounidenses son notables por su estrecha estrechez. Muy a menudo, los propios durmientes se proyectan en el espacio, y nunca hay ninguna pista más allá de ellos.

"Lo dijiste, hermano", respondió, "docenas de ellos". "Y lo que es más, hay un par de túneles largos a solo una milla de distancia, mira, puedes ver el comienzo, y más allá de ellos hay un puente de casi media milla de largo, y los trenes son cosas muy divertidas con las que jugar al escondite, ¿sabes!"

[Pg 88]

Yo mismo era de esa opinión. Mientras miraba, vi un tren salir del túnel que tenía delante. Reflexioné que ya debería haber estado allí si no me hubiera detenido. Volví a Wheeling.

Al día siguiente recorrí veinte millas en cuatro horas y me encontré de vuelta en Wheeling de nuevo, pero esta vez por otro camino. Nada intimidado, no dije nada, apreté los dientes y pulí otros veinte hasta el anochecer.

Al día siguiente lo hice mejor. El progreso neto al final del día fue de veinticinco millas en lugar de veinte. Llegué a la conclusión de que Missouri tenía una gran ventaja que hasta ahora había pasado por alto. ¡Fue un excelente lugar para salir!

Al día siguiente recorrí cinco millas en seis horas, y aunque a solo cuarenta millas más o menos de Kansas City, que marca el comienzo del histórico sendero de Santa Fé que conduce a la costa del Pacífico, hice un voto solemne de que "enviaría" todo allí en tren en la siguiente ciudad. La siguiente ciudad resultó ser "Excelsior Springs", veinte millas más adelante. El camino mejoró considerablemente, y el reconfortante pensamiento de la civilización a tan corta distancia me inspiró a superar ese voto solemne. Llegué a Kansas City a última hora de la tarde, una masa de moretones de la cabeza a los pies, justo cuando el velocímetro mostraba a 1.919 millas de Nueva York. Dejé al agente de Henderson y dejé a Lizzie en su licitación.

CAPÍTULO X

[Pg 89]

RESULTADOS DE UN DESGLOSE

Me llevó tres días descubrir que el Kansas City en el que estaba no era el Kansas City en el que pensé que estaba. Daba por sentado que Kansas City estaría en el estado de Kansas. Pero no lo fue. *Mi* Kansas City estaba en Missouri, pero después de buscar diligentemente en la oficina de correos el correo que no estaba allí, descubrí que había otra Kansas City en la otra orilla del río. Todos los buenos ciudadanos de Kansas City, Mo., se ponen la nariz en la mención de Kansas City, Kan., "sin conexión con el tipo de cosa de la empresa opuesta".

De los dos, Kansas City, Missouri, es, con mucho, la ciudad más encomiable. Se apresura y se mueve como toda buena ciudad estadounidense debería hacer. Es exactamente "cien por ciento estadounidense". Los anuncios en los periódicos lo decían. Lo creo, porque cualquier ciudad que se jacta de ser cuatro veces más grande de lo que realmente es debe ser al 100 por ciento. ¡Americano! Pero debo darle a Kansas City lo que se debe. Representa la esencia de la agudeza y la empresa en los círculos empresariales y agrícolas. Tiene ese aire "cerbroso" que es tan saludable en la vida de la ciudad, en comparación con la inertividad aburrida y sombría tan característica de la mayoría de los pueblos fabricantes, especialmente aquí en Inglaterra. Kansas City tiene algunas calles excelentes y algunos edificios magníficos, y sin duda ha crecido a un ritmo notable durante los últimos diez años. Siendo la última ciudad de dimensiones realmente grandes con la que uno se encuentra hasta llegar a la costa del Pacífico, es el enlace de conexión entre el Este y el Lejano Oeste. Los cereales y los productos agrícolas de los vastos Estados del Oeste fluyen incesantemente a través de sus almacenes y depósitos. Una red de ferrocarriles se concentra en Kansas City, los ferrocarriles que traen y extraen millones de toneladas de productos al año.

[Pg 90]

Al día siguiente, cuando visité la agencia de motocicletas, Lizzie estaba de pie desconsolada donde la había dejado el día anterior. Le rogué, supliqué, exhorté y amenacé a que se le prestara atención inmediata. Le menté abominablemente al gerente que estaba poniendo un registro entre las costas y que cada minuto era importante.

¿Cómo podría esperar batir todos los registros existentes si mantuvieran mi máquina en el muelle durante una semana? Me prometieron que comenzaría "ahora mismo". Ese término "en este momento" tiene un significado desconocido para los europeos. Es sutil y evasivo, intangible e incomprensible. Transmite un sentido de una obligación tan absoluta por parte del orador que uno no tiene el corazón para preguntar su propósito exacto. Por lo que puedo determinar, o en cualquier caso en la medida en que he experimentado su aplicación, es más similar al francés "tout de suite" que a cualquier otra expresión que pueda identificar, ya que podría implicar cualquier cosa entre el presente inmediato y el futuro indefinido.

Lizzie necesitó varios reemplazos, incluyendo un nuevo conjunto de rodamientos, un cilindro y dos pasadores de gudgeon, estos últimos rotos por la mitad en el medio. El agente me dijo que siempre podían romperse. Si se pusieran al revés, como siempre los ajustaba, para que el agujero de aceite estuviera en la parte inferior en lugar de en la superior, no se romperían en absoluto. Además, insinuó que mi máquina en particular se apagó mientras se estaba realizando una buena huelga de grasa en la fábrica.

[Pg 91]

"Bueno, puedes unirlo para que me lleve a la costa, ¿de acuerdo?" Le preguntara ansiosamente.

"Bueno, sí, supongo que puedo", fue su respuesta estudiada.

"Adelante entonces, jefe, ¡pero hazlo rápido! Me estoy quedando sin dinero y no puedo permitirme quedarme en tu metrópoli aquí mismo en beneficio de mi salud".

Al estar destinado a permanecer en Kansas City durante cuatro o cinco días más, me encontré con un amplio tiempo libre para recoger mis pensamientos y prepararme para el viaje a través del "salvaje oeste" que tengo por delante.

Un resultado de mi tiempo libre fue que visité al editor del *Kansas City Star*. Este es uno de los periódicos más progresistas de los Estados Unidos, y circula por todo el oeste. Sin embargo, todavía estaba por aprender el alcance de su circulación y los resultados de su progresividad.

El editor fue encontrado como de costumbre en su escritorio en medio de una gran habitación, rodeado de sus mirillas al estilo típico americano. Me saludó con extrema cordialidad. "¿No hace falta que te diga que soy inglés, supongo?" Dije.

"¿Ves esa puerta de allí?" (apuntando al que está en la distancia por la que había entrado). "Bueno, vi que eras un inglés en el momento en que entraste allí".

Le expliqué con completa humillación que estaba viajando a través de los Estados Unidos de América en una motocicleta y me pregunté si sus lectores estarían interesados en el punto de vista de un objeto tan despreciable como un motociclista inglés en este gran y maravilloso país. "No por el amor de la cosa, ya sabes", añadió, "yo no veo por qué no debería ganar uno o dos dólares en el camino".

[Pg 92]

Señaló una máquina de escribir parada inactiva en un escritorio. "Vamos a tener la historia ahora mismo, y darnos algo sobre las carreteras. Hay un gran movimiento que acaba de comenzar a tener buenos caminos, así que puedes repartir la droga recta a todo el mundo en el tema. ¿Me has Algo bueno y rápido".

Le expliqué que, si bien nadie era eminentemente más capaz de escribir sobre carreteras estadounidenses que yo, nunca me había graduado como mecanógrafo en el transcurso de mi carrera empresarial. Por lo tanto, debería tener que retirarme y empujar la modesta pluma.

"¿Qué! ¿Un hombre de negocios que no puede usar una máquina de escribir? No sabía que había tal cosa", fue su réplica.

Les dejé que lo consieran sobre las carreteras. También me referí a su encomiable sistema de arresto de cerdos de carretera. Esto con algunos adornos proamericanos como "país maravilloso", "belleza indescriptible", "riqueza inagotable", etc., etc., completaron el tema.

Mi amigo el editor no solo me recompensó a la noble tasa de una moneda de diez centavos por línea (5d.), asegurando así los gastos del hotel para mi estancia en la ciudad, sino que también me dio alrededor de una hora de su valioso tiempo para hablar de casi todo bajo el sol, principalmente estadounidense. Es bastante sorprendente para un inglés descubrir que prácticamente cualquier hombre de negocios estadounidense digno, sin importar lo ocupado que pueda estar o lo valioso que sea el tiempo perdido en él, entretendrá a un visitante durante un período de tiempo increíble. Si el visitante resulta ser un inglés, está aún más contento de hacerlo porque entonces puede hablar sin interrupciones sobre Estados Unidos y lo maravilloso que es el país. Me enteré de que todos los hombres conocidos de Europa habían estado en la oficina y se habían sentado en esa misma silla. El editor me lo dijo. Lord Northcliffe pasó todas sus horas de ocio allí mientras estaba en los Estados Unidos. También lo hicieron muchas otras notorías, algunas desconocidas para mí. Al menos, así que me lo dijo el editor. Cogí su dinero y le di adiós.

[Pg 93]

CAPÍTULO XI

[Pg 94]

EL SENDERO DE SANTA FÉ

Al quinto día después de mi llegada a Kansas City, todo estaba listo para mi partida. Había otro gran proyecto de ley para la revisión de Lizzie, pero tuve la satisfacción de saber que todos los rodamientos habían sido reemplazados, así como algunos cilindros y pistones y cosas, y que solo había una oportunidad de llegar a la costa antes de que algo más saliera mal. Una vez más, escribí cartas educadas a la fábrica de Chicago, pagué muchas docenas de "e espaldas verdes" en el mostrador y comencé una vez más, esta vez con solo treinta y cinco dólares en el bolsillo. Una vez más, el destino y la oficina de correos habían sido poco amables. No había ninguna sugerencia de nada en ninguna de las oficinas de correos en ninguna de mis llamadas al respecto. En medio de vagas preguntas y dudas a menudo repetidas, me prometí un gran cheque en Santa Fé, la próxima parada. Estaba empezando a conocer los entres y los pors del servicio postal.

El sendero de Santa Fé es la autopista más antigua e interesante de Estados Unidos. Más bien debería decirse que los pioneros de lo que más tarde se conoció como el Sendero de Santa Fé fueron los primeros en dejar marcas permanentes en las rutas que desde entonces se han convertido en "autopistas" entre los Estados del Centro-Oeste y del Lejano Oeste. En los días del equipo de buey y la goleta de las praderas, las llanuras y montañas eran atravesadas por senderos, generalmente a lo largo de las líneas de menor resistencia, manteniéndose lo más cerca posible de las bases de suministros y agua. El viaje por el sendero de Santa Fé comenzó alrededor de 1822, comenzando desde Little Rock, Arkansas (pronunciado Arkansaw), y siguiendo el río Arkansas al oeste. Unos años más tarde, este sendero fue reemplazado por uno más permanente que iba hacia el oeste desde Kansas City (entonces llamado Westport) hasta "Great Bend", una base situada, como su nombre lo indica, en una gran curva del río Arkansas, y desde allí hasta Santa Fé por una selección de dos rutas. Un importante comercio con la población española del suroeste se desarrolló a una etapa temprana, alcanzando su cenit en los años 60. Esta ruta, la que seguí, ahora ha sido marcada una parte considerable del camino por monumentos de piedra erigidos por las "Hijas de la Revolución Americana" y que constituyeron la principal incursión desde el Este hasta el Lejano Oeste. Santa Fé en sí, al lado de St. Augustine, Florida, es la ciudad más antigua de Estados Unidos, habiendo sido fundada en 1605 por colonos españoles en el sitio de un "pueblo" o pueblo indio de origen lejano. Naturalmente, por lo tanto, fue el centro del comercio durante años contados por cientos, y los comerciantes de lejos trajeron sus bienes y suministros en barcos por los ríos hasta donde se puede navegar y luego en equipos a través de las llanuras sombrías y sobre las empinadas Montañas Rocosas hasta este único destino.

[Pg 95]

Más tarde, en la fiebre del oro a California en 1849, los emigrantes llegaron a San Francisco, la "Puerta de Oro", a través de este mismo sendero de Santa Fé, pasando por dificultades indescriptibles en el camino, y en todo momento sometidos a frecuentes asenos de los indios hostiles.

Los primeros ferrocarriles se construyeron a través de las llanuras junto a los antiguos senderos. Los primeros viajes en automóvil (¡y me quito el sombrero ante ellos!) siguió naturalmente los ferrocarriles, desde la necesidad de mantenerse cerca de los suministros. Pero el automóvil de hoy en día con frecuencia hace atajos o desvíos, lo que lleva a tal vez a 100 o 200 millas del ferrocarril, con el fin de visitar secciones que ofrecen atracciones inusuales o lugares de interés histórico, incluso cuando se encuentran en regiones desérticas.

[Pg 96]

Por lo tanto, con Kansas City detrás de mí, el viaje comienza a ser muy interesante desde un punto de vista histórico, si no escénico. Por fin se ve la mano de la civilización moderna para relajar su agarre. Ahora, en lugar de lo prosaico, lo convencional y lo lujoso, vamos a encontrar lo único, lo heterodoxo y lo primitivo. Después del aliento contaminado de las enormes ciudades y la agitación hirviendo, aplastante y enloquecedor de la riqueza y el modernismo, deben seguir la pura atmósfera ilimitada de las llanuras gigantes, la llamada mística de las grandes montañas, la inmensidad, el miedo y el rapto de los desiertos abrasadores. ¿Cuál será para mí?

Ante mí y a 500 millas de un país perfectamente plano y poco interesante antes de salir del estado de Kansas y entrar en Colorado. Luego siga otros 200 igualmente planos, igualmente sombríos, para ser cruzados antes de que las Montañas Rocosas se vean a la vista. ¡Sigrécintas millas de interminable pradera cansada, que se extiende siempre, en todas partes, hasta donde se puede ver la vista, con la colina de la nevera ni un valle ni apenas un árbol a la vista! - Nada más que maíz, trigo y pradera ilimitados e ilimitados.

Esa noche, después de una tarde de 120 millas, descansé en un campo de maíz. El camino había terminado abruptamente. Se había demolido un viejo puente y se estaba a punto de erigir uno nuevo. Un montón de escombros en el medio atrajo mi atención, y tuve suerte. Aquí terminó la carretera; había un pequeño abismo de unos treinta pies de ancho; más allá estaba la carretera de nuevo. Nada más que dar la vuelta. Siempre es objetable volver atrás. Consideré que sería menos por la mañana. Es por eso que me envolví en mi mosquitera detrás de un seto en un campo de maíz y me ofrecí a Acción de Gracias.

[Pg 97]

La mosquitera, ¡no lo he mencionado antes! Compré tres yardas en una pequeña tienda en Missouri mientras esperaba a que la carretera se secara. También compré una gorra. Al no haber usado tocado desde que salí de Nueva York, pronto desechado la gorra y luego se la regalé a un pequeño erizo que parecía que necesitaba una más que yo. Pero la mosquitera permaneció durante más tiempo. Por la noche se desplegué y se envolvió alrededor de mi indigno yo, y todos los días se doblaba cuidadosamente de nuevo y se empaquetaba en la bolsa una vez más.

Nunca olvidaré esa mosquitera. Era blanco. Al menos lo era cuando lo compré. Probé innumerables formas de envolverme en sus pliegues, pero nunca con una gran medida de éxito. El *conjunto tout* cuando las luchas habían disminuido, con uno mismo en pijama rodeado de envolturas de gasa blanca sobre un fondo negro (mi sábana impermeable) debe haber presentado un espectáculo extraordinario a los pobres pájaros de arriba. ¡Sin duda me confundieron con un ángel malhechor servido con una orden de expulsión sin previo aviso desde el cielo iluminado por las estrellas! Al principio todo salió bien. Respiré el aire tranquilo de medianoche sin ser molestado. "No puede ser cierto", me dije a mí mismo, "hay un problema en alguna parte". Había. Descubrí que, mientras que era comparativamente difícil para un mosquito entrar en la red, una vez que entró, era una imposibilidad total sacarlo de nuevo. Un mosquito dentro de una mosquitera vale mucho más que dos fuera. ¡Vale al menos cuarenta!

Luego probé varias acrobacias porque, cuando me envolví correctamente, invariablemente salí de él mientras dormía. Aparenté postes y palos y corté pequeñas clavijas de las ramitas para sujetar la red como una tienda de campaña. Lo hice coser por los lados como una bolsa y me revolví en él todas las noches, solo para encontrarlo envuelto alrededor de mis pies por la mañana y mi cara y brazos una masa de picaduras. Finalmente, en el corazón de las Montañas Rocosas, creo que lo fue, lo dejé como un mal trabajo y recurrí al método de la citronela una vez más. Por eso sé que el viejo mosquito todavía está colgado de la cerca de un rancho de vacas al pie de Pike's Peak, Colorado.

[Pg 98]

Levantarse al amanecer por la mañana y fuera. Encontré otra carretera unas tres millas atrás y continué mi camino hacia el oeste regocijo. Sesenta millas cubiertas antes del desayuno. Las ciudades y pueblos se volvieron muy pocos y distantes entre ellos, y Council Grove, donde disfruté de mi comida matutina, fue prácticamente la primera ciudad que se encontró. Me había decidido a un buen día de carrera y había rezado por buenos caminos. En mi mapa, que se decía que era el único mapa de ruta de los Estados Unidos publicado, y era irremediablemente inexacto e inadecuado, había un enorme río, el Arkansas, un par de cientos de millas por delante. Juzgué que tiene aproximadamente media milla de ancho. En verdad, pensé, el río Arkansas será mi lugar de descanso esta noche, y Great Bend mi destino.

Después de un largo día de viaje, me metí en Great Bend al atardecer. El viaje había sido monótono y el camino agotador. Anunría estirar mis cansados huesos a orillas del poderoso río y bañarme en sus refrescantes aguas. Mientras devoba mi cena, en un pequeño taburete alto en la única cafetería de Great Bend, me consolaba con esta perspectiva.

Afuera, un pequeño grupo de hombres estaban sentados en el pavimento mirando a Lizzie apoyada contra la acera. Lo general es sentarse en las aceras del Lejano Oeste.[Son mucho más altos que aquellos a los que estamos acostumbrados y ofrecen un alojamiento adecuado y cómodo para la población cansada. A menudo se puede ver una fila de hombres sentados en la acera durante toda la longitud de un "bloque" cuando el sol está en tal dirección que los cuidadores están protegidos por los edificios detrás de ellos. Hice una nota mental: "Otra buena idea para importar a Inglaterra". ¡Me imaginé a los londinenses cansados sentados en filas en las aceras del Strand o agrupados tranquilamente alrededor de Piccadilly Circus masticando "shag"!

Pg 99]

Mis bolsillos abultados con botellas de "Buckeye", una cerveza de raíz de imitación que se vendía mucho en los Estados Unidos (desde la prohibición) y que supuestamente tenía una "patada". Una hinchazón sospechosa en otra parte de mi persona indicó una lata de trozos de piña (una delicia de mi juventud).

"¿Ir muy lejos?" preguntó a uno de mis examinadores.

"Hasta el río esta noche. ¿Este es el camino correcto?"

"A la derecha frente a tu nariz a media milla de distancia".

Llegué a un largo puente de madera, pero no pude encontrar ningún río. Después de recorrer dos o tres millas y no encontrar Arkansas, regresé a Great Bend para probar otro camino. Esta vez pregunté en el café.

"En la recta, no te puedes perder el puente".

"Oh, ¿hay un río allí? No vi ninguno".

De vuelta al puente, pero no hay señales de un río. En su lugar, había un gran tramo de arena blanca como una playa de mar, pero con pequeños árboles y arbustos y mechones de hierba salpicados aquí y allá.

"Bueno, este no es el río Arkansas", me dije a mí mismo, "pero he terminado. Esta arena se ve bastante cómoda, así que aquí va".

Entre las dunas de arena hice mi cama y nunca acampé en un entorno más encantador o decanse en condiciones más tranquilas. Las estrellas brillaban con un brillo inusual en los cielos, y la luna se levantó al ponerse el sol, envolviendo todo en un brillo mágico de plata. Una suave brisa fresca tocaba suavemente sobre las aves llanuras y pequeñas de canto desconocido y una variedad incontable se cantaban lentamente para descansar. De hecho, esta no era una noche para dormir; más bien era un momento para la contemplación tranquila de todas las cosas que hacen que la vida sea buena, noble y digna de los vivos. Qué terrible, qué horrible sería cuando al final volviera a los estrechos caminos trillados de la vida de la ciudad, y una vez más me encadenó a "la ronda trivial, la tarea común" que no conoce ningún hechizo mágico ni emociones sin aliento místico. ¿Podría ser que los deberes que se unen y adormecen, las necesidades que obstaculizan y obstruyen, las tareas que se enfrían y extrañan, me pusieran una vez más en sus problemas? Así supongo que son las meditaciones de todos los que se alejan de casa para disfrutar por un tiempo de las recompensas de la naturaleza y cuyo dosel es el cielo.

[Pg 100]

Por la mañana me desperté tan fresco como los alegres sandpipers y los carros de agua que corría y saltaban en docenas. No había rastro de fatiga, ni pensamiento, sino del glorioso día que se estaba abriendo, ningún arrepentimiento, pero que todos los días no habían traído y no traería este amanecer arrebatador.

¡Me enteré en el pueblo de que de hecho había dormido en medio del río Arkansas! El verano había sido excesivamente seco y esa parte del río que, a varios cientos de millas de distancia, se había levantado bulliosamente en el corazón de las Montañas Rocosas y no se había secado con el calor, se había drenado a través del lecho arenoso, para no volver a emerger. Sin embargo, este era uno de los muchos ríos con los que me iba a encontrar sin agua. ¡A veces incluso, iba a ver cercas y ferrocarriles erigidos a través de los aspirantes ríos para evitar que el ganado se desviara!

[P. 101]

Cuanto más al oeste viajaba, menos se convertían en las ciudades. Sin embargo, aunque a veces estaban a treinta y cuarenta millas de distancia, todos eran prósperos, nuevos y acogedores. De gasolina siempre había un suministro abundante a 22 centavos (11d.) por galón. De los garajes había suficientes y de sobra. De hecho, era sorprendente lo que se encontraban los paladares en todas partes. Fuera de cada uno estaba la conocida bomba "Bowser" que se comunicaba con un tanque de 1.000 galones debajo del pavimento desde el que cualquier cosa de medio galón a seis galones a la vez podía ser bombeada por la mano del garaje en un giro de la manija. Un tubo flexible con una polla en el extremo conduce desde la bomba, y el tanque de uno se puede llenar en unos segundos sin que se derrame una gota. Ni de una sola vez en mi viaje por los Estados Unidos he visto una lata de gasolina. No creo que se usen en absoluto porque en ninguna parte de los Estados Unidos es necesario viajar por carretera con gasolina de repuesto a bordo, siempre que, por supuesto, uno tenga cuidado de llenar regularmente en las diferentes ciudades o estaciones en el camino. Incluso en el corazón de Nuevo México y Arizona, incluso en el terrible "Valle de la Muerte" y el Desierto de Mohave de California, se encuentran estaciones donde se puede comprar "gas" y petróleo en abundancia para llevar uno mucho más allá del siguiente.

En Larned hice un abundante desayuno con canteloupe, café y "pastel". Ahora "pastel" es el cien por ciento. simbólico de Estados Unidos. En los Estados Unidos han alcanzado el límite absoluto de la perfección en la fabricación de pasteles; de hecho, creo que debe ser una industria "clave". No solo se pueden obtener pasteles de todo tipo de fruta concebible (y muchas inconcebibles), sino que la cocción de los mismos es la perfección en sí misma.

En el camino de nuevo, siempre hacia el oeste, siempre esperando el día en que, desde la terrible monotonía de las llanuras, las Montañas Rocosas se perfilaban en el horizonte.

[Pg 102]

Pasé por algunos pueblos pequeños a largos intervalos, pueblos con nombres pintorescos como "Cimarron", "Garden City", "Lamar" y "Las Animas". En todos los casos, una ciudad que se acercaba fue anunciada por un tramo de carretera indescriptible. Con el paso del tráfico de todo tipo, la carretera se convirtió en polvo. Cada centímetro era arena suelta, a veces de un par o tres pies de profundidad, arena que sería intransitable para cualquier otro tráfico tirado por caballos. Como gracia salvadora, generalmente era menos profundo en los bordes de la carretera que en el medio, y la locomoción estaba dentro del rango de posibilidades con asistencia frecuente a través de "trabajo de piernas" y con derrames y accidentes ocasionales. El único uso que tenía para estas ciudades estaba en el alcance ilimitado para el consumo de helados que todos podían permitirse. A medida que pasó el tiempo, Lizzie mostró signos de mayor interrupción. Poco a poco se desarrollaron pequeños ruidos y sonajeros y lentamente su energía cayó a grados casi imperceptibles. Por supuesto, tenía un amplio poder incluso para cubrir el país, que, con pocas excepciones, estaba nivelado, y el camino, donde estaba seco, era bueno. No promedí más de veinticinco, y como casi no había ninguna parada que hacer o tráfico para reducir la velocidad, esto no significaba viajar más de treinta en ningún momento. Un buen automovilista concienzudo, me dije a mí mismo, se detendría y lo examinaría todo. Había pasado mucho de esa etapa. "Deja que la vieja olla de barro se enoje hasta que se rompa", murmuré interiormente y me abrí para evitar una tormenta eléctrica que se avecina.

Las tormentas eléctricas viajan rápidamente en EE. UU. Se meten en un ajeteo y no se meten en general. Nunca hay ninguna duda al respecto cuando ves venir uno. Significa negocios; no hay nada de esa obtura burrdeo, gorgoteo y sombría que se queda durante horas en Inglaterra y muy a menudo no llega a nada en absoluto. No, no. En EE. UU. ves una nube de atraxen en el horizonte y antes de que tengas a "George Washington" fuera de tus labios, está sobre ti con una grieta y un golpe y un chapoteo y ay ay de cualquier motociclista inocente que esté montando con sus camisas con su chaqueta atada en la espalda. [Pg 103]

¡Pero esa lluvia fue buena! Kansas puede estar caliente cuando le gusta y sobre todo le gusta todo el tiempo, por lo que un baño de ducha es un regalo de los dioses. Cuando se detuvo, y afortunadamente antes de que hubiera tenido tiempo de hacer su mal trabajo en la superficie del camino de tierra, llegué a Siracusa, un pequeño pueblo con poca población para fundamentar su nombre artístico, y a veinte o treinta millas de la línea estatal de Colorado. Resultado neto 150 millas impares ese día y mañana con suerte debería contemplar las Montañas Rocosas. ¡Oh, esas Montañas Rocosas! ¡Cómo anhelé verlos!

El resto de la noche pasé ajustando los grifos de Lizzie (todos habían trabajado sueltos, de ahí el ruido) y comiendo pasteles y hielos en todos los cafés del lugar. La noche se pasó en una pequeña y sucia posada e inhóspita que se llamaba a sí misma, creo, el Broadway Temperance Hotel. ¡Dios ayuda a Broadway y el Diablo se lleva todos los hoteles de templanza! Me estremeció al comparar esto con la noche anterior.

Hacia el oeste una vez más. En una hora crucé la línea estatal. Invariablemente hay un gran letrero que denota este hecho. "ESTE ES EL ESTADO DE COLORADO, EL ESTADO MÁS PINTORESCO Y FÉRTIL DE LA UNIÓN", se leyó en esta ocasión. Esta vez no hubo un cambio tan marcado en el país. Todavía era plano, todavía de manera desinteresante. Todo parecía seco. [A veces el sendero, que hasta ahora había seguido el "río" de Arkansas, lo cruzaba y lo volvía a cruzar por largos puentes de madera bajos y chirriantes. Todavía no había agua fluyendo debajo de ellos. "¿Agua? Eso solo estaba destinado a fluir bajo los puentes", dice el toper confirmado. ¡El río Arkansas "lo hace sabio" en ese punto! Pg 104]

Errores flagrantes ahora aparecieron en el mapa. Se alegaba que las carreteras y las ciudades que en realidad se encuentran a un lado del río estaban en el otro. Las distancias se volvieron groseramente exageradas o irremediamente subestimadas, tanto es así que solo esperaba llegar a un lugar cuando ya me encontraba allí. Si resultó ser otro lugar de lo que esperaba, bueno, eso lo hizo aún más emocionante.

Más tarde, el camino se volvió muy desaliñado y abandonado. Grandes olas de arena se amontonaron en crestas y surcos que desafiaban a todos los que comen. A veces, una señal benevolente aconsejaba a todos los conductores de automóviles que no se arriesgaran a viajar por él, sino que siguieran tal o cual desvío que llevaría de vuelta a la carretera diez o quince millas más adelante. Vi muchos de esos avisos. Al principio los desprecié, pero la arena creció tan gruesa y profunda que envolvía el marco de la máquina y los estribos que sobresalían paralizaron el progreso. Durante varias horas empujé y me equivé y derrapé y me tambaleé en carreteras y desvíos y caminos que desvían la descripción. Si promediaba diez millas por hora, estaba contento con eso. Pasé por muchos lugares en los que los peatones que pasaban juraban que eran intransitables. En resumen, estaba empezando a reducir la locomoción por las carreteras estadounidenses a una ciencia.

En La Junta, el sendero de Santa Fé se desvía hacia el suroeste hacia Nuevo México, pero otro sendero continúa hacia el oeste y hacia el norte hacia Pueblo, Colorado Springs, y Denver, las tres "ciudades" del estado de Colorado, y Pike's Peak, uno de los puntos más altos de las Montañas Rocosas. Decidí dejar el sendero por uno o dos días e ir a hacer turismo en el famoso Colorado. Así que continué hacia el oeste, escaneando el horizonte todo el tiempo para tener una visión de una vasta y escarpada cordillera. La vista de las montañas sería como bálsamo para una herida dolorosa; tan bienvenida como un manantial de agua en el desierto; o incluso como la vista de la tierra para un marinero náufrago, tan abundantemente cansado estaba de las interminables llanuras y la inagotable planitud y monotonía del país durante las últimas mil millas. [Pg 105]

En lugar de montañas, una nube. Pronto todo el horizonte se fue negro. Sabía lo que eso significaba. Significaba "acostarse" durante uno o dos días y buscar un buen lugar para tumbarse en "correcto". Pero estaba en medio de la nada. No se podía ver una casa o una choza en ninguna parte. Incluso mientras escaneabas el país, llegó la lluvia. El camino no era lo suficientemente arenoso como para empaparse. En su lugar, lo absorbió con avidez y se transformó en barro. Monté lo más lejos que era posible montar a caballo y luego empujé. En unas pocas millas llegué a una pequeña choza de madera al lado de la carretera, cerca de un gran dique que ya estaba hinchado por la lluvia. La choza parecía como si recientemente hubiera sido lanzada junto con el tablero de cerillas y el uso liberal se había hecho de lonas como cortinas en lugar de puertas. Dejé a Lizzie en la carretera y fui a explorar.

CAPÍTULO XII

[Pg 106]

EL DESFILADERO REAL DE ARKANSAS

Había dos cabañas. Aparté la lona y miré a uno de ellos. Estaba tapado y oscuro y lleno de camas, mesas, armarios y montones de muebles extraños y ropa diversa, botas, mantas y colchones. En un claro entre los escombros generales, una mujer de mediana edad se sentó en la parte superior de un baúl frente a una máquina de coser.

"Espero no entrometerme, pero ¿hay algún lugar en el que pueda salir de la lluvia hasta que se apague?"

De un montón de rarezas variadas debajo de mi propia nariz vino una voz, la voz de un hombre.

"Claro; entra ahora mismo, hermano. Eres bienvenido a cualquier refugio que podamos darte. ¿Supongo que te has mojado un poco ahí fuera? Jim, ve a la cocina y trae una silla para este caballero".

Un montón de libros mohosos se meció sobre sus cimientos en otra esquina y un joven de quince o dieciséis años se levantó como si fuera de la tierra.

Hablamos durante una hora, pero la tormenta no mostró signos de disminuir. El viento silba a través de la puerta de la lona y las sombrías gotas de agua caían del techo de vez en cuando en todos y por todas.

Es extraño decir que no traicioné mi nacionalidad. Supongo que para entonces había adquirido inconscientemente en un pequeño grado el idioma de la raza.

"Eres del Este, supongo?" preguntó a la mía anfitriona después de media hora, las primeras palabras que la había oído hablar. [Pg 107]

"Oh, claro, soy del Este, del Lejano Oriente, ¡de hecho, del LEJANO Oriente!" Respondí.

"¿Boston?"

"Lo has dicho", fue mi réplica. "¿Has estado alguna vez en Boston?" Añadí.

"Sí, estuve allí, supongo que quince otoños. Todo lo que recuerdo ahora era el depósito ferroviario. ¿Cómo lo llaman, la Unión del Sur?"

"Claro, es la Unión del Sur, está bien. Por qué, nací a solo un par de cuadras del depósito de South Union".

Miserable mentiroso que soy, nunca he estado en Boston en mi vida.

"Buena ciudad, Boston", intervino la voz masculina desde abajo.

"El mejor del mundo, señor", me asusto.

Mientras tanto, la lluvia continuó, sin la más mínima señal de disminuir.

"Es mejor que traigas tu hondodo motricidad bajo refugio y te quedes la noche aquí mismo", sugirió el hombre de la casa cuando las sombras se profundizaron y aún así continuó la lluvia.

"Estoy seguro de que eso es muy bueno de su parte, señor, pero me temo que será mejor que no le moleste más".

"No hay problema en absoluto; estamos encantados de tenerte; pronto podemos hacer una cama con algunas sillas y algunas de estas mantas".

Estaba muy contento de aprovechar su hospitalidad y estuve de acuerdo.

En la cena tuve la oportunidad de estudiar a los distintos miembros de la familia. Aparte del hombre y su esposa, había dos niños, y bastantes personas más entraron después de una fuente desconocida para mí. La cena consistía en frijoles guisados, con mucho pan y agua, y más frijoles. [Pg 108]

Esa noche dormí en cuatro sillas seguidas cerca de la puerta. Los dos chicos estaban en otro lugar en la sombría oscuridad interior. Durante toda la noche lidé la guerra contra los mosquitos y me abofeteé vigorosamente durante muchas horas hasta que la guerra de guerrillas se volvió tan agotadora que el sueño superó su ansiedad. Los mosquitos luego mordisquearon mi cara a su gusto, si tienen corazones, lo cual es dudoso.

Por la mañana, el desayuno consistía en frijoles guisados con mucho pan y agua, y más frijoles.

A la hora del almuerzo todavía estaba lloviendo, pero más lento. Me quedé a almorzar. Consistía en frijoles guisados, con mucho pan y agua, y muchos más frijoles.

Por la tarde, el cielo se aclaró, el sol abrió los ojos con un chasquido y comenzó su trabajo de secar las carreteras. A lo largo del día había empleado mi tiempo para darle una revisión a Lizzie. Me quité los cilindros, examiné los rodamientos y apreté las cosas en general. Mientras tanto, descubrí que mis amigos estaban construyendo una casa en un campo contiguo. Estaban haciendo el trabajo solos, con la ayuda de algunos amigos, que sin duda explicaron a los otros participantes de frijoles guisados. Había una pila de madera en una esquina del campo y ya se habían colocado los cimientos y se habían erigido los montantes.

Se vio bien que la casa era para ellos mismos para vivir. Nunca había visto una casa crecer tan rápido o haber visto el progreso de una con tanta instante. Además, las paredes no estaban todas fuera de la vertical o las ventanas lejos de ser cuadradas, ya que generalmente se obtiene en casas caseras (¡y muy a menudo también de otros tipos)

"Será mejor que te quedes y comas algo, hermano", dijo mi anfitrión mientras ataba mi bolso en la espalda de Lizzie en preparación para partir. "Solo tenemos frijoles guisados, pero son una comida muy sana". [Pg 109]

Pero tuve visiones de pastel de albaricoque en Pueblo, treinta millas por delante, e insté mi deseo de salir a la carretera "ahora mismo" mientras el clima durara.

Eran buenos amigos, esos constructores de casas de Nepesta. Ni un centavo aceptarían bajo ninguna circunstancia por su hospitalidad hacia mí. Trabajaron duro y temían a Dios, y cada vez que participaban en sus frugales comidas, la gracia se decía de antemano y también después, en acción de gracias por las bendiciones que recompensaban sus trabajos. Uno no podía abstenerse de comparar la civilización de Occidente con la sórdida aventura de vida de Oriente.

Una vez en el camino, de nuevo, el tipo de tristeza abatida que parecía rodear todo se convirtió en una cosa del pasado, ya que gradualmente las Montañas Rocosas se asoman en el horizonte; al principio, débiles y misteriosas, gradualmente se profundizaron en color y se afilaron en el contorno. ¡Qué vista tan refrescante e inspiradora para el alma después de casi 1000 millas de viaje a través de las llanuras polvorientas, tristes y agotadoras!

A última hora de la tarde, se vio una delgada nube de humo negro rizado en el horizonte. Este es invariablemente el precursor de una ciudad occidental. Mucho antes de que uno realmente se acerque a su destino, si ese destino es una ciudad, a veces se puede discernir a veinte e incluso treinta millas de distancia por los mechones y las nubes de humo que cuelgan sobre él. La vista es como la de un enorme transatlántico a no más de una fracción por encima del horizonte. Uno no puede discernir su tamaño o forma ocultos, pero el humo de sus embudos se desfila hacia arriba en los cielos como un centinela en la inmensidad del mar.

Así se acerca una ciudad en el corazón de una llanura desconcertante. Poco a poco es posible discernir aquí y allá una chimenea y, a veces, el reflejo de una ventana solitaria en uno de los edificios más altos brillará en el horizonte lejano. [Pg 110]

La concurrida ciudad de Pueblo se atrajo cerca. Con una población en rápido aumento de más de 50.000 y casi 300 fábricas, algunas de las cuales se encuentran entre las plantas de fabricación de acero más grandes de los Estados Unidos, Pueblo es conocido como el "Pittsburgh del Oeste". Pero no deje que el lector se deje engañar por este título para que piense que Pueblo es miserable, sombrío y odorífero, como es el desconocido de la mayoría de las ciudades de su carácter. Sus calles son anchas, limpias y bien iluminadas con lámparas eléctricas; sus edificios también son limpios y de arquitectura elegante; no hay barrios marginales ni barrios afectados por la pobreza, y con las montañas gigantes que se ciernen a lo lejos, Pueblo es una ciudad manufacturera ideal en un entorno ideal, además de ser el centro de un rico distrito minero.

Desde Pueblo, después de ministrar a las necesidades del hombre interior, me giré de nuevo hacia el oeste hacia Canyon City, a unas cuarenta millas de distancia en el corazón de las Montañas Rocosas de Colorado, para visitar el famoso Desfiladero Real, conocido también como el "Gran Cañón de Arkansas", de allí para regresar por un gran desvío a través de Colorado Springs, otra

Ese ascenso de Pueblo a las Montañas Rocosas siempre estará en mi memoria. Rodeado en todas las direcciones, pero detrás de las brillantes cadenas montañosas, el camino atravesaba vastas llanuras onduladas y praderas que hablaban de desolación inmensa y maravillosa. A medida que el sol se ponía detrás de las montañas, se tiñían y se disparaban con cada tono de color, y la oscuridad se arrastró lentamente por los valles y llenó el aire de vaga maravilla y glorioso satisfacción. En frente y ligeramente a la derecha, Pike's Peak se eleva por encima de sus compañeros, empujando su enorme esplendor de 14.000 pies y más hacia los cielos rojizo. Una sensación espeluznante de intensa soledad se arrastró por mis venas mientras milla tras milla pasaba a través de una pradera desnuda en medio de un [Pg 111]

entorno tan horrible, sin un alma que se viera. Viajé treinta millas antes de que la brisa fría y la creciente oscuridad me dejaran a parar. (El faro estaba *fuera de combate*; solo el "dimmer" funcionaría). A toda esa distancia no vi a ningún ser vivo excepto la hierba de pelo insertado y los pinos negros salpicados a los lados de las estribaciones.

Cuando el progreso ya no era posible, tiré a Lizzie a un lado del camino polvoriento, apó su soporte y desplegué mi manta sobre la hierba de la pradera a su lado. Una vez más, debería disfrutar del dulce lujo de la cama de la naturaleza en el corazón de lo mejor de la naturaleza.

Pero la cama de Dame Nature es a menudo fría e inhóspita, y a pesar de las invitaciones que ofrece a todos los que se cuentan como sus amantes. "Trae tus propias mantas" es la única estipulación. Ella proporcionará el resto. Ella traerá el sueño mágico, los sueños de hadas, el amanecer dorado y las emociones del éxtasis mientras uno se despierta de nuevo fresco y fuerte a su encantador mundo de salud y belleza.

Desde las llanuras onduladas pasamos hasta las estribaciones delimitadas donde la carretera se retorció y giró y cruzó arroyos torrenciales, atravesados por pintorescos puentes de piedra, hasta que se llegó a la encantadora ciudad de Florencia. Aquí hizo una breve parada para desayunar y de allí de nuevo hacia Canyon City. [Pg 112]

Desde Canyon City hasta el Royal Gorge, se ha construido un maravilloso pedazo de camino, sinuoso y subiendo al corazón del escarpado pecho de Colorado. El gradiente en algunos lugares es fantástico. Cada onza de poder era a veces necesaria para superar ciertos estiramientos, y las oscilaciones en S ciegas talladas en la cara sólida de las rocas hacían que viajar fuera un peligro, así como una prueba de habilidad. En cada curva y a cada vuelta, un nuevo panorama se veía y cada vez más lejos desvanecía el horizonte distante del este. Por dónde iba la carretera era imposible de ver. Los acantilados fruncidos y los peñas arbolados parecían ser el único objetivo por delante. Después de media hora de trabajo pesado, llegamos a una abertura. Hay un giro a la izquierda, una meseta plana y una ligera caída hacia abajo; el sendero se apaga en nada y se anuncia un cartel de "Royal Gorge" desde un bungalow cerca de su extremo. Los pinos demacrados también terminan, hay una gran brecha en la tierra y la meseta más allá se ve a media milla hacia el oeste. Subimos sobre las rocas y las rocas, con cuidado y delicadeza, donde el suelo se ha detenido de repente, y mirando hacia abajo desde el borde miramos una tremenda hendidura en la corteza de la tierra. Unos 3.000 pies por debajo vemos un torrente furioso como una enorme serpiente blanca golpeando con un rugido hosco a lo largo de su tortuoso camino, rodeado por paredes verticales de frío e implacable granito. El torrente que corre es el Arkansas, una poderosa inundación, aunque a unas pocas millas de su fuente, y el mismo río cuyo lecho a 700 millas de distancia hacia su desembocadura había proporcionado un alojamiento nocturno tan excelente una semana antes.

Es como si uno estuviera mirando a los propios intestinos de la tierra. Que este abismo gigantesco haya sido cortado por ese río que ahora está a más de media milla por debajo parece casi increíble. Mientras miramos, hay otra sorpresa en la tienda. Como un pequeño juguete, un tren emerge de una curva en los acantilados y con pequeñas bocanadas de humo infantiles se arrastra a lo largo de los rieles que ahora se ven corriendo a lo largo de la estrecha orilla del río. Aferrarse a cada giro y giro continúa con el tren. Apenas hay espacio suficiente entre las paredes escarpadas y el río que se precipita para la única vía. En un momento dado, el ancho de la repisa es de solo 10 yardas y la pista se ha construido sobre el agua. El río se precipita locamente; el motor se balancea de un lado a otro mientras arrastra su pesada carga hacia adelante. Allí abajo, se dice que el cielo de arriba no es más que un hilo de luz y las estrellas se pueden ver al mediodía como en una mina. [Pg 113]

Uno mueve la mirada y escanea las rocas escarpadas que se encuentran amontonadas, apiladas y esparcidas como si un empuje fuera suficiente para enviarlas a bajar por el abismo de abajo. Aquí y allá hay crecimientos atrofiados de salvia, cactus y nopal, o un abeto gigante que brota de una hendidura de hierba en las rocas.

Siguiendo el sendero, pronto nos encontramos descendiendo por los vientos empinados y giros que conducen de regreso a Canyon City. A la izquierda pasamos por "The Famous Sky-line Drive", que se anuncia por carteles aquí y allá como "La mayor maravilla escénica de la carretera del mundo". Pero a un poco de distancia de aquí también está "el viaje de un día que quiebra el idioma inglés" y lugares de belleza como los que sugieren los nombres "Hell Gate", "The Frying Pan", "Roaring Fork", "The Devil's Thousand-Foot Slide", "Cripple Creek", "The Garden of the Gods" y otras denominaciones igualmente eu

Sería tentador explorar todos estos lugares y ver más de Colorado y el inmenso fondo de belleza natural que muestra en una variedad infinita. Pero la impaciencia me atrae de nuevo hacia Pueblo, para que pueda volver a encontrar el camino que conduce a California. Ya estoy ansioso por ver el mar azul, ¡aunque solo estoy a medio camino entre los océanos! [Pg 114]

Esa tarde, mientras hacía una pausa debajo de un "bowser" en Pueblo mientras Lizzie estaba llena hasta el borde, pregunté sobre el estado de la carretera a Trinidad, a unas 100 millas al sur en el sendero de Santa Fé.

"¿Trinidad? ¡El peor camino de Estados Unidos, señor! El peor camino de Estados Unidos, señor".

La perspectiva no era agradable. Ciertamente había un elemento de interés al respecto porque sería casi fascinante ver por sí mismo exactamente lo que los estadounidenses consideraban un mal camino. Mi fórmula hasta ahora había sido que cuando un estadounidense decía que un camino era bueno, era malo. Cuando dijo que era malo, ¡era muy malo! Pero, ¿cómo sería el "peor"?

A medida que avanzaba, el cielo se profundizaba y una fuerte ducha de truenos amenazaba. Las pesadas nubes negras brillaban alrededor de las cimas de las montañas y en cada momento esperaba un repentino estallido del cielo. A mi derecha, los Rockies subieron cada vez más alto. En la distancia, pero acercándose gradualmente, se levantó Blanca Peak, un gigante terrible y pesado entre sus hermanos, su sombrío cresta que perfora las bóvedas del cielo y apenas visible en la sombra negra que tan a menudo cuelga en el vecindario de estas cumbres de montaña occidentales. De vez en cuando una racha de relámpago brillaba a través de los cielos, y el jadeo soplado que seguía, tardío e impresionante, retumbaba hacia atrás y hacia adelante a lo largo de los valles, reverberando de pico a pico hasta que finalmente se perdió en las profundidades del firmamento.

A la izquierda, extiende las llanuras onduladas hasta donde el ojo pueda alcanzar, al igual que el mar se extiende hasta las orillas de Dover, de donde los acantilados se elevan escarpados y tercos. Delante se acostaba la carretera, bordeando las llanuras y picos limítrofes. [Pg 115]

Pronto llegué a la conclusión de que esa mano de garaje en Pueblo había estado "arrancando una sobre mí". El camino era simplemente espléndido. Colocada en un macadam duro, plano y bien hecho, su superficie era excelente, pasando toda comprensión. A medida que aceleraba cada vez más rápido para evitar la tormenta de acumulación, las almohadillas antideslizantes de los neumáticos tarareaban alegremente. ¿Podría estar en el camino correcto? Me pregunté una vez más. Debo estarlo, porque en estas partes solo hay un camino que tomar. No existen otros. Debe haber una trampa en algún lugar, me dije a mí mismo.

Pasó una hora y aún así el trueno corrió alrededor de Blanca Peak the Mighty, ahora retrocediendo de la vista. Una ducha ocasional justo al borde de la tormenta me apresuraría en mi camino. Aún así, el camino era la perfección en sí misma, y aún así bordeaba la cadena de picos menores que va de norte a sur, el límite de la vasta meseta de más de 1 000 000 de millas cuadradas que incluye, en esas palabras sin pretensiones, "Las Montañas Rocosas". Otra hora pasó volando.

Y luego vino, como un ladrón en la noche, repentino e inesperado. El macadam gris liso desapareció, como si la varita mágica hubiera cesado su poder. En su lugar, había una pista villana en el suelo marrón oscuro de la pradera, una pista golpeada de dolor y golpeada de dolor, aquí maltratada en parches feos, allí abarrotado en crestas hirviendo de barro y roca. Había llovido. Esas palabras por sí solas expresan un mundo de pecado y vergüenza, cuando se habla de un sendero "fuera hacia el oeste". Aquí una vez más estaban las [Pg 116]

viejas agonías, las viejas molestias, las viejas torturas, los viejos acarreos, levantamientos, empujones, sacudidas y moretones. El cielo volvió a estar nublado. La lluvia comenzó a caer. Todavía tenía veinticinco millas para ir a la ciudad más cercana. El sol se hundió más bajo detrás de la cresta de la montaña. La lluvia cayó más rápido; si no llegara a Walsenburg esa noche, tendría que descansar entre los perros de las praderas bajo la lluvia torrencial. ¿Y qué posibilidad había de llegar a Walsenburg antes del anochecer sin luces y a un promedio de seis millas por hora "todo fuera", con solo una hora insignificante antes del anochecer?

No intentaré describir ese viaje. Creo que no debería describirse. "El viaje que lleva al idioma inglés", de hecho, pensé. Muchas veces dejé la carretera por completo y seguí mi curso en la lista de la pradera áspere. Esbrado de rocas, rocas y piedras feas, tallados aquí y allá en formas fantásticas, con huecos misteriosos y pintorescos agujeros para perros de la pradera, era posible correr a lo largo. Desde la distancia, el "camino" que había dejado se veía mejor y volví a él, solo para descubrir que la pradera todavía se veía más atractivo. Cómo salté sobre las piedras más pequeñas y me salté las más grandes, siempre con la intención de nada más que las pocas yardas que iban a seguir, nunca lo recordaré del todo. Una y otra vez volví a la carretera y soporté su agonía por un hechizo, y de nuevo me alejé de él, cada uno de mis huesos temblando en sus articulaciones y mis dientes balanceándose en sus cuencas con la vibración.

Déjame olvidar. ¡No es bueno regodearse con estas cosas! Recuerdo solo un incidente divertido, que fue el precursor de muchos más por venir. Había regresado a la carretera por un tiempo. Me di un pequeño chapuzón. Era como un lago lleno de barro fluido donde un arroyo descarriado se había hinchado con las lluvias e invadido la santidad de la carretera". No negociable" fue el veredicto tácito. Es extraño decir que la pradera ahora estaba cercada del límite de la carretera, por lo que no se pudo evitar la lucha que se avecina. "Tiene que hacerse, así que aquí va"; poco a poco me sumerí en la masa amarilla. Justo a mitad de camino, la rueda trasera se convirtió en gelatina y parecía arrugarse hasta la nada. Con un gran splosh, todos los quinientos de nosotros caímos alegremente en el fango. Fijado por el peso de la máquina, el barro tenía tiempo suficiente para empaparse en toda mi ropa, en mis bolsillos y en mi cuello. La inmersión de Lizzie habría sido completa en lugar de parcial si no hubiera intervenido... Después de una breve lucha, finalmente logré sacar mi pie derecho de entre el pedal de freno y el motor, y izado la masa voluminosa de su reposo. Tan pronto como se hizo esto, nos deslizamos una vez más y nos caímos *en bloque* en el lado opuesto.

[Pg 117]

¡Oh, las alegrías del motociclismo en Yankeeland!

Esa noche llegue a Walsenburg. Por suerte, los dos hoteles estaban llenos. Al menos los empleados de escritorio declararon por los huesos de sus santas abuelas que no quedaba una habitación. ¡Probablemente se sintieron movidos a la ansiedad para que su digno nombre no estuviera sucio por este intruso cubierto de barro!

Encontré una habitación después de una larga búsqueda en una "casa de redoss" de quinto nivel desprovista de muebles, donde la casera exigió mi dinero por adelantado antes de darme la llave de mi habitación.

Así pasó otro día.

CAPÍTULO XIII

[Pg 118]

EN EL SUR DE COLORADO

Solo hay una carretera en los Estados Unidos tan mala como la de Walsenburg a Trinidad. Me refiero a la carretera de Trinidad a Walsenburg.

A pesar de eso, fue un buen camino; lo pasé. Se necesitó una paciencia, perseverancia y una mañana de tiempo para hacer esas cincuenta millas cansadas. El paisaje era extraño, casi hasta el punto de ser extraño. De la planitud circundante se levantarían mesetas repentinas, con lados verticales muertos y tapas perfectamente planas. Incluso las colinas y montañas donde ocurrieron (excepto en las distantes Montañas Rocosas) se basaron en el mismo plano, subiendo abruptamente desde la llanura y ascendiendo en dos, tres o más pasos repentinos. El efecto fue como si la arquitectura de la tierra hubiera sido confiada a algún aspirante a cubista o futurista en lugar de a las leyes bien disciplinadas de la Naturaleza.

No profeso haber logrado mucho aprendizaje en la ciencia de la geología y, por lo tanto, hablo como uno sin autoridad. Pero me pareció en muchas ocasiones que para estudiar la geología del Lejano Oeste, el científico inglés tendría que olvidar todo lo que había aprendido sobre geografía física y empezar de nuevo en el sur de Colorado.

Al principio me quedijo en el extremo al ver cómo las montañas se levantaron de repente de las grandes llanuras, sin casi ninguna advertencia, y sin las habituales colinas y valles que uno esperaría ver agrupando alrededor de una cordillera de varios miles de pies de altura. Después me acostumbré a esta formación inusual, cuando descubrí que las montañas siempre crecen de esa manera en el Lejano Oeste, y particularmente más lejos en Nuevo México y Arizona. Todos sus rangos parecían "Wrekins" alargados ambientados en una llanura de dimensiones gigantescas.

[Pg 119]

En Aguilar, a mitad de camino a Trinidad, conocí la primera ciudad verdaderamente mexicana. Se recordará que todos los estados del suroeste alguna vez pertenecieron a México y uno por uno han sido cedidos o comprados o apropiados de otra manera hasta que México ahora es solo una sombra de su antiguo yo. Sin embargo, una gran proporción de la población sigue siendo mexicana, a pesar de la continua afluencia de colonos estadounidenses, y por lo tanto el mexicano se habla casi universalmente, además del inglés como lengua nacional.

Trinidad se diseña a sí misma "El centro industrial y comercial de S. E. Colorado". Con una población de algo en la región de 14.000, se encuentra en la base del Pico de Fisher (10.000 pies), y es un ejemplo admirable de las mezclas inextricables del Viejo México y la Nueva América en las ciudades del Oeste. Tomé su foto y dejé sus brillantes calles bien pavimentadas para rastrear a mi viejo amigo, el sendero de Santa Fé.

Me alejé a una milla de la ciudad y luego golpeé. El sendero subió rápidamente, bordeando el Peak todo el tiempo en preparación para el Paso de Ratón que pronto seguirá, que corta justo sobre las Montañas Rocosas hacia Nuevo México. Eso en sí mismo no era nada. Siempre estoy listo para una buena subida de colinas. Pero había pensado mejor en el Santa Fé Trail. Después de subir 1.000 pies en poco más de una milla, se convirtió en el hotch-potch más absurdo de surco y montones de barro que jamás haya visto, y esto por lo que uno pudo ver. El estado de la carretera tensó mi credulidad hasta el punto de ruptura. Pasar por el lejano agujero de barro en Hume en Indiana fue una fiesta de té para niños en comparación con esto. En media hora hice solo 100 yardas y luego, después de decidir decididamente regresar a Trinidad y tomar el tren, descubrí que volver estaba tan fuera de cuestión como seguir adelante. Simplemente no se podía hacer con una sola mano. Para dar la vuelta a Lizzie se necesitaría nada menos que un gancho de cielo y bloques de poleas.

[Pg 120]

La dejé de pie en una enorme rutina en medio de la carretera y la reconocué hasta qué punto continuaba este atroz estado de cosas.

Afortunadamente, un Flivver apareció alrededor de una curva en la carretera de delante, viniendo en la dirección opuesta. Se izó y se balanceó y se golpeó y se deslizó de lado y se abrió camino. Lo vi hasta que finalmente llegó al lugar donde Lizzie bloqueó el camino. Entonces había que hacer algo. El coche tenía dos ocupantes, ambos hombres de aspecto fuerte, a los que alisté en mi ayuda. Juntos levantamos y tiramos y levantamos y empujamos hasta que lo peor pasó, y luego luché solo.

Viajamos más lejos en las montañas; subimos cada vez más alto. En algunos lugares, el sendero se talaba en las escarpadas laderas de las montañas, y excepto en algunos lugares, apenas había espacio para que pasara más de un vehículo. Ocasionalmente, se encontraba un "lavado" en el que un arroyo de montaña había invadido la carretera y lo había arrastrado por completo. Luego vendría un corto desvío sobre una brecha en el banco, con la pendiente de hierba sembrada de ramas y pequeños troncos de árboles para evitar que el desafortunado vehículo se hundiera y, por lo tanto, bloqueara permanentemente todo el progreso de esa manera.

[Pg 121]

El ascenso de las montañas Ratón por el paso de Ratón se encuentra entre algunos de los paisajes más bellos que se pueden imaginar. El sendero solo es visible unos pocos metros más adelante y se pierde en giros y vueltas repentinos a medida que gradualmente se devoran las laderas de la montaña. A la derecha, casi detrás, todavía se ven los famosos picos españoles que se elevan como gemelos en soledad sobre el resto de la cordillera de Sangre de Cristo, a unas cuarenta millas de distancia. Pronto dejaremos atrás al estado de Colorado: Colorado el Glorioso, el Hermoso, el Grande.

Se dice que "entre todos los reinos de montaña, Colorado parece ser fácilmente el primero en el adorno físico: ni siquiera Suiza y sus Alpes ofrecen más que una comparación justa". El Mont Blanc, el pico más alto de los Alpes, tiene 15 784 pies de altura, mientras que Colorado tiene muchos picos a los que le falta poco de esta altura. Las profundidades más bajas de algunos de los parques famosos de Colorado son más altas que la altura media de la Cadena Alpina.

Subimos, en medio de cimas de montañas densamente boscosas, curvas redondas y emocionantes y precipicios tortuosos y sobre las carreteras más rocosas. El final está a la vista. Una depresión en el horizonte por delante muestra dónde el Paso de Ratón (7.620 pies para ser exactos) alcanza su punto más alto y mira hacia adelante hacia el corazón de Nuevo México y hacia atrás hacia las inmensidades de Colorado.

Una curva gradual, un desvío repentino y luego se llega a la cumbre. Colorado ha aprobado. Ante nosotros se encuentra un valle grande y densamente amaderado, amplio, profundo y hermoso. Más allá de las grandes llanuras de Nuevo México, llanuras tan vastas que en su absoluto desafío al límite y la dimensión mendigan la descripción. El ojo no podía seguir la gran extensión. Tan inmensas eran las distancias que la tierra se fusionó indefinidamente con el cielo en el horizonte. Salpicado y esparcido aquí y había colinas y cadenas montañosas que parecían haber surgido tan repentinamente de la meseta que realmente no tenían conexión con ellas.

[P. 122]

Aquí estaba parado en la puerta de otro mundo. Ante mí estaba una tierra de misterio y romance, una tierra de salud para el cuerpo y el alma; una tierra de desierto y arbusto de salvia, de cactus y vegetación extraña; una tierra de antigüedad sin igual a ninguna otra en el mundo. Aquí a mis pies se yena Nuevo México y más allá, Arizona, los dos estados que al mismo tiempo son los más antiguos y los más jóvenes de Estados Unidos. Aunque solo fueron admitidos en la Unión en 1912, su historia data de épocas remotas en las que estaban poñidos por una raza desconocida hoy en día, pero sin embargo bien avanzado en el camino hacia la civilización, una carrera que construyó ciudades mientras que Babilonia aún era desconocida, y estableció sistemas de riego que desconcertaban a los ingenieros de la actualidad.

Arizona y Nuevo México, son las perlas de gran precio que ningún ser humano ha valorado por su verdadero valor. Cuando llegue el día en que el hombre pueda decir de ti: "Te he visto en todos tus estados de ánimo y he descubierto todos tus secretos", entonces esta vieja tierra será un globo sin vida, sin alma y sin rumbo, su propósito cumplido, su curso completado.

Un descenso de cinco millas a través de los pinos perfumados me llevó a Raton, otra ciudad mitad mexicana, mitad americana, pequeña pero moderna y bien organizada. "No más 'casas de habitaciones' para mí", resolví y volví mi mirada hacia las llanuras lejanas donde la oscuridad se estaba acumulando lentamente.

[P. 123]

Incluso en Nuevo México, uno nunca necesita quedarse sin comida. El camino hacia el corazón de un inglés es a través de su estómago (esto se aplica también a los estadounidenses y a la mayoría de los seres humanos en general!). Mi corazón fue muy conmovido por Raton de esta manera, y poco antes del anochecer estaba acelerando en mi camino hacia el sur hacia Santa Fé.

Diez millas por el sendero cruzaban un río. Debe haber sido el río Canadian, un afluente del Arkansas, que se une a varios cientos de millas al este. El país circundante era la desolación y la soledad en sí. Mitad pradera, mitad desierto, casi desierto, era un país de nuevas sensaciones. Justo al oeste, de horizonte a horizonte, se extendía la demacrada y escarpada cordillera de Sangre de Cristo, oscura y amenazante siempre en su aspecto. No había un ser vivo a la vista, ni siquiera una sugerencia de vida. Salí de Lizzie de la carretera hasta el borde del río y acosté mi cama en los rayos de plata de la luna naciente.

A las 6:30 de la mañana, el cielo estaba rojizo y el aire puro con las frescas brisas del amanecer. De minuto en minuto, la mirada de colores de las montañas cambió sus tintes a medida que el sol se elevaba más alto en el cielo mexicano. Seguí en mi camino.

El camino era amplio y bueno, pero había una sorpresa. Después de unas pocas millas, apareció una señal en ruinas donde un camino desaliñada se unió a la amplia carretera a través de una brecha en la valla que ahora corría al lado. Llevaba la leyenda "A Santa Fé" y apuntaba a través de la valla a la izquierda. Mi primera impresión fue que un niño pequeño había estado haciendo bromas. Era inconcebible que estas dos roderas que cortaban profundamente en el suelo de la pradera y no eran visibles a más de 50 o 100 yardas por delante como máximo. En algunos lugares, las dos roderas se habían vuelto demasiado profundas para su uso posterior y se había iniciado otro par en el lateral, corriendo en paralelo con las originales. Cuando estos se habían desgastado demasiado, había surgido otro par, y en muchos lugares conté ocho pares distintos de surmas que corría uno al lado del otro a través de la pradera, cada uno de los cuales representa una fase distinta en la evolución del sendero de Santa Fé. En cualquier momento, si uno mira lo suficientemente lejos y largo, puede encontrar las pistas originales que hace siglos fueron formadas por los viejos esquiones de las praderas mientras viajaban hacia el oeste a través de las llanuras hasta Santa Fé.

[Pg 124]

Nuevo México no es un buen país en el que perderse. Las ciudades son muy pocas, y a menudo se puede recorrer cien millas sin ver un pueblo o conocer un alma. Así que, a pesar de la tentación, me desvíe hacia la izquierda y entré en el campo que estaba sin maíz ni pasto, siguiendo esas dos roderas que cortaban profundamente en el suelo de la pradera y no eran visibles a más de 50 o 100 yardas por delante como máximo. En algunos lugares, las dos roderas se habían vuelto demasiado profundas para su uso posterior y se había iniciado otro par en el lateral, corriendo en paralelo con las originales. Cuando estos se habían desgastado demasiado, había surgido otro par, y en muchos lugares conté ocho pares distintos de surmas que corría uno al lado del otro a través de la pradera, cada uno de los cuales representa una fase distinta en la evolución del sendero de Santa Fé. En cualquier momento, si uno mira lo suficientemente lejos y largo, puede encontrar las pistas originales que hace siglos fueron formadas por los viejos esquiones de las praderas mientras viajaban hacia el oeste a través de las llanuras hasta Santa Fé.

La siguiente ciudad se encuentra muy al otro lado de las llanuras más allá del horizonte. Debería tener que darme prisa si fuera a desayunar, pero la conducción fue difícil. Mechones de hierba gruesa y piedras afiladas cubrían la pradera y retenían la velocidad; aquí y allá estaban los agujeros de los perros de la pradera, que no respetan a nadie en su elección de un sitio. Si les gusta construir su entrada de la puerta principal donde resulta que tu tira inter-rut favorita, bueno, la construyen allí. Sus agujeros suelen tener unas seis pulgadas de diámetro, y la boca tiene forma de embudo. Los vehículos que pasan los aplastan hasta que la abertura a veces tiene dos o tres pies de ancho. A nuestro amigo el perro de las praderas no le importa en lo más mínimo. Sigue viviendo allí a pesar del tráfico y nunca se le escapa

[Pg 125]

una maldición a sus labios. Es un animalito querido. Uno no puede evitar amarlo. En estatura, estos animales tienen la característica tanto de una ardilla como de un conejo, y miden aproximadamente un pie de largo. Se sientan en sus pequeños y gordos aveques como una ardilla, pero solo tienen una pequeña cola acodada como un conejo. Creo que son los roedores más amigables que existen, y tienen la reputación de vivir en amistad incluso con serpientes de cascabel, ¡que nunca les hacen daño! Si sorprendes a uno cuando está fuera de casa, te mira, inmóvil, para ver si ha sido visto, aunque solo esté a unos metros del intruso. Y cuando ve lo que has visto, huye con la cabeza bien hacia abajo y la pequeña cola hacia arriba hasta llegar a su madriguera en la pradera plana. Una vez hecho esto, se considera seguro, se da la vuelta, se sienta en sus heno y te mira fijamente. Pero si te atreves a acercarte demasiado, desaparece en un segundo y ya no se le ve.

Uno no puede evitar reírse de las travesuras de estos divertidos animalitos mientras se escapan como cachorros de un mes. A menudo he perseguido a uno hasta su agujero en la carretera y he visto la mirada ansiosa en su cara mientras por un breve momento gira la cabeza antes de parpadear en el suelo debajo de tu rueda delantera. Ningún verdadero viajero podría dañar a una de estas pequeñas bestias inocentes; a menudo son sus únicos compañeros durante cientos de millas.

Diez, veinte, treinta millas recorría la pradera sin pistas casi. Ocasionalmente, las piscinas de barro bloqueaban el camino, pero cuando el sendero no estaba cercado, estos se evitaban fácilmente. Más tarde aparecieron vallas, que limitaban la carretera desde algún rancho vecino. Juzgué que me estaba acercando a Springer. [Pg 126]

Una vieja choza de un coche de dos plazas a la vista, que venía en la dirección opuesta; tuve la oportunidad de estudiarlo en detalle a medida que se acercaba. Naturalmente, los dos nos detuvimos. Todos los viajeros son amigos en el Lejano Oeste, donde las distancias son grandes y la gente es escasa.

"Supongo que será mejor que nos sigas si quieres llegar a Springer esta semana", dijo el conductor.

"¿Por qué, hay algo de barro?"

"¿Molino? Hay un agujero ahí fuera de la ciudad que hemos estado tratando de entrar o salir de estas dos horas y media. Tuve que conseguir algunos hoeses para sacarnos hacia atrás al final. Dios, nunca he visto un agujero de barro como este en todos mis días. Sin embargo, me han dicho que los parientes nos desarramos de otra manera. ¿A dónde te diriges, extraño?"

"Santa Fé."

"Oh, esperábamos llegar a Santa Fé esta mañana". Nos vamos a El Paso, y debemos llegar allí mañana".

¡Reflexioné que El Paso estaba en Texas, en la frontera con México, a unas 500 millas al sur! "Bueno, si no te importa, iré a Santa Fé contigo, para que podamos ayudarnos mutuamente a sacarnos de cualquier agujero que suceda".

"Righto, me alegro de tener tu compañía, pero no somos comerciantes rápidos como supongo que estás con ese 'oss allí".

"No cometas ningún error, hermano. Pasé la locura de la velocidad mil millas atrás. No paga". [Pg 127]

Así que volbamos sobre nuestras pistas, el coche liderando. Estaba completamente despojado de alas de barro y estribos para evitar que las ruedas se obstruyeran o que los estribos ensuciaran la carretera. En la parte posterior había un gran baúl. Esta es la forma habitual de viajar en "auto" en el oeste. Rara vez se ven alas en un coche que se conduce a cualquier distancia de casa. Los estribos, si están presentes, son generalmente de una variedad improvisada hechos con tabloncillos suspendidos y sujetados en su lugar por cuerdas alrededor del trabajo del cuerpo. Por lo tanto, se aumenta el espacio libre de la carretera y se elimina la necesidad de una limpieza constante. Con mucho, la "máquina" más popular es la Ford. Puedes comprar uno barato y venderlo como chatarra cuando el viaje, si es largo, esté terminado. Los propietarios de coches de turismo grandes y caros a menudo también tienen un Ford para emergencias y para viajes de larga distancia. En Nuevo México y Arizona he visto decenas de enormes coches de turismo atrapados impotentes en la carretera y a menudo abandonados por completo hasta que las temporadas permiten su eliminación.

Seguí a mis amigos de Texas a lo largo de pequeños senderos y caminos ásperos sembrados de rocas, a través de huecos en las cercas, a través de campos y jardines traseros, todo, en mi opinión, a un ritmo alarmante. Fue solo con dificultad que me mantuve al día con ellos, debido a las muchas roderas y rocas y otras obstrucciones que obstaculizan mucho más a dos ruedas que a cuatro.

Al llegar finalmente a Springer, decidí posponer la comida prometida hasta más tarde en el día.

Pasamos por muchos ranchos y cruzamos muchos pozos de barro, algunos de un ancho alarmante. En la mayoría de las veces me las arreglé para caerme al menos una vez y revolcarme en el barro. A veces el coche se adelantó tanto que se perdió por completo, pero después de cada encuentro con un lago de barro me las arreglé para recuperar el tiempo perdido. [Pg 128]

Así pasaron casi treinta millas en las que me di cuenta de lo absurdo de dos ruedas en comparación con cuatro. En un lugar perdí tanto tiempo que empecé a renunciar como desesperado al intento de mantenerme al día con el coche que había por delante. Después de todo, ¿para qué sirve? Sin embargo, una vez fuera del fango, el sendero mejoró y se convirtió en arena suelta durante muchas millas.

Sobre esta arena hice un buen progreso. Ahora era casi el mediodía, y tuve visiones de una comida en Wagonmound, un pequeño pueblo a unas veinte millas de distancia. El apetito estaba bien, y mientras recortaba milla tras milla a buena velocidad, me olvidé de los agujeros de barro y cosas por el estilo.

De repente, el motor estalló en un rugido salvaje y Lizzie comenzó a reducir la velocidad. ¿Qué problema era este nuevo? ¿Una cadena rota o algo peor? Me detuve lo más rápido que pude y procedí a un examen de la transmisión. La cadena estaba bien, pero la rueda dentada del motor casi había bajado del eje de transmisión. La llave y la tuerca, ¿dónde estaban?

Durante una hora busqué arriba y abajo en la arena y en el césped al borde de la carretera las partes que faltaban, pero sin éxito. El sol estaba casi verticalmente arriba y sus rayos se derramaban sin piedad desde un cielo sin nubes. No había señales de agua ni de ningún ser vivo en ninguna dirección.

Volví a otro examen para descubrir si podía quitar una tuerca de cualquier otra parte de la máquina para reemplazar el defecto. No había una tuerca en ningún lugar que se acercara al tamaño o al hilo requerido. Busqué una vez más, preguntándome en cuántos días pasaría otro vehículo por allí, y la mitad decidí caminar las siguientes veinte millas. [Pg 129]

¡Qué! ¡Deja a Lizzie y camina! ¡NUNCA!

Otra hora después. Había explorado todas las roderas y buscado cada centímetro de la carretera durante media milla de vuelta. Me detuve y me pregunté dónde podría encontrar agua para beber. El agua sería aún más aceptable que la tuerca y la llave ahora. Escaneé la pradera al sol en todas las direcciones. De horizonte en horizonte no había nada más que las solitarias montañas distantes, y aquí y allá una solitaria colina reseca. ¡Una perspectiva realmente agradable! De ahora en adelante llevaría una bolsa de agua conmigo.

Decidí volver con Lizzie, sacarla de la carretera e intentar caminar. ¡Pero solo pensar en llegar 3.000 millas en su compañía constante, y

luego tener que la abandonado! "Pobre vieja Lizzie, es una vieja y querida", me murmuré a mí mismo.

¿Qué fue eso? Me agaqué para ver, y allí escondida en una grieta en el barro duro estaba la llave que faltaba. Eso puso un aspecto diferente en los asuntos por completo. Con toda probabilidad, la tuerca no estaría muy lejos. Me puse a explorar cada piedra, cada rutina y cada grieta. Por supuesto, no lo encontré muy lejos.

En unos minutos, el aire del solsticio de verano estaba silbando más allá de mis oídos una vez más.

En diez minutos me encontré inspeccionando la cosa más grande en los lagos de barro que alguna vez ha sido mi desgracia negociar. El camino estaba cercado, naturalmente. Había un rancho a cada lado. El lago de barro se extendía hacia los lados hasta los límites de la carretera, de noventa pies de ancho. La distancia era de unas cincuenta yardas. Calculé que el barro y el agua estaban hasta la cintura en el medio. Las crestas y surcos de barro más duro, donde los coches que pasaban lo habían agitado, en un intento desesperado de pasar, condujeron a la masa enfermiza y luego se perdieron.

[Pg 130] en

"Esto requiere que un científico, no un motociclista, cruce", aceré, y, apoyando a Lizzie en su puesto, fui a reconocer.

Luego creé un precedente en el arte de cruzar agujeros de barro con el que me beneficié en todas las ocasiones futuras. Llevaba botas de campo herméticas que me subían hasta las rodillas. El *modus operandi* era este: seleccionaba una rutina de aspecto probable y caminaba a lo largo de ella lo más lejos que podía sin que el agua pasara por la parte superior de mis botas. Si venía, volví y probé otro. Este proceso se repitió hasta que tuve una buena idea de cómo estaba la tierra. Si pudiera pasar sin que el barro llegara a mis rodillas, sabía que podría hacer que Lizzie pasara bien. Esta forma de prospección por adelantado me pareció indispensable y, al mismo tiempo, perfectamente exitosa.

Lo superé de alguna manera, pero recé para que nunca conociera a otro así.

Enrollé en Wagonmound alrededor de las tres de la tarde, un viajero muy cansado y manchado de barro. Cuando llegué allí, empezó a llover; naturalmente lo haría.

Solo hay un restaurante en Wagonmound, que goza de una población de unos 200 mexicoamericanos. Aquí me enteré de que había habido un "estallamiento de nubes" cerca de Santa Fé, pero hace unos días; también que los habitantes más antiguos de Nuevo México nunca habían conocido que iba a llover tanto como este verano; también que los caminos por delante eran casi intransitables; también que en un lugar al otro lado de Santa Fé y a una distancia de cincuenta millas entre dos Sin embargo, fui una prueba en contra de todo. Consideré que a estas alturas podría pasar por cualquier lugar. No iba a desanimarse con los hilos elegantes y los informes escépticos. El tiempo fue cuando maldije a los estadounidenses por ser optimistas sobre sus carreteras. Esa etapa había pasado hace mucho tiempo. Ahora yo era la prueba incluso contra sus pesimismo y desalientos.

La lluvia se detuvo y procedí una vez más, decidido a hacer un gran esfuerzo para llegar a Santa Fé esa noche, aunque todavía a noventa millas de distancia.

En Wagonmound había una estación del ferrocarril de Santa Fé, que durante una buena distancia corría cerca del sendero. Pregunté en el "Depot" cuáles eran las posibilidades de viajar por la pista. No quería intentar sacar conclusiones con ningún tren transcontinental si se puede evitar.

"¡Qué! ¡Monta en la pista!" eyaculaba al maestro de línea. "¡No puedes hacer eso!"

"Oh, supongo que puedo si tengo cuidado", fue mi respuesta.

"Waal, es broma, supongo que *no puedes*, amigo mío", fue su ráblea. "Te haré arrestar si intentas hacer ese truco".

El argumento era inútil. "¿Crees que quiero dañar tu vieja pista en flor?" Le pregunté acaloradamente después de mucha discusión. Finalmente resolvimos el asunto presentando la información de que subiría y bajaría por su pista todo el día si quisiera (¡no tengo mucho miedo de que tal deseo se desarrolle!) ¡y si le gustara, podría "escribir a *John Bull* sobre ello"!

El humor de la situación se perdió en él.

"Te dispararán", fue su respuesta, en la que nos separamos.

CAPÍTULO XIV

[Pg 132]

Nuevo México

Salí de Wagonmound con un corazón ligero y un estómago pesado.

La carretera corría paralela al ferrocarril durante una milla, luego se cruzó por un paso a nivel y continuó paralela al otro lado. No he llegar lejos. Sin duda había habido una lluvia inusual; los grandes campos eran ahora lagos con el fondo de hierba no siempre visible; pequeños arroyos, normalmente no más del tamaño de un pequeño manantial, ahora eran ríos hinchados. Estos cruzaron la carretera en algunos lugares. El camino estaba cercado. Y así cuelga un cuento.

Después de exactamente media hora, me encontré a solo tres millas de distancia, y en medio de un caos sin esperanza de barro demacizado secado al sol. Había "explorado todas las avenidas" de la carretera, pero no encontré ninguna posibilidad de negociación. Poco a poco arrasté a Lizzie hacia atrás y volví al cruce de nivel. Ven, ¿qué puedo hacer? Probar la pista. Incluso si los durmientes sacudieran mis propios huesos para pulverizar, sería mejor que forjar eternamente a través del barro de Nuevo México.

A cada lado de la carretera donde cruzaba los rieles, la vía estaba protegida por un dispositivo satánico en forma de púas y filos de cuchillos hábilmente dispuestos y que se extendían a una distancia de varios metros. La función de estos era evidentemente evitar que el ganado y otros animales se desviaran en la línea. Atravesar estos no fue una tarea fácil. Si uno no montaba encima de los picos, los neumáticos de uno encajaban entre los cuchillos. Una vez pasado, el resto parecía fácil. Pero las cosas no son lo que parecen, especialmente en las vías del ferrocarril. Los durmientes no estaban lastradas y eran cualquier cosa menos nivelados. No había espacio fuera de la pista, ya que estaba empinada, y los durmientes se proyectaban más allá de los rieles hacia el espacio. Cada pocos cientos de yardas, la pista corría sobre un puente de ladrillo que atravesaba un pantano o un arroyo. El puente tenía solo el ancho de los rieles separados. Pero cuando se trataba de montar... ¡uf! A medida que se pasaba cada durmientemente, las ruedas cayeron momentáneamente en el espacio intermedio entre él y el siguiente, y una serie de golpes repentinos y agudos fueron martillados a través del pobre marco de Lizzie mientras cada durmino a su vez era golpeado por la rueda delantera. Cuanto más rápido iba, más rápido y más pequeños eran los

[Pg 133]

choques, y por encima de una cierta velocidad era un funcionamiento bastante tolerable.

Estaba subiendo a una velocidad cómoda cuando me imaginé que escuché el silbato de una locomotora detrás. Esto fue desalentador y ciertamente inesperado. Me detuve rápidamente y miré hacia atrás. Por supuesto que venía un tren, pero estaba fácilmente a media milla de distancia. Avanzar con la esperanza de superarlo sería inútil. Ni siquiera había espacio para salir de la pista, porque una vez que bajé por la empinada orilla, sabía que sería casi imposible volver de nuevo, o llegar a cualquier parte, para el caso.

Tampoco había espacio para dar la vuelta y volver.

Más que nunca me pareció que la discreción era mejor que el valor.

Así que comencé a empujar a Lizzie hacia atrás hasta el paso a nivel, preparado para rodar de lado sobre el banco si encontraba que el tren llegó primero.

Estaba empezando a sentirme seguro de ganar la carrera, y juzgué que debería llegar allí con cien yardas de sobra. Llamé al cruce, pero de forma tan natural como cabría esperar, la rueda trasera encajaba apretada entre los cuchillos del guarda vacas. [Pg 134]

¿Se movería? N.º

Mientras luchaba y me levantaba (no podía mirar y ver a Lizzie ir al oeste de una manera tan absurda), el "California Limited" me aburrí. Afortunadamente, los trenes estadounidenses no siempre van tan rápido como podrían; en cualquier caso, no tan rápido como uno cree que debería cuando uno viaja en ellos.

Con una última estocada desesperada, Lizzie cedió a mis esfuerzos y se despegó. No se perdió tiempo en salir del camino. Quince segundos después, el tren pasó a una modesta treintena. Evidentemente, no se había puesto en marcha correctamente desde su parada en Wagonmound.

Volví al agujero de barro como un cachorro golpeado con la cola entre las piernas, y reflexioné sobre lo que podría haber sido.

Pero no sirve de nada. Me quedé atascado de nuevo.

Esta vez estaba bien armado con refrescos. Había comprado seis botellas de un brebaje de jengibre en el último pueblo. Llevé uno en cada bolsillo y los otros dos como reserva, solo para ser utilizado en caso de gran emergencia, envuelto en la manta atada al transportín.

Bebí una botella al final de cada compromiso con la carretera. Pero después de una hora todavía no estaba más adelante. Me recliné en el banco y esperé a que aaa que a levantáramos algo.

El hecho se reveló una vez más extraño que la ficción. Algo salió muy rápido. Llegó en la forma de un coche de turismo "Marmon", con una placa de matrícula californiana. Había tomado la precaución, por supuesto, de dejar a Lizzie en el lugar correcto, para que ningún transeúnte des inclinado pudiera pasar si quería. Después de todo, uno no debe CONFIAR en que todos jueguen al Buen Samaritano. [Pg 135]

Los dos ocupantes del coche fueron muy amables. No solo me ayudaron a levantar a Lizzie sobre la *pieza de resistencia*, sino que también mostraron un interés considerable en mí. Aquí, donde la amistad entre los automovilistas es mucho más marcada (casi como una cuestión de necesidad), rara vez hay necesidad de ansiedad, y es notable lo potente que es esta cortesía al borde de la carretera. Prácticamente todas las ciudades en las que me detuve después habían oído hablar del extraño viajero que venía en una motocicleta de 10 h.p., y esperaba mi llegada con interés.

"Tenía un tipo aquí de camino a California que nos habló de ti", dijo una mano del garaje, en el corazón de Arizona. "Dijo que estarías aquí tarde o temprano".

¿Oh, sí? ¿Y hace cuánto tiempo fue eso?" He preguntado.

"Um, supongo que hace un par de semanas". (La palabra "quinta" es desconocida en Estados Unidos).

Tales pequeños incidentes ocurrieron muchas veces, y estos, junto con los increíbles informes que habían circulado por la Western Press sobre mí desde ese artículo incendiario sobre "Carreteras", etc., en el *Kansas City Star*, generalmente habían logrado lograr para mí una reputación bastante notoria en la mayoría de las ciudades mucho antes de que me metiera entre ellos.

Ahora estaban a casi cincuenta millas de la siguiente ciudad. Seguí adelante lo más rápido que pude para llegar a él antes del anochecer. Sin embargo, el progreso fue lento. En lugares donde la carretera no estaba vallada, monté sobre la pradera rocosa. Fue, en su mayor parte, una mejora considerable, y uno podía andar alrededor de los pantanos y los agujeros de barro en lugar de cruzarlos. [Pg 136]

Nunca había estado en un país tan salvaje y estéril. Estaba bastante más allá de la esperanza de cultivo en la mayoría de los lugares, estando sembrado de piedras ásperas, rocas y rocas, y solo escasamente cubierto con hierba de aspecto escaso que, en sus esfuerzos por mantenerse con vida, tuvo que organizarse en pequeños mechones salpicados aquí y allá para obtener el máximo nutriente del suelo escaso e infructuoso. El país en sí cambió de plano a montañoso a medida que la cordillera de Sangre de Cristo se acercaba una vez más. Cuando se volvió montañoso, grandes rocas se proyectaron a través de la superficie del sendero, que rara vez o nunca se desvió para evitarlas.

El sendero en sí mismo se resolvió más tarde en nada más que una mera mezcla de roderas y franjas desnudas de hierba de todos los anchos, corriendo y cruzándose entre sí en todos los ángulos y en todas las direcciones. No había tiempo para mirar a su alrededor y disfrutar del paisaje salvaje o estudiar el horizonte en constante cambio; era "ojos en la carretera" todo el tiempo. Era bastante imposible esquivar más de una fracción de las rocas y rocas, y uno siempre era de vuelta abruptamente a la severa realidad, si por un instante los pensamientos diveían de otras cosas, por un choque repentino de la rueda delantera, o un choque repugnante en la parte inferior o lateral de la manivela.

Era un trabajo lento, y viajar estaba más en la línea de una cabra de montaña que de una motocicleta. En última instancia, estaba satisfecho si podía promediar ocho o diez millas por hora.

Después de treinta millas de esto, me sorprendió discernir algo que parecía una caravana. Allí había dos vehículos, aparentemente unidos, pero sin medios visibles de locomoción. Sin embargo, se movieron lentamente. Juzgué que algún entusiasta de la orden "See America first" había convertido un Ford en una casa de viaje, o tal vez una tribu errante de gitanos se había modernizado lo suficiente como para apreciar los beneficios del transporte de automóviles *contra* caballos. [Pg 137]

Los al día y me detuve para charlar. Ambas partes parecían curiosas por los medios de locomoción del otro, y querían saber por qué y por qué.

El equipo, encontré, consistía, como había conjeturado, en un chasis de Ford, en el que se había construido hábilmente una carrocería de caravana. Detrás había un remolque, sobre dos ruedas, y de construcción similar, pero más pequeño que, el otro. Evidentemente, uno era el salón, la cocina y el almacén, y el otro el dormitorio.

El conductor detuvo su motor y saltó hacia abajo.

"Buenos días, señor; ¿cómo lo hace?" Pregunté.

"Muy en forma, gracias; ¿estás igual? ¿Cómo te las arreglas para llevarte bien con eso?"

"Sobre todo por un montón de mal lenguaje y buena conducción", regresé. "¿Y qué demonios estás haciendo en este lugar de noche con eso?"

"Oh, me voy al oeste..."

"¡No debería sorprenderme en absoluto!"

"Voy a algún lugar de Arizona. Ven de Chicago. Estoy harto de la vida allí, así que estoy fuera por un cambio. Buscando un lugar probable para establecerse donde haya mucho aire fresco".

"¿Qué! ¿Has venido desde Chicago con eso?" Pregunté con incredulidad.

"Claro".

"¿Cuánto tiempo te ha llevado?" (Ya me estaba volviendo lo suficientemente americanizado, observará el lector).

[Pg 138]

"La mejor parte de tres meses".

"¿Cuántos contigo?"

"Esposa y dos hijos. Aquí están".

"Bueno, te deseo suerte, hermano; pero no me sorprende que las carreteras sean ideales desde el punto de vista de la eliminación de muebles, por así decirlo".

"¿Carreteras?" (Aquí se puso furioso: había tocado un punto de lloste.) "No me hables de las carreteras. El gobierno de gor-dem debería hacer un tiro de basura que proporcionó caminos como este. ¡Solo piensa que en un país civilizado como Estados Unidos no hay un camino adecuado para conducir una vaca!"

"Ah, yo mismo lo he pensado así; pero hay una falacia en la observación, viejo".

"¿Qué quieres decir?"

"Solo esto, ¿quién te dijo que Estados Unidos era un país civilizado?"

Larga pausa.

"Sí, lo has dicho", y recayó en un silencio pedregoso.

Le di adiós, y lo dejé corriendo lentamente sobre las rocas y los montículos, mientras la caravana se balanceaba de un lado a otro y se sacudía por su camino cansado. También reflexioné que, después de todo, ESA era la forma de ver el país.

En la oscuridad estaba a unas pocas millas de Las Vegas. Una vez más, las nubes pesadas rodaron sobre el cielo. La lluvia empezó a caer. Mi espíritu hizo lo mismo. Me preguntaba si era un hábito. Pero, ¿qué me importaba la lluvia o el barro? A estas alturas, seguramente era una prueba contra ellos. Me costó. Y al final llegué allí.

Las Vegas es una ciudad de gran tamaño. En orden de mérito, es el segundo más grande de Nuevo México. El primero es Albuquerque y el tercero es la capital, Santa Fé. No hay más ciudades de ningún tamaño en Nuevo México. Incluyendo aldeas indias nativas, hay, además, en todo Nuevo México, unos setenta u ochenta pueblos pequeños y pueblos muy pequeños, lo que hace que la población total de todo el estado sea de unos 50.000. Cuando se entienda que Nuevo México es aproximadamente cuatro veces el área de Inglaterra, el lector podrá tener una idea de la escasez de su gente.

[Pg 139]

Ahora la mayoría de la gente habría predicho que inmediatamente a mi llegada a Las Vegas habría buscado el mejor hotel y consumido una gran comida cuadrada. No hice tal cosa. En vez de eso, fui al cine.

Luego volví y me fui a la cama, medio preguntándome si debería estandarizar el experimento de una sola meal por día para los requisitos futuros.

Por la mañana no estaba lloviendo, pero todo el tiempo hasta el mediodía mostraba signos de que acababa de empezar.

Al mediodía me impacienté y empecé a ir a Santa Fé. Acababa de salir de las afueras de la ciudad cuando finalmente decidió llover irrevocablemente después de todo. Continué durante cinco millas, cuando un coche Ford a la vista. "Aquí va para una charla y un poco de droga directa sobre el tema de las carreteras por venir", me dije a mí mismo y me detuve. El Ford también se detuvo. Tenía dos ocupantes, un hombre y su esposa. Ambos parecían aburridos, así que hicimos una fiesta alegre.

"¿Cómo es el camino de allá atrás?" Pregunté.

"Poco rudo, rudo. Se mejoran cuanto más al este venimos".

"¿Crees que podré llegar a la costa?"

[Pg 140]

"Bueno, es muy duro, pero supongo que deberías ser capaz de pasar. Oh, pero quédate un minuto, hay un gran lavado antes de llegar a Santa Fé: un gran puente de piedra se lavó con las inundaciones, no queda ni rastro de él. No sé mucho sobre las motocicletas, pero supongo que podrías cruzar el río bien. Sin embargo, querrás tener cuidado. Había un montón de gente arrastrada por el río la semana pasada, así que dicen; ¡todas se fueron al oeste, caballo y carro y todo!"

"Ah, bueno, eso añadirá un poco de emoción al viaje. Se me dan bien cruzar ríos".

"¡Uf! ¡Supongo que no estarás pendiente de ningún momento emocionante que hayas llegado a Santa Fé!"

Estaba particularmente interesado en los arreglos domésticos de estas personas. Sin duda, nunca he visto un coche de turismo normal, y mucho menos un Ford, equipado y arreglado con un estilo tan excelente. Llevaban consigo una estufa portátil en la que se podía cocinar cualquier plato que necesitaran. Llevaban amplios suministros de verduras, frutas, huevos, mantequilla, tocino, pan y productos enlatados, e incluso tanques de agua dulce para fines culinarios y de bebida. Esta es sin duda una sabia precaución, porque nunca es seguro beber agua ni siquiera de los ríos más tentantes del oeste. Además, tenían dos camas plegables, que se podían colocar en la parte superior de los asientos de atrás hacia adelante, ¡y que estaban totalmente equipadas con colchones de plumas y mantas! Uno pensaría que toda esta

parafernalia habría ocupado una enorme cantidad de espacio. No es así. Aparte del hecho de que la parte trasera del coche estaba bien cubierta, no había la más mínima señal de que el coche fuera algo, sino un Ford normal con mucho equipaje en la parte trasera.

[Pg 141]

Me despedí de ellos solo con la estricta condición de que, si la lluvia continuaba, debería volver y compartir su cena. No estarían muy lejos, me dijeron. La *plat du jour* era salsa de salmón y mayonesa, ¡por encima de todo!

Aún así, es un hábito mío nunca volver, por tentador que sean las circunstancias. A intervalos pasé a algunos mexicanos conduciendo equipos de caballos, y una vez más estuve a solas con Lizzie. Como compensación por la llovizna, el paisaje era perfecto. El sendero se había desviado hacia un paisaje escarpado y montañoso, densamente arbolado, salvaje y pintoresco en el extremo. Era casi ridículo ver cómo el estrecho sendero esquivaba dentro y fuera de los árboles, cortando a través de pequeños bosques de cedro, álamo y pino, curriéndose a la derecha y a la izquierda alrededor de una prominencia incómoda, ahora sumergiéndose de repente en un pequeño valle, y luego subiendo por laderas montañosas, todas sembradas de rocas sueltas

Nos acercábamos a los Pecos, los lugarreos del oso y el león de montaña, y a la sede de numerosos turistas y campistas atraídos por la buena pesca, el tiro, la equitación y la escalada en la montaña.

De vez en cuando, mientras uno se desvía repentinamente alrededor de la cara de una colina que sobresalía, uno veía, allí en el valle más allá, un pueblo mexicano que se alejaba de la carretera, y se maravillaba de la extraña vista de los edificios de barro cuadrados, congregados en una formación tan única y regular. El tono rojo ladrillo de las casas estaba tan cerca del del campo circundante que casi ocultaba el pueblo de la vista, a pesar de que estaba justo "de debajo de la nariz".

Mi primera impresión de un pueblo mexicano fue de asombro. Pensar que varios cientos de personas pueden vivir juntas en esas chozas de barro de un solo nivel en paz y comodidad, con una hoja de vidrio en las ventanas y rara vez una puerta dentro de los postes de las puertas, ¡bueno, fue absurdo! Pero mi segunda impresión absorbió la primera por completo, y fue una de aprecio por la belleza primitiva de estas viviendas nativas. Es una belleza que perdura en la memoria de uno, una belleza que se encuentra en formas naturales que fluyen, desafiando las implacables esquinas afiladas de la arquitectura moderna. ¡Y he visto muchas casas de "adobe" en Nuevo México que serían mucho más cómodas de vivir que muchas que han protegido mis huesos en Europa!

[Pg 142]

Estaba meditando así cuando el sonido de las aguas precipitadas llegó a mis oídos. Por supuesto, el camino terminó abruptamente, como un acantilado, y continuó a la moda en el lado opuesto. Entre, y varios pies más abajo, se arremolinó el río Pecos. Todavía estaba hinchado por la lluvia de las montañas, aunque evidentemente había sido mucho más alto recientemente.

No se trataba de un alma. Había una casa mexicana solitaria en una colina a un lado. contemplé el río en silencio, excepto por el sonido de sus aguas mientras se arremolinaban sobre el lecho rocoso y de vez en cuando desplazaban una roca pesada.

A la derecha se habían erigido dos tabloncillos desvencijados, apoyados en parte por cuerdas y en parte por apoyos verticales de las rocas del río, para que los peatones los cruzaran. ¡Me preguntaba qué peatón se encontraría en estas partes!

A la izquierda, de alguna manera se había cavado un desvío en un ángulo de unos 20 grados con respecto a la orilla del agua. En la orilla opuesta se había cavado un desvío similar, pero en un ángulo de unos 30 grados. Evidentemente, varios coches ya habían pasado por el río de esa manera. Pero un coche no es una motocicleta. Medité. Un coche sobre cuatro ruedas no solo podría sostenerse mejor en medio del torrente, sino que también podría subir al banco opuesto más fácilmente. Una cosa era bastante cierta: incluso si atravesara bien el río, requeriría un esfuerzo sobrehumano para empujar la máquina por la pendiente empinada y grasienta en el lado opuesto.

[Pg 143]

Reconocía arriba y abajo de la orilla del río con la esperanza de encontrar un mejor lugar para cruzar, pero la búsqueda fue en vano. Las orillas se hicieron más empinadas y más altas, y el lecho del río más ancho y áspero que nunca. Volví con Lizzie y rezo por ella. Luego me quité la túnica y saqué la bolsa y la manta del transportín.

Juzgué que sería conveniente confiar en el impulso en la medida de lo posible, ya que el motor ciertamente no funcionaría durante mucho tiempo bajo el agua, por lo que, arrancando el motor una vez más, puse la marcha inferior y cargué por la pendiente grasienta hacia el río.

Hubo un tremendo siseo, y una nube de vapor se fue hacia el cielo. El motor se detuvo mucho antes de llegar al centro, y la naturaleza suave de las rocas sueltas que formaban el lecho del río era traicionera para dos ruedas. No había nada para ello cuando el motor se detuvo, sino desmontarlo rápidamente y empujar. Cuando llegué al centro, el agua estaba hasta mi cintura, y necesité la mayor parte de mi fuerza para mantener la máquina en posición vertical y sostenerla contra la fuerza del río, que se arremolinaba alrededor de los cilindros y se arrastraba contra el tanque. Sin embargo, me las arreglé para evitar que me llevaran, gracias al gran peso de la máquina, y la llevé al banco opuesto.

Fue un alivio estar fuera del agua, pero aún quedaba la tarea de subir al banco. Ejugué toda mi fuerza, pero la pendiente era tan grasosa que ni mis pies ni las ruedas se agarraban a nada. Dos o tres veces lo conseguí a mitad de camino, solo para deslizarme hacia el río de nuevo *para tout ensemble*. Luego intenté el expediente de clavar una piedra enorme debajo de la rueda trasera y empujar una o dos pulgadas a la vez. Pero no sirve de nada. La grasa era imposible. Trabajé con él durante un cuarto de hora.

[Pg 144]

Estaba a punto de dejarlo después de que todos nos hubiéramos deslizado hasta el fondo una vez más, cuando un gran mexicano apareció en la escena. Evidentemente, era el dueño de la casa en la orilla opuesta, y parecía lo suficientemente fuerte como para levantar un tranvía.

Empujamos con nuestro esfuerzo unido. Nos resbalamos, nos deslizamos y nos revolcamos, pero llegamos a la cima. Respiré un suspiro de alivio, recompensé a los mexicanos liberalmente y caminé por la tabla para traer mi túnica y mi equipaje.

Lizzie nunca había estado tan limpia desde el día en que salió de la caja. Cada mota de barro y suciedad había sido limpiada, y su belleza prístina se reveló una vez más. Era una tarea de una hora secar el carburador y el magneto y poner el motor en marcha. Estaba oscureciendo cuando me puse en marcha de nuevo. La lluvia había parado, pero el barro era terrible. Cada media milla tuve que parar y sacarlo de los guardabarros con un destornillador.

Finalmente, justo antes del anochecer, llegué al pequeño pueblo mexicano de Pecos, llamado después del río en la localidad. Consistía principalmente en una tienda general y un "ado piso" en beneficio de los viajeros varados. Una casa de huéspedes, por cierto, es una especie de pensión, pero sin alojamiento para las comidas.

[Pg 145]

En Pecos me sorprendió ver una motocicleta india y un coche lateral "aparcado" en una franja de verde, que en las próximas generaciones sería la *plaza* o la plaza. El examen reveló que es una máquina muy notable. Estaba equipado con cajas de herramientas en abundancia en todos los lugares disponibles y, es extraño comentar, había una pequeña rueda de esmeril montada hábilmente en el tubo superior y accionada por una correa redonda desde una polea en el eje del motor. También había un pequeño tornillo de mano enganchado al marco, y muchas otras herramientas y accesorios pequeños, que, por decir lo menos, no se encontraban normalmente en el equipo de una motocicleta.

"Bueno", me dije a mí mismo, "si se requiere toda esta parafernalia para llevar una motocicleta a la costa, estoy en un momento difícil".

¡Pero me sentí aliviado al descubrir que era propiedad de un herrero que, de vacaciones, combinaba los negocios con el placer, y reparaba

los tanques, ollas y sartenes de la gente donde quiera que fuera! De esta manera, no solo sufragó sus gastos de viaje, sino que también obtuvo un ingreso mucho mejor de lo que solía obtener en su ciudad natal en Ohio.

Era un tipo alto y corpulento, y me saludó con efusión. De la misma manera, le di la bienvenida. La vista de otro motociclista eliminó mis peores aprensiones.

"¡Céame rosa!" quoth I: "¡Pensé que era el único loco en esta parte del mundo!"

Miró mi matrícula.

"Vías, hermano, ponlo ahí mismo. Estoy empezando a pensar que nunca volvería a ver otra enfermedad de motor; ¿vas a la costa?"

"Ahí es a donde me dirijo, pero últimamente no estoy tan seguro de llegar allí como cuando salí de Nueva York".

[Pg 146]

"Oh, chico, estarás allí si has llegado hasta aquí, lo dije; ¡pero dime, hay algunas cosas inteligentes que hacer por delante!"

"¿Qué? ¿Es peor de lo que he pasado?"

"Waal, he volado allí y he vuelto, viajando con la señorita aquí, y te digo que el camino mejora cuanto más al este vengo. Y lo que es más, hermano, tienes algunos tiempos cálidos por delante antes de que veas California, como pasar por el infierno, lo es. Espera hasta que te encuentres en medio del desierto de Mohave con el sol a la luz del 130 a la sombra, y sin sombra, nada más que las chumberas y los cactus de aspecto divertido y un poco de arbusto de salvia aquí y allá. Di, chico, espera a que veas montones de huesos y cadáveres junto a la partitura que se agudiza al lado de la carretera, y un tejo comenzará a pensar que hace calor, está bien. Hagas lo que hagas, chico, lléva agua contigo. ¡Yew beberá GALONES de eso!"

¿Cuánto tiempo llevas aquí, entonces?" Pregunté.

"Cerc un par de semanas, hermano. Tenemos que esperar a que la lluvia se despeje".

Verdaderamente una perspectiva brillante.

Dormí bien esa noche, a pesar del hecho de que el kilometraje de mi día era de solo treinta, y me desperté para encontrar el cielo despejado y prometedor.

Pasé la mañana afinando a Lizzie y haciendo pequeños ajustes y preparándome. Le pedí a mi amigo herrero que me hiciera una nueva caja de acumuladores, ya que la mía se había desintegrado por completo con la vibración. Durante 1.000 millas se había mantenido unido con correas atadas firmemente alrededor del marco.

La distancia a Santa Fé era de solo veinticinco millas, así que juzgué que debería poder llegar a ella ese día.

[Pg 147]

Esas veinticinco millas duraron cuatro horas. No intentaré describir esas cuatro horas. Estaban llenos hasta el borde de barro, lluvia, lavadero y ríos sin puentes. En muchos lugares hubo grandes "lavados" de arena traídas desde las laderas de las colinas que destruyeron casi por completo el sendero mientras luchaba a través de las montañas.

De hecho, fue un motociclista muy cansado el que entró en Santa Fé a las 5:30 de la tarde. Y ese motociclista ya se había decidido a descansar unos días antes de que le pasara algo más.

Con un profundo suspiro de alivio, apoyé a Lizzie contra el pavimento frente al "Montezuma Hotel". Con extremidades pesadas y doloridas y ropa manchada de barro, caminé hacia la puerta.

Se abrió delante de mí.

"¡Ah! ¿cómo te va, capitán Shepherd? Te hemos estado esperando durante más de una semana. Entra directamente. Sabemos TODO sobre ti. Aquí, James, lleva al Capitán Shepherd a su habitación de inmediato. No, no te molestes en decir nada. Solo ve y date un buen baño caliente".

¡Fue la voz de un ángel la que habló!

CAPÍTULO XV

[Pg 148]

SANTA FÉ

Santa Fé es el lugar más encantador. Tiene un encanto propio. Es pequeño, pintoresco e intensamente antiguo. Está muy lejos de otras ciudades estadounidenses, tan lejos como el oeste está del este. Representa la quintaesencia de Nuevo México y, al mismo tiempo, por lo que se alega, establece el estándar del arte en Estados Unidos.

Las primeras palabras de un oriental mediocre cuando entra en la *plaza* de Santa Fé son "¡La tierra de los tres! ¿Qué tipo de agujero he hecho ahora?" Pero si tiene un alma subyacente a esa chapa oriental suya, si tiene un aprecio por el arte y la belleza en la arquitectura sin ser perpejado por la familiaridad con los gigantescos rascacielos, se arrepentirá de esas palabras. Su sonrisa desdeñosa cuando ve por primera vez el Museo de Arte y ve un edificio de barro con una esquina que podría llamarse afilada, se desvanecerá lentamente de su rostro, y una vez que se haya recuperado de la conmoción de la "súbita singularidad" de todo, su mirada se volverá a la de asombroña y admiración.

Santa Fé es pequeña. No contiene más de 6.000 habitantes, una curiosa mezcla de mexicanos, indios y estadounidenses. Además, su población está paralizada. Como capital de un estado de 160.000 millas cuadradas, parece ridículo, hasta que uno refleja que solo hay 50.000 personas en todo el país. De origen español, está presentado en estilo español, con la *plaza* o la plaza pública en el centro. Alrededor de la *plaza* se encuentran la mayoría de los edificios más importantes. Estos, con pocas excepciones, siguen de cerca la arquitectura de "adobe" de los indios "Pueblo", combinada con la arquitectura de las misiones "franciscanas" posteriores que fueron instituidas por los frailes españoles, que en los primeros días de la colonización penetraron muy lejos en el continente.

[Pg 149]

A la vanguardia de cada marcha y cada exploración siempre estaba el franciscano de túnica, que llevaba junto con su crucifijo la paleta y el libro. Convertir, construir y enseñar: estas eran las tareas autoimpuestas a las que consagró su vida. Especialmente lo honramos como constructor. Viviendo entre un pueblo apasionado, que resentía la intrusión de dioses extraños entre los suyos, a menudo rodeados de enemigos crueles e implacables, el tipo de sus estructuras estaba determinado por las condiciones de su existencia. Debe haber una iglesia

en la que predicar la nueva religión, un convento en el que vivir y, junto con estos, una escuela en la que pueda dar instrucciones. Estos deben estar conectados y colocados de forma compacta para servir como fortaleza contra los enemigos actuales; y deben ser masivos, para soportar los estragos del tiempo. Solo en Nuevo México había once iglesias de este tipo antes del desembarco del *Mayflower*, y se establecieron más de cincuenta durante el siglo que siguió.

Este es el único tipo de arquitectura a la que se puede referirse como verdaderamente "estadounidense", salvando tal vez el rascacielos no envidiado del Este. Este último, sin embargo, no pertenece a ninguna escuela y no conoce ningún credo; no es autóctono del suelo ni producido por el medio ambiente, el material nativo o el clima. En cambio, contamina los cielos y corta el paisaje en pesadillas futuristas de borde y ángulo.

[Pg 150]

Con mucho, la flor más selecta de este estilo renacentista es el Nuevo Museo de Arte de Santa Fé. Recientemente terminado, es admirado por todos, tanto por arquitectos como por laos. Encarna los diseños de seis de las antiguas Misiones Españolas, de tres siglos de antigüedad, algunas de las cuales ya han desaparecido. Los otros están decayendo rápidamente con los estragos del tiempo. Los contornos del Museo son de plástico, lisos y fluidos, que se elevan en curvas y terrazas, sin rigidez, nitidez ni repetición. Hay una notable falta de simetría, que contrasta mucho con el estilo de las Misiones de California. En consecuencia, hay una composición diferente y un encanto adicional con cada nueva posición o cambio de aspecto. En el interior hay pinturas y bocetos de la vida y escenas indias, mexicanas y del desierto, especímenes de trabajos manuales nativos y una biblioteca exhaustiva.

Al otro lado de la carretera, en la esquina opuesta, se encuentra el Palacio del Gobernador, el edificio gubernamental más antiguo de los Estados Unidos. A los ojos modernos, su apariencia apenas justificaría el término "Palacio". Es un edificio muy poco imponente de arquitectura nativa, pero contiene reliquias, trofeos y obras de arte traídas de todos los rincones del mundo occidental. Dentro de sus muros de adobe se encuentran restos prehistóricos de la civilización extinta que hace miles de años prosperó en América Occidental.



EL MUSEO DE ARTE DE SANTA FÉ.



LA CASA MÁS ANTIGUA DE ESTADOS UNIDOS, EN SANTA FÉ.

Pero no solo los edificios públicos de Santa Fé son de construcción Pueblo. Muchos de los últimos edificios privados, tanto residenciales como comerciales, son de esta extraña arquitectura. Las oficinas y obras de la "Santa Fé Water and Light Company" dan la impresión de su aplicación única a los edificios comerciales. Pero para su deleite, dame las viviendas privadas. Está más allá de mi poder transmitir una impresión adecuada de la suave belleza de una de estas casas exquisitamente diseñadas, con sus perfiles de flujo suave, su sombreado "patio", piscinas de baño al aire libre y un jardín bien planificado. Uno debe ir y ver para entender y sentir el encanto de todo.

[Pg 151]

¡Pero de las casas mexicanas como residencias, el cielo me preserva! Rara vez cuentan con más de una historia; el techo es plano, y muy a menudo se encuentra hierba y malezas prosperando en él. Las paredes de "adobe" se recuperan año tras año a lo largo de las edades a medida que la mano del tiempo y los estragos del clima trabajan a su manera destructiva. Casi se puede decir que una casa mexicana nunca envejece. El barro bañado por el sol que forma sus paredes resiste el clima hasta un grado extraordinario. Hay una casita en una pequeña calle en las afueras de Santa Fé, ahora deshabitada, desde cuyo techo se eleva un tablón de anuncios: "Esta es la casa más antigua de

Estados Unidos", dice. Se suponía que se había construido hace más de 250 años.

Los ciudadanos de Santa Fé no son progresistas. El clima está en contra de ellos. No corren ningún riesgo de exceso de trabajo; se pasa un tiempo considerable comiendo hielos, bebiendo brebajes fríos y descansando en la *plaza* en las primeras horas de la tarde. Aquí fue donde desarrollé este hábito occidental. En casi todas las ciudades occidentales hay una plaza central a la sombra con muchos árboles, o palmeras en los lugares más calurosos. Tanto el buen ciudadano como el viajero cansado son bienvenidos aquí. Se acuestan sobre la hierba o se sientan en los dedos de los pies, como solo un occidental sabe cómo. Así pasan las horas ardientes. Es un placer encontrarse lejos del ajeteo eterno y el bullicio de la vida de la ciudad y en medio de una libertad lánguida y tranquila. Tenía varias fotografías que llevé a la farmacia para desarrollarlas e imprimirlas.

[Pg 152]

"¿Deberá llamarlos esta noche?" Dije.

¿Esta noche? Por qué, no podremos superarlos durante cuatro días", respondió, asombrado por mi ridícula presunción.

"Pero en Nueva York se desarrollan e imprimen en un solo día. ¿Seguro que no estás detrás de Nueva York?"

"Oh, no hacemos cosas así en esta parte del país, amigo; has cometido un gran error. ¡Nadie se apresura en Nuevo México!"

A partir de los alegatos especiales, recibí las fotografías en tres días. ¡Casi todos estaban arruinados por haberse apresurado!

Durante tres días creé un gran furor en Santa Fé. Las noticias de mis acciones y errores se publicaron a diario en el *Santa Fé New Mexican* durante mi estancia. Evidentemente, ofrecía el tipo correcto de forraje para periódicos que quería Nuevo México. Mi fama se había extendido desde Kansas City mucho antes de que realmente cayera sobre la población ansiosa. Mi artículo sobre Roads, etc., se reprodujo inmediatamente después de su publicación en Kansas, junto con varios comentarios editoriales cáusticos. Aquí hay un ejemplo:

"VISA A ESTADOS UNIDOS POR EL CAMINO DE LAS VACAS".

English Warrior descansa un poco recorriendo América en motocicleta.

¿Camerós? ¿Qué carreteras? No he visto ninguna carretera. He estado siguiendo un lugar donde las vacas habían estado caminando..."

Aquí hay otro encabezado de un "artículo" de dos columnas:

"COW-PATHS", y no las carreteras en Estados Unidos: - Veredicto del aviador real británico aquí en la motocicleta.

Y de nuevo (esto se tituló a un "Informe" de un cuarto de página).

[Pg 153]

"BALLOON": la única manera de pasar por las carreteras de Nuevo México, declara British Aviator.

Me asomé inmediatamente después de mi llegada. Tan pronto como me instalé en un buen baño caliente humeante (¡oh, alegría incalculada!) que sonó el timbre del teléfono en mi habitación. Lo dejé sonar durante dos o tres minutos. No se detendría. Salté y levanté el receptor.

"Un reportero está aquí para verlo, señor".

"¡Oh, diablos! Dile que me estoy bañando", golpeé el receptor y me sumergí de nuevo en la bañera.

En un minuto llamaron a la puerta. "No sirve de nada tratar de sacudirse a un reportero estadounidense", me dije a mí mismo... "¡Entra!"

Sin embargo, el resultado apareció en el periódico de la mañana siguiente, no es el resultado de MIS observaciones, tenga en cuenta. Entre otras declaraciones, se puso a mi cargo lo siguiente:

"En mi opinión, el antiguo Prairie-Schooner es muy superior a un automóvil (para viajar en Nuevo México). Si no puedes conseguir una goleta, prueba a viajar a caballo. Realmente creo que algunos caballos podrían atravesar el barro y esquivar las rocas. (¡Casi fue divertido allí!)... Pero la forma ideal de transporte sobre estos Estados Unidos es un gran dirigible, digamos 700 pies de longitud, inspirado en el R.34 de Gran Bretaña. (H había cruzado recientemente el Atlántico, de ahí la introducción... Podría haber sugerido el uso de un avión, pero me han dicho que dos aviadores se quedaron atascados en Santa Fé el invierno pasado debido a la profunda nieve en los alrededores. Entonces, después de ver tus carreteras, debería recomendar el tipo de máquina R.34 en la que viajar..."

¡Basta con decir que nunca mencioné Prairie-Schooners, dirigibles o aviones! Hablamos (o más bien nuestro amigo el reportero) sobre las muchas notoriedades que habían pasado por Santa Fé de los últimos años, y el Observatorio Lowell en Flagstaff a unas 500 millas de distancia.

[Pg 154]

Todos los días durante mi estancia, nuestro amigo el reportero llamó a mi hotel. Todos los días aparecía en la prensa un largo informe de una supuesta entrevista.

¡Qué preocupación tan interminable debe ser para los editores de periódicos de Occidente proporcionar una copia adecuada para sus lectores hambrientos!

CAPÍTULO XVI

[Pg 155]

EL VALLE DEL RÍO GRANDE

Mi estancia en Santa Fé fue agradable. En la oficina de correos encontré algunas cartas y algo de dinero, la primera reenviada desde Cincinnati y la segunda desde Washington (había sido cableada allí dos meses antes). En la mañana del cuarto día, mi cansado estaba lo suficientemente descansado como para justificar mi continuación una vez más. Compré una bolsa de agua de dos galones en preparación para el viaje de 700 millas por el desierto que se avecina, y una vez más me fui hacia el oeste. Una multitud de ciudadanos interesados fue testigo de mis preparativos fuera del hotel, me hizo preguntas sobre qué tan lejos iba, cuánto tiempo tardaría y qué edad tenía, y finalmente me despidió cuando Lizzie irrumpió en un rugido, y nos mudamos tristemente, aunque ruidosos, lejos.

La siguiente ciudad era Albuquerque, unas sesenta o setenta millas por delante. El camino intermedio se aterraba sobre un árido desierto de arena y pradera. El sol abrasador se derramó sobre él feroz e implacable; en ninguna parte había signos de un ser vivo. Apenas una colina o una hinchazón aliviaban la monotonía planitud del sendero. A lo lejos, a mi derecha, surgieron cadenas montañosas escarpadas de repente

de las llanuras sin pistas.

Después de veinte millas apareció La Bajada Hill, cruzando el sendero en ángulo recto. No había mucho que escalar, pero bajar por el otro lado era un asunto diferente. Parecía que un gran "fallo" o afloramiento apareció en la llanura, haciéndolo mucho más bajo por un lado que por el otro. No menos de treinta y dos curvas agudas con el pelo condujieron el sendero por la pendiente empinada. El gradiente en algunos lugares era fantástico. ¡En la parte inferior había un cementerio!

[Pg 156]

Aquí y allá cruzamos el lavado de arena de un río de una sola vez, saltando sobre baches y rocas y recogiendo la carretera lo mejor posible. De vez en cuando se pasaba una choza de madera, con algunos indios de aspecto sucio por ahí: indios vestidos no con atuendo nativo, sino con un estilo pseudomoderno. Las únicas cosas que los traicionaron fueron sus caras y su pelo oscuro. El que va al oeste y espera ver el paisaje decorado con indios vestidos con atuendos multicolores de patrón pintoresco, está condenado a la decepción. La primera impresión de un nativo modernizado es desalentadora si uno tiene pensamientos persistentes en la mente de los días de la infancia cuando uno lee con el deleite incesante de indios incondicionales con enormes músculos y cuerpos pintados galopando, arco y flecha en la mano, sobre un ardiente mustang blanco en busca de una desafortunada "cara clara".

¡Ah, no!—*Nous avons changé tout cela!* El indio, por regla general, no es incondicional, y decididamente no es pintoresco. Habiendo tenido las suaves artes de la civilización empujadas sobre él, y siendo naturalmente de una disposición perezosa, se contenta con masticando y desfigurando el paisaje en general con su presencia.

A medida que se acercaba a Albuquerque, las cosas parecían más florecientes. La tierra se cultivaba siempre que era posible, y en algunos lugares aparecían maíz y trigo.

Es muy extraño encontrar una ciudad próspera en medio de un entorno tan desolado como el de Albuquerque. Me sorprendió grata ver los tranvías eléctricos, las amplias calles y los edificios modernos y limpios. Estaba perplejo al saber qué era lo que mantenía el lugar en marcha. Albuquerque, sin embargo, aunque es la ciudad más grande del estado, tiene solo 10.000 habitantes, y es el núcleo de un distrito ganadero muy extenso que, sin duda, constituye en gran medida su *razón de ser*. Lo dejé bastante triste, porque, con la excepción de Flagstaff a unas 500 millas de distancia, no debería encontrarme con otra ciudad de ningún lugar cerca de su tamaño hasta que llegue a la costa del Pacífico.

[Pg 157]

Poco después de salir de Albuquerque, el sendero cruzó un río fangoso muy ancho y poco profundo: el famoso Río Grande. Estaba atravesado por un puente de madera bajo que crujía y temba en sus tablones mientras retumbamos a través de él. Vimos una gran cantidad de Río Grande y lo vimos como una especie de río amigable. Eso no es de extrañar, porque en un desierto que está al lado de ser llamado desierto, uno puede apegarse a cualquier cosa que tenga vida o movimiento, ¡incluso si es una corriente fangosa! Probablemente teniendo en cuenta los sentimientos de los viajeros cansados, pero para ningún otro propósito aparente, el sendero de vez en cuando cruzó y volvió a cruzar el mismo viejo río con los mismos viejos y amigables puentes de madera hasta que finalmente, ochenta millas más adelante, se dejó vagar hacia el sur sin ser molestado a través de las llanuras y desiertos de Nuevo México

En Isleta había una sorpresa en la tienda. Isleta es un encantador pueblo indio, construido completamente de barro de "adobe" y poblado en su totalidad por indios nativos. Estos pueblos son tan únicos, tan fascinantemente atractivos que debo divagar un rato para describir su naturaleza y origen.

La historia de los indios americanos desde el advenimiento del Hombre Blanco es insatisfactoria desde todos los puntos de vista. Diferentes autoridades sobre el tema tienen ampliamente diferentes opiniones sobre el resultado final de la dominación estadounidense, que de generación en generación ha vacilado en su política y, a veces con derramamiento de sangre, a veces con soborno, ha reducido gradualmente al hombre rojo a la sujeción, ha ocupado su país y le ha impuesto una civilización involuntaria. Pero todos están de acuerdo en que el indio de hoy se encuentra en una etapa de civilización mucho más baja que cuando los primeros colonos lo expulsaron por primera vez de su propiedad legítima.

[Pg 158]

Sin embargo, hay algunas tribus que avanzaron mucho más por el camino hacia la civilización que las otras. Además, la suya era una civilización propia, no adquirida a través del contacto con los blancos. Los principales entre ellos son los indios Pueblo (construcción de pueblo) y los indios Moqui, los nativos de construcción de ciudades de Nuevo México y Arizona.

Los indios "Pueblo" incluyen varias tribus diferentes, cada una de las cuales habla un idioma diferente. Cada tribu, con solo una excepción, comprende una serie de "pueblos" o pueblos separados, generalmente construidos sobre la base de la "reida comunitaria", es decir, las casas están en una masa grande y sólida, varios pisos de altura, cada uno retrocediendo de la de abajo y acercándose por escaleras. En estas casas, que parecen grandes pirámides, viven varias familias. En algunos pueblos, la mayoría de las casas están en este plan y se sabe que hasta 1.600 personas viven en una casa. Las casas están construidas de adobe y, a veces, de piedras cementadas junto con adobe.



PUEBLO DE TAOS.

Con permiso del Dr. F. Rolt-Wheeler.

Varios de estos pueblos indios se agrupan en las cercanías de Santa Fé, a menudo a orillas del Río Grande. Cada uno tiene sus propias costumbres y hace sus propias leyes. Todos son centros de interés. Los artistas acuden a ellos de todas partes del continente para pintarlos y dibujarlos. [Los viajeros recorren millas para ver a los indios en sus trajes y condiciones nativas. Algunos hacen joyas; otros hacen jarrones, adornos, ídolos y todo tipo de artículos de barro; algunos trabajan en plata, mientras que otros hacen mantas y alfombras. Con casi una

Pg 159]

excepción, todos se ganan la vida excelentemente con las cosas que hacen y venden.

Cada uno de los pueblos tiene sus propios días de fiesta, o "fiestas", cuando, durante un tiempo que varía de un día a más de una semana, toda la población dedica su tiempo a festejar, bailar y jugar. Los ritos religiosos que se realizan y las extrañas costumbres que prevalecen en estas fiestas y bailes forman en sí mismos un estudio vasto e interesante.

En Isleta, la carretera volvió a cruzar el Río Grande. Una vez hecho esto, se encontró en un desierto de arena seca, con la cordillera de Manzano que va de norte a sur a lo lejos. En los parches, el suelo era blanco con colinas de arena, y el sendero se convirtió en dos líneas blancas, donde las ruedas de los vehículos que pasaban habían dejado su huella en la suave arena blanca. Estos dos sures blancos eran mis únicos guías. Por todas partes había desolación. Nada se veía en ninguna parte, excepto esas dos delgadas líneas blancas que se arrastraban sin rumbo, el desierto quemachado por el sol con sus piedras irregulares y su vegetación malvada, escasa y tenaz, y en el horizonte ese ardiente tramo de la cordillera, cuyas cumbres se levantaron escarpadas y desafiantes y brillaban con rojo como si se despertaran a la ira. Nunca antes me había dado cuenta de la gran profundidad de la sensación que una cordillera es capaz de evocar. Los Alpes son majestuosos más allá de toda descripción. Asonces al observador con la sensación de su propia insignificancia mientras contempla ese reluciente y majestuoso horizonte, y siente la abrumadora influencia de esas poderosas montañas sobre él. [Pero si es una influencia abrumadora, es una influencia amistosa, al menos lo he encontrado así. Aunque hay un instinto en mí, como en la mayoría de las personas, que me impulsa a protegerme y protegerme contra cualquier cosa que sea tremenda, una reliquia, supongo, de los días prehistóricos, me siento hacia los Alpes siempre como un niño pequeño se siente hacia su "hermano mayor". El mismo sentimiento se refleja en la "Sierra Madre" (Montañas Madre) de California.

Pg 160]

Pero en Nuevo México he visto enormes rangos que uno podría llamar de verdad nada más que "malo". Parecen mirar y brillar con un brillo cruel y aterrador sobre el vagabundo que desafía su odiosa soledad. Las horas de viaje que siguieron fueron horas de monotonía cansada. Un breve lapso cada treinta millas más o menos cuando se pasó por un pequeño pueblo mexicano en el Río Grande, y una vez más salieron a la vista los dos sures blancos, las piedras y los cactus, y de nuevo las montañas malvadas.

Más tarde, la arena se convirtió en rocas. El sendero comenzó a escalar las montañas, y el sol se hundió bajo en el cielo. Si alguna vez había un lugar para morir de hambre, pensé, es aquí. Reflexioné sobre cuáles serían las consecuencias si me quedé sin gasolina o tuviera un mal golpe.

No me quedé sin gasolina y no tuve un golpe. En lugar de eso, después de unas ochenta millas de Isleta, el sendero descendió por el paso de montaña, volvió a cruzar el Río Grande por última vez y se desvió en ángulo recto, para continuar su curso hacia el oeste. Poco antes de la puesta del sol llegué a un pequeño pueblo mexicano llamado Socorro, donde tanto el hombre como la máquina estaban descansados, mientras que el hombre que mantuvo el "C'fay" en la plaza se puso ocupado con algunas "comidas" para cansarme.

Después de cenar, nos vamos una vez más. El sol se pone. Debemos encontrar un lugar de descanso antes de que se ponga la noche, ya que en estos países donde el aire es despejado y las cadenas montañosas se doblan en cada horizonte, la oscuridad llega rápidamente y el hundimiento del sol debajo del horizonte significa casi el final del final del día.

[P. 161] en

Hay otro rango que escalar: está justo delante de nosotros. A medida que nos acercamos, se cierne su enorme volumen como una pared ante nosotros. El sendero se dobla y gira como si dudara antes de abordar esta difícil hazaña; allí arriba, al frente, hay una gran brecha. El camino lo atraviesa y ya no se ve. Más allá hay alturas mucho mayores que escalar. ¿Lo intentamos ahora o lo dejamos para mañana?

El olor a gasolina, que en los últimos minutos fue una sugerencia, se hizo realidad. Miro hacia abajo en la luz que se desvanece y encuentro el precioso fluido que sale de la unión del carburador. Evidentemente, la tubería se ha roto con la vibración. Así que me desvíe de la carretera (casi más fácil de hacer de lo que dije) y me detuve en la mancha más plana de tierra a la que llego.

¡Oh, las alegrías de la vida abierta una vez más! Nunca olvidaré esa noche en el desierto más allá de Socorro. El sol, al ponerse detrás de la cordillera que había comenzado a escalar, sumergió todo a su alrededor en una sombría negrura. Al otro lado del valle, de norte a sur, se extendía por la cordillera Manzano que ya había cruzado. Brilló como el fuego a lo largo de toda su longitud. Poco a poco, la escarpada sombra de la cordillera detrás de mí se arrastró cada vez más lejos, cruzando el río y subiendo por el lado opuesto del valle. Lentamente, lentamente se montó, más y más alto como si una gran capa negra estuviera siendo dibujada por una mano no vista sobre esa cresta de fuego que brillaba en su malvado esplendor. En cinco minutos solo quedaban algunos de los picos más altos por encima de la sombra de tinta. Disfrutaron de su esplendor durante unos breves momentos y luego se fueron, como si hubieran desaparecido de repente. Todo era negrura: negrura silenciosa y pesada. Las estrellas aparecieron, una por una.

[Pg 162]

Preparé mi cama para la noche.

¿Qué fue eso? Un débil tintineo llegó a mis oídos. Sonaba como el ruido de una campana de vaca, como se oye en los valles suizos. Sí, ahí estaba otra vez. ¡Debe ser una vaca! Pero, ¿qué era una vaca para vivir aquí? No hay duda de que había un pozo cerca. Entonces sentí que nada en el mundo sabría mejor que una bebida de leche fresca pura. El calor del día había sido intenso, y siempre se puede beber en Nuevo México.

Me metí en mis botas de campo, tomé una taza plegable de mi bolsa y salí en busca de la vaca. Estaba bastante decidido a ordeñar a esa vaca, venga lo que pueda.

Me topé con las piedras en bruto, elegí mi camino entre las plantas de cactus y la salvia. Llegué a una valla. El tintineo, el tintineo parecía venir del otro lado. Taza en la mano, me subí, muy cautelosamente para no romper mi pijama. Pijamas en un desierto, ¡piénsalo!

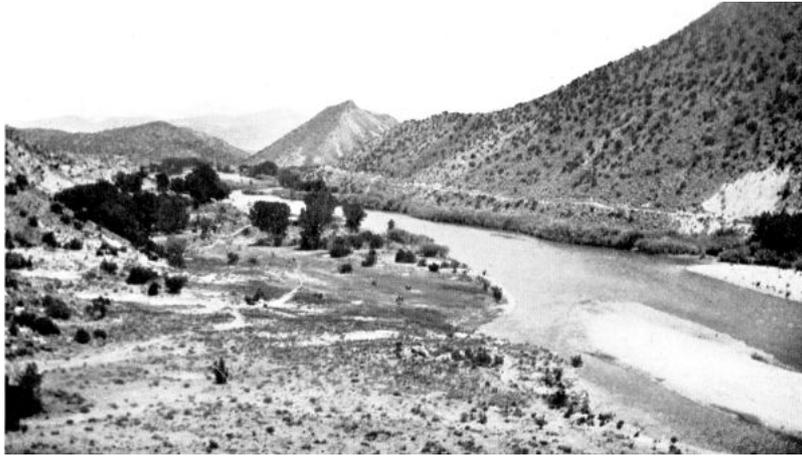
Ahora, ¿dónde estás?" Adelante vi una gran forma negra.

"Ven, nena, ven y sé ordeñada", comento yo de mi manera más fascinante. Ella no se mudó. Avanzó lentamente, tratando de discernir cuál era el final del negocio. Mientras tanto, me imaginé a la vaca preguntándose: "¿Cuál es la gran idea ordeñarme en py's a esta hora de la noche?"

Me acerqué y miré...

¡Era un toro!

¡Volví apresuradamente a mi cama y maldije cuando una tuna me atrapó en la espinilla izquierda!



EL RÍO GRANDE, NUEVO MÉXICO.
Con permiso del Dr. F. Rolt-Wheeler.

CAPÍTULO XVII

[Pg 163]

EL BOSQUE PETRIFICADO DE ARIZONA

Por la mañana reparé la tubería de gasolina rota lo mejor que pude con cinta aislante, y comencé de nuevo en mi camino. Tuve que hacer cuarenta millas antes de ver un alma, cuarenta millas antes de que se pudiera pensar en el desayuno.

También fue que me detuve donde lo hice la noche anterior. La carretera se retorció alrededor de curvas empinadas y subió por pendientes rocosas y ásperas hacia las montañas. Al otro lado nos encontramos en una gran llanura de arena, que se extiende hacia el oeste y está delimitada por cordilleras paralelas de montañas escarpadas. Hubo lavados frecuentes y derrames frecuentes. En algunos lugares, los pequeños arroyos que fluían desde los lados de las montañas cortaban grandes abismos a través de la carretera, suficientes para aplastar las ruedas si uno se metió en ellas a una velocidad demasiado grande.

Magdalena es un típico pueblo de vaqueros. En el corazón del país ganadero y a cientos de millas de cualquier cosa menos de unas pocas ciudades similares, en los primeros días (antes de la prohibición) era uno de los lugares "más cálidos" de Occidente. Los trajes de vaquero se anuncian en todas las pocas "Tiendas", pero ha habido un gran cambio: los famosos zaloes ya no lo son. Nuevo México adoptó la prohibición varios años antes de su aprobación universal. En consecuencia, Magdalena había tenido tiempo suficiente para establecerse en el momento de mi llegada.

Me dirigieron a un "C'fay" que tenía la reputación de proporcionar la mejor comida de la ciudad. Abrí sus puertas batientes y vi una imagen de limpieza y orden. Las mesas estaban todas en sus manteles blancos y limpios y no se veía un vestigio de suciedad en ninguna parte.

[Pg 164]

Los niños pequeños de la ciudad mostraron un gran interés en mí mientras me desechaba con mi cámara a expensas de sus edificios públicos (para ser exactos, una iglesia de madera). "Mira 'es botas, Jem", dijo uno. "Parece como si fuera un buck-dem buck-jumper". "Sí, pero los pantalones no parecen ser lo correcto, Joe".

Los dejé preguntándose y caí sobre el camino una vez más. A unas pocas millas llegué a un "redondeo" de novillos. Había diez o doce vaqueros a caballo, y unos 5.000 o 6.000 novillos agrupados en una gran masa densa, bloqueando la carretera por completo. "Chicos duros, esos vaqueros", me comenté a mí mismo y fingí ignorarlos. ¡Pero no pude evitar pensar en lo que PODRÍA pasar si iría a uno de sus animales o si por alguna razón no les gustaba el aspecto de mi cara!

Lentamente, muy lentamente, la gran masa de ganado se movía, como una marea barriendo la llanura. Con cuidado, elegí mi camino y me sentí aliviado cuando los dejé justo atrás. Abrí y me preparé para una larga y cansada salida. La siguiente ciudad de cualquier tipo estaba a noventa millas de distancia.

Los primeros treinta eran muertos, pero difíciles. Evidentemente, recientemente había habido una lluvia considerable. Los agujeros de barro demacrados eran ahora contorsiones duras como una roca en la carretera. A menudo cabalgaba en la pradera con preferencia.

Otra cosa era evidente. Había habido una gran sequía el año anterior. La ganadería es imposible sin agua, e incluso ahora, a pesar de las lluvias recientes, se puede ver aquí y allá un gran lecho de lago completamente seco. No quedaba nada más que una gran masa de barro marcado con pezuñas horneado por el sol, y aquí y allá un esqueleto tirado sobre él. Los ranchos de Nuevo México son de enorme tamaño y cubren áreas enormes. Es cierto que unos buenos años significan una fortuna para el rancho, pero uno malo significa ruina. Encontré que cientos de ranchos habían sido arruinados el año anterior, y varios miles de cabezas de ganado habían muerto a causa de la sequía. Mientras pasaba, sus esqueletos yacían sembrados al borde de la carretera, a veces solos, a veces en grupos de una docena o más. ¡No es un espectáculo refrescante para un pobre motociclista inocente!

[Pg 165].

Al final del tramo de treinta millas entramos en un país montañoso y densamente boscoso. El paisaje era salvaje y áspero. No conocí a nadie y no vi a nadie. Después de otras quince millas había una choza al lado de la carretera. La ocupación del propietario era vender gasolina y petróleo a los viajeros que pasaban. Opiné que esta probablemente no era una vocación envidiable desde el punto de vista financiero. Me llené y descubrí para mi consternación que el precio, en lugar de ser de veinticinco centavos por galón, era de setenta y cinco. Estaba a 100 millas del ferrocarril, y todos los suministros tenían que ser traídos por carretera, de ahí el costo triple.

Nunca he pasado por un país más salvaje que el que siguió durante 100 millas. Montañoso, densamente boscoso y fértil, era más difícil de creer que estuviera tan poco poblado. Apareció una extraña formación de rocas. Rocas grotescas del tamaño de un leviatán yaspardas y de pie en aberturas cubiertas de hierba. Las palomas salvajes por el marcador entraron y salieron entre los árboles. Las ardillas alegres se metieron en los pinos y me miraron desde arriba. Enormes "Jack Rabbits" y antílopes jóvenes delimitados aquí y allá, y, al ver al intruso, desaparecieron. Todo parecía un gran cambio con respecto al viaje por el desierto del día anterior.

En Quemado, a unas noventa millas de Magdalena, sentí hambre. Quemado consiste en una choza de madera de un "hotel" y una tienda de "mercancía general". Me detuve en el "hotel" y di de comer. Mientras tanto, empezó a llover. Mi espíritu se hundió con el barómetro. [Pg 166]

La lluvia se detuvo tres horas después.

Salí lleno de energía y perseverancia una hora después de eso. Nos deslizamos, nos deslizamos y nos deslizamos por el camino espejismo. Diez millas fue suficiente. Toda la energía y la perseverancia habían volado a los vientos. Subí a una ladera de una colina hasta un lugar en el borde de un bosque de cedro y tejo. Al apoyar a Lizzie en su stand, fui en busca de combustible. Me había decidido por el lujo de una fogata.

Había mucho combustible. Los troncos con sangría y las ramas rotas se dispersaban por la ladera de la colina. Pronto tuve un fuego rugiendo y falleció una o dos horas antes del anochecer escribiendo cartas y rumiando sobre las delicias de un fuego de campamento.

Mientras el sol se hundía en el valle, me resbalé debajo de la vieja manta y vi las llamas mientras saltaban de las brasas ardientes. Justo delante, casi a la vista desde donde yacía, estaba la frontera occidental de Nuevo México. Justo más allá de allí, donde el sol dorado se estaba hundiendo lentamente en el valle, estaba Arizona; el Arizona que tanto anhelaba ver. Había oído hablar mucho de Arizona; su maravilloso clima, sus antiguas ruinas desconocidas, sus volcanes extintos, sus estupefactos desfiladeros, sus grandes desiertos sedientos. ¿Qué tendría Arizona reservado para mí? Me preguntaba. Y el olor fragante de la madera de cedro ardiente tejó un encanto mágico en mis pensamientos a medida que se desplazaban lentamente hacia el reino místico del mundo inconsciente.

La mañana trajo un amanecer sonriente. Me levanté temprano y volví al sendero.

En diez minutos estuve en Arizona. Un gran letrero indicaba el hecho. El camino se hizo más ancho y mejor. Incluso el paisaje parecía cambiar perceptiblemente. De alguna manera me sentí como en casa en Arizona. [Pg 167]

En Springerville desayuné y compré postales con fotos. Cuando se viaja, la última operación es tan importante como la primera.

Aquí la carretera da un giro repentino hacia el norte, luego hacia el noroeste. Después de veinte millas de montar a caballo, el país se volvió más plano; parecía que ahora era una meseta inmensa. Después de otros veinte, llegué a un pequeño pueblo conocido como St. Juan. Aquí llené media hora en el encomiable proceso de consumir hielos. Ahora tenía que atravesar algún país difícil, ya que se acercaba al gran desierto de Arizona. Había más montañas que escalar, pero cuando se llegó a la cima hubo poca o ninguna disminución en el lado opuesto, la altitud creció cada vez más alta, y a medida que lo hacía, por extraño que pueda parecer, la tierra se volvió más plana y más plana.

No hay más que una cresta por delante. El sendero rocoso se dobla y se retuerce a medida que se traga lentamente el gradiente que nos conecta con el horizonte. Un desvío final, y comenzamos un ligero descenso. Hay un espacio en las colinas; el sendero bordea alrededor de un lado, y he aquí, una vasta llanura sin límites se encuentra ante nosotros, que se extiende a la izquierda y a la derecha hasta donde el ojo puede ver.

Pero, ¿qué es esta vista extraña? A nuestra derecha, a apenas media milla de la carretera, hay un montículo gigantesco. Su presencia allí, que se eleva abruptamente de la planitud matemática de la llanura, parece ridícula, absurda, extraña. Da la impresión de que acaba de caer del cielo. Es un volcán de lodo, una vista poco común, y formada por la expulsión de arena bajo presión desde abajo la superficie de la tierra. A su alrededor, la llanura es de formación claramente volcánica. De hecho, ahora hemos entrado en una vasta región volcánica, que se extiende por varios miles de millas cuadradas. Muchas de las montañas que veremos, algunas de ellas picos gigantes, y algunas solo pequeñas colinas, son volcanes extintos de otras edades. Eran jóvenes y activos mientras el hombre estaba en su infancia bárbara en este mundo cansado, tal vez incluso antes de eso. [Pg 168] de

Pero pronto aparecerá una vista mucho más maravillosa. En unas pocas millas entramos en un país de formas extrañas y colores mágicos: el Bosque Petrificado de Arizona. Las primeras señales de acercamiento son cadenas de pequeñas colinas de lava de color gris y blanco. También tienen un aire de brusquedad. Uno se pregunta cómo llegaron a estar allí. Fluyendo hacia la llanura plana en elegantes curvas matemáticas, parecen montículos de tiza, aunque todavía son más suaves. Compuestos de polvo de lava suave y fino, resisten rápidamente. Ahora toda la llanura es polvo de lava y un mechones de hierba magra aquí y allá ha encontrado un lugar para hacer un hogar. Más adelante se nota grandes bloques de piedra, como pilares de mármol, tendidos esparcidos por la llanura, algunos medio enterrados, otros apenas proyectados y otros perfectamente desnudos. Aquí hay uno, hay otro: están en todas partes, en todas las direcciones, de todos los tonos de color y que varían en tamaño, desde fragmentos de una pulgada de diámetro hasta pilares de veinte o treinta pies de circunferencia y más de 100 pies de longitud. Cada fragmento, cada enorme bloque de mármol formaba una vez parte de un gran bosque que se extendía por cientos de millas cuadradas. Los árboles de este gran bosque eran enormes leviatán, a diferencia de todo lo que conocemos en el Viejo Mundo y similares solo a las secuoyas gigantes de California (pero a unos cientos de millas de distancia), que envían sus poderosos troncos a cientos de pies al aire, las reliquias de una raza pasada.

Este gran bosque de Arizona estaba en su mejor momento. Los majestuosos pinos se elevaban en el cielo. Aves de maravilloso plumaje vivían en esas poderosas ramas, y los animales salvajes deambulan entre su maleza. Entonces sucedió algo; nadie sabe exactamente qué: este gran bosque estaba envuelto en polvo volcánico que con el tiempo lo enterró por completo. Para el ojo, si hubiera un ojo para presenciar la escena, el bosque ya no era visible; yacía enterrado en las entrañas de la tierra; había muerto; como un bosque poderoso y vivo, ya no existiría. Pero esos árboles monstruosos permanecieron un tiempo, preservados por la lava que lo rodeaba. Lo que sucedió entonces tardó miles de años en lograrse, aunque se puede recitar en unas pocas palabras breves. Los árboles en sustancia desaparecieron, pero sus formas permanecieron en la lava endurecida, como enormes mohos esperando a ser fundidos, todas sus grietas y arrugas preservadas con una precisión inexorable. Con el tiempo, pueden haber sido aeons, los moldes fueron fundidos, por algún fenómeno inexplicable, y donde una vez fueron la madera y los tejidos vegetales vino la roca de mármol fluida que llenó los huecos, grietas y arrugas y reprodujeron las formas que antes habían sido tan repentinamente detenidas en su crecimiento. Pasaron más edades, y gradualmente la lava blanda fue eliminada por la acción del viento y la lluvia y otras causas. Poco a poco, el material más duro fue puesto al descubierto, y los árboles gigantes una vez más vieron la luz del día, pero esta vez eran troncos de mármol macizo en lugar de madera de pino. El trabajo de desnudamiento continuó. Los pilares de mármol, sin soporte, cayeron a la tierra. Algunos se rompieron en enormes bloques, mientras que otros permanecieron más o menos intactos a lo largo de toda su longitud, y a menos que uno los examinara de cerca y viera la naturaleza de su textura, no se podían distinguir de un árbol que había sido talado recientemente. [Pg 169]

Hay cientos de estos troncos de pinos y abeto de mármol, cuyas secciones transversales, revelados donde se han roto, brillan con todos los colores del arco iris. En lugares, donde yacen caídos y acunados, es como si toda una cantera de ónix hubiera sido dinamitada. En un solo lugar, un tronco de mármol caído, de casi 200 pies de largo, ha atravesado un desfiladero y formado un puente de troncos naturales que todos los que se atreven pueden cruzar. [Pg 170]

Ese es el cuento de hadas que cuentan los científicos. El viajero cuyo privilegio es viajar a través del Bosque Petrificado de Arizona se perderá asombrado por este hecho, que es mucho más extraño que cualquier ficción.

Dejé la maravillosa escena detrás de mí con la sensación de que me estaba despidiéndome de uno de los principales misterios del mundo. Se podían ver troncos y fragmentos de troncos proyectando incluso desde la superficie de la carretera por la que pasé, y unas pocas hojas

de hierba fina, con una planta de cactus atrofiada aquí y allá, eran el único signo de vida en cualquier dirección. Me desmayé tan de repente como había entrado. Una doble S-benda, donde extrañas rocas contorsionadas yacía apiladas en confusión a ambos lados, y el Bosque Petrificado se quedó atrás.



UN LEVIATÁN PETRIFICADO.



"LIZZIE" EN EL BOSQUE PETRIFICADO, ARIZONA.

El sol casi se ponía cuando un par de horas más tarde salí de Holbrook, bien alimentado y bien refrescado. Según mi mapa, juzgué que debería poder llegar al río Little Colorado, en cuyas orillas podría pasar la noche. Pero en Arizona el sol se pone rápidamente. Casi se puede decir que oscurece con un bulto. El resultado fue que en media hora estaba completamente perdido en las afueras del Gran Desierto de Arizona. El rastro había desaparecido de alguna manera, no sabía dónde, y si no fuera por mi faro, sin duda debería haber terminado en dificultades en medio de la negrura de la tinta. Para dar la vuelta, continué sobre el desperdicio casi sin pistas de roca, arena y pradera. Llegué al lecho rocoso de un pequeño arroyo. Había unas pocas pulgadas de agua aquí y allá, pero no se movía perceptiblemente. No podría ser el Little Colorado. Caminé hacia el otro lado. Allí encontré una gran zanja, más como un dique artificial, que sabía que nunca podría cruzar a Lizzie. Sin embargo, había hierba creciendo cerca, así que me acosté en mi cama por la noche, resolviendo dejar más investigaciones hasta la luz del día.

[Pg 171]

Debería haber sabido mejor que acampar junto a una corriente casi estancada, pero estaba tan cansado que desafié el consejo de mi propia experiencia. Los mosquitos literalmente llenaron el aire. Nunca los había conocido tan gruesos y tan tenaces. La vibración de millones de alas mantuvo el aire en un grito constante, un grito salvaje que nunca se ateció. Solo pude obtener alivio de sus ataques envolviendo mi cara completamente con la gruesa manta y respirando a través de ella. Entonces todo se volvió tan caluroso, la noche en sí era muy sensual, que dormir era casi imposible. Me arrebaté una o dos horas de descanso, pero había una masa de picaduras y grumos de picazón al día siguiente.

Por la mañana, regresé a Holbrook, desayuné y busqué información sobre la carretera. Parecía que un puente se había derrumbado en algún lugar, por lo que se había formado un nuevo sendero para evitarlo. Me había perdido el giro la noche anterior. En el garaje donde hice estas consultas, aproveché la oportunidad para quitar las ruedas de Lizzie y de limpiar y ajustar los husillos. Los empaqué con grasa nueva en preparación para el viaje arenoso que viene, y quité y volví a alinear los piñones de la cadena; no quería averías ni búsquedas de piezas faltantes en el desierto de arena para hornear. También fue que había tomado precauciones. Encontré que el anillo de bloqueo de una rueda de cadena faltaba por completo, y el piñón se desenroscó a mitad de su eje. ¡El único elemento de arrepentimiento fue el cargo de un dólar por el uso del garaje! Habiendo tenido experiencia con mecánicos de garaje estadounidenses, decidí no permitir que nadie más aprendiera su oficio a expensas de Lizzie.

[Pg 172]

No tuve ninguna dificultad para recoger el sendero a plena luz del día. Una vez más, me dispón a cruzar el gran desierto de Arizona. La siguiente ciudad, una especie de oasis, era Winslow, a unas cuarenta millas de distancia. La pradera estéril pronto dio paso a rocas de

pedra caliza desnudas y arena cambiante; la vegetación desapareció por completo, excepto por ocasionales grupos ocasionales de maleza de salvia verde-gris salpicados aquí y allá sobre los desechos rocosos que alguna vez se encuentran con el ojo. El aire estaba caliente pero despejado. En una elevación se podían ver distancias tremendas. El pequeño mechoncito de humo negro que colgaba sobre Winslow parecía lo suficientemente claro como para estar a una o dos millas de distancia. Tenía treinta años; a lo lejos había una gran línea de plata, que se dirigía de forma intermitente a través de la llanura. Sabía que era el Pequeño Colorado, que, al igual que su madre, el Gran Colorado, fluye casi toda su longitud en un cañón y parece elegir deliberadamente el camino de mayor resistencia, cortando a través de rocas y gargantas de piedra caliza y granito con un murmullo.

A medida que Winslow se acercaba, la estrecha vía de arena dio paso a una amplia carretera de hormigón. No había visto un camino hecho de ninguna descripción durante muchos días. La apariencia de hormigón aquí en medio de un desierto parecía ridícula. Lo disfrutaría al máximo. El acelerador de Lizzie se abrió inesperadamente y navegamos a través de la brisa". Hay un problema en esto en alguna parte", me dije a mí mismo. ¡Lo había! Casi significaba pena. El arquitecto de la ciudad había previsto el atractivo de ese frío tramo plano de hormigón y había decidido que el exceso de velocidad no debería existir en él. Así que hizo varias caídas allí a intervalos, cada una de ellas unos cinco o diez pies por debajo del nivel normal de la carretera. Cualquier intento de viajar a más de veinte años significaría daños en el vehículo cuando chocara contra el lado opuesto. Desafortunadamente, estas obstrucciones fueron absolutamente invisibles hasta unos pocos metros por delante. A veces había una advertencia. Más a menudo no lo había. La primera vez que llegué a estar bastante inconsciente y a gran velocidad. La máquina con su impulso casi saltó limpia a través del espacio, y si hubiera estado yendo mucho más despacio, habría golpeado el lado opuesto más abajo e inevitablemente habría causado un accidente grave. Fui cauteloso después de eso y me pregunté qué dispositivos antivelicidad ingeniosamente artificiales debería encontrar a continuación.

[Pg 173]

Llegué a Winslow, comí abundantemente hielo. La concurrida ciudad moderna parecía un contraste muy notable con los páramos de arena que la rodeaban.

Ahora tenía un largo viaje por delante. Flagstaff, la siguiente ciudad, estaba a más de ochenta millas de distancia, y el sendero atravesaba algunos de los países más áridos de Arizona. Durante milla tras milla no había nada que ver más que arena amarilla y, en el horizonte, una escarpada cordillera de colinas. Adelante, a casi cien millas de distancia, se asomó por los picos de San Francisco, oscuros y amenazantes. Por encima del sol, golpeé el sol con una furia implacable. Uno podía ver el brillo del aire por encima de la arena para hornear mientras el tremendo calor salsporía de ella hacia la atmósfera. Aquí y allá, se podían ver espirales de arena de cientos de pies de altura arrastradas por un extraño movimiento de remolino del aire, y transportadas durante cientos de yardas a través del desierto, reuniéndose en volumen y altura a medida que se movían, solo para colapsar de nuevo y dar a luz a otros. No había ningún signo de vida o vegetación visible en ninguna parte. ¡Qué lugar para quedarse varado sin agua! Pero tenía mucho conmigo. Me detuve a beber de la bolsa de mi manillar cada pocas millas. El calor y el resplandor eran horribles.

[P. 174]

A pocas millas de Winslow, un cilindro dejó de disparar. Me preguntaba cuándo llegaría la próxima entrega de la desgracia. Como un verdadero pesimista, esperaba que llegara a un lugar como este. Así que no me desancoraría.

Me detuve dos o tres veces para cambiar los enchufes y examinar el motor. Fue en vano, y el calor se hizo tan intenso cuando no me movía que era imposible parar más de unos minutos a la vez. No había sombra, ni siquiera una roca que me escondiera del sol ardiente. El marco de la máquina parecía al rojo vivo, e incluso las herramientas de la caja de herramientas estaban demasiado calientes para manejarlas sin protección.

"Otra revisión en Flagstaff", me dije a mí mismo, y continué de nuevo con tres cilindros. Arar a través de la arena suelta absorbió gran parte de la potencia del motor, pero estaba contento, siempre y cuando nos mantuviéramos moviendo. Lentamente se pasaron las señales de metal del "Touring Club de California" que marcaban las millas. Eran los únicos elementos de interés en este país árido. Muchas veces desaparecieron por completo. A menudo se inclinan sobre el suelo, los fuertes tubos de acero de ocho pies de largo del poste doblados en formas extrañas. Habían sido desarraigados por un viajero desafortunado y utilizados como palancas o palancas para sacar un coche que había salido de la pista trillada y se había hundido en la arena suelta del desierto. Algunos incluso tenían detalles contradictorios, ¡y era bastante habitual notar que las distancias aumentan en lugar de disminuir cuanto más cerca se acercaba a su destino! A menudo, los propios carteles habían estado plagados de agujeros de bala "solo por diversión" por algún viajero blasé con gusto por disparar. ¡Espléndida diversión, para disparar en una señal puesta allí a un costo enorme por un club privado para el beneficio de todos!

[Pg 175]

Lentamente pasaron las horas y, como lo hicieron, se pudo ver una enorme tormenta eléctrica que se estaba gestando sobre los picos de San Francisco, ahora a solo cuarenta millas de distancia. Todo el cielo se volvió aburrido y nublado. La arena amarilla suelta dio lugar a las rocas y las tejas, y poco a poco el desierto se quedó atrás. A medida que aumentaba la altitud, estábamos subiendo lentamente todo el tiempo, aparecieron signos de vida. La hierba magra, reseca de sed y marrón con el calor, se vio una vez más, y más tarde se notaron algunas ovejas refugiadas detrás de rocas y rocas.

Se adelanté con toda prisa. Flagstaff estaba a los pies de los picos de San Francisco y sin duda habría un diluvio muy pronto. El camino era abominable. En la mayoría de los lugares era tan rocoso y el gradiente tan empinado que era como subir grandes tramos de escalones escarpados. Las rocas afiladas excavadas en los neumáticos hasta las llantas, y la vibración sacudió las propias cuencas de los huesos.

A la izquierda, a apenas una milla del sendero, pasamos por la "Montaña Meteor". Este es un espectáculo muy notable. Situado en medio de un país comparativamente plano u ondulado, se ve a primera vista como el cráter de un gran volcán. Pero su origen no es volcánico. Da la impresión de haber sido formado por medios artificiales y no naturales. El cráter tiene media milla de ancho y el interior del cráter tiene forma de platillo. Un aire de misterio envuelve su origen, y se han presentado muchas teorías para explicarlo. Pero las teorías han sido refutadas o nunca han sido aceptadas definitivamente.

"Meteor Mountain" sigue siendo hasta el día de hoy un misterio de la geología. En su cráter hay un rancho y cientos de ovejas pastan en sus alrededores.

Una docena de millas más adelante en el camino conducía a un magnífico puente de acero que cruza el "Cañones Diablo", un maravilloso desfiladero en las rocas de piedra caliza. Muy, muy por debajo corría una pequeña corriente de agua clara.

[Pg 176]

El cielo se volvió aún más negro. Continuamos subiendo por el sendero agudo y rocoso. Los poderosos picos que se avecinábamos casi se perdieron en un mar de neblina. Los truenos distantes retumbaron y gimieron a través de los desechos desolados. Los agudos destellos de relámpagos iluminaron los cielos por un momento y revelaron los contornos agudos y espeluznantes de los tres gigantes alrededor de cuyos picos centraban la furia de los cielos. La tormenta disminuía lentamente. Le di las gracias a Heaven por eso.

Luego llegamos a la periferia de un maravilloso bosque que cubre la meseta y viste los lados de las montañas casi hasta la cima de sus picos. La vista de los árboles, el sonido de la brisa mientras crujaba a través de las ramas llevando consigo el aroma mágico de los pinos, era como pasar de la muerte a la vida. Era un mundo nuevo, un mundo de nuevas sensaciones y formas agradables. Los desechos asados, la deslumbrante arena amarilla, las formas extrañas y a veces feas, lo grotesco, lo misterioso, lo increíble: estos se quedaron atrás, por un tiempo.

La tormenta casi había pasado. Había llovido mucho, pero afortunadamente el sendero atravesaba un tramo de polvo volcánico. La lluvia cuando cayó no lo disolvió, sino que se empapó tan rápido como cayó, dejando la superficie casi tan dura y seca como antes. Le di las

gracias a Heaven de nuevo por eso. Más cerca, más cerca, cada vez que subimos, hasta que a menudo las montañas apenas se veían; estábamos entre ellas, trepándolas, en ellas. Aquí y allá, los árboles en racimos se hicieron más delgados y los campos de flores silvestres, de color malva y púrpura, estallaron a la vista, vistieron los valles y las laderas como una gran alfombra.[Entonces aparecería un claro de hierba verde fresca, hierba tan fresca y tan verde que parece que estaba destinada más al libro de hadas de un niño que a un mundo real. Entonces una hermosa montaña aparecería a través de los árboles, sus lados y sus ángulos brillando con cada color del arco iris y cambiando con cada nuevo aspecto. Este sería un cono volcánico extinto y los colores se reflejarían en las cenizas sueltas que formaron su conjunto. Luego, entre los altos pinos, el viajero vería, como último remanente de lo grotesco, vastos campos de lava, grandes lechos de ceniza sólida, arrojados a formas monstruosas con contornos extraños y siniestros. Y en adelante, cada vez más adelante, cada vez más cerca de Flagstaff íbamos, las ruedas se deslizaban silenciosamente sobre la suave pista de lava que entraba y saciaba y savía de los pinos y subía por encima de las estribaciones y los valles hacia el oeste. Entramos en un gran valle, desde el que una maravillosa vista de los picos de San Francisco deleita al viajero. Ahora están a apenas media docena de millas de distancia; sus grandes conos volcánicos, a más de un par de millas de altura sobre el mar, se pueden ver tan bruscamente y tan claramente como si estuvieran a solo 100 yardas de distancia. Tan poderosos son ellos, y tan puro es el aire de Arizona, que en un día despejado se pueden ver durante 200 millas en cualquier dirección.

Pg 177]

Por fin se llega a la pequeña ciudad de Flagstaff. Es limpio, moderno y está dispuesto en pretenciosos bloques cuadrados, algunos con solo unos pocos bungalows construidos sobre él. La noche estaba a la mañana. Después de no haber comido durante más de doce horas, me fui a un restaurante donde los cereales inflados y los pasteles de albaricoque y las tazas de buen café efectuaron una desaparición milagrosa. A partir de entonces, seguí el olor de un hotel cómodo, donde una vez más dormí el sueño de los justos.

CAPÍTULO XVIII

[Pg 178]

EL GRAN CAÑÓN

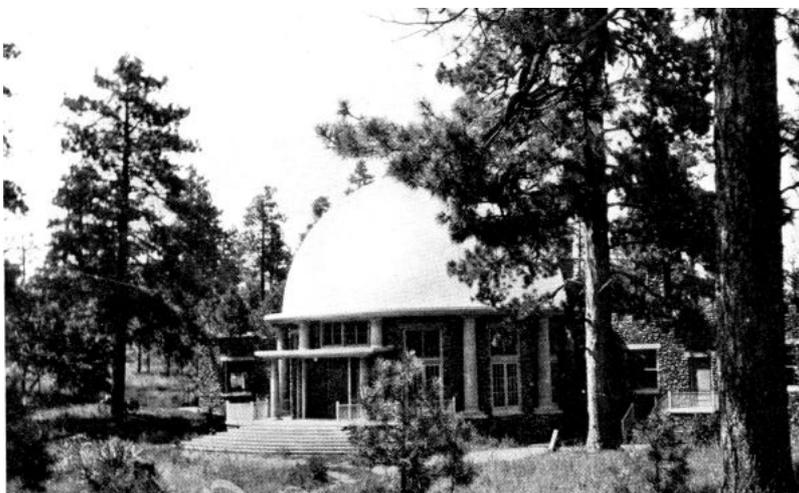
Me desperté a la mañana siguiente sintiéndome muy aturdido, sin ninguna razón para rendir cuentas a mí mismo. Era domingo. Mi primer esfuerzo sería satisfacer uno de los deseos de mi infancia. Se estaba en mi propia puerta.

El Observatorio Lowell en Flagstaff es conocido en todo el mundo civilizado. Hace años, cientos y miles de personas leyeron con un interés incesante las teorías y descubrimientos del profesor Lowell sobre el planeta Marte. En su libro, *Marte y sus canales*, registró las investigaciones de su vida en este planeta más interesante. Anunció su convicción de que la vida civilizada de un orden muy alto estaba presente y floreciendo en Marte, y apoyó su teoría con datos exhaustivos y series de hermosas fotografías del planeta en diferentes momentos y bajo diferentes aspectos, el resultado del trabajo realizado en el Observatorio Lowell que él mismo había fundado, construido y mantenido a su costa.

En los días de mi infancia, ese libro se leía como una maravillosa historia de hadas, ilustrada con fotografías que eran mucho más maravillosas y mucho más extrañas que las imágenes simplemente bonitas de fantasía. Algún día, me prometí a mí mismo que vería el Observatorio Lowell y miraría a través del telescopio gigante que reveló al ojo humano, a millones de millas de distancia, gran parte de lo misterioso y lo desconocido.



PICOS DE SAN FRANCISCO DESDE FLAGSTAFF.



EL OBSERVATORIO LOWELL, FLAGSTAFF.



EL SENDERO HACIA EL GRAN CAÑÓN.

Y aquí estaba, en la puerta del hotel, pero a unos cientos de metros de ese mismo Observatorio. Mirando hacia la calle principal, pude ver claramente la cúpula blanca, encaramado en la cima de una colina con vistas a la ciudad, rodeado, pero sin obstáculos, por los altos pinos que se agrupaban densamente en sus laderas.

[Pg 179]

Una hora más tarde estaba de pie dentro de la gran cúpula. El sueño se había hecho realidad.

Los astrónomos de "Mars Hill" me trataron, como a todos los visitantes, con la máxima hospitalidad. Mis deseos de ver esto y aquello y lo otro solo tenían que expresarse, y se les concedió. Se me mostró el resultado de años y años de investigación incansable e incesante. En la biblioteca, un edificio magníficamente diseñado y equipado, me encontré en una verdadera cueva del Monte Cristo. Dispuestos alrededor de las paredes, e iluminados por detrás por un maravilloso sistema de luces eléctricas, eran tesoros de mucho más valor de lo que parecería para el turista casual y desinteresado. Había fotografías transparentes de planetas, cúmulos estelares, nebulosas y cometas por cien, algunos de ellos de una fracción de una pulgada de diámetro y otros de varios pies de ancho. Había volúmenes de registros e informes de cada Observatorio, además de trabajos astronómicos y otros trabajos científicos de todas las clases, tamaños y lenguas.

Horas después descendí lentamente por el camino que bajaba por la ladera a través de los pinos, envuelto en pensamientos y orgullosamente consciente de haber logrado por fin algo que durante tanto tiempo no había sido más que una vaga visión de la imaginación.

Desafortunadamente, mi indisposición de la mañana no desapareció. Ha aumentado. Suje que en algún lugar había bebido un poco de agua envenenada, algo fácil de hacer, y que debía sufrir las consecuencias.

Las consecuencias que sufrí fueron las del envenenamiento por ptomaína. El día siguiente se pasó en medio de él. Me cerqué de la cama durante una o dos horas, con el coraje suficiente para visitar el garaje a cuyo cargo había confinado a Lizzie para una revisión. Al encontrarla una vez más en pedazos, pero sin partes rotas, regresé, con un suspiro de alivio y un cuerpo lleno de dolores, a la cama. Había descubierto que muchos clientes de un determinado restaurante, el que había recibido tan cordialmente a mi llegada, también habían sufrido una intoxicación por tomtomaína. Reflexioné que esta era una dolencia que a menudo resultaba fatal. Pero determiné que no sería así en mi caso, en cualquier caso, no hasta que Lizzie y yo hubiéramos mirado las profundas aguas azules del Océano Pacífico. ¡Eso se logró, cualquier cosa podría pasar!

[Pg 180]

Al día siguiente encontré las cosas mucho más brillantes. La enfermedad estaba desapareciendo rápidamente, y me consolé hacia el mediodía al ver a Lizzie erigida, probada y pasada por O.K. Sin embargo, era escéptico de la juventud a la que, en mi indisposición, había confiado su delicado cuerpo. Había jurado que había revisado a los Henderson hasta que pudiera hacerlos con los ojos vendados. Con la característica modestia estadounidense, afirmó ser el único hombre entre Kansas City y Los Ángeles que sabía algo sobre la raza. Eso me hizo sospechar un poco al principio. Además, había aceptado entregarse el domingo y comenzar las operaciones, pero cuando llegó el domingo apenas se destacaba por su presencia: la puerta del garaje estaba cerrada con llave.

Sin embargo, pagué la cuota requerida de dólares con el estoicismo espartano y llevé a Lizzie una vez más a mi pecho. Siendo naturalmente de una disposición perezosa y un firme creyente en la inutilidad de caminar cada vez que hay es la oportunidad más remota de que alguna forma de tránsito mecánico esté disponible, había aplazado un extenso estudio de la ciudad hasta que pudiera ejecutarlo con comodidad.

[P. 181]

Originalmente un depósito de tiendas en el primer sendero a través del oeste, Flagstaff pronto se convirtió en un centro de ganadería y una especie de "meca" para vaqueros, trotamundos, wasters, vagabundos, indios, mexicanos y, en los últimos años, especuladores y hombres de negocios cansados del este. Aunque cuenta con solo unos pocos miles de habitantes, la ciudad está creciendo rápidamente, y naturalmente, donde las ciudades crecen rápidamente, algo que solo se conoce en el oeste de América y las Colonias, los agentes de "bienes raíces" florecen en sus legiones. La gente de Flagstaff son "impulsores", y también lo hacen todo lo que pueden para alentar y acelerar el crecimiento de su pequeña y ordenada ciudad. Muchos vienen allí, compran una parcela de tierra en uno de los bloques periféricos, construyen un bungalow y se instalan para siempre, encantados con el clima, la atmósfera, los alrededores, los grandes bosques de pinos y la vista al norte de los poderosos picos que casi siempre están cubiertos de nieve y parecen mirar hacia abajo y proteger la pequeña ciudad que se encuentra dispersa a sus pies.

A la mañana siguiente había concluido todos los preparativos para el cumplimiento de otro deseo de toda la vida. Mi siguiente ambición era ver el Gran Cañón de Colorado, del que había leído mucho en los libros escolares en mi infancia.

Entrando y saliendo a través de los pinos, nos balanceamos una vez más, bajando por caídas repentinas en la carretera y saltando por pequeñas colinas frescas con hierba y gruesas flores silvestres. En diez o quince millas de exquisitos paisajes boscosos, habíamos llegado una vez más a la periferia del bosque. Por delante se encontraba la llanura, la pradera y el desierto, sin nunca una ciudad, un pueblo o una casa hasta que se llegara al Cañón setenta millas impares al norte. A la izquierda se levantaron los grandes picos de San Francisco, vestidos de verde y blanco. A la derecha se alocía Sunset Mountain, un cono de ceniza volcánico de tono marrón rojizo, que brillaba a la luz del sol de la mañana.

[Pg 182]

Poco a poco se quedaron atrás mientras saltábamos, saltábamos y saltábamos por el áspero sendero que se desviaba y se retorció

incansablemente a través del país más extraño imaginable. Aquí sería ancho y arenoso; allí se estrecharía casi a nada; más adelante, haría una curva repentina y se sumergiría a través de un "lavado" o algún río sin agua que nunca había conocido un puente; luego entraría en un hermoso valle, todo brillante con flores doradas que se amontonaban densamente a sus lados: había flores amarillas por todas partes, en cada Luego esa imagen falleció y solo quedaron dos surcos ondulantes profundos que lucharon persistentemente a través de un desierto de arena, roca y roca. Pasamos a ambos lados los restos de antiguos volcanes, ahora, pero colinas solitarias que se elevan abruptamente desde el desierto alrededor. Luego aparecieron enormes montones de piedra agrupados extrañamente, las ruinas de las ciudades antiguas durante muchos miles de años desiertas. Luego, por millas y millas no fue más que un desperdicio estéril y árido que cansó la paciencia y cortó los neumáticos y sacudió las extremidades, mientras que miles y miles de perros de las praderas siempre corría, se apresuraban, se alejaban del intruso en su soledad. Sus agujeros estaban en todas partes, incluso en las roderas del sendero que siempre se extendía como una cosa olvidada y sin vida a través de esta tierra de soledad abrasadora.

Cuatro horas y media habíamos estado viajando, y ni un alma, ni siquiera una señal de un ser vivo que habíamos visto, salvo las pequeñas y alegres alimañas que se apresuraron ante el sonido y la vista de nosotros. Por primera vez en todo el viaje sentí una gran sensación de soledad arrastrándose sobre mí. La soledad, la paz de las grandes distancias áridas por fin se dio a conocer: era una soledad y una paz que nunca antes había sentido. Me llevó tiempo apreciar su valía. Me divertí al estallar de repente en la canción. Todos los viejos estribillos familiares vinieron en mi ayuda, eran melodías de himnos o ridículos aires de trapo. [Pg 183]

Sintiéndome absurdo, incluso positivamente ridículo, en mis esfuerzos por mantenerme alegre a toda costa, pero consolado por la idea de que no había nadie que presenciara mi locura, continué así hasta que mi voz se rebeló y recaí una vez más en el silencio pedregoso, ¡muy pedregoso!

Una vez más, el sendero entró en un gran bosque; enormes pinos y cedros se cerraron densamente alrededor y el sendero se bifurcó y se partió aquí y allá para evitarlos. La vegetación se hizo más gruesa. Parecía maravilloso cómo podría prosperar en un país así. Ni una gota de agua había visto durante ochenta millas, cuando de repente una vista más hermosa apareció directamente delante de mí. Había un maravilloso lago bordeado de pinos gigantes, sus aguas tranquilas y planas como una gran joya. En su extremo, algunos caballos estaban bebiendo. Fue una vista tan magnífica que me vi obligado a parar para admirarla al máximo. Respiré una oración para que mi pequeña cámara de bolsillo le hiciera justicia y transmitiera, aunque solo fuera una fracción, algo de ese encanto fascinante que colgaba sobre sus aguas vídriosas.

Una vez más cabalgamos, a través de avenidas de pino y cedro; cuanto más avanzábamos, más grueso crecía el bosque y más grandes se hacían los majestuosos árboles. Solo era posible ver unos metros por delante en algunos lugares... "Pero digamos, ¿debemos acercarnos al Cañón pronto! ¿Cómo puede ser todo esto?" Me pregunté a mí mismo. [Pg 184]

Desviándose ahora a la derecha, ahora a la izquierda, para evitar algún obstáculo, ahora dejando el sendero por completo para montar en la hierba verde suave al lado, cuando una roca o una rama caída bloqueaba el camino, era como explorar uno de esos bosques mágicos donde las hadas...

El pensamiento nunca terminó.

Parecía como si toda la tierra hubiera dejado de morir de repente. Allí, al frente, los grandes troncos de los árboles se encontraban en silueta contra el propio espacio. Era como si hubiera pasado algo terrible. Más allá había una tremenda y horrible nada que hizo que el observador recuperara el aliento y enviara un escalofrío por todo su marco. Pero mira, allí, en el horizonte distante, como una sombra de colores oscuros, se encuentra el lado opuesto de la gigantesca grieta, diez, veinte, sí, en lugares a treinta millas de distancia. Es un espectáculo para disfrutar en silencio, con reverencia y con miedo. Una vez visto, nunca se puede olvidar, ese primer vistazo a la mayor de todas las maravillas naturales: el Gran Cañón del Colorado.

El sendero hizo un desvío repentino hacia la izquierda y siguió cerca de su borde. Había algunas barandillas de madera; más allá, una franja variable de páramos rocosos rotos; y luego, espacio. Dejando a Lizzie, bajé por un estrecho camino tallado en las rocas que me llevó a una prominencia que sobresale conocida como "Grand View Point". sentado en un enorme trozo de piedra climo que se levantó como un alto pináculo a miles de pies por encima del abismo de abajo, inspeccionaba en silencio la visión abrumadora e inspiradora.

El Gran Cañón nunca ha sido descrito. Es demasiado inmenso, demasiado sublime, demasiado sobrenatural para que las meras palabras transmitan un ápice de su poder y majestad. Uno lucha con la inutilidad de la mera expresión de las palabras en lo que respecta a tal espectáculo y descubre que todas las frases conocidas y los artificios del habla bien utilizados son inútiles para transmitir a otro el sentido de grandeza infinita que solo la vista puede apreciar, ¡y eso tan débilmente! [Pg 185]

El Cañón es una grieta titánica en la tierra, de más de 200 millas de longitud. El río Colorado, que casi nunca se ve desde sus bordes, se encuentra a 6.000 pies por debajo de la superficie de la llanura a través de la cual ha cortado. Se ha tomado mucho tiempo en su creación, y aún no es más que joven, su progreso aún continúa. Ese siniestro río, para llegar, que toma un paseo de siete millas por el sendero que conduce a sus aguas, ha cortado a través de estratos de roca que tardaron incalculables millones de años en depositarse, ha cortado cada vez más bajo hasta que ha llegado al principio, los cimientos de la tierra, y luego se ha abierto camino incluso a través del granito, la corteza La erosión eterna por el agua, los vientos y las heladas le ha ayudado a desempeñar su papel, y ahora cerca de 2.000 millas cúbicas de piedra caliza, arenisca y granito han desaparecido por completo, todo llevado como sedimento al Océano Pacífico por el río que para siempre se arremolina y se enfurece en su seno.

El asentamiento real que lleva el nombre del Gran Cañón está veinte millas más adelante. El sendero sigue de cerca el borde del Cañón, atravesando la franja del "Bosque Nacional de Coccoino", con sus majestuosos pinos que se amontonan hasta el borde de la meseta.

Cuando se llega al final del sendero, es como si el viajero hubiera llegado al borde del mundo. A la derecha hay un hotel lujoso y de baja construcción, que está a punto de derribarse; a la izquierda hay una estación de tren; y eso es todo. La carretera casi se duplica sobre sí misma, desviándose hacia el sur hacia el Continental Trail a ochenta millas de distancia. No quiero decir que al final de este mundo habrá un hotel de lujo o una estación de tren al servicio del viajero cansado, pero la apariencia de la finalidad de todas las cosas es completa cuando uno se enfrenta a ese terrible abismo que tiene por delante. [Pg 186]

Durante tres días y tres noches me quede en el Cañón, contento con contemplar sus colores siempre cambiantes, y maravillarme con la riqueza de belleza y variación de espectáculo que yacía en su poderoso pecho, siempre cambiante, siempre fresco, siempre más maravilloso que antes. Un día después del desayuno empecé a pasear por el estrecho "Bright Angel Trail" que conduce desde la cima hasta el río. Entre dos y tres pies de ancho en la mayoría de los lugares, está maravillosamente construido y se mantiene en excelente reparación para las fiestas de mulas de turistas que diariamente descienden sus siete millas tortuosas por la mañana y las ascienden de nuevo por la noche. En algunos lugares es como un camino en espiral por una pared casi perpendicular. Uno mira y lo ve doblarse, doblarse y retorcerse como una delgada línea blanca hasta que se pierde detrás de un poco de prominencia a miles de pies por debajo.

No quería bajar caminando. Caminar no es mi fuerte; solo me disimé a tomar algunas fotografías. Tengo las mejores razones para creer que la gente nunca camina por el Cañón. En cambio, se abultan sobre mulas diminutas en cuerdas de veinte o treinta o más y hacen el descenso de forma lenta, nerviosa, solemne y más o menos cómoda. Es cierto que hay lugares donde el sendero es tan empinado que tienen que desmontar por motivos de seguridad, pero caminar todo el camino sería absurdo. [Pg 187]

Tal vez esa fue la razón por la que me encontré caminando por el largo y empinado sendero. Cuantas más fotografías tomaba, más abajo iba a tomar otra. Una vista siguió a otra con un cambio sin fin. A cada vuelta había una nueva sensación, una vista fresca que gritaba por el recuerdo. De esta manera, poco a poco me encontré descendiendo a las profundidades del Cañón. Realmente es el paseo más maravilloso que he tenido.

Era como si el viajero estuviera entrando en un nuevo mundo de un nuevo clima, nuevos paisajes y nuevas sensaciones. En la meseta en la cima, la altitud estaba a 8.000 pies sobre el nivel del mar, y el calor allí había sido intenso. Pero a medida que descendía miles tras miles de pies en las entrañas de la tierra, el aire se volvió más denso y el calor más intenso hasta que en el fondo, a más de 6.000 pies por debajo, el clima era casi tropical. Además, los grandes "templos", los fragmentos de la meseta donde la erosión había dejado montañas aisladas que permanecían dentro del desfiladero, tomaron un aspecto muy diferente cuando se veían desde abajo. Desde arriba, uno los veía como si viera colinas y valles desde un avión, con casi ningún alivio. Pero desde abajo se asomaban bruscamente contra el cielo, cada uno una poderosa montaña en sí mismo. Lo que parecía desde el borde de ser una mera mancha de moho verde en las rocas desnudas de abajo demostró, en un conocimiento más cercano, un lujoso copicio, denso de árboles y arbustos y hierba alta y gruesa. Pequeñas manchas de negro dispersos en la ladera resultaron ser árboles que excretaron un medio de vida escaso pero suficiente en las grietas y los peñascos. Una alfombra marrón y discreta desde arriba se convirtió en una enorme meseta tropical de varias millas de ancho. Tan clara es la atmósfera y tan grandes son las distancias que las magnitudes son ridiculizadas y las ilusiones elevadas hasta el punto del absurdo.

[Pg 188]

Fue mucho después del mediodía cuando llegué al fondo y vi el rugido y corriendo de Colorado, como una gran inundación amarilla, golpeando su camino de enojo entre las empinadas paredes de la garganta de granito. Arriba, había sido invisible, desconocido y sin susurros.

El paseo de regreso se convirtió en una lucha agotadora y eterna por una escalera interminable que no tenía escaleras. A veces decidí descansar hasta el día siguiente. A intervalos agarré las rodillas en las manos y ayudé a levantar los pies pesados y cansados uno encima del otro. Abusé de mí mismo de corazón por no haberme provisto de refrescos de reserva antes de comenzar, y luego recordé que solo me había puesto a tomar unas cuantas fotos; había saciado mi sed en un pequeño arroyo seis horas antes, pero sentí que una comida de algún tipo sería aceptable.

Llegué a la cima alrededor de las 5:30. La fiesta de mulas me había superado un cuarto de hora antes. Solo se habían detenido media hora en la parte inferior para almorzar.

"Waal, he caminado un poco en mi tiempo, jefe, pero supongo que has conseguido el mejor par de piernas que mi óptica haya visto", fue el comentario de un estadounidense con muchos antepiés que irradiaba su mula sobre mí mientras pasaba.

"Sí, eso es así", se hicieron eco otros en el largo archivo con la aprobación no disfucada.

Así que el lector observará que ya me estoy americanizando, ¡incluso con verdadera modestia!



EL FONDO DEL GRAN CAÑÓN.
Con permiso del Dr. F. Rolt-Wheeler.

Mi estancia en el Cañón fue más larga de lo que había previsto. La lluvia considerable había caído el segundo día, y llegó un informe de que la carretera en algunos lugares había sido limpia. Justo lo que eso significaba, no lo sabía, pero no lo temía en lo más mínimo. Mi experiencia de las carreteras en Arizona fue que estaban mucho mejor lejos que en el presente. Pero no me gustaba el barro, así que esperé a que el sol hiciera su trabajo antes de empezar de nuevo.

[P.o 189]

Salí del Gran Cañón con pesar. Todo fue tan maravilloso y parecía que había empezado a hacerme amigo de él. Al principio todo parecía tan genial, tan horrible, tan grotesco como para dar la impresión de cualquier cosa menos amabilidad. Había empezado a superar ese sentimiento, como todo el mundo lo hace a tiempo. La verdad es que se necesita un largo conocimiento de las maravillas gigantes del mundo para formar cualquier cosa que se acerque a una verdadera idea de ellas.

Había mucho barro en el camino de vuelta. En el bosque, ir era malo y lento, ya que el sol no había tenido su debida cuota de tiempo para jugar sobre la tierra húmeda. Pero al aire libre hubo una mejora notable. La única evidencia de las fuertes lluvias fue una piscina ocasional de agua entre las vías de la carretera que aún no se había secado por completo, y esto se mantuvo como una piscina de agua fangosa dentro de un anillo de barro suave y marrón oscuro.

Me alegré de que el progreso no fuera tan malo como esperaba. Estaba cansado de hacer un progreso lento, promedios bajos y grandes retrasos, así que cada vez que tuve la oportunidad le di a Lizzie sus riendas y con muchas ráfagas de velocidad donde la condición de la carretera lo permitía, y atracos ocasionales donde no lo hacía, hicimos un progreso bastante bueno durante un par de horas.

Hasta...

Estábamos a medio camino entre el Cañón y Flagstaff. El país estaba desnudo y rocoso, casi en la periferia del "Desierto Pintado". Estaba montando en la pista estrecha pero nivelada entre las dos grandes suras que formaban la carretera. Además, estaba disfrutando de una

[Pg 190]

pequeña explosión de velocidad, con los ojos pegados a la pequeña franja debajo de mí, porque si una vez me lo perdí y permitiera que Lizzie se deslizará en cualquiera de esos surcos profundos y traicioneros que lo bordeaba, habría un golpe desagradable.

Debo haber sido demasiado cuidadoso, porque no había notado una piscina de barro bastante grande y profunda muerta en el centro de la pista y solo unos metros por delante de mí. Había solo unas tres o cuatro pulgadas entre cada lado y esas terribles roderas. Si lo golpeará, significaría un frasco desagradable para la máquina y posibles daños. Juzgué que podía dirigirme bien sin ensuciar la rutina.

La rueda delantera pasó espléndidamente. El de atrás, que se acercaba en un ángulo mientras me desviaba, no lo hizo. Simplemente rozó el borde grasiento de la piscina y comenzó momentáneamente a deslizarse lateralmente hacia el hueco. Ese fue el principio del final. Iba rápido, y el equilibrio de la máquina se había alterado de repente. Se produjo la pesadilla conocida como "wobble de velocidad".

Hice todo lo posible para comprobarlo, pero empeoró cada vez más. De un lado a otro, la máquina se balanceó, como un gran péndulo, balanceándose cada vez más rápido y cada vez a través de una distancia mayor. Durante algún tiempo me las arreglé para mantener los desvíos dentro de los límites de la pista sin ensuciar las roderas y las rocas a un lado, pero no me sirve de nada; vi un terrible accidente.

La oscilación se desarrolló a una velocidad alarmante; sin duda, el pesado equipaje del transportista ayudó. Al final de cada oscilación, la máquina estaba en un ángulo aún mayor, aún más ridículo, hacia el suelo. La rueda delantera atrapó algo. Tenía que llegar tarde o temprano. Con una estacada salvaje nos estrellamos contra las rocas sueltas y las rocas que bordean el sendero. Nuestro impulso pronto se absorbió debido a la naturaleza áspera de las rocas y rocas mencionadas anteriormente.

[Pg 191]

"Aquí termina el viaje a la costa. Adiós, Lizzie; podría haber pasado antes, ya sabes, anciana". ¡Eso es lo que me estaba diciendo a mí mismo mientras luchaba por debajo de sus restos!

CAPÍTULO XIX

[Pg 192]

EL DESIERTO DE MOHAVE

A menudo he pensado que debe haber un ángel de la guarda vigilando a los motociclistas locos. Ciertamente, en mi caso, alguna teoría de ese tipo es necesaria para explicar casi toda la inmunidad contra el daño personal que siempre he experimentado cuando el destino me ha llevado a accidentes de todo tipo. En un momento y otro he realizado maravillosas hazañas acrobáticas después de un mal deslizamiento o un encuentro repentino en la oscuridad con un caballo callejero o un rebaño de ovejas. Según todas las leyes de la naturaleza y el sentido común, hace tiempo que debería haber dejado de trabajar en este plano terrenal. En lugar de eso, sigo floreciendo como el laurel verde, el terror del país en el que vivo y la perdición de la Compañía que tiene la desgracia de asegurar mis máquinas.

Por lo tanto, sucedió que cuando me saqué de los escombros, me encontré todavía sano en el viento y las extremidades. Aparte de que un dedo había sido aplastado entre el mango y la roca final, y la ausencia de una o dos pulgadas cuadradas de buena epidermis aquí y allá, no tenía nada de qué quejarme.

Lizzie, sin embargo, llevaba un aspecto triste. Su manillar izquierdo estaba muy doblado y la mayoría de los controles y proyecciones en su lado de estribor estaban doblados hacia atrás o barridos. El soporte, una estructura de acero pesada lo suficientemente fuerte como para hacer un puente colgante, se había roto por completo, y si el estribo no hubiera sido del tipo de colapso, sin duda habría compartido el mismo destino.

[Pg 193]

Una hora de medicina, con aplicaciones frecuentes de alambre y cinta aislante, y Lizzie iba de nuevo. Me sentí aliviado en el extremo al descubrir que, después de todo, había una posibilidad de continuar hacia la costa bajo su propio poder. Me dolía un poco el dedo índice, y no podía soportar doblarlo. Creo que siempre dejo que Nature lleve a cabo sus propias reparaciones: ahorra mucho tiempo y molestias y, por lo general, termina el trabajo mucho más rápido al final, por lo que no pasé tiempo en manipularlo.

Volvemos a Flagstaff bien esa noche y, aceptando la hospitalidad de uno de los astrónomos de Mars Hill, pasé la noche en su bungalow entre los pinos. Pasó casi un mes antes de que recuperara el uso de mi dedo y más de tres meses antes de que la sensación volviera a hacerlo. Evidentemente, se había roto en o cerca de la articulación.

Dos días después hice una salida involuntaria de Flagstaff. Estaba tan enamorado del espíritu de Occidente y de la cordialidad de su gente, así como del paisaje y el clima, que parecía una pena alejarme. Pero, ¿cómo podría hacer otra cosa cuando en tres días de buena carrera debería estar disfrutando de la realidad del Pacífico azul profundo que se arrastra contra la franja de algún valle dorado de California?

Desde Flagstaff hasta Williams, una salida de treinta millas, la carretera atravesó los bordes del bosque de Coconino. En algunos lugares era casi intransitable. Tramos de barro duro como una roca, que se habían cortado en formas fantásticas, obstaculizaron el progreso durante cientos de yardas a la vez. A menudo tuve que recurrir al antiguo expediente de astillar los bordes de las roderas de antemano para permitir que el marco de la cuna de Lizzie pasara. Luego, durante millas, hubo tramos de increíble aspereza en los que a menudo dejaba la carretera y me revolví sobre la pradera áspera al lado, saltando sobre barrancos, montículos, grietas y rocas en lugar del camino traicionero. Pero el paisaje salvaje lo compensó todo. Fue exquisito.

[Pg 194]

Ciudad tras ciudad pasó de forma lenta pero segura, y a medida que lo hacían, el país se volvió más salvaje y el clima más caluroso. El sendero atravesaba grandes gargantas con imponentes acantilados que oscurecen la mayor parte del cielo. Los ríos locos bajaban corriendo desde las laderas de las montañas y rara vez había puentes con los que cruzarlos. La vegetación se volvió menos abundante y aquí y allá había tramos de tierras áridas de praderas con grandes rocas y masas de roca que se extendían indiscriminadamente alrededor de ellos.

Más allá de Ashforks, a unas sesenta millas de Flagstaff, me encontré con un coche Ford junto a un río ancho, áspero y sin puente. El propietario, vestido con un mono combinado azul (la prenda estándar del Oeste) estaba jugando con una "llave de mono".

"¿Quieres algo, hermano?" Pregunté.

"No, gracias, no pasa nada", respondió, mirándome a Lizzie y a mí curiosamente de arriba a abajo. "¡Vía! Lo que el ..." (su ojo captó la placa de matrícula) - "¡Bueno, estaré dorado!"

"¿Cómo va el camino?" ¡Preguntó, ignorando su evidente asombro por uno tan joven que ha llegado tan lejos!

"Bastante duro en algunos lugares. Tienes una carrera bastante buena durante cien millas, pero tienes que mantener los ojos despellejados para los lavados. Hay uno grande unas diez millas más adelante, justo antes de que vengas a Pineveta. No te lo puedes perder. Está justo más allá de un gran acantilado en el lado izquierdo donde dice "LIENTE TUS PECADOS, EL FIN ESTÁ AL ALCANCE DE LA MANO". Y por G, ¡es mejor que te arrepientas rápido en caso de que pase algo!"

[Pág. 195]

Hubo lavados, buenos y abundantes. Las lluvias habían cortado grandes barrancos a través de las carreteras. Muchos no eran visibles mucho antes de que se sintieran. En general, fue emocionante correr.

Pineveta era una ciudad con más "mirada al cine". Podría haberme imaginado fácilmente un operador de Gaumont en varias ocasiones. Cada edificio, ya sea una casa, la iglesia del pueblo o el ayuntamiento, era de madera y de la construcción más simple posible. Todo parecía suelto, destartado y derribado. Era un buen hogar para los tipos duros de Occidente, donde las ciudades surgen en una noche, prosperan un tiempo y luego se desvanecen en la insignificancia.

Después de Seligman, otras veinte millas más adelante, el sendero mostró signos de postración nerviosa. Conducía a un gran cañón cuyas paredes grises se elevaban a ambos lados. Entonces le pareció decirle al viajero: "Mira aquí, jefe, puedes continuar si quieres, me quedo aquí mismo; ya tuve suficiente de esto". Ya había disminuido a un par de surcos en el lecho arenoso del cañón y ahora estaba asediado por todos lados con densos crecimientos de matorrales grises, como el pincel de salvia. Incluso los surcos eran apenas visibles y ahora solo aparecían en manchas de parche blanco a través de la matorrales que crecía un pie o un par de pies de altura en mechones densos y agrupados. Parecía que pronto habría que hacer algo al respecto.

Finalmente llegamos a una cerca de madera, construida de forma grosera pero efectiva y con la que se Detrás de la valla había una vía férrea. Evidentemente, era necesario cruzar la pista en algún lugar, pero no apareció la más mínima oportunidad de hacerlo. He explorado un rato.

A la izquierda, donde el sendero había terminado, la valla mostraba signos de haber sido derribado y las roderas en el suelo eran testigos de que el tráfico había ido en esa dirección en algún momento u otro más o menos remoto. Pero quédate, ¿qué es esto? Un gran poste había sido derribado de la valla y colocado justo al otro lado de la vía del aparente desvío. En el medio de él, y abrochado por un trozo de alambre, había un trozo de papel con la siguiente inscripción anónima en escritura a mano garabateada: "DOANT GO THIS RODE CAN GOT GOT THRU". [Pg 196]

Ahora, ¿no era este tipo de alguien? Empecé a preguntarme si me habría metido en el mismo problema si hubiera luchado a través de una valla en un viejo coche Ford (estaba seguro por la escritura de que era un Ford) y después de proceder media milla más o menos sobre interminables rocas y barrancos había encontrado necesario volver de nuevo. Llegué a la conclusión de que lo HARÍA, en cualquier caso, si estuviera en Occidente, y por lo tanto, consolado, procedí a buscar otra salida.

Sí, aquí había un par de surcos que conducían hacia atrás en una tangente. No era posible ver a dónde iban, porque estaban cubiertos de matorrales. Empecé con Lizzie una vez más, puse su rueda delantera en lo más profundo de las roderas y me fui a por lo que me llevaría. Fue fiel y verdadero. Cepillando los arbustos de lado con la máquina mientras pasamos, llegamos en media milla a una puerta donde apareció un buen camino ancho. Era la entrada a la "ciudad" de Nelson, que consistía en unas pocas chozas, un rancho y una estación de tren. Después de abrir algunas puertas más, cruzamos los rieles en un paso a nivel y volvimos a ir rápidamente hacia el oeste.

"Cena en Peach Springs", me dije a mí mismo. Peach Springs en mi mapa AAA era una ciudad de tamaño justo a quince millas distancia. de La noche se estaba acercando y no quedaría mucha luz para viajar, pero en lo que respecta a la cena era otro asunto. Debemos proceder, hasta que el forraje esté a la vista.

Poco a poco, el cañón se quedó atrás. El país se abrió y se volvió más plano. Aparecieron vastas llanuras onduladas, con bosques de cedro arrastrándose por sus laderas. El aire era soscuo, apenas una brisa se agitaba en los árboles; cientos de palomas salvajes volaban de un lado a otro; de vez en cuando un antílope joven o un gran conejo gato saltaban a través de las llanuras. Apenas les pensé. ¡Mi mente se detuvo en una lata imaginaria de trozos de piña en algún lugar de la distancia!

Peach Springs no mostró ningún rastro de materialización cuando fue necesario. No había ninguna señal de ello en ningún lugar donde debería haber estado. Me detuve en una choza de madera cerca de la carretera. Había una bomba Bowser fuera de la puerta.

Un anciano con barba de cabra apareció en la puerta.

"Un par de galones de gasolina, por favor", grité, y mientras él lo bombeaba, inspeccioné los alrededores; había otra pequeña choza no muy lejos y dos mujeres mexicanas de aspecto sucio estaban sentadas afuera. Aquí y allá, alrededor, deja basura, trozos de madera, latas y otros escombros.

"¿Supongo que te estás muy solo aquí, papá?"

"Aw, no sé", respondió. "Bin aquí casi cuarenta años. Supongo que ahora me he acostumbrado a ello".

"¿Cuafortunadamente años! ¡Debería decirlo!... Gracias. Dime, ¿a qué distancia está Peach Springs de aquí?"

"¿Peach Springs? Este es Peach Springs. Estás en eso aquí mismo", y señaló su choza.

"¿Este Peach Springs? Pensé que era una gran ciudad con mil millones de personas".

"Y así fue, hasta que lo movieron".

"¿Lo ha mueva?" Me quedé horrorizado ante la idea de una cosa tan horrible.

"Sí, me importa la época en la que había más de 40.000 personas en Peach Springs. Todos vendían en un sudor heluva buscando oro, y lo que es más, lo encontraron. Entonces el oro comenzó a ceder hasta que al final no se advirtió a nadie en absoluto, y cuando el oro se fue, la gente se fue con él. Soy el único que no fue y supongo que tampoco me preocupa mucho. Las provisiones y el gas y el petróleo son mejores después del oro toda tu vida".

"¿Disciones?" He preguntado. "¿Tienes algún trozo de piña?"

"Claro. Lo tengo todo".

Superado por la emoción, llené mis bolsillos con frutas enlatadas y galletas.

Esa noche, el fuego de mi campamento ardió en un lugar glorioso protegido por altos acantilados. El combustible era escaso, solo había unos pocos arbustos secos para quemar, pero era espléndido, acampando allí con el hermoso cielo despejado de arriba, las estrellas brillando como nunca antes las había visto brillar.

Volvemos a ir al amanecer. Esta vez fue para dejar atrás los bosques de cedro y los imponentes cañones. Nos estábamos acercando al borde del gran desierto árido que se extiende por casi 300 millas hasta el corazón de California. Poco a poco, el suelo se volvió plano, casi tan plano como el proverbial panqueque. En él no creció vegetación en absoluto, excepto la pequeña brota de salvia que puede florecer donde todas las demás cosas mueren. A millas de distancia, pero lo suficientemente claras como para estar a solo unos pocos cientos de yardas, las montañas de dientes de sierra y de aspecto malvado, tan estériles como la esterilidades podrían ser. Más adelante se encuentra el sendero que se extiende más allá de la visión del viajero hasta el horizonte. A la izquierda corre una valla. Más allá de la valla se encuentra [Pg 199]

el ferrocarril de Santa Fé. Los postes del telégrafo y las montañas distantes son los únicos objetos que rompen la interminable planitud. El cielo no tiene nubes y el calor del sol es intenso. Cada cinco o diez millas se hace una parada para beber agua de la bolsa del manillar. Uno tiene una sed gloriosa en estas partes.

Milla tras milla pasa, y hora tras hora. El sol crece más alto en los cielos, sus rayos se derraman sobre mi espalda con una furia implacable. ¿Cuándo llegaremos a algún sitio? El hombre interior se cansa de ayunar en este calor infernal. Una roca enorme, acostada sola en la vasta llanura de la derecha, pregunta: "¿Por qué no te arrepentirás?" ¡Oh, la ironía! El hombre que pintó esa roca era un fanático, pero sabía de qué se trataba.

¡Kingman por fin! Kingman se refería al desayuno. El desayuno significaba sandías, café, pasteles y otras cosas buenas, no, hermosas. Kingman se refería a bebidas, hielos y algo de entres yos, para el contenido de uno en el corazón, y en el contenido de su bolsillo.

De nuevo, persigo mi camino, sintiéndome como un hombre nuevo. Siguiendo parada Yucca, treinta millas. ¡Gen! hace calor al sol. Casi once. Mis estrellas, ¿cómo será a la una? Ahora todo es arena, por debajo, alrededor, por todas partes. Las ruedas lo rompen en las nubes mientras hojean. A veces se deslizan de lado y se tambalean, tratando de agarrarse a algo firme. A veces nos deslizamos por completo, pero la arena es suave y los derrames no molestan mucho a uno. Pero el sol, ¡ojalá dejara de funcionar un poco!

La vegetación aparece una vez más, pero de un tipo muy extraño. Es una vegetación que es diferente a cualquier otra que conozcamos en Europa. Es a la vez grotesco, misterioso, ridículo, maravilloso y lujoso. Es vegetación desértica. ¿Siempre has pensado en los desiertos como desprovistos de todos los signos de vegetación? No es así en los grandes desiertos de Estados Unidos. La vida abunda, pero, como si en compensación por el privilegio de vivir, tiene que tomar formas extrañas. Sin embargo, si son extraños, es solo en comparación con la vegetación a la que en los climas templados estamos acostumbrados. Las variedades innumerables de plantas y árboles de cactus son en realidad hermosas y extrañas más allá de toda descripción. Siempre son verdes, siempre frescos y siempre hermosos. Es una especie de belleza "futurista" que los adorna. Los árboles de cactus, por ejemplo, tienen sus ramas sin hojas que se proyectan casi en ángulo recto con el tronco, y a su vez se ramifican de una manera similar, presentando una apariencia grotesca. La alta y hermosa Ocatilla, que casi se puede referir a ella como un "arbusto" del desierto, brota directamente del suelo como varias largas silladoras de ondulación agrupadas por debajo y separadas por encima. La pera espinosa, con sus hojas carnosas cubiertas de agujas, cada una unida a otra sin tallo ni tallo, presenta un aspecto muy extraño. Incluso el modesto y modesto pincel de salvia, el pobre "John Citizen" de todo desierto, parece haber sido dispuesto en la llanura estéril en rectángulos y filas regulares, espaciados a distancias matemáticas.

[Pg 200]

El secreto es que cada uno tiene que pensar en una sola cosa: el agua. Cada planta o árbol de cactus está provisto en sí mismo de los medios para almacenar una reserva de agua. La humedad es lo único genial que los domina a todos. Siendo así, la constitución de la vegetación del desierto tiene que ser completamente diferente de la de los climas húmedos, al igual que nuestras constituciones tendrían que ser completamente diferentes si viviéramos en Marte, donde apenas hay agua.

Este era realmente un mundo de fantasía salvaje. Sería ridículo, pensé, tratar de explicar una escena como esta a personas que nunca habían visto nada más que árboles, plantas y flores comunes y corrientes. Se reían con desprecio cuando traté de describirles ese extraño conglomerado de formas fantásticas, esos árboles de cactus de aspecto loco con cada articulación dislocada, esos extraños Ocatilla agitando sus largos y delgados brazos a veinte y treinta pies sobre el suelo. ¡Y mira ese gran cactus de tubo de órgano de allí, nada más que un enorme tronco carnoso de color verde claro, con otros dos o tres troncos perfectamente rectos y perfectamente verticales encima! ¿Cómo se podrían describir cosas así?

[Pg 201]

"Con un 'Carbón' de bolsillo para relojes, por supuesto. ¿Qué más?" Me reflexioné y me detuve para sacar mi cámara de la caja de herramientas. No fue tan fácil de hacer como se dijo. La tapa de la caja de herramientas parecía al rojo vivo para mis dedos. Ni siquiera podía llevar la mano en la parte superior del tanque.

Oh, agua, agua: ¡qué hermosa eres! ¡Incluso cuando se absorbe bajo la presión de la mano de una bolsa de agua de lona maloliente!

¿ALGUNA VEZ podría hacer más calor que esto? La única manera era seguir adelante, cuanto más rápido, mejor. Entonces el calor, con bebidas frecuentes, era simplemente tolerable. Cuando me detuve, fue como si me hubieran hundido de repente en un gran horno. No importa; habría helados en Yucca. De nuevo, lo más rápido que podemos, pasando por encima de los barrancos, arando a través de la arena blanca suelta. Bajamos y bajamos a medida que viajamos. El gradiente no se nota, ya que hay subidas y bajadas hasta el final, y crestas de colinas aquí y allá. De todos modos, estamos haciendo un descenso constante. En un par de docenas de millas cruzaremos el río Colorado. Esa mañana estábamos por encima una milla de altura. Ahora estamos a su nivel. Eso explica el aumento del calor cuanto más lejos vamos, y más adelante durante cientos de millas, el camino se encuentra a pocos pies por encima del nivel del mar; en algunos lugares en realidad está por debajo de él.

de [Pg 202]

A lo lejos aparecen árboles: álamo, eucalipto y cedros. Denotan la pequeña y destartada ciudad de Yucca, como una isla en la llanura. El sendero se ensancha y se convierte en una carretera. Se ven seres vivos, caballos, carros y coches de motor. Es el mundo civilizado una vez más. No sé lo que Yucca hace para ganarse la vida. Ciertamente no puede ser una ciudad ganadera. Probablemente haya un poco de oro en los alrededores y es un pequeño centro comercial. ¡Probablemente sea más importante como centro para saciar la sed!

Una breve parada y volvimos a entrar en el desierto, dejando atrás el pequeño oasis y sumergiéndonos en una región aún más calurosa. Los extraños cactus y las plantas del desierto se reunieron una vez más. El camino se volvió más y más áspero. La arena dio lugar a la arena suelta afilada intercalada con rocas y rocas que sobresalen. Al hacerlo, gradualmente la lujosa vegetación del desierto se hizo más delgada y el aburrido y miserable pincel de salvia tomó su lugar. El sendero se dividió en dos roderas profundas y solitarias y entre ellas había esquivo suelto y arena que desafiaban absolutamente el progreso. Las ruedas se hundirían libremente y agitarían la carretera sin rumbo. Entonces era necesario montar en una de las roderas. Cuando eran anchos, esto no era difícil, pero cuando se estrechaban y profundizaban, casi se producía un derrame si uno se tambaleaba, pero a una fracción de pulgada del centro muerto de la rutina. Negociar un camino de esta naturaleza era algo nuevo en el deporte del motociclismo, pero era exasperante. Más tarde descubrí que montar continuamente en una rutina era como montar en una carretera grasienta, en el sentido de que cuanto más se iba con cuidado y más tímido crecía, más peligrosa se volvía la conducción. Una y otra vez me tiraron al ensuciar el lado de la rutina y me sumergí de cabeza sobre el manillar en la carretera. Cuanto más lento iba, más a menudo me lanzaban. Si viajara unas diez o doce millas por hora, podría mantener mi equilibrio usando mis pies donde fuera necesario. Sin embargo, montar a esa velocidad estaba fuera de discusión. Era mejor ir más rápido y arriesgarse a los derrames frecuentes que asarlo vivo. Así que fui más rápido. Cuanto más rápido iba, más fácil era mantener el equilibrio de forma natural, porque la dirección se volvió más sensible y solo un movimiento muy pequeño del manillar dentro de los límites de la rutina sería suficiente para corregir cualquier desviación del equilibrio perfecto. Descubrí que entre treinta y cinco y cuarenta millas por hora era moderadamente fácil seguir la rutina a través de los desvíos en su curso. Pero incluso entonces, de vez en cuando habría un derrame desagradable, algunas palancas dobladas y algunos arañazos. (¡Aprendí una semana más o menos después de "Cannonball Baker", el famoso corredor estadounidense, que viaja en estas mismas roderas entre cincuenta y sesenta!)

[Pg 203]

Aquí y allá, el sendero cruzaría un "lavado" o un lecho de lago seco y luego el régimen de arena reaparecería. Y alguna vez la muerte habló de todas partes: la desolación en una intensidad desconcertante casi lloró en voz alta de la basura arrastrada por el fuego que me rodeaba. A menudo pasaba por los restos de coches abandonados que quedaban a un lado de la carretera; a veces era un guardabarros o un resorte, un neumático o una rueda rota; a veces era un chasis completo, despojado de todo lo que se podía quitar. ¿Qué se podría hacer en una región

como esta si el desglose fuera demasiado grande? Nada más que empujar el coche fuera de la carretera y dejarlo a su suerte. Casi sin excepción, los restos eran de coches Ford. ¡Eso muestra la sabiduría de viajar en una máquina que no sufre grandes pérdidas si se daña o se abandonada!

[Pg 204]

De vez en cuando pasaba por un montón gigantesco de latas pequeñas, todas oxidadas y desampadas. Me quede perplejo al principio. ¿Cómo han llegado allí? ¿Y por qué se habían acachaban si eran las latas de comida desechadas de los viajeros que pasaban? Pero no. Son los únicos restos de una ciudad de "hongos" del oeste. En ellos se puede imaginar el crecimiento repentino y la decadencia casi igual de repente de un asentamiento que prosperó mientras se encontraba oro en los alrededores.

Aquí y allá, también, había pequeños montones de huesos, blanqueados como la nieve, los restos de un caballo o una vaca que se había desviado. Perderse, ya sea hombre o animal, es sin duda la muerte en el desierto de Mohave.

Es solo mediodía. El sol está verticalmente arriba. Golpea mis hombros y seca la piel de mis manos. Mi cabello, sobre el que nunca había usado un sombrero desde que salí de Nueva York, está blanqueado a un color amarillo claro y se mantiene erecto, rígido y quebradizo. La arena alcalina y el polvo han absorbido toda la humedad de mis dedos y gradualmente se están desarrollando grietas y cortes en las yemas de mis dedos y en las articulaciones. Me resulta más fácil agarrar el manillar solo con las palmas de las manos. Mi ropa está saturada de polvo y mis gabardinas están cortadas y rayadas, con las costuras rotas; la suela derecha se ha retirado y amenaza con desprenderse por completo a menos que se use con cuidado. Siento que cuanto antes salga del desierto de Mohave, mejor será para mí.

¡Pero el calor! Parece que no sabe ninguna vergüenza, no hay lástima. Es fantástico. Cada cinco millas me detengo y bebo de la bolsa de agua. Hay lo suficiente para llevarme a la próxima parada. Por primera vez empiezo a anhelar refugio de los rayos ardientes. No hay nadie en ninguna parte, ni tan lejos como el horizonte. Debo seguir adelante rápidamente... La rutina de repente se rompe y se desvía... ¡EL ACCIDENTE!... De nuevo, no pierdas tiempo. Una vez más: ¿qué importa si el freno del pie no funciona? ¡Una motocicleta está hecha para ir, no para detenerse!

[Pg 205]

Delante, a la izquierda, se levantan los pináculos de granito púrpura. Se levantan bruscamente en el cielo como los dientes de un gran monstruo sonriendo sobre su presa. Son las "adelitas", y bordean el río Colorado. Qué vista tan gloriosa será ver un río de nuevo, con agua fluyendo en él.

Ahora en el horizonte aparece una mancha de verde. Su belleza en ese desierto amarillo es indescriptible. Es el verde de los majestuosos álamos que rodean la estación de tren de Topock. Ahí es donde la carretera, el ferrocarril y el río se encuentran, y donde salimos de Arizona y entramos en el estado de California. Gracias a Dios, no está muy lejos. Los pináculos se elevan cada vez más, el pequeño oasis se hace más y más grande, y los árboles son más verdes y más altos.

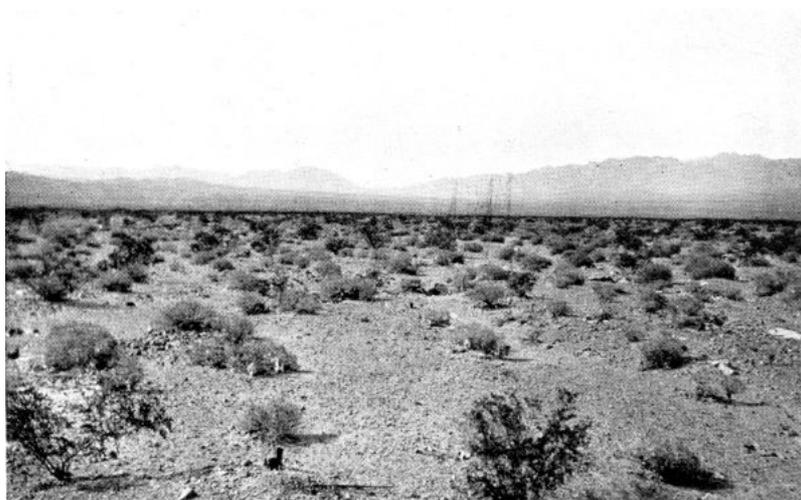
¡Por fin! El sonajero de Lizzie está en silencio. Nos venimos a descansar bajo un gran refugio con paja que se ha erigido al borde de la carretera frente al restaurante, el único edificio de la ciudad al lado de la estación de tren. Unas pocas yardas más adelante había un enorme puente de acero de 400 yardas de largo que atravesaba el Colorado. Más allá de California, pero quedé satisfecho con Arizona y el refugio con techo de paja durante una o dos horas.

A las dos cruzamos el gran puente. Me preguntaba qué buena fortuna traería California. Trajo caminos aún peores de los que había visto en Arizona. Todavía quedaban más de 200 millas de desierto por cruzar. El sendero era muy áspero, como una pista de montaña al principio, llena de subidas y bajadas y desvíos y lavados. Doce millas más adelante llegué a la ciudad de Needles, tan cansado y caliente que decidí abandonar el viaje hasta la noche. Luego cabalgaba hacia el desierto y abría mi cama bajo el cielo azul acero. Estaba demasiado enamorado de las maravillosas puestas de sol y los gloriosos amaneceres de la llanura abierta como para permitirles pasar sin ser descubiertos en una habitación de hotel mohosa y congestionada.

[Pg 206]

Me sorprendió descubrir que Needles era mucho más grande de lo que esperaba. Ahora es una ciudad de buen tamaño y su calle principal es un ajetreo de actividad. Después de desechar un bistec en un restaurante chino, compré un libro y me retiré a la plaza. Allí me quité la túnica, me enrollé las mangas de la camisa y me acosté en la hierba debajo de las altas y gruesas palmeras y me alejé de las calurosas horas de la tarde.

Por la noche, mientras el sol poniente dibujaba una capa mágica sobre el cielo tropical, robé Needles a lo largo del sendero solitario que había aprendido a amar. A excepción de las montañas bajas por todas partes, no había nada más que la arena eterna y el pincel de salvia. Detrás estaba la gigantesca llanura y a través de ella, como una serpiente plateada, se arrastró el gran río silencioso. Fue la escena más impresionante que he visto desde la ventana de mi dormitorio. Mi colchón era la arena con una sábana impermeable puesta sobre ella. Montecristo, con toda su riqueza, nunca durmió en un lujo como ese.



EN EL DESIERTO DE MOHAVE.



ÁRBOLES DE CACTUS CERCA DE SAN BERNARDINO, CALIFORNIA.

Aquel que toda su vida ha asociado el amanecer con los suaves saludos de los pájaros y los suaves ruidos del despertar la naturaleza, es golpeado a la vez por la gran diferencia de los países desérticos. He leído que en África y América del Sur inexploradas, el amanecer es anunciado por un poderoso tumulto de millones de voces, un gran coro de todas las almas de la gran población que vive en el bosque y la selva. En el desierto de Mohave, la majestuosidad del amanecer se desarrolla en un silencio mortal. Toda la ausencia de sonido de cualquier tipo es impresionante, casi extraña, y el observador solo puede verlo y maravillarse mientras ve todo el firmamento en llamas con colores y tonos que nunca imaginó que existían, y gradualmente se revela la grandeza silenciosa del espectáculo.

[Pg 207] de

Fue con tales sentimientos que desde mi cama vi el desarrollo de otro día desde las profundidades de la gran llanura silenciosa que yacía más allá de ese hilo de plata en la distancia.

Y luego, de nuevo. Había una baja cordillera de montañas por delante. Fue un trabajo lento y muy agotador. La constante holgura de la superficie, la necesidad de mantener los ojos eternamente pegados al sendero, y la terrible monotonía de todo esto durante milla tras milla, me hicieron anhelar aún más una vista de los naranjos y el mar azul más allá de eso mañana, podría, si no ocurriera nada imprevisto, disfrutar. Así fueron quince, veinte, treinta millas. Se alcanzó la primera parada. Era solo una estación de tren, un "hotel", un garaje y dos o tres casas, pero significaba el desayuno, y uno bueno en eso, para el viaje que estaba por delante. Al alimentarnos, salimos una vez más para desafiar las roderas, las rocas y la arena, por millas y millas sin fin. El sol de la mañana se convierte lentamente en un sol de mediodía.

Hemos estado escalando un poco. Los rangos bajos de colinas dentadas absolutamente desnudas, de color marrón púrpura parecen estar alineándonos. Pronto nos cruzaremos con ellos. Más allá habrá, ¿qué? Más, tal vez. El camino aquí ha sido "aceado", es decir, la arena ha sido nivelada y luego el petróleo mineral crudo se ha vertido. Esto endurece la corteza y evita que el camino vuele, dando a los no iniciados la impresión de macadam bien asechado. Es un alivio después de la arena suelta, y parece tan extraño que una carretera negra y ancha cruce un desierto! No dura mucho, pero va y viene en parches. Donde aparece, a menudo es grumoso y se corta en ranuras y rodajas. Sin embargo, es bienvenido... La carretera gira cuando llega a la cresta, continúa durante unos metros, y luego...

[Pg 208]

De repente ha aparecido una vista maravillosa, vista desde la escasa altura en la que nos paramos. Una gran llanura se encuentra debajo y delante de nosotros, más grande, más plana y más desolada de lo que mi imaginación podría haber concebido. A su alrededor hay poderosas cordilleras de montañas de dientes de sierra que presionan cerca del horizonte y se desvanecen en la nada. En él no hay nada, ni una prominencia de ningún tipo, excepto el omnipresente cepillo de salvia que parece estirarse en uniformidad de rayas como un gran velo púrpura-marrón sobre la arena blanco crema. Es imposible seguir adelante, hacer cualquier cosa que no sea detenerse y preguntarse que en un área tan grande la naturaleza puede ser tan desolada. Es maravilloso, desconcertante en su intensidad.

¿Dije que no había prominencia? ¿Cuáles son esas manchas de dos minutos de allí en el corazón de la llanura? Deben estar a una distancia tremenda, pero en su minuciosidad son llamativos. Es obvio que no están ahí por el diseño de la naturaleza... Mientras miro, una pequeña mota blanca aparece aún más a la izquierda, como si hubiera surgido de detrás de la cordillera de las montañas que acabo de cruzar. ¡Mira! Hay una cola negra corta detrás de ella. ¡Es un tren!

[Pg 209]

Lentamente, casi imperceptiblemente, se mueve a través de la gran naturaleza. Las manchas negras son entonces estaciones, pequeños oasis hechos por el hombre donde el agua ha salido a la superficie. Sí, es cierto. Transcurren diez minutos, y la pequeña mota blanca se fusiona con la pequeña mota negra. ¡Así que los tamaños y las velocidades se empequeñecen en insignificancia cuando la naturaleza tiene el estado de ánimo para mostrar su magnitud!

De nuevo nos vamos, girando suavemente un rato sobre la carretera lisa y engrasada. Se detiene en una o dos millas y no deja nada más que los viejos arupciones desgarradores, retorcidas y desviadas y arena para guiarnos. Las horas pasan. Son horas de esfuerzo salvaje, calor enloquecedor y aburrimiento interminable. Por lo general, cada quince o veinte millas, había una estación de tren y un restaurante donde se podía parar para tomar bebidas, hielo y gasolina.

A las cuatro en punto me vi en Ludlow, un pueblo pequeño, más grande que las otras paradas. Estaba muy cansado. Venga lo que pase, no iba a trabajar hasta la muerte. Había hecho 200 millas desde el amanecer. Eso fue suficiente para cualquiera en un país como este.

A las ocho en punto salí con Lizzie en el crepúsculo cada vez más profundo para encontrar un lugar de descanso para la noche. La carretera estaba engrasada, pero en la mayoría de los lugares la arena del desierto había volado sobre ella, cubriéndolo durante varias pulgadas de profundidad, y a veces borrando la vista durante muchos cientos de metros.

"Dormiré al pie de la colina", quoth I, y vi visiones de caminos de hormigón y naranjos más allá del horizonte.

CAPÍTULO XX

[Pg 210]

YO LLEGUE A LA COSTA DEL PACÍFICO

También vi algo más en el horizonte. Comenzó como una pequeña mota negra en la carretera, que parecía desviarse de vez en cuando de un lado a otro. Emitió un ruido extraño que al principio apenas se oía, pero aumentó hasta que reverberó indefinidamente desde las cadenas montañosas angulares desnudas.

¡Era una motocicleta!

Un sentimiento inexpresable de simpatía y camaradería surgió a través de mí, cuando me di cuenta de que aquí había otro tonto que comenzaba a hacer lo que un tonto ya casi había hecho. Me preguntaba vagamente si sabía lo que estaba haciendo.

Ambos nos detuvimos, desmontamos y nos miramos durante unos momentos antes de que cualquiera de los dos hablara. La visión de otra motocicleta parecía tomarnos a los dos por sorpresa. El extraño, un joven de veinticuatro años más o menos, tenía un viejo Excelsior de dos cilindros que parecía mucho como si hubiera visto días mejores. Inicié la conversación.

"¿Dónde crees que vas a hacer eso?"

"Nueva York".

"¿Lo has hecho antes?"

"No."

"¿Asegurado?"

"No."

"¿A placer o negocios?"

[Pg 211]

"Ambos". Aquí se tangleó alrededor de un enorme moretón en la frente. "Al menos, esa fue la idea. Lo estoy escribiendo para la revista *Adventure* cuando termine", y agregó con cuidado: "Es decir, si no me mato con algunos encabezados más como este".

"¿Cómo lo has hecho?"

"Oh, chico, me caí en una carretera un poco engrasada allí junto a esa cama de lago de sal. No recuerdo nada de eso, excepto que me tiraran limpio sobre los agarres alrededor de los cincuenta. Mi Gad, ¡es un accidente! Vine alrededor de media hora después. Di, chico, tienes que cuidar de las rodeillas; monta una plomada en medio de la carretera, y puede que las pierdas, porque están llenas y voladas de arena. Jest el ancho correcto de tu rueda, lo son".

"Claro, ya los he conocido; mantengo a un hombre en forma, ¿verdad? Pero, digamos, tienes muchos más como ese que vienen entre aquí y Nueva York. Toma mi consejo, viejo. Si tienes a alguien que depende de ti para ganarte la vida y no quieres hacer pedazos a la "X" y a ti mismo, será mejor que vuelvas a casa ahora mismo y te vayas de unas vacaciones por la costa californiana. Y si todavía quieres llegar a Nueva York, bueno, todo lo que puedo decir es que hay un buen servicio de tren, y encontrarás un depósito allí mismo en Ludlow".

"No te preocupes, chico; he hecho un montón de motociclismo en mis días y supongo que no me asusto con un cabezazo o dos, y mientras pueda arreglar cualquier cosa que suceda, supongo que iré a Lil Ole Noo York antes de que se vayan un par de semanas".

"Joven", dije en un tono paternal, "no sabes lo que estás diciendo. Estás hablando de blasfemia, pura herejía. Tu accidente te ha vuelto un poco loco".

[P. 212]

"Gracias, pero me he decidido a ir por carretera, e ir por carretera lo haré".

"Ese es el espíritu, pero solo unas pocas palabras más de consejo. Véndelo y compra un Ford. Entonces podrás llevarte a alguien contigo".

"Ya me estoy llevando a alguien, chico. Está de vuelta en Ludlow. Lo envié desde Barstow, el camino estaba tan mal y se asustó en el desierto".

"¡Qué! ¿Lo vas a llevar en el transportista?" Lloré horrorizado.

"Claro. ¿Qué hay en contra?"

Me quedé sin palabras. Su juventud e inocencia me mantuvieron hechizado por un momento. Entonces reventé:

"¡Tío, estás enfadado! ¡ABSOLUTAMENTE LOCO! Toma, vamos, Lizzie, antes de que oscurezca demasiado y antes de que este lunático se vuelva inseguro". Le di una patada en un rugido. "¡Cheerio, viejo! ¡Dale mi amor a los Ángeles mañana!"

Entonces su escape abierto estalló en un traqueteo y ya no lo vi. Sin embargo, a menudo pensaba en él y me preguntaba cómo, cuándo y dónde terminaba.

A la mañana siguiente sacudí la arena del desierto de mi manta por última vez. Por gancho o por ladrón, debería estar navegando por las calles de Los Ángeles antes del anochecer. Juzgué que me veía bastante feroz en general. No tenía espejo, después de haber dejado mi maleta para ser enviada de vuelta a Santa Fé, pero tenía la mejor parte del crecimiento de una semana en la barbilla y no había conocido la alegría de un lavado durante cuatro días. Mi pelo, mis botas, mi ropa, mi todo, estaban saturados de arena y polvo. Mi túnica, que en sus primeros días había sido un tweed verde, ahora era blanca en la parte posterior, blanqueada casi incolora con el sol y luego empapada en polvo alcalino. En la parte delantera y debajo de las mangas mantuvo algo que se acercaba a su color original. ¿Mis botas? Bueno, no habían estado fuera durante cuatro días, y la suela derecha, que había estado amenazando la revolución, casi me había hecho tropezar tantas veces doblando bajo los pies, ¡que la había quitado cerca del empuje con mi navaja!

[Pg 213]

Y Lizzie no estaba en mejores condiciones. Externamente, ella era una masa de cuerda, alambre, cinta aislante, barro, aceite y arena. Internamente, ella era un montón de sonajeros y ruidos extraños. Todo estaba suelto y desgastado; la arena la había invadido en todo momento y había multiplicado el desgaste mil veces. Últimamente, las varillas de rosca tuvieron que limpiarse y ajustarse más de una dieciséis de pulgada todos los días hasta que no hubo más ajustes posibles. Los balancines de la válvula estaban desgastados a mitad de camino, algunos más que eso. Uno se había desgastado hasta que se rompió en el medio. Empecé a tener miedo de que el motor no aguantara ni siquiera las 200 millas impares por venir. Al manejarla con cuidado y darle suficiente aceite, esperaba "entregar los productos" y cruzar la mitad restante de la gran extensión desértica que bordea la cordillera de Sierra Madre, que corre paralela a la costa de norte a sur. Una vez a través de esa cordillera, todo, me dije a mí mismo, cambiaría abruptamente, las carreteras, el paisaje y el clima.

Milla tras milla de roca y arena pasó con las horas de sudoración. A menudo aparecían pequeños parches de camino engrasado,

permanecían un tiempo y luego desaparecieron milagrosamente debajo de la superficie blanca y suelta. Casi siempre había dos roderas, bellamente afiladas y bien cortadas, que se hundieron tres o cuatro pulgadas por debajo del resto de la superficie, causadas por los feroces rayos del sol del mediodía que convertían la superficie engrasada en una condición de plástico fácilmente moldeada por los coches que pasaban y que, una vez que se les dio Muchos malos desvíos y un derrame ocasional que tuve cuando mi rueda delantera se encontró como esta. Pero la mayor parte de la carretera era solo la arena y la grava desnudas y sueltas del desierto.

[Pg 214]

A estas alturas ya me había acostumbrado tanto a mi propia compañía que la sensación de soledad casi desapareció, y me sentí tan a gusto aquí como en cualquier otro lugar. Sentí que los grandes desechos tenían un encanto, sí, incluso un señuelo, que eclipsaba todas las sensaciones pasadas y daba una satisfacción mental que ninguna otra fase de la Naturaleza podría revelar. No puedo describir lo inefable algo que me hizo amar la gran soledad y los espacios poderosos, pero está ahí, sin embargo, y, como la mayor de las pasiones, da extremos. Después de haber vivido unos días en el desierto, o lo ama apasionadamente o lo odia. No hay nada en el medio.

A la derecha se encuentra el gran "Valle de la Muerte" que se extiende a cien millas al norte entre las montañas Armagosa y Paramint. Su nombre sugiere las muchas personas que han perecido miserablemente de sed en sus garras. Son los restos de un lago interior que se ha secado durante mucho tiempo y partes de él están a 150 pies por debajo del nivel del mar. No hay nada en él excepto la roca desnuda y la arena alcalina cambiante, con aquí y allá un cactus o un poco de salvia. El calor es tremendo y el termómetro a veces sube a 140 °. En general, no es un lugar agradable para vivir o para morir. Pero hay quienes en la búsqueda de oro viven aquí durante meses.

¡Confunde! Ahí va el cilindro número 1 de nuevo. ¿Por qué no despide? ¿Voy a empezar a revisar el motor en este terrible lugar? Me detengo a cambiar un enchufe... Nada haciendo... Prueba con otro... Todavía no hay resultado. Durante diez minutos jugueteé con herramientas al rojo vivo. ¡Gen! la bendita máquina se derretirá pronto si no nos movemos rápido. En disgusto, vuelvo a seguir con solo tres cilindros funcionando. Los recuerdos del pasado se amontonan en mi mente, pero la eterna batalla con la arena suelta es suficiente para mantenerlos fuera.

[Pg 215]

Fue una lástima empezar a hacer bromas como esta a unas pocas horas de la costa. La arena de la carretera absorbió la mayor parte de la energía que ahora me quedaba y a menudo tenía que cambiar a la marcha inferior para llevarme bien. Fue maravilloso la diferencia que hizo solo un cilindro, y fue muy molesto que sucediera justo aquí, donde la tierra no era más que una masa confusa de rocas y arena, y el sol estaba de pie verticalmente en el cielo. "Gracias a Dios, me queda un poco de agua, si pasa algo", pensé.

"¿Qué demonios es esa cosa?" Me pregunté a mí mismo. Un conocimiento más cercano demostró que era un camión de motor, vestido como una caravana y sin un eje trasero, una vista muy notable en el entorno más notable. De las numerosas pistas que se desviaban a su alrededor, evidentemente había permanecido allí muchos días. Su dueño estaba acostado debajo de su espalda.

"Un buen lugar para cambiar un eje trasero, viejo", comenté inteligentemente.

"Sí. Tampoco es el tipo de cosa que un amigo hace por diversión", replicó, saliendo de su lugar de descanso en la arena.

"Bueno, ¿hay algo que pueda hacer por ti, de todos modos? No me gusta mucho ver a un tipo varado en un país en blanco como este en carreteras en blanco como estas". Olvidé solo los adjetivos que usé, pero sé que apenas eran de la variedad de la sala de estar. Imagina mi sorpresa cuando una voz femenina desde dentro gorjeó:

[Pg 216]

"¡Sí, eso está a punto de ser escalado! Nunca había escuchado una descripción tan poderosa y linda de ellos".

Cinco días habían estado allí. El eje trasero se había roto bajo la enorme tensión de arrastrar la carga a través de la arena profunda y suelta. Un coche que pasaba lo había llevado a San Bernardino para ser reparado, y otros coches que pasaban los habían mantenido bien abastecidos de agua. Esperaban tener el eje de vuelta al día siguiente y luego no tenían nada que temer. Como no podía hacer nada por ellos, aponí a Lizzie contra el costado del camión e intenté una vez más persuadir al cilindro número 1 para que se uniera a la mano con el resto.

Después de media hora de laril inútil, me despedí de la caravana y sus ocupantes.

"¿Seguro que no puedo hacer nada?"

"Plumb seguro, gracias. Mebbe, nosotros estaríamos allí delante de ti, ya sabes, con un malvado brillo en sus ojos.

Luego siguieron horas y horas de trabajo incesante. Subimos colinas y cruzamos grandes lechos de lagos que brillaban de blanco con un deslumbrante resplandor. En algunos de estos no había nada que ver en el vasto tramo de depósito de álcali donde una vez, hace miles de años, descansaban las aguas saladas de los lagos y los mares interiores, nada, ni siquiera un valiente arbusto de artemisa, aferrándose valientemente a su sostén de vida.

Vinimos a Barstow, un asentamiento en crecimiento, un centro ferroviario y con grandes fábricas de álcalis. Aquí, después de casi 100 millas de carrera, tuve una comida sustancial de desayuno, almuerzo y cena y llené mi bolsa de agua por última vez. Nos estábamos acercando al final del desierto de Mohave.

Aquí el sendero gira bruscamente hacia el sur hacia "San Berdoo", la abreviatura coloquial de San Bernardino. En un momento, el sendero había cruzado el desierto por una ruta completamente diferente, en algunos lugares a casi 100 millas de la línea de ferrocarril. Tantas almas habían perecer con el calor y la falta de agua, tal vez a través de alguna avería o a través de la pérdida de su camino, que más tarde se "construyó" una nueva carretera siguiendo de cerca la vía del ferrocarril para que los viajeros por carretera nunca tuvieran que estar en dificultades durante mucho tiempo. Es una ley no escrita en cualquiera de los desiertos estadounidenses que cualquiera puede sostener un tren en cualquier lugar si necesita agua, suministros u otra ayuda. ¡Se da voluntariamente, ya sea un tren de carga o el expreso "California Limited" de Nueva York a San Francisco!

[Pg 217]

Las montañas de San Gabriel ahora se elevan en lo alto del horizonte. No tenían más que ser cruzados, y entonces todos nuestros problemas habrían terminado.

Así que pensé.

En Victorville, una ciudad en crecimiento en la base norte de la cordillera, el desierto casi había desaparecido. Los árboles de eucalipto se mezclaron extrañamente con los árboles de cactus, y el aroma de sus largas hojas de color gris verdoso llenó el aire con una nueva sensación. Fue el enfoque de la civilización una vez más.

Y luego siguió la larga y sinuosa subida hasta el paso de Cajon. En la espesa arena y con solo tres cilindros, fue un trabajo duro y lento. Pensé que nunca deberíamos llegar a la cima. Mirando hacia atrás, vi un maravilloso panorama de la llanura desértica y un brillante mar de arena; mirando hacia adelante, vi solo un hueco en la gran pared negra y un camino rocoso que serpentea a través de ella.

¿NUNCA vamos a llegar a la cumbre? Debemos haber escalado casi una milla de altura ya, discutí conmigo mismo, cuando, de repente, el sendero retorcido y rocoso dejó de existir. Se desvaneció como por arte de magia, y en su lugar había ante nosotros una magnífica y amplia carretera de hormigón liso y plano que me hizo gritar de deleite. Fue maravilloso. Me reí y canté con alegría infantil al pensar que después

[Pg 218]

de 4.000 millas de barro y arena y suelo y roca y rutina e indescriptible pista de cabras, por fin estaba en un camino de hormigón una vez más, con una superficie como una mesa de billar. Me desvié locamente de un lado a otro para asegurarme de que esos dos surcos inquietantes realmente hubieran desaparecido, y me ref de nuevo cuando me di cuenta de que no me habían echado. Fue simplemente glorioso.

Un giro más, y un gran valle yacía a mis pies. Estaba verde con hierba y las laderas de la montaña estaban vestidas de pinos. ¡Pino! ¡Qué bonitos se veían! Seguramente fue un sueño, una visión, un truco de la imaginación. Había una larga y sinuosa pendiente hacia el valle. Apagué el motor y bajamos por el hormigón liso sin siquiera un susurro o un frasco de ningún tipo. Fue como una repentina entrada en el cielo, y casi igual de silenciosa.

Ahora había setenta millas de hormigón entre las avenidas de eucaliptos y las arboledas de naranjos hacia Los Ángeles. Además, la carretera era casi perfectamente plana, aunque bordeada por la cordillera de San Gabriel, y, con unas pocas curvas en ángulo recto aquí y allá, cortaba directamente de este a oeste, con apenas un desvío de la línea recta.

Realmente era como un mundo nuevo, este jardín de frutas de California. Durante millas intactas, excepto por pequeñas avenidas, una fila tras fila de naranjos dispuestos en perfecta simetría e exactitud en el rico suelo plano. Una estrecha zanja, excavada paralela a cada fila y con pequeñas ramas a cada árbol individual, se comunicaba con zanjas más grandes a lo largo de las cuales fluía un flujo constante de agua dulce desde las laderas de la montaña.

[Pg 219]

Se intercalarían arboledas de ciruelas pasas, melocotones y manzanas, luego una plantación de sandías y melones de todas las formas y tamaños.

Y luego, como para arrebatarme el disfrute de todas estas cosas agradables, surgió un gran ruido del motor. Algo se había roto por fin, y parecía que todo era una masa giratoria de piezas sueltas que se golpeaban entre sí. Luego, antes de que pudiera reducir la velocidad, todo sucedió en unos segundos, hubo un toque metálico, la rueda trasera se bloqueó y la máquina se deslló en seco para descansar. Una vez más, Fate había decretado en mi contra, enfadado porque debería haber lleado tan lejos a pesar de todos sus esfuerzos.

¡Bien! Había mucho tiempo de sobra ahora; no hay necesidad de darse prisa. Me senté en la hierba al borde de la carretera a la sombra de un naranjo, comí dos naranjas, de la caja de herramientas, y fumé una pipa. Sintiéndome renovado en todos los sentidos, luego procedí a hacer pedazos el motor.

El pistón n.o 1 se había roto en fragmentos y una pieza grande se había atascado entre el extremo grande de una de las bielas y el cárter. Era extraño que no le hubiera hecho un agujero.

Fue un trabajo demasiado largo quitar el sumidero al borde de la carretera, habría significado sacar todo el motor del bastidor, casi un día de trabajo, así que quité todas las piezas de pistón que pude a través de la ventana de inspección. La cabeza del pistón flotaba suelta como un disco plano por encima del extremo pequeño. Esto lo quité y empaqué las dos mitades del pasador de gudgeon roto, para guiar el extremo pequeño hacia arriba y hacia abajo en el cilindro. Era imposible quitar la biela por completo, incluso con el cilindro apagado, sin quitar todo el motor del bastidor y quitar el sumidero.

[Pg 220]

En un par de horas iba de nuevo, pero muy, muy cautelosamente, para que no se atrapara otra pieza de pistón y causara otra jamba. El ruido del sonajero también fue genial, y pude escuchar la advertencia de que pasaban coches (de los cuales ahora había varios) solo cuando estaban justo detrás de mí. A veces empeoraba de repente y una mayor interrupción parecía inminente, y luego de repente volvía a la normalidad. Por lo tanto, nos esforzamos durante treinta millas, a una velocidad media de doce millas por hora.

En Ontario, las ciudades eran tan numerosas como prósperas, temía otro episodio final. Un coche Ford que pasaba se ralentizó para ofrecerme asistencia, y poniendo a Lizzie en "motor libre" me colgué de sus ados de capó con mi brazo derecho como cuerda de remolque. Esto duró diez millas, pero no pude soportarlo más; mis brazos estaban rígidos y doloridos por la tensión desigual. Le di las gracias a mi benefactor y lo dejé ir.

Las veinte millas restantes en Los Ángeles se soportaron y lograron bajo nuestro propio poder a unas ocho millas por hora. La atención que atrajo fue considerable. Cientos y cientos de coches, autobuses y motocicletas pasaron, corriendo de aquí para allá, con sus neumáticos haciendo un zumbido bajo continuo en la carretera de hormigón. El lujo, la riqueza y la felicidad abundaban en todas las manos. No se podía imaginar una antítesis mayor al doloroso vacío del desierto detrás de las montañas.

Cada casa era una imagen, un modelo de limpieza y amabilidad. El arte de construir bungalows se reduce en California a lo irreductible. Es increíble ver la variedad de diseños y la belleza característica de todos ellos. Hicieron que los modernos bungalows ingleses de mi memoria parecieran kennels de perro ampliados en comparación.

[Pg 221]

A las cinco de la tarde nos ademos a Los Ángeles, la Nueva York del Lejano Oeste. El ruido de Lizzie se elevó por encima del ruido de los tranvías que abarrotaban las concurridas calles. Aquí por fin estaba el objetivo que había sido buscado durante mucho tiempo, ¡el objetivo que durante casi tres meses me había instado hacia el oeste! ¿Y mi novillo? ¡Pobre Lizzie, lloró en voz alta por un respiro del largo y cansado viaje!

Si hubiera sabido dónde estaba la Agencia Henderson, no podría haber encontrado el camino más rápido. Parecía como si los instintos de Lizzie la hubieran llevado allí como un gato perdido, transportado a cientos de millas de casa, arrastrando su cuerpo cansado de nuevo de forma lenta, dolorosa y perseverante.

Un cuarto de hora más tarde estaba navegando en un coche lateral hacia el "Clark Hotel". Ahí fue donde mi hotel en Santa Fé me había recomendado que fuera y había reenviado mi equipaje.

Nos dibujó en la puerta de un establecimiento palaciego, el hotel "posh" de Los Ángeles. Una vez más, después de muchos días largos, mis rodillas empezaron a temblar. Cepillando junto al magnífico portero de la puerta, me metí en el lujoso salón. El té de la tarde acababa de terminar. Paseé hasta la recepción, tratando de mantener un aire de completa inocencia en lo que respecta a mi apariencia personal. Me esforzó por asumir una actitud de perfecta congruencia con mi entorno.

Por decir lo menos, ¡lamentablemente no pude! Pequeños grupos de personas que charlaban juntas se detuvieron y miraron al intruso despeinado. Las sonrisas imperfectamente disfrazadas eran evidentes en todos los lados. Las páginas, los botones y los portadores rápidamente llamaron la atención sobre sus caras sonrientes mientras yo brillaba sobre ellos a su vez. Por fin llegué al escritorio.

[P. 222]

"Tienes algo de equipaje para mí, creo, un par de agarres, enviados desde el 'Montezuma' en Santa Fé. Shepherd es mi nombre".

Mientras tanto, el gerente apareció en la escena. Descansando con ambas manos en el escritorio como para estabilizarse contra cualquier posible shock que pudiera recibir de la contemplación de un espectáculo tan extraño, me miró en silencio. Luego, bajo su aliento, encontré palabras para transmitir su asombro:

"¡Mi Gad!" dijo y se detuvo deliberadamente. Luego continuó de manera explosiva: "He visto algunas caras quemadas por el sol en mi tiempo, ¡pero nunca, NUNCA, NUNCA he visto a un hombre en ningún lugar con una cara como la tuya!"

"Es amable de tu parte decirlo", replicó.

"¡Los celos, hombre!" continuó, ignorando la interrupción, "tu cabello es casi blanco y tu pecho es casi negro. ¿Dónde diablos has estado?"

"Oh, no me quedé allí mucho tiempo", respondí, "no más de lo necesario para llegar aquí desde Nueva York".

"¡Nueva York!" (Esperaba que dijera "¿Qué es eso?" pero evidentemente su existencia era conocida en círculos bien informados en Los Ángeles). "¿Lo has caminado o lo has

"¡Solo lo conmotor, Old Bean!"

"Bueno, ahora, si eso no es... Aquí; te daré tu llave. Ve a tomar un buen baño AHORA MISMO".

Le di las gracias. Un portero había conseguido mis maletas y se quedó esperando. Su cara era la esencia de la inmovilidad cuando lo miré. Juntos fuimos en el ascensor hasta el *enésimo* piso. Ansioso por ver cómo me veía realmente, mi primera indulgencia fue mirarme a mí mismo en el cristal, algo que no había hecho durante muchos días. [Pg 223]

Ciertamente fue una sorpresa. Apenas podía reconocerme a mí mismo. Realmente era la criatura más notable que había visto. No podía abstenerme de estallar en risas incontrolables. El portero hasta ahora de cara recta hizo lo mismo, y ambos nos sentimos mejor por ello.

¡Un baño caliente! ¡Maravilla de maravillas! Me caí en él y el pasado fue olvidado en el éxtasis inexpressable del presente.

CAPÍTULO XXI

[Pg 224]

DE LOS ÁNGELES A SAN FRANCISCO

En su totalidad, el nombre real de Los Ángeles es "La Puebla de Nuestra Señora la Reina de los Ángeles", "La Ciudad de Nuestra Señora la Reina de los Ángeles". Fundada por colonos españoles alrededor de 1780, está construida sobre las llanuras que ruedan desde las estribaciones de la Sierra Madre hasta el mar. Representa la última palabra en la civilización del Lejano Oeste.

Los Ángeles es una ciudad de la que estar orgulloso. Es una metrópolis apresurada, pero no demasiado apresurada. Sus calles son amplias y están bien ubicadas, sus edificios están limpios y sus residencias son demasiado maravillosas para cualquiera de mis palabras. Además, es el "centro de cine" *por excelencia* del mundo. "Duggie" y "Mary" y "Charlie" no son simplemente personajes familiares en la pantalla. Son tus vecinos. Los ves pasar por las calles e ir de compras con ellos a las tiendas, como seres humanos comunes y corrientes. Sin duda, el desarrollo de Los Ángeles en los últimos años se debe en gran medida a esta industria. También lo es la increíble belleza de su población femenina. Yendo aún más profundo, descubrimos que el secreto de su éxito reside en el maravilloso clima. No hay más que una temporada de lluvias en Los Ángeles durante el año, y ese es el mes de diciembre.

Es extraño decir que Los Ángeles no está en la costa. Está a doce millas de la parte más cercana de la playa. Esto me pareció bastante extraordinario, sobre todo porque San Francisco, con quien compiten con tanto entusiasmo, se encuentra en uno de los puertos más finos y más grandes del mundo. Un día se lo comenté al reportero del *Times*. "Pero, ¿por qué", pregunté, "construyeron Los Ángeles tan lejos del mar?" "Oh, bueno, ya ves", respondió con toda seriedad, "tenían una muy buena idea de las cosas. Se calcularon que para cuando Los Ángeles realmente hubiera comenzado a crecer, ella estaría justo en la cima del Pacífico, así que le dieron una oportunidad y colocaron el lugar a doce millas de distancia". "Oh, ¿era eso? ya veo", fue mi inocente réplica. [Pg 225]

Sea como fuera, hay una red de caminos hermosos, rectos y de hormigón que conducen desde la ciudad hasta la costa en todas las direcciones. Docenas de pequeños pueblos residenciales están surgiéndose en medio de esta red de carreteras, pueblos que algún día serán suburbios de Los Ángeles. Al menos esa es la forma de pensar en ellos. ¿Y las carreteras? Los sábados por la tarde y los domingos son como grandes arterias vivas a lo largo de las cuales fluye un flujo interminable de automóviles. Los californianos saben cómo divertirse. No hay un solo fragmento del arte de exterminar el aburrimiento que no hayan estudiado. Son frívolos *en masa*, y para hacerlo naturalmente eligen la playa del mar como hábitat. En consecuencia, la costa está ensartada con docenas de centros turísticos costeros de todos los tipos y sombras de descripción, y con solo una o dos millas entre ellos.

Un viaje a una de estas "Playas de Los Ángeles" es esencial para la educación del verdadero estudiante de la civilización del sur de California. Nunca en ningún momento había visto carreteras públicas tan completamente cubiertas de automóviles. El número que se ve se acerca a lo increíble, a los ojos del asombrado europeo. Con frecuencia había dos filas casi interminables de coches con solo unos pocos pies entre ellos, moviéndose lentamente como una gigantesca procesión de varias millas de longitud. De vez en cuando había un atraco, y toda la cadena de coches, uno tras otro, se detenía, cada coche cerca de su precursor. Sin excepción, todos los coches estadounidenses están provistos de amortiguadores en la parte delantera y trasera para que el coche no sufra ningún daño cuando uno se toca el otro, incluso con un impacto bastante severo. Se elimina la obstrucción y la procesión va de nuevo. Tal vez algún desafortunado esté cambiando una rueda al borde de la carretera. Luego hay una gran curva en la línea larga y recta donde los Fords y Maxwells y Buicks y Overlands más afortunados, etc., etc., se desvían a su alrededor. Y así seguimos hasta que se llega a la costa. [P. 226]

Naturalmente, el primer vistazo que tuve del Océano Pacífico me dio sentimientos de alegría ilimitada. Incluso confieso haber obedecido el instinto infantil de recoger conchas y algas marinas en la playa. Era un espectáculo a tener en cuenta hasta que la majestuosidad de los rompedores y la infinita extensión del océano azul profundo eclipsaron por completo el sentido de magnitud de uno y uno se perdió en un mundo de visión y fantasía.

Pasé más de una semana en Los Ángeles. Durante ese tiempo estaba casi abrumado por la hospitalidad. Los californianos encontré fácilmente a las personas más hospitalarias de Estados Unidos. En cada mano encontré gente, de la que no había visto ni oído hablar antes, que me invitaba a cenar y me llevaba a pasear en sus coches. Además, descubrí que era amigo de la policía, ¡y eso tampoco sin ninguna dificultad! De hecho, el aire mismo de California está cargado de amabilidad. Por lo tanto, lo siento cuando llegó el día en que debería dejarlo atrás.

Lizzie había terminado. Había tenido una revisión completa y varias partes del motor reemplazadas. Se habían llevado numerosos telegramas y cartas a través de los Estados Unidos a las obras de Chicago. Fueron en vano. Aunque todavía están bajo la garantía de los fabricantes, no aceptarían ninguna responsabilidad. Pagué la última factura que hizo que la cuenta de reparación de Lizzie superara la cantidad que pagué originalmente por ella tres meses antes y comencé a completar el viaje a San Francisco. Sin embargo, no puedo dejar de mencionar la extrema cortesía y hospitalidad con la que me encontré en la propia Agencia Henderson. Nunca podría en ningún momento desear una mejor atención o esperar hacer mejores amigos en países extranjeros de lo que tuve la suerte de hacer en la "Ciudad de los Ángeles". Lo dejé con un dolor de arrepentimiento. [Pg 227]

Era tarde en la noche cuando empecé. Descubrí, para mi molestia, que las luces estaban defectuosas. El faro estaba *fuera de combate*. Solo quedó el "dimmer" para iluminarme en mi camino. Sin embargo, tenía unos sesenta dólares en el bolsillo, así que era la perfección de la felicidad.

Me temo que esos sesenta dólares necesitan alguna explicación. Llegué a Los Ángeles una semana antes con unos veinte. La Oficina de Correos, como siempre, mantuvo un silencio inexplicable. Después de haberme reconciliado bastante con no tener correo dondequiera que fuera, excepto por una o dos cartas reenviadas a través de mis amigos en Cincinnati, decidí dirigir mis energías a un propósito rentable mientras esperaba el regreso de Lizzie del hospital.

Escaneé los periódicos día y noche. Si hubiera sido conductor de tranvía o repartidor, podría haber hecho un golpe a la vez sin ninguna dificultad. También había una gran demanda de botas negras, pero para cualquier cosa que se adaptara a mis gustos e inclinaciones no había nada. Mi pequeño stock de "backs verdes" (dólares de papel) estaba disminuyendo lentamente. Había que hacer algo. [Pg 228]

Así que empecé en el periodismo. Es extraño decir que gané dinero con ello. Con la única excepción de Kansas City, es la única vez que tengo. Los estadounidenses parecían interesados en las impresiones de los ingleses callejeros a través del "país de Dios". Mejor aún, los californianos parecían interesados en saber lo que un inglés callejero en particular tenía que decir sobre California, por un lado, ¡y todos los demás estados, por el otro!

Tengo las mejores razones para creer que estaban perfectamente satisfechos con mi informe. Así es como, después de pagar la operación de Lizzie, todavía me quedaban sesenta dólares impares a mi crédito.

Las amplias y bien iluminadas calles de la ciudad con sus tranvías pronto se quedaron atrás, y recorrimos millas a lo largo de bulevares de superficie maravillosa a través de los barrios residenciales de Los Ángeles. Había magníficos bungalows de innumerables variedades, los hogares de los pobres y los ricos. Más adelante, pasamos por Hollywood, el hogar de los hogares de la gente de la "película". De vez en cuando se veía un gran bloque de edificios, sin pretensiones en arquitectura pero en extensión palaciega. Estos fueron los "estudios" donde se hacen las películas que instruyen, divierten y molestan a la población mundial.

Finalmente, el último bungalow retrocedió en el fondo y por delante había una negrura oscura, una hermosa carretera de hormigón y las débiles formas de las cadenas montañosas. En la oscuridad, disipada solo en un radio de unos pocos pies por la pequeña lámpara de guisantes que permanecía en servicio, todo parecía místico, sombrío y extraño. Parecía solo la noche, solo el entorno para la aventura, el tipo de entorno que hace que la vida vagabunda valga la pena vivirla. [Pg 229]

La carretera corría paralela a la costa, a unas diez o más millas de distancia, pero en el medio se encontraban las montañas de Santa Mónica, cuyos pies bordearon la carretera. A veces las ladera de las colinas eran áridos y rocosas; otras veces estaban revestidos de sombríos bosques de cedro. Me preguntaba qué animales extraños acechaban en ellos y si debería conocer a algún león de montaña, oso, lobo, gatos salvaje y otros animales que todavía abundan en las regiones montañosas de California. De vez en cuando pasaba un coche, el resplandor de sus faros transformaba el entorno sombrío en un mundo aún más extraño de plata y oro. El camino durante unos momentos se transformó en un camino de blanco brillante que conducía a lo desconocido. Y luego, cuando el coche se preponderó, todo se hundió instantáneamente en un mar de negrura tan intenso que casi se podía sentir.

Tenía la intención de pulir un par de cientos de millas antes de la mañana. No me gusta nada mejor que un largo viaje nocturno por una buena carretera. Pero la falta de iluminación desafió mis intenciones. Después de treinta millas, me detuve al lado de la carretera donde un gran árbol de haya sobresalía de sus ramas, y puse mi sábana sobre el suave lecho de hojas muertas y nueces que yacía debajo.

Era el colchón más suave en el que me he acostado al aire libre. En unos minutos me quedé profundamente dormido.

En las primeras horas de la mañana empecé a soñar. Soñé que un gran animal caminaba lentamente a mi alrededor mientras me acostaba. Se róteó, gruñendo a intervalos de la manera más insatisfecha. No es un hábito mío soñar con nada. Recuerdo haber reflejado subconscientemente que había dejado de soñar con osos y tal como cuando llegué a la edad de cuatro años. ¿Por qué entonces debería soñar con ellos ahora? ¡Oh, cuega al tipo! ¿Por qué está haciendo ese ruido de confundida? [Pg 230]

Unos minutos más tarde descubrí que no estaba soñando en absoluto. Estaba muy despierto. Sin mover nada más que mis ojos, miré hacia la oscuridad que todavía lo envolvía todo. Por supuesto, pude distinguir una enorme masa negra en algún lugar cerca de mis pies, pero no pude discernir su forma real... Lentamente, suavemente, deslicé mi mano debajo de mi almohada. Por fin, pensé, ¡tendré la oportunidad de disparar a algo más grande que los perros de la pradera! Y luego me llamó la atención la idea, qué extraño era que en todos estos miles de millas de viajes a través de llanuras, desiertos y bosques, mis sueños nunca hubieran sido interrumpidos por ningún visitante nocturno, ni siquiera había visto nada que pudiera molestar al joven más domesticado que ama su lecho de plumas.

La gran cosa negra se volvió más distinta a medida que yo miraba. Su cabeza estaba baja y se estaba preguntando exactamente cuáles eran mis pies y quién los puso allí; si serían buenos para comer si eran vegetales, y si no, si eran animales o minerales, y si es así, ¿por qué? Esperé mi tiempo. Puse la cabeza más cerca para oler el objeto ofensivo. Con una patada repentina, aterricé directamente hacia su nariz con mi pie derecho. Un grito apagó el aire y la gran cosa negra saltó chillando hacia la oscuridad. Una bala de 33 lo siguió allí solo por suerte.

Sus chirridos se apagaron gradualmente mientras se deslizaba por el camino. Era solo un pobre cerdo inofensivo que buscaba nueces, ¡pero no tenía derecho a molestar a mis sueños!

Por la mañana continuamos hacia el oeste. El final de la cordillera de Santa Mónica llegó a la vista y pronto la carretera descendió en largas "grados" sinuosos hacia la costa del mar. Por primera vez a la luz del día vi California en sus verdaderos colores. Aquí debo mencionar que el apogeo del verano no es el mejor momento para explorar California. Es en el invierno y la primavera que el país está alineado en su mayor gloria. La falta de lluvia, incluso cerca de la costa, es tan marcada que para cuando el verano alcanza su cenit, no hay una brizna de hierba verde que se vea. La cara del país, donde permanece sin cultivar y sin riego, es un marrón eterno. Al principio, esto trae una sensación de decepción al viajero que ha oído hablar mucho de los prados de California de maravilloso verde mezclados con los tonos de innumerables tipos de flores silvestres. En verano no hay ninguno. Pero en primavera, cuando el sol no ha comenzado a ardecer y la lluvia ha hecho sus milagros, el encanto del país debe ser indescriptible. [Pg 231]

En Ventura, una bonita ciudad en la costa, el velocímetro de Lizzie marcó la milla 4.500. Quedaban otros 450 por hacer, y el viaje llegaría a su fin. Ahora tenía pocas dudas de llegar allí. Las carreteras eran tan buenas que el motociclismo era un juego de niños. De hecho, a menudo se volvía monótona. La mayoría de las veces uno podía viajar a casi cualquier velocidad de la que fuera capaz la máquina, y aún así los caminos rectos y planos serían agotadores hasta el punto del aburrimiento.

Sin embargo, las ciudades y pueblos que se pasaron estaban llenos de encanto. El camino más famoso a través de California, El Camino Real, que significa "La Carretera del Rey", era uno que estaba siguiendo y tuvo su origen en el antiguo sendero que los padres históricos siguieron en los días románticos de la ocupación española hace doscientos años. Este camino, arrojando por los padres "por la voluntad de Dios para el monarca reinante de España", se extiende a lo largo de 900 millas desde México hasta Oregón, y a lo largo de él todavía se encuentran las antiguas Casas de la Misión que son una característica tan prominente de la historia de California. Hay diecinueve de ellos, [Pg 232]

cada uno "un día de viaje aparte", y cada uno de un tipo de arquitectura completamente distinto y característico.

Estas misiones se mantienen hoy en día, ya que, con pocas excepciones, se han mantenido intactas en su forma original, y sirven como hermosos testimonios para el genio de sus constructores. Tan admirado es su estilo de arquitectura que son copiados religiosamente, más ahora que nunca, en edificios públicos y, a veces, en viviendas privadas en todas partes de Occidente. ¡Incluso se ven las estaciones de tren y los terminales de los tranvías modelados en forma de una de estas antiguas misiones franciscanas!

Si estaba encantado con Ventura, estaba encantado tres veces con Santa Bárbara, otra maravillosa ciudad costera de estilo moderno construida en un sitio antiguo. La antigua Misión de Santa Bárbara se encuentra en las ladera de las colinas de la cordillera de Santa Ynez sobre la ciudad y mira por encima de las aguas azules del Pacífico hacia las escarpadas islas de Santa Cruz que se encuentran más allá. Para el deleite del clima, el paisaje y los alrededores, me iría de cualquier casa en cualquier ciudad de cualquier país que haya visto para vivir en Santa Bárbara, si tuviera los medios para hacerlo.

Siguiendo la costa, y en muchos lugares separados de ella solo por una cresta de piedras o una franja de vegetación, el camino continúa en su camino feliz durante muchas millas. A la izquierda salpica las profundas aguas azules del Pacífico. A la derecha se elevan abruptamente las montañas de Santa Ynez, que como un eslabón en forma de gran cadena, con muchos otros, más o menos inconexos, la "cordillera costera" que bordea el mar desde México hasta Oregón. A veces el camino está bordeado por palmeras de yuca, a veces con árboles de pimienta y a veces con eucalipto. ¡Uno incluso ve, casi simultáneamente, plantas de cactus y chumberas que crecen en medio de la hierba reseca en el lado azotado por el sol de alguna colina hostil!

[Pg 233]

En Caviota, a unas pocas millas al sur del famoso "Point Conception", la carretera sale de la costa y se desvía hacia el interior. Al otro lado de la punta de la cordillera de Santa Ynez va, desviándose ahora a la izquierda, luego a la derecha, escalando, sumergiendo y desviándose de nuevo durante sesenta o setenta millas hasta que una vez más vislumbra el Pacífico en la playa de El Pismo.

Cerca de aquí salí de la pista trillada y seguí un camino estrecho que conducía alrededor de una ladera hasta los acantilados. Aquí hice mi cama una vez más en la hierba larga y seca que volvió la parte superior. Podría decir con una certeza tolerable que nunca antes una motocicleta había seguido ese camino. Pronto no fue más que una pequeña rutina apenas visible en la pendiente de hierba. Pero logré mi objetivo. Con el murmullo del mar, mientras se estrellaba contra las rocas unos cientos de pies más abajo, cantando siempre en mis oídos, pasé una noche más de exquisito descanso y encanto mágico.

Me desperté por la mañana y olfateé el aire del mar. Sin duda, fue muy atractivo, pero ¿no tenía algún problema de alguna manera? ¿O era mi imaginación? Me saqué medio de la cama y miré por el borde del acantilado. Me detuve; miré; escuché. Allí abajo, en una pequeña cama de arena blanca, recostar un sello muerto estirado, como uno colocaría un mantel. Parecía una visión sombría, pobre compañero.

Diez millas más, tierra dentro de nuevo, y era la hora del desayuno. Estábamos en San Luis Obispo, un pequeño y fino pueblo a los pies de Santa Margarita, un enlace más en la cordillera de la costa. San Luis Obispo tomó su nombre de una antigua Misión fundada en 1772, y una vez fue el centro de riqueza entre los españoles del país.

[Pg 234]

Después cruzamos las colinas y continuamos hacia el norte. Siempre el Southern Pacific Railroad está a nuestra derecha, a veces a solo unos metros de la autopista. El hormigón se ha detenido y a intervalos tenemos a nuestro viejo amigo, la grava natural. La colocación de hormigón se está llevando a cabo en muchos lugares, a cien yardas más o menos a la vez, y los desvíos que corren paralelos en el lado nos conectan con el camino que tenemos por delante. Muchas pequeñas ciudades de plántulas pasan, todas ellas bien planificadas y bien anunciadas, y por fin venimos a Paso Robles (Pass of the Oaks), una ciudad más grande que deriva su nombre de un gran parque de robles naturales. Debo mencionar que los robles son abundantes en California y a menudo crecen hasta un tamaño muy grande.

Ahora estamos en el valle de Salinas, en proporción como una ranura larga y estrecha de 100 millas de largo en la cara del país. A través de él corre el río Salinas, sinuoso y doblando con grandes barridos a través de su lecho arenoso. A mediados del verano se seca por completo y, desde los largos puentes de madera que lo cruzan y lo vuelven a cruzar, parece una playa de mar de arena, ¡con cercas de un banco a otro para evitar que el ganado se desvíe!

A lo largo de este valle sopla un viento frío constante desde el mar en el norte. Todo el día sopla, semana tras semana. Cuanto más al norte avanza, más fuerte se vuelve, hasta que se acerca casi a un vendaval que silba por el estrecho canal como una ráfaga de frío, incluso en el calor asado del sol sin nubes. Donde, aquí y allí, se veían racimos de álamos y eucaliptos, invariablemente se inclinaban claramente hacia el sur, sus magros troncos moldeados permanentemente por el viento inexorable. En los árboles más pequeños, los sicomoros y los cedros, a menudo no había una rama ni una hoja que se viera en el lado norte del tronco, el follaje casi toca el suelo en el lado sur. Esas cien millas fueron las más frías que había conocido en todo el viaje, y siempre encontré el viento en contra tan fuerte que el poder de la máquina parecía medio absorbido simplemente en combatirlo.

[Pg 235]

San Miguel, San Ardo, King City, Soledad, Gonzales y, finalmente, a las cinco de la tarde, se llegó a Salinas al final del valle. San Francisco estaba ahora, pero un poco más de 100 millas más allá. Mañana sería el último día. El final estaba a la vista.

Pero, ¿qué hay de Lizzie? Por desgracia, estaba en una condición lamentable. Poco a poco, desde que salimos de Los Ángeles dos días antes de que ella se cayera en el poder. Los viejos sonajeros y ruidos se habían repetido con una asombrosa alacritud. Había tenido muchas paradas para pequeños ajustes y exámenes, e incluso temía otra avería antes de que los rascacielos de Frisco se aparecieran a la vista. El lector puede estar en una posición tan buena como yo para juzgar los méritos de las motocicletas estadounidenses en comparación con las motocicletas inglesas, pero admitiré que rara vez podría ocurrir una peor combinación de mala suerte y pertinacidad de cabeza de cerdo de lo que se observa en las divagaciones de Lizzie y de mí por los Estados Unidos de América.

En Salinas comí y bebí de todo corazón, y ahogué mis penas en la melancólica contemplación de los ojos azules de la gentil damisela que servía pastel de manzana en el mostrador del bar de almuerzo de "comida rápida".

"Lizzie, ¿te gustaría dormir junto al mar esta noche por última vez? ¿Crees que podemos llegar allí, anciana? Son veinte millas allí y veinte de vuelta, ¡sabes! - ¡Correcto, vamos!" y estalló una vez más en una animada confusión de ruido y vida.

[Pg 236]

Monterey está en la costa. Está rodeado de colinas en una magnífica bahía que, con sus yates, lanzamientos a motor y barcos de pesca, es uno de los lugares de belleza más famosos de la costa californiana. Monterey fue una vez un importante centro de la historia en los primeros días de la soberanía española y mexicana. Más tarde, disfrutó de la distinción de ser el primer lugar en California donde se izó la bandera estadounidense. Ahora es poco más que un balneario, pero tan famoso en California como Nápoles en Italia.

Una espléndida carretera conduce desde Salinas y atraviesa hermosas colinas vestidas de cedro y roble. Valió la pena hacer el viaje, aunque solo fuera para respirar el aire del mar de nuevo y dormir hasta el mismo murmullo.

Fue un asunto bastante patético, esa salida de anoche. Odiaba dejar a Lizzie apoyada en su puesto en los acantilados bajos mientras hacía una cama cómoda en la arena de la playa. La marea había terminado, pero estaba decidido a acercarme lo más posible al mar. Elegí un lugar donde, enclavado en una cala de arena en las rocas, podía ver a los rompedores a solo unos metros de mis pies.

Me desperté temprano en la mañana para encontrar el mar a apenas un pie de mis pies. La marea subió más de lo que esperaba, pero tuve

tiempo de disfrutar de unos minutos deliciosos de estar medio despierto en la cama antes de que finalmente demostrara que la discreción era mejor que la ropa de cama húmeda y arrastrar mis pertenencias a un lugar menos intrusivo.

Así amaneció otro día, el día en que se vería el final de Tuve tiempo suficiente y me quedé en el camino, ahora administrando atención amistosa a Lizzie, ahora deteniéndome para tomar un refrigerio ligero o para tomar una fotografía tranquila. Fue demasiado glorioso, ese último día. [Pg 237].

Pero la pobre y vieja Lizzie volvió a mostrar signos de agotamiento. La cuidé con ternura y monté tan despacio como me sentía inclinado a lo largo del día.

Monterrey se quedó atrás después del desayuno. Luego se llegó a Salinas una vez más, y ahora estábamos de nuevo en el camino a Frisco.

Sobre las montañas hacia el este una vez más, por el grado de San Juan, que se enrolló y se atornillaba alrededor de las laderas rocosas, y llegamos a San Juan, donde los altos eucaliptos y los árboles de pimienta agitados le dieron un aire de majestad a la fina y antigua ciudad mexicana que resultó ser.

Luego giramos hacia el norte una vez más y entramos en otro valle, el valle de Santa Clara. Las ciudades se hacen más grandes y frecuentes, el país se desarrolla más. Los huertos y los huertos frutales se ven con frecuencia. En los bordes de las carreteras, contruidos sobre caballetes, hay excelentes tanques de agua que se utilizan para el riego. Me doy cuenta de que aquí y allá, donde las tuberías que conducen a ellos se han filtrado un poco, el suelo marrón oscuro de abajo ha estallado en grandes masas de hierba verde fresca, mientras que todo a su alrededor está reseco y sin vida.

En San José encontramos un gran centro frutícola y, al mismo tiempo, una hermosa ciudad de muchos miles de habitantes. Sus calles están bordeadas de palmeras y sus suburbios se extienden hasta los naranjos que abundan en todas las manos.

Simultáneamente, un cilindro comienza a fallar y luego otro. Pronto todos desaparecerán. A intervalos, todos se aglobaban por un segundo o dos, y de repente se volvían a salir. Olf a problemas de magneto.

También olfía ciruelas pasas, millones de ellas. Oh ciruela californiana, ¿cuántas veces he comido de tu sabroso endocarpo en la lenada Inglaterra? ¡Y aquí estás en mirfadas sobre mí! [Pg 238]

Me detuve una docena de veces, cambié los enchufes, examiné los cables y jugueteé con el magneto. Evidentemente, había algo dentro del magneto. Confiaría en la suerte para llegar a Frisco, solo cuarenta millas más.

Y así continuamos, a veces holgazaneando a los quince y luego de repente estallando a toda potencia y disparando a los cuarenta durante uno o dos minutos, como lo haría el peculiar capricho de Lizzie. Fue molesto, agotador, desalentador, pero sentí que debía llegar allí. Hace mucho tiempo que había planeado un viaje al Parque Nacional de Yosemite, regresando al norte a través de la frontera y hacia el este a través de Canadá de regreso a Nueva York. Ese pequeño proyecto ciertamente nunca saldría en marcha. Ya había tenido suficiente. Hice un gran juramento de vender la carcasa de Lizzie por lo que traería a San Francisco. ¡Pobre vieja Lizzie! Me compadeció de ella de alguna manera. Debe haber nacido con una maldición en la cabeza. Pero tendría que irse, aunque solo fuera por 100 dólares. Ya empecé a preguntarme quién la conseguiría después de que nos hubiéramos separado.

Después de diez millas apareció el extremo sur del gran puerto que se extiende hacia el interior hacia el norte y el sur desde San Francisco. Esta bahía tiene cincuenta millas de largo y diez millas de ancho y forma uno de los puertos más grandes del mundo. Todas las armadas de todas las naciones de la tierra podrían estar cómodamente escondidas en un rincón de ella. La carretera sigue dentro de unas pocas millas de la costa occidental de este mar interior, y cada pocas millas hay ciudades pequeñas y de rápido crecimiento comparables con nada más que sus prototipos que se agrupan alrededor de Los Ángeles. Porque aquí estamos absolutamente en el centro del distrito vinícola. Hace sesenta años, los esquejes y las vides enraizados de todas las variedades que se encuentran en Europa fueron traídas a California y plantadas, principalmente alrededor de esta gran bahía de San Francisco, donde los frecuentes nieles marinos contribuyen en gran medida al mantenimiento de las condiciones perfectas para el cultivo de las vides. Ellos florecieron, y ahora tenemos a Médocs y Sauternes y Moselles y muchos otros de California, así como de Francia. [Pg 239]

Durante millas y millas no vemos nada más que viñedos y huertos. No hay valla, ni zanja, ni barandilla. Los naranjos y los ciruelos bordean la misma carretera. No es posible decir dónde termina una finca y dónde comienza otra. Los propietarios probablemente lo sepan.

Las ciudades ahora son tan gruesas que con ellas también es difícil decir dónde termina una y dónde comienza la otra. ¡Solo otras quince millas! Pobre Lizzie, puede que se acerque por completo.

Pero no. Ella sigue así. A veces deja de disparar por completo, pero solo por un momento. Ella va de nuevo, ahora en uno, ahora en cuatro cilindros. ¡Hola! Vamos a llegar bien.

Cientos de autobuses y coches pasan en ambas direcciones. Pronto llegaremos a Frisco ahora.

Aparecen las líneas de tranvía y luego los tranvías. Los coches de tranvía, los llaman en Estados Unidos. ¡Frisco por fin!

Me esparo dentro y fuera del tráfico lo mejor que puedo. De hecho, es muy grueso y tiene mucha prisa. Yo bajo Market Street, la "Strand" de San Francisco. ¿Qué importa si Lizzie traquetea y traquetea y se detiene y dispara de nuevo? Ella me ha traído aquí. Y como digo, el pequeño indicador en el velocímetro se mueve a 4.950. ¡Solo faltan 50 millas de 5.000 de Nueva York! Genia! parece un extracto de otra vida, esa salida de la leanida Nueva York. ¿Y cuánto tiempo? ¿Tres meses? ¿Se siente como a las doce al menos! [Pg 240];

Encontré la oficina de correos y canté para el correo. Por supuesto que hubo algunos reenviados desde Cincinnati. Me enteré por primera vez de que los detallados "Hórules" que había enviado hace tres meses en Nueva York aún no habían llegado a Inglaterra. De ahí la razón de la aparente falta de amabilidad de la oficina de correos en el camino. Pero, ¿dónde estaban? No lo supe hasta una semana después de mi regreso a Inglaterra, cuando llegaron de repente, sin previo aviso, y al mismo tiempo, a todos mis amigos y familiares allí. Habían estado por toda la África Oriental Británica; ¡Solo el cielo y las autoridades postales de Nueva York saben por qué! No había contado con tanta atrocidad de su parte cuando, en mi inocencia de formas estadounidenses, los había dejado caer en el buzón de Nueva York.

Así termina mi historia de aflicción. Es algo extraño, pero sin embargo cierto, que ahora he terminado con ello y he escrito sobre ello y he terminado de escribir sobre ello, todavía pienso en lo glorioso que fue un viaje y lo perfecto que era para hacerlo, ¡y qué culo aún más grande era para decir algo al respecto!

epílogo

[Pg 241]

ESCENA I

ESCENA. *Fuera de la oficina de correos, San Francisco, Cal.*

TIEMPO.—*Agosto, 1919.*

Personajes

LIZZIE.

YO MISMO.

UN ARMENIO.

MULTITUD DE TUMBONAS, NIÑOS PEQUEÑOS Y MUJERES DE DIVERSAS NACIONALIDADES.

(*EL YO emerge de los portales de la oficina de correos. Coro de voces de la multitud.*)

"Ere'e es; mira su cara; mira su pecho. Eres un trotamundos, supongo. ¿Cuánto tiempo tardó? ¿Cuánto ha costado? ¿Para qué lo hiciste? ¿Qué te parece San Francisco?" etc., etc., etc.

YO MISMO (*peligramente molesto por no haber recibido un cheque*). "Bueno, ¿y en qué están todos abiertos, como muchos escolares a medias? ¿Nunca antes habías visto una motocicleta? Aquí, tú (al ARMENIO), ¿dónde está el Hotel Clift?"

ARMENIO. "¿Te vas a la máquina zell zis?"

YO MISMO (*ocultando con éxito el rapto por la sugerencia*). "Vénela, ¿después de que me haya traído desde Nueva York? ¿VENDERLA? Por qué, preferiría vender a mi suegra".

ARMENIO. "Te daré un dólar rojo a la derecha".

[Pg 242]

YO MISMO. "Malditos sean los más de los más, ¡y tú con ellos! ¿Dónde está el Clift?"

CORO DE VOCES. "Arribando la colina aquí y segundo a la derecha. De un dólar rojo. Sigue los tranvías. Danos tu bolsa de agua, jefe. Mira sus botas. Hay un policía en la esquina. Von 'undred diez dólares, ahora mismo. Mira 'es 'aire', etc., etc.

(*Salida lentamente en procesión, AUTODIRIGE; Alarums y Excursiones.*)

ESCENA II

ESCENA. *Mi habitación en el Hotel Clift.*

Ha pasado media hora.

(*AUTODESCUBIERTO, lavando la cara. Hay un golpe en la puerta.*)

YO. "Entra".

(*Entra en ARMENIO.*)

ARMENIO. "Ah, 'ere you vos. El gerente de Ze me dio tu habitación. Yo vengo enseguida".

YO. "Aparentemente".

ARMENIO. "Voy a comprar tu motil; ¿voto va por 'im?"

YO. "Habla con respeto, por favor. Quiero 500 dólares para ELLA".

ARMENIO (*levantando las manos horrorizado*). "¡Ah, zat vos demasiado, mi frent! Dot vos more zan you give for 'im-for 'ER".

YO. "¿Y cómo diablos sabes lo que le di?"

ARMENIO. "Hiciba preguntas, jhust. I af bin to ze aghency 'ere. Zey lo dice con 480 dólares".

YO. "Bueno, cualquier tonto sabe que una máquina mejora con el funcionamiento (el rubor pasa desapercibido debajo de mi tez india); y lo que es más, si una máquina puede pegarla hasta el final a través DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA, debe ser una buena. Debería haber preguntado 600, pero me gusta tu cara (*los escalofríos fríos en la columna vertebral*), así que solo quiero 500".

[Pg 243]

ARMENIO. "Ah, zat vos demasiado. Te voy a gif de quince años, no más".

YO. "No hay nada que hacer, bo. Quinientos. Aquí está mi tarjeta; puedes llamar en cualquier momento entre ahora y mañana al mediodía con el dinero. Si no puedes hacerlo para entonces, puedes pasar y verme en Salt Lake City después del próximo miércoles, o en Chicago después del próximo sábado. Cheerio; cierra la puerta cuando salgas".

ARMENIO (*lección de la tarjeta y muy asombrado por lo mismo*). "Ah, you vos Mistaire Sh— — Captin Sheffer, R.A.F.? Te digo que eres un hombre rico. ¡Podrías permitirme darme UN GIF de máquina ze! ¿No es así? Yo, pobre hombre, Capitán Sheffer, R.A.F."

YO. "Si supieras tanto sobre la Fuerza Aérea como yo, lo sabías mejor, amigo mío. Ahora, por el amor de Dios, ZUMBA y no me preocupes".

(*Sal de ARMENIO con arcos, barajas de los pies y salaams.*)

ESCENA III

ESCENA. — *Lo mismo. Media hora después. Un golpe.*

YO. "Entra ahora mismo".

(*Entra en ARMENIO.*)

YO. "¿Qué, de nuevo? ¿Tienes los 500?"

ARMENIO. "Lloré por molestarte más, Captin Sheffer, R.A.F., pero todo el dinero que tengo en el mundo vos von 'undred veinticinco dólares. Yo voy, pobre hombre, capitán..."

[Pg 244]

YO. "Sí, te he oído decir eso. Te creo. Ahora los dos somos mentirosos".

ARMENIO. "Ah, no, me insultas, Captin Sheffer, R.A.F. Soy pobre, pero soy un hombre de honor. Siempre digo la verdad. Zat vos all i 'af in all ze vorld."

YO. "Míralo, señor... no sé cómo te llamas, pero supongo que eres un hebreo de algún tipo..."

ARMENIO. "Mi nombre es Mistaire Karachan, y vengo de Armenia".

YO (*a un lado...* "Podría haberlo adivinado"). "Bueno, Sr. Karachan, creeré en su palabra. Dame 125 ahora mismo y puedes llevarte la máquina. Está afuera en la acera. Pero ten en cuenta que nunca más volveré a ver tu cara".

ARMENIO (*casi se echó a llorar*). "Ah, eres un zhentleman torough, Mistaire Sheffer; todos los ingleses son zhentlemen. Zer es solo von contry en todos los ze vorld vaire zer son tales zhentlemen".

YO. "Bueno, puedes entregar la riqueza ahora mismo, aquí".

ARMENIO. "Ah, pero no lo tengo, Mistaire Sheffer. Es demasiado para llevar en mi bolsillo. Pero puedo regalarte cincuenta dólares y traerte un descanso por la tarde. Zat vos, ¿de acuerdo? Puedo tomar la máquina ze ahora, ¿sí, no?"

YO. "Puedes coger la máquina cuando me hayas pagado 125 dólares EN EFECTIVO, y no hasta entonces. ¿Me has Estaré de nuevo a las dos de esta tarde. Puedes encontrarte conmigo en el pasillo con el dinero. Adiós hasta entonces".

ARMENIO. "Vell, ¿me vas a comprometer por escrito a no venderlo a nadie hasta entonces, Captin Sheffer, R.A.F.?"

ESCENA IV

[Pg 245]

ESCENA. — *Lo mismo.*

HORA. - 3 p.m.

(*Un golpe en la puerta, seguido por el ARMENIO.*)

ARMENIO. "Mistaire Sheffer, he venido a hacerte una buena ganga. ¿Ves zis gold votch? Es vos giffen me por mi fazer y es de oro macizo con joyas de veintevon. Podrías venderlo en cualquier lugar por cincuenta dólares. Ahora eres un bin zhentleman para mí, yo seré un zhentleman para ti. ¡Te daré ze votch y von 'undred dollar por tu mota! ¿No es una ganga, Mistaire Sheffer?"

YO. ";Sal!"

ESCENA V

ESCENA. — *Lo mismo.*

HORA. - *Una hora más tarde. Un golpe en la puerta.*

(*Entra en ARMENIO.*)

ARMENIO. "Oh, Mistaire Sheffer, yo tengo más ofertas para..."

YO. "Mira aquí, Sr. Karachan, me estoy cansando de usted. Será mejor que dejes de fumar antes de que te golpee esta juga de agua en la cabeza. Me has desperdiciado todo el día tal y como está".

ARMENIO. "Ah, no vas a hacer zat. Sé que no lo harás. Eres demasiado zhentleman. Pero espera, Mistaire Sheffer. Escúchame votar, digo. Soy una gran sugerencia para ti. Me gano la vida cultivando fruta. Soy una pequeña plantación a solo cinco millas de distancia. Te pagaré por tu motricidad, es decir, uvas. Te daré cinco toneladas de hermosas uvas y las enviaré a donde quieras en Estados Unidos. O si no te gusta el zat, te daré un dólar inundred y una tonelada de uvas. ¿El zat no es una buena oferta, sí, no?"

YO (*recuperándose de un falta de palabras momentáneo al pensar en cambiar a Lizzie por cinco toneladas de uvas*). "Mira aquí, Sr. Karachan, ya he tenido suficiente de este engaño. Me he comprometido a venderte la máquina por 125 dólares, y si no me traes el dinero, y todo eso, ahora mismo, te denunciaré a la policía. Ahora hay un final. Sal"

[Pg 246]

(*Salida ARMENIA en medio de más alarums y excursiones.*)

ESCENA VI

ESCENA. — *Lo mismo.*

HORA.—7 p.m. *Un golpe. (Entra en ARMENIO.)*

ARMENIO. "Oh, Captin Sheffer, R.A.F., tengo tu dinero, pero voy a la policía para registrar la máquina ze y digo que la robé y no me dejaré salir. Después de muchos problemas, llamamos por teléfono a un gran amigo mío que conoce a la policía y Zey me dejó ir. Pero zey vont tu dirección y el certificado de registro de ze que estás en Nueva York".

YO. "Pero, Dios mío, hombre, ¿quién diablo dijo que podías registrarlo? ¡Todavía no es tuyo! Dame el dinero".

ARMENIO (*me dio cincuenta dólares y un cheque por setenta y cinco*). "¿Es tuyo, pero no estás enfadado, Captin Sheffer, R.A.F? Solo me quede para ahorrar tiempo, porque mañana usaré la máquina ze".

YO. "Sí, pero esto no es bueno (*mostrando el cheque*). Esto no es EFECTIVO. ¿Cómo sé que esto será honrado? Además, los bancos están cerrados ahora y no abrirán hasta el lunes, y me voy mañana".

ARMENIO. "Ah, pero no, zey vill 'onour ze cheque. Mistaire ---- es muy conocido en San Francisco. Puedes hablar con 'im en el teléfono ze si quieres y 'e vill decirte que el cheque de ze está bien".

[Pg 247]

YO. "Sin duda, pero de todos modos veré si el gerente del hotel aquí lo cobra. Si no lo hace, eso es suficiente para mí. Ven y lo veremos juntos".

ARMENIO. "Pero me vas a enviar el recibo ahora, ¿sí, no? Ah, ¿pero el voto es zis? (*recogiendo una pequeña llave ajustable que yacía en el tocador*). ¡Es parte de la máquina ze! ¿Seguro que no me haces pagar por una viz de silladura de motor sin herramientas? Ah, Captin Sheffer, R.A.F., no es jhust; debo tener todo. Are zer any more—" (*En esta coyuntura, el ARMENIO es extruido con éxito a través de la puerta, todavía protestando volubly.*)

ESCENA VII

ESCENA. *En el vestíbulo del hotel. Gerente detrás del escritorio.*

YO. "Disculpe, pero tengo un favor que pedir. Acabo de hacer un trato con este caballero, pero como todos los bancos están cerrados hasta el lunes, me pregunto si serías lo suficientemente bueno como para cobrar este cheque por mí, ya que me voy al este mañana".

(El GERENTE *me mira de cerca y procede a abrir hasta; luego, mirando al ARMENIO, se detiene por un momento. En última instancia, el dinero se paga*).

(ARMENIAN y SELF *caminan hacia la puerta que se abre a la calle*).

YO. "¡Qué llamas! ¿Dónde está Lizzie? La dejé contra el pavimento. ¡Ella se ha ido!"

ARMENIO. "Oh, zat vos bien. Me mudo por la tarde a un garaje a la vuelta de la esquina. Jhust zink lo terrible que sería si alguien me robara
"¡me!"

YO. "¡Bueno, estaré dorado!"

ESCENA VIII

[Pg 248]

ESCENA.-*Garaje "a la vuelta de la esquina". Lizzie está rodeada de oscuridad, ARMENIO y YO. AUTODESCUBIERTO explicando al ARMENIO cómo giran las ruedas y por qué.*

YO. "Bueno, adiós, Lizzie, anciana. Me enselo dejarte ir a las manos de este ser, pero todo es lo mejor. Hemos tenido algunos momentos alegres juntos, pero el momento ha llegado para separarse. Adiós, de una vez por todas; adiós, ADIÓS..."

ARMENIO. "¡Ah, Mistaire Sheffer, te has olvidado de la llave ajustable!"

Notas del transcriptor

Los errores menores de puntuación se han corregido en silencio.

Página 39: En la sentencia: "y cualquier persona declarada culpable de exceder las 60 millas por hora estará sujeta a una multa de 100 dólares, etc., etc." "60" puede ser un error tipográfico para "50" porque la siguiente oración dice que la multa por exceder las 60 millas por hora es de "250 dólares por el primer delito..."

Página 48: "Pittsburg" puede ser un error tipográfico para "Pittsburgh".
(En Waynesburg pasé por Pittsburg unas millas a la derecha.)

Fin del Proyecto Gutenberg en toda América por Motor-cycle, por C. K. pastor *** FIN DE ESTE PROYECTO LIBRO ELECTRÓNICO DE GUTENBERG